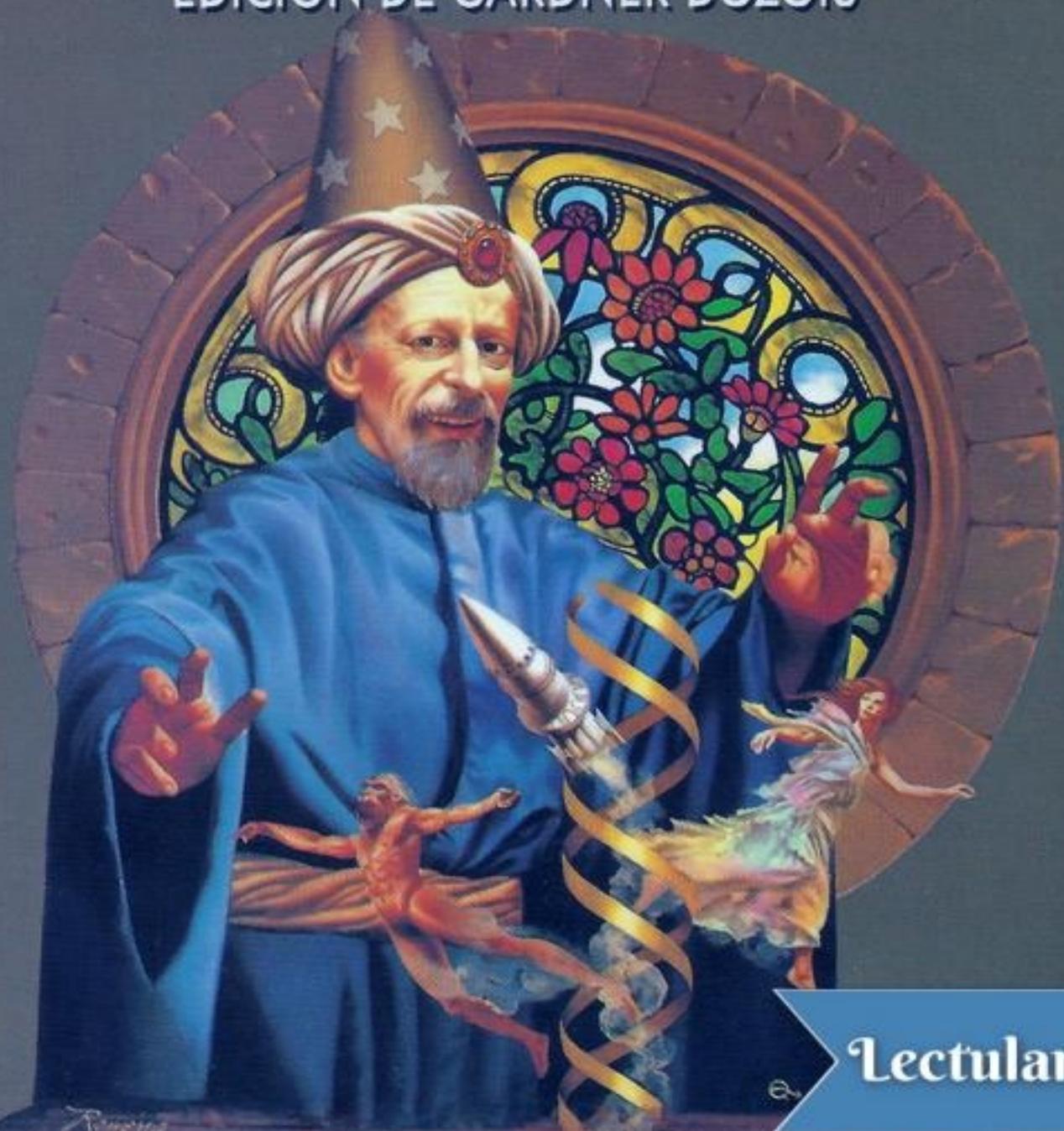


KENNEDY-BEAR-SHEPARD DOZOIS-WILLIS-BUTLER

LO MEJOR DE

«ISAAC ASIMOV SCIENCE FICTION MAGAZINE»

EDICION DE GARDNER DOZOIS



Lectulandia

El fin de la vida tal y como la conocemos, por **Lucius Shepard**. La gran revelación de la nueva ciencia ficción norteamericana con un relato sobre una pareja para la que nada puede volver a ser como antes.

El apaciguador, por **Gardner Dozois**. Un buen día, las aguas empezaron a crecer... La historia de un niño que se sentía responsable de la catástrofe. *Premio Nébula 1983*.

Servicio de vigilancia, por **Connie Willis**. Como trabajo de fin de carrera fue enviado al bombardeo de Londres entre el grupo de voluntarios para la prevención de incendios. *Premios Nébula 1982 y Hugo 1983*.

Su cara peluda, por **Leigh Kennedy**. Sobre los desórdenes emocionales que provoca en su instructor una brillante orangután que quiere llegar a ser escritora de best sellers.

Luchacruenta, por **Greg Bear**. Un conflicto de dimensiones cósmicas entre dos especies evolucionadas en épocas diferentes del universo y que se enfrentan como enemigos irreconciliables. *Premio Nébula 1983*.

Hijo de sangre, por **Octavia Butler**. La historia de un grupo de hombres criados como ganado por extraterrestres que los utilizan como huéspedes de sus huevos. *Premios Nébula 1984 y Hugo 1985*.

Durante los últimos años, la *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine* se ha consolidado como la revista más importante e innovadora del género. Los relatos de la presente selección, además de justificarlo, permiten una visión única de los caminos que han abierto las nuevas figuras surgidas en el género, recorriendo, al mismo tiempo, todo su amplio abanico de temas.

Lectulandia

Edición de Gardner Dozois

**Lo mejor de
«Isaac Asimov Science Fiction
Magazine»**

ePub r1.0

GONZALEZ 15.07.13

Título original: *The Best of Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*

The End of Life As We Know It, Lucius Shepard, 1984

The Peacemaker, Gardner Dozois, 1983

Fire Watch, Connie Willis, 1982

Her Furry Face, Leigh Kennedy, 1985

Hardfought, Greg Bear, 1983

Bloodchild, Octavia E. Butler, 1984

Traducción: Lorenzo Díaz

Diseño cubierta: J. C. Mena

Ilustración: Rowena

Retoque de portada: orhi

Digitalizador: Akhenaton

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prefacio

Hace diez años, en los remotos y fabulosos días de 1976 —ahora extintos junto al dodo y el dinosaurio—, nació el *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine* como resultado de unas conversaciones entre Isaac Asimov y Joel Davis, presidente de Davis Publications Inc., George Scithers fue contratado como editor, él me contrató a mí como editor asociado, y el IAS salió a la calle. La opinión casi unánime de la crítica del momento fue que la revista no duraría mucho, que el ambiente editorial del mundo de la ciencia ficción había cambiado hasta tal punto que no era viable la edición de una revista con un cierto éxito. El más optimista nos dio seis meses.

Se equivocaron. Yo dejé la revista al cabo de un año, en el que habían aparecido cuatro números (por aquel entonces se publicaba trimestralmente), pero la revista continuó varios años más bajo el liderazgo de George Scithers, que siguió llevando las riendas hasta el número 51. Ésa fue la primera gran Era de la revista, la Era Scitherianna, y, de momento, George sigue manteniendo el récord de permanencia editorial. La revista se afianzó mientras estaba a su cargo, estableciéndose, y fue admitida en el seno de la ciencia ficción, pasando a publicarse mensualmente. (Hoy somos una publicación tetrasemanal, que edita trece números anuales, pero eso no viene ahora a cuento.) Tras la marcha de George hubo un breve período en que Kathleen Moloney estuvo al cargo, siendo luego sustituida por Shawna McCarthy (que llevaba muchos años relacionada con la revista, primero como asistente y, luego, finalmente, como editor), y el telón se alzó para dar paso a la segunda gran era de la revista, la era McCarthy. Fue en este período cuando la revista consiguió sus grandes éxitos de crítica, y fue considerada por muchos comentaristas como la revista más prestigiosa de todas las de SF, y hasta el mayor muestrario del género. Entre los contratados por Shawna encontramos ocho premios Nébulas, cinco Hugos, y un World Fantasy Award, ganando ella misma un bien merecido Hugo al mejor editor profesional.

De todos modos, la evolución nunca se detiene, y la Era McCarthy llegó a su fin con el número 100 de enero de 1986, cuando Shawna abandonó su puesto, siendo reemplazada por mí, Gardner Dozois, que me sentí extraño por volver a una revista que había ayudado a lanzar tantos años atrás, aunque esta vez al frente, pero encantado y dispuesto a hacerlo lo mejor posible. Puede que resulte prematuro hablar del período Dozois (¿la época Dozoisiana?, ¿la era Dozoisista? ¿el Dozoistoceno?), pero sería interesante que, dentro de un tiempo indeterminado, nos paráramos a examinar los estratos geológicos y viéramos con exactitud qué fue lo que hice. Como yo he dicho, la evolución nunca se detiene.

Hasta entonces tenemos esta antología. Hace poco tiempo que van editándose con

regularidad antologías del *IASfm*, sacadas de la revista, que no sean monotemáticas, por lo que la era Scithariana, por ejemplo, está bastante bien documentada. Pero, de todos modos, sigue habiendo huecos en los fósiles disponibles. Hace unos años no se acostumbraba a editar antologías generales, no monotemáticas, de la revista (Shawna preparó varias durante ese período, dos de las cuales, *Space for her own* y *Fantasy*, acabarían siendo editadas por Ace Books, pero eran antologías monotemáticas), así que todavía queda mucho por documentar de ese período. La presente antología está concebida para remediar la situación, y abarca más o menos, de 1982 a principios de 1985, casi bordeando la era McCarthy. He hecho algo de trampa para poder incluir «Servicio de Vigilancia» en un extremo y «El fin de la vida tal y como la conocemos» al otro, pero, en la mayoría de los casos, me he concentrado en los años de 1983 y 1984, decidiendo arbitrariamente, por motivos de espacio, no incluir nada de 1985, el último año de Shawna (material que espero utilizar en futuras antologías). Sí, ya sé que el cuento de Shepard apareció en enero de 1985, pero, como ya dijo Emerson, una coherencia extrema no deja de ser la mosca de las mentes estrechas. Así que... Las circunstancias forzaron otras elecciones y otras omisiones, incluso de cuentos premiados. Por ejemplo, «A Letter from the Clearys» de Connie Willis fue publicado en *Space for her own*, y el de Scott Baker, ganador del World Fantasy Award, «Still Life With Scorpion», apareció en *Fantasy*, y no he querido duplicar cuentos de esas antologías. De igual modo, el cuento «Voces» de Octavia Butler ganó un Hugo, pero he preferido incluir «Hijo de Sangre»... E incluso había cuentos de primera línea que resultaron demasiado largos para ser incluidos junto al material que tenía que estar. El *IASfm* ha sido durante los últimos años uno de los últimos refugios naturales de una forma literaria en extinción, el cuento largo, y muchos se publicaron aquí. Pero el problema que tienen los cuentos largos es que son, al fin y al cabo, largos y eso quiere decir que no puedes incluir muchos en un solo libro.

Dado que nadie ajeno al mundo editorial puede comprender los largos plazos de tiempo que implica la edición de una revista, considero que debo enfatizar el hecho de que los cuentos de esta antología fueron contratados por George, o (en su mayoría) por Shawna. Ningún material contratado por mí apareció en la revista antes del número de enero de 1986.

Para terminar, me gustaría agradecerles, en primer lugar, a George y a Shawna el buen gusto que demostraron al comprar este material (y en particular a Shawna por proporcionarme los detalles históricos); darle las gracias a la directora editorial Sheila Williams (que lleva trabajando en la redacción de la revista desde hace muchos años y tomó parte activa en la decisión de comprar algunos de estos cuentos), a la ayudante de editor Tina Lee (que hizo mucho del desagradecido trabajo de selección relacionado con la publicación de esta antología), a Cynthia Mason (que fue quien la sugirió), y especialmente a Susan Allison, mi editor en este proyecto.

El fin de la vida tal y como la conocemos

por Lucius Shepard

«El fin de la vida tal y como la conocemos» fue contratado por Shawna McCarthy y apareció en el número de enero de 1985 de IAsfm, con ilustraciones interiores y una brillante cubierta de J. K. Potter. Acabó convirtiéndose en uno de los relatos más aclamados del año pese a no quedar clasificado para el Nébulas, y fue desplazado por uno de Shepard publicado en otra revista, «The Jaguar Hunter». El primer trabajo que le vendió Shepard a la revista fue el cuento largo «A Traveller's Tale», publicado en el número de julio de 1984, y desde entonces se ha convertido en uno de los autores fijos de la revista. Shepard, autor prolífico, le ha vendido a la revista más de doce relatos en los últimos años..., y nos complace decir que todavía nos quedan bastantes pendientes de publicación. Esperamos poder proporcionaros más trabajos suyos en el futuro.

Lucius Shepard nació en Lynchburg, Virginia, y ha viajado frecuentemente por Oriente Medio, Europa, Latinoamérica y el Caribe, lugares que suelen ser los marcos donde se desarrolla su obra. Shepard empezó a publicar en 1983, y ha tardado poco tiempo en convertirse en uno de los nuevos autores más prolíficos y populares que ha dado el género en los últimos años. Shepard ganó el premio John Campbell de 1985 al mejor escritor novel, quedando tres veces finalista ese mismo año en tres categorías diferentes del Nébulas. También ha quedado finalista del Hugo, el British Fantasy Award, el John W. Campbell Memorial Award, el Philip K. Dick Award y el World Fantasy Award. Su célebre novela, Ojos verdes, mereció una edición especial de Ace, y sus últimos libros son la novela Life During Wartime, publicada por Bantam Books, y una colección de cuentos, The Jaguar Hunter, editada por Arkham House. Ganó el Nébulas de 1987 por el cuento largo «R & R» (incluido en Los Premios Nébulas 1986), un relato también publicado en la revista.

Lo que más odiaba Lisa de México eran las moscas, y Richard dijo que sí, que las moscas eran un incordio, pero que lo que más le molestaba era la forma de comportarse de la gente, ya sabes, la manera en que te ignoran los camareros y se burlan de ti los taxistas, y esa expresión agriada de los conserjes, como si te hicieran un favor dejando que te quedes en sus hoteles llenos de pulgas. Lisa replicaba a todo eso que no podía culpar a la gente porque probablemente estarían irritados por las moscas. Esto hizo reír a Richard y, un instante después, Lisa se unió a él, pese a no haber querido decir algo gracioso. Necesitaban reírse. Estaban en México para salvar

su matrimonio, y las cosas no iban muy bien..., excepto en la cama, donde las cosas siempre habían ido bien. Lisa nunca había sido menos ardiente con Richard, ni siquiera durante su asunto.

Formaban una pareja atractiva en la treintena, de esas que consideran una vida sexual sana como algo esencial a su clase, un accesorio como puede serlo un jacuzzi, o un procesador de comida francesa. Ella era una morena alta, con aire de duende y una piel perfecta, una esbeltez aeróbicamente cuidada, y una cara que conseguía transmitir tanto sensualidad como inteligencia («ojos de puta y esqueleto de Vasar», decía Richard). Él se mantenía delgado por el frontón y el levantamiento de pesas, con un toque ejecutivo de gris en su pelo negro y tenía el suave atractivo de un joven líder. En un tiempo solían mantener la ilusión de que seguían atractivos y en forma para el otro, pero las ilusiones se habían empañado y ya no comprendían por qué seguían manteniéndolas.

Durante un tiempo simularon odiar México, pretendiendo que era un nuevo lazo que los unía, cada uno en el intento de superar al otro en descubrir nuevas muestras de suciedad e insensibilidad nativas, pero, finalmente, se dieron cuenta de que lo que más odiaban del país eran sus propias percepciones de él, y se dirigieron hacia el sur, a Guatemala, donde, les dijeron, el ambiente era propicio al romance. Mostraron dudas al oír los informes sobre la actividad de las guerrillas, pero su informante les aseguró que los peligros habían sido exagerados. Era un viajero experimentado, un viejo inglés que había pasado sus últimos doce inviernos en Centroamérica. A Richard le pareció un personaje lleno de colorido, alguien salido de una novela de Graham Greene, mientras que Lisa le describió en su diario como «un viejo marica sin raíces».

—Tienen que ir al lago Atitlán —les dijo—. Es realmente impresionante. Allí, la revolución es una imposibilidad estética.

Richard comprobó el último *Miami Herald* antes de subir al avión, y se entretuvo todo el rato lamentándose por la caída de la civilización occidental. Estaba convencido de que Estados Unidos iba camino de convertirse en parte del tercer mundo y que sus nietos vivirían en tierra contaminada mal llevando vidas de duro trabajo bajo un gobierno cada vez más orwelliano. Pese a no ser una convicción sorprendente, el periódico dejaba bastante claro que semejante mundo estaba cada vez más próximo, y Lisa calificó su punto de vista como de inteligente; de hecho, Lisa siempre consideró la inteligencia como algo de su exclusiva propiedad, reivindicándola para sí junto a las tradicionales cualidades femeninas de espiritualidad y cariño. A veces en Connecticut, mientras daba clases de arte o hacia llamadas para Greenpeace o cualquier otra causa que hubiera reclutado su buena voluntad, miraba a las otras mujeres, todas de posición social más que desahogada, como ella, desesperanzadas y buscando con ojo bizqueante el último retazo de

excitación que podían encontrar, y se daba cuenta de hasta qué punto el matrimonio había disminuido su voltaje personal. Lo cual no impidió que, pese a haberse enamorado de otro hombre, siguiera aferrándose el miedo de que eso era lo mejor a que podía aspirar, de que no importaban los pasos que diera para cambiar su situación, su vida siempre se vería medida por el canon de la mediocridad. Que últimamente dejara de aferrarse a él no era señal de que hubiera disminuido el miedo, sino de que sus dedos resbalaban, de que su energía ya no bastaba para mantenerla sujeta.

El avión llegó a la ciudad de Guatemala, sobrevolando las ajadas y verdes colinas moteadas por chozas cuyos colores parecían engañosamente brillantes y alegres desde las alturas. Richard hablaba sobre sus inversiones, y afirmaba que le alegraba haber comprado esto y aquello, porque las cosas empeoraban día a día.

—Se acerca una tormenta de mierda, nena —dijo, dándole una palmada en la rodilla—. Pero nosotros seguiremos tan cojonudamente.

A Lisa siempre le molestó que cuando se sentía especialmente orgulloso su lenguaje se hiciese mucho más vulgar, y se limitó a encoger los hombros en respuesta.

Alquilaron un coche tras pasar la aduana y condujeron hasta Panajachel, un pueblo situado a orillas del lago Atitlán. Había un hotel bastante elegante en el puerto, pero Richard insistió en lo de hacerlo «más auténtico» y se hospedaron en uno más barato que había a un extremo del pueblo; un edificio de yeso verde, con franjas rojas, una arcada en la entrada y un patio asfixiado por helechos, que conducía a lo que Richard llamaba «el conjunto sangraoídos», refiriéndose al rock and roll que aullaba desde las ventanas. La mayor parte de los otros huéspedes era jóvenes universitarios de vacaciones, una mezcla de franceses, escandinavos y americanos, así que Lisa se cambió de ropa en cuanto deshicieron las maletas, y se puso unos vaqueros y una camiseta para no destacar entre ellos. Cenaron en el comedor del hotel, amueblado y abarrotado con mesas y sillas de madera pintada de rojo, y que tenía el menú escrito en la pared en inglés y castellano. Richard parecía estar disfrutando; estaba relajado, y su vocabulario, salpicado con palabras que no había usado desde hacía una década. A Lisa le gustaba escuchar lo que se decía a su alrededor, cómo hablaban de droga y de cómo se trata la gente en Huehuetenango y ten cuidado si vas a Bogotá, tío, porque hay bandas de chavales por la calle que te dejan limpio... Esas conversaciones le recordaban el mundo que había recorrido cuando estaba en Vassar, antes de que Richard la atrapara. Era un médico que acababa de volver de Vietnam, angustiado por los horrores que vio, pero endurecido por haberlos presenciado; por aquel entonces le pareció una fuente de fortaleza, un caballero blanco, alguien que la rescataría. Pero, después de la boda, no fue capaz de recordar por qué había querido que la rescataran, y, ahora, pensaba que todo fue por

la emoción que intuía tras su aura de reciente violencia, habiéndosela atribuido a sí misma por una necesidad romántica de sentirse en peligro.

Siguieron ante la mesa después de cenar, observando a los jóvenes huéspedes perderse en la tarde y siendo observados a su vez —o al menos en el caso de Lisa— por un guatemalteco cuarentón con un bigote que era una línea de pelo, traje oscuro y cabello teñido. La observaba mientras comía, bajando la mirada cada vez que tenía que llevarse algo a la boca, y volviéndola a mirar luego. Normalmente Lisa se habría sentido irritada, pero le atrajo el evidente anonimato del hombre y adoptó un aire de flirteo, riéndose estentóreamente y moviendo mucho las manos, esperando así frustrarle.

—Se llama Raúl —dijo Richard—. Es un tratante de blancas que trabaja para el Generalísimo y tiene órdenes de conseguirle una gringa nueva para el harén.

—Es el tío de alguien —dijo Lisa—. Está aquí para resolver una disputa familiar. Está casado con una india, tiene siete niños y lleva puesto su único traje para impresionar a los americanos.

—¡Dios, eres una romántica! —tomó un sorbo de su café, hizo una mueca y bajó la taza.

Lisa le contestó con sarcasmo:

—Yo creo que es muy romántico. Digamos que me mira porque me desea. Si eso es cierto, probablemente ahora estará pensando cómo tratar conmigo, o preguntándose si podría darte su camión, que es su único medio de vida, a cambio de pasar una noche conmigo. Eso sí es algo romántico: una estupidez apasionada con todas sus malditas consecuencias.

—Supongo —dijo Richard, disgustado por la definición.

Tomó otro sorbo de café y cambió de tema.

Al atardecer bajaron hasta el lago. El pueblo era bastante encantador, con sus calles empedradas y sus casas blancas con tejas, pero las tiendas de *souvenirs* y las voces americanas bastaban para romper el encanto. De todos modos, el lago era hermoso. Estaba delimitado por tres volcanes, bordeado por palmeras, y había canoas indias brillando en la otra orilla. El agua parecía cubierta de vividos reflejos amarillos y escarlata, y las palmeras y los conos volcánicos se recortaban contra un cielo igualmente vivido, haciendo que el lugar tuviera el aspecto de un paisaje prehistórico.

Estaban en un muelle de madera cuando Richard la atrajo hacia sí para besarla, y ella volvió a sentir la emoción de su primer beso; pero sabía que no era auténtica, que era una magia falsa nacida de la preocupación y la geografía. Podían seguir viajando, llenando sus días con paisajes exóticos, cubrir sus vidas con reflejos, pero cuando se detuvieran descubrirían que se habían limitado a preservar las rutinas del matrimonio. No había forma de remediar su separación.

Los gallos la despertaron a la luz gris del amanecer. Recordó un sueño sobre un amante sin cara y se estiró rodando hasta su sitio. Richard estaba sentado ante la ventana, vestido con vaqueros y una camiseta. Él la miró, y devolvió la mirada a la ventana, a la vista del volcán verde pálido que se vislumbraba entre la niebla.

—No funciona —dijo, y cuando ella no le respondió, por estar aún medio dormida, enterró la cabeza en sus manos, apagando su voz—. No puedo seguir sin ti, nena.

Ella siempre temió este momento, pero no había ninguna razón para aplazarlo.

—Ahí está el problema —dijo—. Antes podías.

Se soltó de la almohada y se incorporó mirándole de frente.

—¿Qué quieres decir? —dijo él, levantando la cabeza sorprendido.

—¿Por qué tengo que explicártelo? Lo sabes tan bien como yo. Nos debilitamos, nos agotamos, nos deprimimos mutuamente. —Bajó los ojos para no verle la cara—. Puede que no sea cosa nuestra. Hay veces en que pienso que el matrimonio es un gran encantamiento, hecho con velos y pasteles, que estropea todo lo que toca.

—Lisa, sabes que no hay nada que yo no...

—¿El qué? ¿Qué es lo que harías? —Alisó las sábanas con furia—. No comprendo cómo conseguimos hacernos tanto daño. Si es culpa mía intentaré arreglarlo. Pero ya no podemos hacer nada. Al menos ya no juntos.

Richard emitió un largo suspiro, un suspiro como el de un hombre que acaba de desactivar una bomba y puede permitirse volver a respirar.

—Es él, ¿verdad? Todavía le quieres.

Le enfurecía que nunca utilizara su nombre, como si fuera esto lo que importara.

—No —dijo con rigidez—. No es él.

—Pero todavía le quieres.

—¡Eso no es lo que importa! Yo todavía te amo, pero querer... —Encogió las piernas y apoyó la cabeza en las rodillas—. Por Dios, Richard. No sé qué más decirte. Ya te lo he dicho un centenar de veces.

—Puede... puede que toda esta conversación sea algo prematura.

—¡Oh, Richard!

—No, de verdad. Sigamos adelante con el viaje.

—¿Y adónde, ahora? ¿A las montañas de la Luna? ¿A Brasil? Con eso no conseguiremos cambiar nada.

—¡No puedes estar segura de eso! —Se acercó a la cama, el rostro surcado por arrugas de desesperación—. Podemos quedarnos unos días más. Visitaremos la aldea del otro lado del lago. Allí es donde hacen las telas.

—Pero ¿por qué, Richard? Dios, ni siquiera comprendo por qué sigues queriéndome.

—Por favor, Lisa, te lo ruego. Después de once años, puedes intentarlo unos

cuantos días más.

—De acuerdo —dijo ella, cansada de herirle—. Unos días más.

—¿Y lo intentarás?

Siempre lo he intentado, quiso decirle, pero, entonces preguntándose si era cierto, todo lo cierto que debía ser, se limitó a decir:

—Sí.

La lancha motora que recorría el lago entre Panajachel y San Agustín tenía asientos para quince personas, y nueve de ellos estaban ocupados por alemanes, aparentemente familia (niños, dos grupos de padres, y una pareja de rollizos abuelos de sonrosadas mejillas). Exhalaban tosquedad y buena salud, haciendo que en comparación, Lisa pareciera refinada. Los hombres jalaban del tirante del sujetador de sus mujeres, que eran gruesas y con vello en las piernas, y lo soltaban, haciendo que el abuelo se ahogara de risa cada vez que lo hacían; los niños se quejaban. Pasaron todo el viaje tomándose fotos mutuamente. Debían de saber inglés, porque Richard bromeó acerca de ellos y frunció el ceño murmurando entre sí y mostrándose hostiles. Richard y Lisa se desplazaron a popa, habiéndoseles impuesto una unión superficial, y miraron cómo dejaban atrás la costa. Todavía era temprano, pero el sol arrancaba del agua reflejos de un blanco despedazado. Los volcanes parecían desalentadoramente reales a la luz del día, con laderas cubiertas por parches de hierba, maleza y raquílicas palmeras.

San Agustín estaba situado en la base del volcán más grande, y probablemente era lo que fue Panajachel antes de la llegada del turismo. La hierba crecía entre el empedrado, el encalado estaba desconchado en algunos sitios, y había niños desnudos en las puertas de los edificios, babeando y mascando caña de azúcar. En el interior de las casas se vivía en el siglo catorce; suelos sucios, calderos de hierro suspendidos sobre el fuego, gallinas picoteando y cerdos durmiendo. Las viejas indias parecían gnomos y manejaban los hilares tejiendo extraños tapices —como, por ejemplo, un dibujo de pájaros negros con forma de cráneos recortándose contra un fondo de cielos púrpura y árboles verdes, repitiendo una y otra vez la misma imagen— y montones de telas para vestidos que a simple vista parecían tener un centenar de colores, todos perfectamente armonizados. Lisa quería sentir pena por las mujeres, simpatizar con su pobreza y su particular condición de mujeres, y hasta cierto punto lo consiguió; pero las mujeres no se quejaban, parecían estar razonablemente contentas y sus tejidos eran superiores a cualquier cosa que ella hubiera hecho incluso cuando se dedicó en serio al arte. Compró varios metros de tela, intentó iniciar una conversación con una de las mujeres, que no hablaba ni inglés ni castellano, y volvieron al muelle, al único restaurante-bar de la aldea —un lugar que parecía salido de un *spaguetti western*, con una barandilla en el frente para atar los caballos, unos troncos pelados

sujetando el tejado del porche y un puñado de jóvenes americanos con pelo largo, apoyados en la barra tomando una cerveza.

—¡Santa marihuana! —dijo Richard parpadeando—. ¡Hippies! Me preguntaba dónde se habían metido.

Se sentaron ante una mesa junto a la ventana para poder ver las laderas del volcán. El rayado barniz de la mesa brillaba por la luz del sol. Las moscas bordoneaban en los recalentados cristales.

—¿Qué piensas? —dijo Richard, parpadeando por el brillo.

—Creo que probaremos unos días más —contestó ella con rigidez.

—¡Jesús, Lisa! Hablaba de las telas.

Richard adoptó una expresión dolorida.

—Lo siento. —Le tocó la mano, y él negó tristemente con la cabeza—. Es precioso... Me refiero a las telas. Preciosas. Oh, Dios, Richard. No pretendía ser tan brusca.

—Olvídalo. —Miró por la ventana, inexpresivo, como si estuviera pensando seriamente en subir al volcán, exagerando los problemas que eso entrañaba—. ¿Qué te parece?

—Hermoso —dijo Lisa con voz átona. El bordoneo de las moscas se intensificó, y le pareció como si le dijeran que lo intentara con más ímpetu—. Ya sé que parece una tontería, pero ver cómo trabajaba... ¿Cómo se llamaba?

—Expectación.

—Ah, sí. Bueno, pues que viéndola trabajar sentí como si estuviera viendo algo mágico, algo que crecía y crecía... —Siguió hablando, sintiéndose estúpida por tener que legitimar con ello lo que había sido un momentáneo vuelo de la imaginación, pero no se le ocurría ninguna otra cosa de la que hablar—. Algo que crecía eternamente. Con diferentes manos, claro, pero que era siempre lo mismo. Y que las tejedoras, pese a que tenían sus propias vidas y problemas, consideraban éstos menos importantes que lo que estaban haciendo. O sea, como si hubiera generaciones de tejedoras tejiendo algo que fuera más allá del tiempo y el espacio. Algo mágico y eterno.

Se rió, avergonzada.

—No es una tontería. Sé a lo que te refieres. —Echó atrás la silla y sonrió—. ¿Qué te parece si voy en busca de unas cervezas?

—De acuerdo —dijo ella animadamente, y sonrió hasta que Richard le dio la espalda.

Lisa pensó que ya la tenía. Ése era su plan, emborracharla, no lo bastante para que tuviera resaca, pero sí lo suficiente para alegrarla y animarla, y esta tarde irían a la siguiente aldea, a la siguiente atracción exótica, y más bebidas y la cena y un nuevo hotel. La mantendría en movimiento, en una cita interminable, en una seducción

infinitamente prolongada. Se imaginó a los dos como la silueta de dos bailarines bailando un tango sobre fronteras de países coloreados como en un mapa. Giraban y giraban, y lo triste, lo más triste de todo, era que, tarde o temprano, si él la mantenía girando, acabaría por perder su propia inercia y se vería arrastrada a ese remolino, a esa rutina de amor-en-el-remolino-sigamos-con-la-misma-vieja-magia-de-siempre. Luego vendría el último giro. La última vuelta. La máquina se pararía y se vería pegada al matrimonio como si fuera una camisa mojada, necesitando una mano que tirara de ella. Debía hacer ahora lo que tenía que hacer. En este mismo momento. Dar una escena, pegarle. Lo que hiciera falta. Si no... Él depositó de un golpe la botella de cerveza ante ella, y una sonrisa se colocó en su lugar por reflejo.

—Gracias —dijo.

—Por nada. —Hizo una reverencia galante, y se sentó—. Escucha...

Se oía un estrépito en el exterior, y a través de la puerta pudo ver un hombre barbudo y delgado atando un asno a la barandilla del exterior. Entró dando zancadas, se sacudió el polvo de los vaqueros como si fuera un *cowboy* y pidió una cerveza. Richard se volvió para mirar y rió por lo bajo. El hombre bien merecía una risa. Podía haber representado al espíritu de los sesenta, el Salvaje Rey Hippie. Su pelo era de un lustroso marrón pajizo que le llegaba hasta los hombros, y de él colgaban, todavía más abajo, dos largas plumas grises; los vaqueros estaban adornados con símbolos pintados, y en el matorral que tenía por barba había rayas de lo que parecía pintura verde. Notó que le miraban, les saludó y se acercó a ellos.

—¿Os importa si me siento, amigos? —Se derrumbó en una silla antes de que pudieran responder—. Me llamo Dowdy^[1] y pueden creérselo o no, pero es mi nombre y no una descripción mía.

Sonrió y sus ojos azules se animaron. Tenía rasgos afilados, delgados hasta el extremo de parecer apergaminados. La barba dificultaba el adivinar su edad, pero Lisa le echó unos treinta y cinco años. Su primera reacción había sido pedirle que se marchara; pero en cuanto empezó a hablar, percibió en él una sana alegría que la intrigó.

—Vivo allí arriba —continuó, señalando al volcán—. Llevo cuatro años allí.

—¿Dentro del volcán? —bromeó Lisa.

—¡Sí! Tengo un refugio justo bajo la boca. Es cálido en verano, y te hielas en invierno, y carece de las comodidades de un hogar. Siempre tengo que menear el trasero en Secretario —señaló al asno— para poder subir agua y víveres. —Al señalarle debió olerse el sobaco, de hecho aspiró bastante sonoramente—. Y conseguir un baño. Espero no oler demasiado para vosotros, amigos. —Tragó un tercio de su cerveza—. ¿Qué? ¿Les gusta Guatemala?

—Sí —dijo Richard—. ¿Cómo es que vive en un volcán?

—Es bastante peculiar, ¿verdad? —dijo Dowdy, a modo de respuesta. Miró a Lisa

—. ¿Y a usted, le gusta esto?

—No hemos visto gran cosa. Sólo el lago.

—¿Ah, sí? Bueno, esto no está tan mal. Lo mantienen en buen estado para los turistas. Pero el resto del país... ¡Guauuu! ¿Violento? —Dowdy hizo un aspaviento de exagerada incredulidad—. Tienen escuadrones de la muerte, guerrilleros, policía secreta, y esto por no mencionar a los habituales asesinos chiflados. Infiernos, si hasta tienen un partido político llamado Partido de la Violencia Organizada. Mala gente. Les encanta retorcerle los brazos a las personas y arrancárselos. No es que sean malvados o algo así. La culpa la tiene este país tan lleno de sangre y azufre y locuras mayas; todo eso acaba saliendo fuera y les vuelve locos. Por eso tenemos volcanes. Son válvulas de seguridad para echar fuera el exceso de veneno. Pero las cosas mejorarán.

—¿De verdad? —preguntó Richard divertido.

—¡Sí! ¡En serio! —Dowdy se echó atrás, recostándose en la silla, apoyando la botella de cerveza en el estómago; tenía un estómago prominente, como el del dibujo de un duende—. El mundo entero está cambiando. Supongo que ya habrán notado la manera en que las cosas están yéndose al infierno allá, en los Estados.

Lisa podría haber dicho que la pregunta había estado presente en el pesimismo político de Richard, y empezó a preparar una respuesta, pero Dowdy siguió hablando.

—Es parte del cambio —dijo—. Los científicos dicen saber cuáles son las causas para la violencia y la polución y el fracaso económico, pero lo que de verdad está pasando es que toda la realidad actual se resiste a los vientos del cambio. Todo eso no son más que síntomas del cambio real, de que todo va a llegar a un fin.

Richard lanzó un silencioso discurso con los ojos, indicando que ya era hora de marcharse.

—Vamos, vamos —dijo Dawdy, que había visto la señal—. No me confundas. No me refiero para nada al Apocalipsis. No soy uno de esos mormones plomos que rondan por la aldea predicando la Biblia. Esos imbéciles están tan asustados de la vida que tienen que viajar en parejas para que cada uno evite que corrompan al compañero. «¡Cuidado, Billy! Vas a pisar un pecado.» —Dowdy miró al techo parodiando una oración—. «Buen Jesús, dame fuerzas para poder quitarme este pecado del zapato.» Y a continuación se marchan purificados, con su corte de pelo puro estilo americano, sus almas abarrotadas de oraciones parroquiales y sus cruces alrededor del cuello para alejar a las mujeres vampiro. ¡Mierda! —Se echó adelante, apoyando los codos en la mesa—. Pero estoy desviándome del tema. Yo también tengo una religión, pero no tiene nada que ver con Jesús. Si quieren les hablo de ella; no tengo por qué obligarles a que se la traguen.

—Bueno —empezó Richard, pero Lisa le interrumpió.

—Tenemos una hora hasta que salga la lancha. ¿Tiene algo que ver su religión

con que viva en el volcán?

—Desde luego. —Dowdy sacó del bolsillo de la camisa un cigarro liado a mano, lo encendió y expulsó un chorro de humo que se condensó contra los cristales de la ventana en una nube azulada—. Yo solía fumar, beber —acarició la cerveza— y asediar a las señoras. ¡A Dios gracias, la religión no ha cambiado nada de esto! —Se echó a reír, y Lisa le sonrió. Fuera lo que fuese lo que ponía de tan buen humor a Dowdy, parecía ser contagioso—. La verdad es que no tenía nada de alborotador. Era un tipo bastante tímido de un pueblecito de Tennessee. De un pueblo tan pequeño que mi padre decía poder escupir de un límite al otro del pueblo. De todos modos, era tímido pero también bastante listo y con esa combinación encuentro natural que acabaría metiéndome en ordenadores. Así podía hablar con alguien con quien me sentía a gusto. Cuando salí de la universidad conseguí un trabajo en Silicon Valley para diseñar *software*, y allí estaba yo siete años después... Viviendo en un apartamento sin amigos de verdad, sin fotos en las paredes, y un montón de terminales. Hecho todo un ratón de computadora. ¡Bueno! Pues, no sé cómo, pero se me ocurrió tomarme unas vacaciones. Nunca las había tenido. Digo yo que imaginaría que acabaría pasándolas en algún sitio raro, sentado en una habitación y pensando en computadoras, así que ¿para qué molestarse? Pero esta vez estaba decidido a tomármelas y me vine hasta Panajachel. Los primeros días hice lo que probablemente habréis hecho vosotros; vagabundear sin conocer a nadie, comprar cosas. Entonces tomé la lancha que cruza el lago y conocí al viejo Murciélagu. —Chasqueó la lengua contra los dientes—. Tío, al principio no sabía lo que pensar de él. Era el hombre más viejo que había visto nunca, parecía tener siglos. Todo encorvado, y tan arrugado como una nuez. No sabía inglés, sólo cakchiquel, pero le acompañaba un mestizo que le servía de intérprete, y fue mediante él que descubrí que Murciélagu era un brujo.^[2]

—Un brujo —le dijo Lisa, que había leído a Castañeda, a Richard, que no lo había leído.

—Eso es —dijo Dowdy—. Naturalmente no le creí. Pensé que sería alguna clase de engañabobos local. Pero me dejó intrigado y me mantuve cerca de él para ver de qué iba. Bueno, pues una noche me dijo, por intermedio del mestizo: «Me caes bien. No hay nada malo en ti que no pueda curarse con un poco de magia. Si no te importa, me encantaría hacerte un regalo». Yo me dije: «Oh-oh, aquí lo tenemos». Pero pensé que no me haría daño seguirle el juego, y le dije que adelante. Él entonó un cántico y me echó unos polvos en la boca y murmuró y me tocó, y con esto terminó. «Ahora te encontrarás bien», me dijo. Me encontraba algo extraño, pero no mejor de lo que estaba. No había intentado sacarme las perras, y esa misma noche noté que su magia me hacía efecto. Estaba totalmente confundido, y lo único que se me ocurrió hacer fue subir hasta el volcán, que era donde vivía, e interrogarle sobre el tema.

Murciélago estaba esperándome. El mestizo se había ido, pero dejó una nota explicándomelo todo. Parece ser que había aprendido todo lo posible del Murciélago y había renunciado a su antiguo puesto, y ya era momento de que el viejo tuviera un nuevo aprendiz. Me decía cómo cocinar para él, me deseaba suerte y que ya nos veríamos. —Dowdy hizo girar el cigarro y contempló cómo ascendían los aros de humo—. Estoy con él desde entonces y no lo he lamentado ni un solo día.

Richard le miraba, incrédulo.

—¿Dejó un trabajo en Silicon Valley para ser el aprendiz de un hechicero?

—Eso es. —Dowdy tiró de una de las plumas que llevaba en el pelo—. Pero no dejé nada que fuera real, Richard.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—La gente se desarrolla para estar a la altura de su nombre. Sólo hay que saber verlo; lo llevan escrito en su persona. Cosa de la mitad de la magia consiste en poder ver con claridad.

—Ha leído nuestros nombres en la lista de pasajeros de la lancha —bufó Richard.

—No te culpo por creerlo. Resulta difícil aceptar la existencia de la magia. Pero no ha sido así. —Vació los restos de su cerveza—. Tú fuiste fácil de leer, pero Lisa fue más difícil porque nunca le ha gustado su nombre. ¿Verdad?

Lisa asintió, sorprendida.

—Sí, veréis, cuando a una persona no le gusta su nombre... digamos que se emborrona la escritura y tienes que descartar un montón de nombres a medio formar para llegar a ver el actual. —Dowdy suspiró pesadamente y se levantó—. Es hora de que haga unos recados, pero voy a deciros algo. Haré que el viejo Murciélago esté en este bar a las siete en punto, y así juzgáis vosotros mismos. Todavía podréis tomar la lancha de las nueve. Sé que le gustará conoceros.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—No me toca a mí explicártelo. Mira, Rich, no pienso retorcerte el brazo para que te quedes, pero si vuelves a Panajachel te limitarás a vagabundear dando vueltas y puede que a comprar alguna mierda. Si te quedas, bueno, pues creas o no creas que Murciélago es un brujo, al menos estarás haciendo algo que saldrá de la rutina. Incluso puede que te regale algo.

—¿Qué te regaló a ti? —preguntó Lisa.

—El don de la cháchara —dijo Dowdy—. Me sorprende que no lo dedujeras tú misma, Lisa; puedo ver que eres un espíritu receptivo. Claro que eso sólo es parte del regalo. El envoltorio, por decirlo así. Como dice Murciélago, un auténtico regalo no puede ser identificado con un nombre. —Le guiñó un ojo—. Pero le salió bastante bien, ¿verdad?

En cuanto Dowdy se marchó, Richard le preguntó a Lisa si quería echarle otra

mirada a las telas antes de volver, pero ella respondió que le gustaría conocer a Murciélago. El se opuso un poco, pero luego aceptó. Lisa sabía lo que pensaba. No le interesaba el brujo, pero a ella sí; sería una Experiencia, un Recuerdo Compartido, algo más de impulso al remolino de su matrimonio. Para pasar el rato, Lisa compró un cuaderno de notas en una tiendecita, cuyo inventario completo habría cabido en sus maletas, y se sentó fuera del bar para dibujar los volcanes, la gente, las casas. Richard emitía oes y aes ante los dibujos, pero a ella le pareció que carecían de vida; estaban bien hechos, pero sin alma y faltos de inspiración. De todos modos siguió con ellos, por no tener nada mejor que hacer.

Cerca de las cuatro aparecieron nubarrones de tormenta tras el volcán, cayeron frías gotas de lluvia y se retiraron al interior del bar. Lisa no tenía intención de emborracharse, pero se descubrió bebiendo al ritmo de Richard. Él solía entretenerse acariciando un momento la botella, arrancando la etiqueta con la uña, y, cuando había arrancado del todo la etiqueta, vaciaba la botella en un par de tragos y pedía dos más. Ya estaba alegre a la cuarta botella, y con la sexta caminar hasta el cuarto de baño se convirtió en una aventura vertiginosa. Incluso tropezó con el único otro cliente del bar, un chico de pelo largo que quedaba del grupo de la mañana, y le hizo derramar la bebida. «Ha sido un placer», dijo maliciosamente cuando ella se disculpó, deslizando las manos por sus caderas como si la alejara gentilmente de él. A ella le habría gustado mirarle provocativamente, pero estaba demasiado atontada. El cuarto de baño sólo la emborrachó más. Era una cámara de los horrores, con un agujero en medio del suelo y unas huellas de pies a cada lado, unos pedazos de papel marrón esparcidos por el lugar, manchas oscuras por todas partes y apestoso. Había una ventana estrecha desde la que, si se ponía de puntillas, podía distinguirse un paisaje con dos volcanes y un lago. El agua reflejaba el negro grisáceo del cielo. Miró a través del sucio cristal, viendo como se agitaban las olas contra la costa, y pronto se dio cuenta de que miraba el paisaje con algo parecido a la nostalgia, como si la tormenta trajera la promesa de una resolución. El barman había encendido tres lámparas de queroseno para cuando volvió al bar; le añadían una apagada gloria al lugar, proyectando destellos sobre la superficie del mostrador y brillantes reflejos anaranjados en los cristales de las ventanas. Richard le tenía preparada una nueva cerveza.

—Puede que no vengan con la lluvia —dijo.

—Puede que no. —Bebió un trago de cerveza. Empezaba a gustarle su sabor amargo.

—Probablemente sea mejor así. He estado pensando, y estoy seguro de que sólo quería robarnos.

—Estás paranoico. Si pretendía hacernos eso, habría elegido un lugar sin soldados.

—Bueno, desde luego, tenía algo en mente..., pero tengo que admitir que nos

contó una historia bastante inteligente. Todo eso sobre sus dudas hizo que nos tragáramos cualquier otra cosa que quisiera colarnos.

—No creo que quisiera colarnos algo. Puede que esté algo ido, pero no es un criminal.

—¿Cómo diablos puedes decir eso? —Se enzarzó con un trozo rebelde de etiqueta—. ¿Intuición femenina? Por Dios, sólo estuvo aquí unos minutos.

—Sabes una cosa —dijo ella con furia—. Me lo merezco. Llevo aguantando toda esa estupidez de la intuición femenina desde que nos casamos. He dejado que tú juegues a ser el inteligente, mientras que yo —puso acento sureño y voz aflautada— yo soy la que tiene esas intuiciones. Te juro que no sé de dónde salen, pero casi siempre acierto. Debo tener poderes psíquicos, o algo así. ¡Jesús!

—Por favor, Lisa.

Richard parecía derrotado, pero estaba borracha y harta y no podía detenerse.

—Cualquier idiota se daría cuenta que Dowdy es un buen tipo, aunque algo extraño. ¡No es ninguna amenaza! Pero tienes que convertirlo en eso para que puedas sentir que me proteges de peligros de cuya existencia soy demasiado ingenua para darme cuenta. ¿Qué es lo que conseguirás así? ¿Borraré el hecho de que te he sido infiel y he pisoteado tu autoestima? ¿Te devuelve tu orgullo masculino?

Su cara reaccionó, y ella deseó que la golpeará, que marcara la lobreguez de sus vidas con un único momento de sorpresa y claridad. Pero se dio cuenta que no lo haría. Se escudaba en su tristeza para derrotarla.

—Debes odiarme —dijo.

Ella inclinó la cabeza, su ira se vació en el agujero creado por su voz muerta.

—No te odio. Sólo estoy cansada.

—Vámonos a casa. Olvidémoslo todo.

Ella levantó la cabeza, sorprendida. Sus labios se convirtieron en una línea, un músculo se tensó en su mandíbula.

—Podemos coger un avión mañana. O al día siguiente si mañana no hay. No intentaré retenerte más tiempo.

Lisa se sorprendió por el pánico que sentía. No sabía si era debido a la sorpresa, a ese tipo de sorpresa que sientes cuando no has cerrado bien la puerta del coche y de repente se te abre en marcha y la descubres ahí, abierta, sin estar preparada para ver el asfalto corriendo a tu lado; o si era porque nunca había querido la libertad, como si todas sus protestas no fueran más que un modo de matar el aburrimiento. Puede que esto fuera una nueva táctica por su parte, pensó ella, y se dio cuenta de que todo lo que había entre ellos se habían vuelto tácticas. Jugaban el uno con el otro sin un esfuerzo consciente, y sus juegos bordeaban el absurdo. Para su sorpresa, se oyó a sí misma hablar con voz trémula.

—¿Es eso lo que quieres?

—¡Infiernos, no! —Golpeó la mesa con la palma de la mano, haciendo temblar las botellas—. ¡Te quiero a ti! Quiero niños, amor eterno..., todas esas cosas estúpidas e imbéciles que queríamos al principio. Pero, tú ya no las quieres, ¿verdad?

Lisa se dio cuenta de que le había proporcionado voluntariamente una abertura por las que hacer pasar su masculinidad y su postura moral, combinando ambas en un terrible gancho al corazón. «¡Oh, Jesús, somos patéticos!» Las lágrimas fluyeron de sus ojos, tuvo un extraño sentimiento de localización, como si mirara hacia arriba desde un agujero abierto en los estratos de sus diferentes estados de ánimo. Borracha, en un mugriento bar, en Guatemala, a la sombra de los volcanes, bajo un cielo de tormenta, con la extraña madeja de su relación abarcándolo todo, uniéndolo todo.

—¿Verdad? —dijo él, frunciendo el ceño, pidiéndole que terminara el juego, que dijera súfrase, que admitiera la única verdad que les impedía terminar de una vez por todas su inseguridad.

—No lo sé —respondió ella; intentó decirlo con un tono neutral, pero le salió desesperanzado.

La oscuridad de la tormenta pasó, siendo sustituida por la auténtica oscuridad, que llegó a cubierto de las últimas nubes. Las estrellas brillaron sobre el cono del volcán. La comida del bar era grasienta —pescado frito, judías y una ensalada que le daba miedo comer (había manchas en la lechuga)—, pero comer la serenó, y consiguió iniciar una conversación sobre las últimas comidas. «¿Recuerdas el extraño chino de Mérida, salsa caliente con la Langosta a la Cantonese? ¿O lo que consideraban crepés en el hotel de Zihuatanejo?» Cosas así. El barman sacó un tocadiscos portátil y puso un álbum de baladas románticas entonadas por un hombre con voz sexy y un coro femenino. La aguja saltaba continuamente, y el barman acabó desconectándolo con un encogerse de hombros y una sonrisa de disculpa. Dieron las siete y media, y hablaron sobre si Dowdy se presentaría o no y sobre si cogerían la lancha de las ocho. Y entonces apareció. Estaba en la entrada junto a un hombre pequeñito y encogido que se apoyaba en un bastón. Tenía el rostro muy arrugado, con la piel del color de la caoba vieja, y vestía unos rugosos pantalones blancos y una manta gris envuelta alrededor de los hombros. Toda su vitalidad parecía concentrarse en un sorprendente penacho de espeso pelo blanco que, a los ebrios ojos de Lisa, parecía una llama blanca surgiendo de su cráneo.

El anciano tardó casi todo un minuto en recorrer la longitud del lugar, y un tiempo considerable en agacharse, temblando y jadeando, para sentarse en una silla. Dowdy cogió otra silla para sentarse él. Se había limpiado la pintura de la barba, y tenía el pelo limpio, libre de plumas. También habían cambiado sus modales. Ya no era jovial, sino callado y serio, y había mejorado hasta su gramática.

—Mirad. No sé lo que va a decirnos Murciélago, pero es un hombre que dice lo

que piensa y hay veces en que le dice a la gente cosas que no le gusta oír. Limitaos a recordar que no lo hace con mala voluntad y no os molestéis. ¿De acuerdo?

Lisa le dirigió al hombre una sonrisa tranquilizadora, para que no pensara que iban a reírse de él, pero al mirarle a los ojos desapareció todo pensamiento de tranquilizarse. Eran ojos normales, oscuros, apagados bajo la luz de las lámparas. Pero, de alguna forma, resultaban atrayentes, como los de un animal, irradiando una extrañeza que te atraía a ellos. Hacían que el resto del arruinado rostro careciera de importancia. Le murmuró algo a Dowdy.

—Quiere saber si tenéis alguna pregunta —dijo Dowdy.

Richard parecía estar tan fascinado por el anciano como Lisa; había esperado que se mostrara hiriente y sardónico, pero, en vez de eso, se aclaró la garganta y habló en tono grave.

—Me gustaría oírle hablar sobre cómo está cambiando el mundo.

Dowdy repitió la pregunta en cakchiquel, y Murciélago empezó a hablar mirando a Richard, con una voz que no era más que un susurro ronco. Finalmente hizo un gesto cortante, indicando que había terminado, y Dowdy se volvió a ellos.

—Es como sigue —dijo—. El mundo no es uno, sino muchos. Centenares y centenares de mundos. Hasta los que no tienen el poder de una visión clara pueden percibir esto si tienen en cuenta la miríada de realidades que contiene el mundo que ven. Resulta fácil imaginar los centenares de mundos como luces de diferentes colores enfocadas en un solo punto, variando el grado de efectividad de cada luz según sea la parte que jueguen en la determinación del carácter de ese punto. Lo que está pasando ahora es que la luz con más fuerza, la más responsable a la hora de determinar este carácter, está apagándose y hay otra que empieza a aumentar de brillo y a dominar a las demás. Cuando haya conseguido la dominación, terminará la vieja era y empezará la nueva.

Richard sonrió con afectación, y Lisa se dio cuenta de que se había limitado a darle cuerda al viejo.

—Si ése es el caso —dijo moqueando—, entonces...

Murciélago le interrumpió con un estallido de duras y furiosas sílabas.

—No le importa si le cree o no —dijo Dowdy—. Sólo si ha comprendido sus palabras. ¿Lo ha hecho?

—Sí —dijo Richard confundido—. Pregúntele cómo será la nueva era.

Se repitió el proceso de interpretación.

—Será la primera era de la magia —dijo Dowdy—. Verás, todos los viejos cuentos de magos y grandes bestias y guerreros y reyes que no morirán, no son fantasías o fragmentos de un distante pasado. Son visiones, los primeros vistazos confusos de un futuro que está a punto de amanecer vistos hace largo tiempo. Este sitio, el lago Atitlán, es uno de esos lugares donde ha amanecido antes, donde la luz

de la nueva era brilla con más fuerza y sus formas son visibles para aquellos que pueden ver. —El anciano volvió a hablar y Dowdy alzó una ceja—. ¡Hmmm! Me dice que te cuenta esto porque, por razones que no le son claras, serás más parte de la nueva era que de la vieja.

Richard le dio a Lisa un codazo bajo la mesa, pero ella decidió ignorarlo.

—¿Y por qué no ha notado nadie este cambio? —preguntó.

Dowdy tradujo y al momento obtuvo respuesta.

—Murciélago dice que él lo ha notado, y pregunta si no lo has notado tú mismo. ¿No has notado en tu país el aumento en el interés por la magia y otros temas ocultos? Y seguro que debes haber notado el derrumbe actual de los sistemas, las economías y los gobiernos. Esto se debe al hecho de que la luz que les fortalecía está debilitándose, no a otras causas. El amanecer puede tardar siglos en concretarse en día, y para entonces las tristezas de esta era desaparecerán de la memoria de todos, excepto de la de esos pocos que sean capaces de recurrir al poder de ese amanecer y vivir mucho en sus cuerpos humanos. Habrá muchos que mueran y renazcan. El cambio llegará sutilmente, como cuando el anochecer precede al atardecer, una fusión casi imperceptible de la luz en la oscuridad. Será notado y será registrado. Y luego, será olvidado igual que la última era.

—No quiero ser impertinente —dijo Richard, dándole otro codazo a Lisa—, pero Murciélago parece bastante frágil. No creo que pueda tener un gran papel en todo esto.

El anciano golpeó el suelo con su bastón para dar énfasis a su respuesta, y el tono de Dowdy al hablar fue quisquilloso.

—Murciélago mantiene luchas contra enemigos cuya naturaleza sólo empieza a discernir. No tiene tiempo que perder con imbéciles. Pero te responderá porque no eres del todo imbécil y porque necesitas instrucción. Su poder aumenta día a día, y por las noches el volcán apenas puede contener su fuerza. Pronto se despojará de esta fragilidad y fluirá con su forma espiritual. No responderá a más preguntas tuyas. —Dowdy miró a Lisa—. ¿Tienes alguna pregunta?

Notó como la mirada de Murciélago ardía en ella, y se sintió desorientada, tan insustancial como uno de los destellos que surcaban sus ojos.

—No lo sé —dijo—. Sí. ¿Qué piensa de nosotros?

—Es una buena pregunta —dijo Dowdy, tras hablar con Murciélago—, porque está relacionada con el conocerse a sí mismo, y todas las preguntas importantes son concernientes al yo. No te diré lo que eres. Lo sabes ya, y te avergüenza ese conocimiento. Es manifiesto lo que eres, y tú lo sabrás pronto. De todos modos responderé a la pregunta que no has hecho, a la que más te preocupa. El hombre y tú os separaréis y os reuniréis, os separaréis y os reuniréis. Muchas veces. Pues no sois compañeros, pese a ser amantes, y cada uno tiene que seguir su propio sendero. Te

ayudaré en esto. Te liberaré de los lazos que te sujetan y te devolveré a tu estado normal. Y cuando esto se haya hecho, el hombre y tú podréis compartiros mutuamente, y podréis separaros y reuniros sin debilidades ni tristezas.

Murciélago buscó algo bajo la manta, y Dowdy miró alternativamente a Richard y a Lisa.

—Quiere haceros un regalo —dijo.

—¿Qué clase de regalo? —preguntó Richard.

—Un regalo no se reconoce por su nombre —le recordó Dowdy—. Pero no será un misterio durante mucho tiempo.

El anciano volvió a murmurar y alargó una mano temblorosa hacia Richard; en su palma había cuatro semillas negras.

—Debéis tragarlas una cada vez —dijo Dowdy—. Y cuando lo hagáis canalizará su poder a través de ellas.

El rostro de Richard se tensó por la sospecha.

—Es alguna clase de droga, ¿verdad? Me tomo cuatro y no me importará lo que me pase.

Dowdy volvió a su yo antigramatical.

—La vida es droga, tío. Te crees que el viejo y yo vamos a fliparte para poder mangarte tus cheques de viaje. ¡Mierda! No piensas con claridad, tío.

—Y puede que sea exactamente lo que vas a hacer —dijo Richard incommovible—. Y no pienso picar.

Lisa puso su mano en la de él.

—No van a haceros ningún daño. ¿Por qué no lo pruebas?

—Te has creído todo este fraude, ¿verdad? —Apartó la mano, con aire traicionado—. ¿Te has creído todo lo que ha dicho sobre nosotros?

—Me gustaría creerlo. Sería mejor que lo que tenemos, ¿no te parece?

La llama de la lámpara vaciló, y una sombra cubrió su rostro. Luego la llama pareció estabilizarse, y también pareció hacerlo él. Era como si el brillo naranja hubiera consumido once años de pensamientos erróneos, y el viejo Richard, seguro de sí mismo y nada paranoico, brillara en ella. Cristo, quiso decir ella, por un momento volviste a ser tú de verdad.

—¡Ah, infiernos! El que me robe la cartera sólo me robará un dólar con cuarenta centavos, ¿entendido? —Fue por las semillas de la mano de Murciélago, cogió una y se la llevó a la boca—. Cuando queráis.

Antes de dejar que Richard se tragara las semillas, Murciélago canturreó un tiempo. La canción recordó a Lisa una pelea cómica de una película en la que el chico mantenía una conversación entre puñetazos y esquives, elaborando sus palabras en frases cortas y precipitadas. Murciélago aumentó la cadencia, señaló a Richard, y gruñó cada vez que tragaba una semilla, añadiendo a la letanía algo que a Lisa le

parecieron palabras de mágico inglés.

—¡Dios! —dijo Richard, con los ojos muy abiertos y una mirada burlona—. ¡No tenía ni idea! ¡Esos colores! ¡Esa infinita armonía! Si sólo... —Se interrumpió y pestañeó como si se le hubiera ocurrido algún pensamiento poco habitual.

—¿Dónde están las mías?

—Para ti será diferente —dijo Dowdy—. Tiene que ungirte, tocarte.

Ante esto, Richard habría gastado una broma sobre viejos verdes, pero estaba mirando por la ventana a las figuras de la calle. Lisa le preguntó si se encontraba bien, y él le dio unas palmadas en la mano.

—Sí, no te preocupes. Sólo estoy pensando.

Murciélago había sacado un frasco de un líquido color yodo y metía los dedos en él, humedeciéndose las yemas. Volvió a cantar, esta vez con una canción más suave, más lenta, con el ritmo del eco desvaneciéndose, y Dowdy hizo que Lisa se inclinara hacia delante para que el anciano no tuviera que esforzarse para alcanzarla. La canción pareció rodearla, haciendo que sus pensamientos vagaran con lentitud. Unos encallecidos dedos marrones temblaron frente su cara. Las callosidades estaban agrietadas y las grietas sucias de mugre. Cerró los ojos. Los dedos dejaron huellas húmedas y frías en su piel, y pudo sentir la forma que dibujaba en ella. Una máscara. Ampliaba sus ojos, le daba una sonrisa, trazaba espirales sobre los pómulos y la frente. Pensó que estaba dibujando la forma de su auténtica cara, haciendo lo que la llama de la lámpara había hecho por Richard. Entonces los dedos le acariciaron los párpados. Sintió una sensación acuciante y algo centelleó detrás de sus ojos.

—Manténlos cerrados —recomendó Dowdy—. Pasará.

Cuando por fin los abrió, Dowdy ayudaba a Murciélago a incorporarse. El anciano asintió pero no le sonrió hasta que no estuvo con Richard; por el gesto de la boca, pensó que estaba calibrándola, o juzgando su obra.

—¡Eso es todo, amigos! —dijo Dowdy sonriendo—. ¿Veis? Sin trucos sucios, ni nada en la manga. Sólo la vieja y nueva magia de sé-fiel-a-tu-propia-alma. —Levantó los brazos y les saludó como si fuera un evangelista—. ¿Lo notáis, hermanos y hermanas? ¿Sentís como se abre paso por entre vuestros huesos?

Richard farfulló afirmativamente. Parecía perdido en sí mismo, estudiando la pauta de rasgaduras que su dedo había dejado en la etiqueta de la botella de cerveza, y Lisa empezó a sentirse perdida.

—¿Tenemos que pagarle algo? —le preguntó a Dowdy, con voz diminuta y metálica, como la de un mensaje grabado.

—Habrà un día en que la respuesta sea sí —dijo Dowdy—, pero no ahora.

El anciano cojeaba hacia la puerta, con Dowdy sujetándole por el brazo.

—Adiós —dijo Lisa, alarmada por su abrupta salida.

—Sí —dijo Dowdy por encima del hombro, prestando más atención en ayudar a

Murciélago—. Nos vemos.

Permanecieron casi todo el tiempo en silencio mientras esperaban la lancha, limitando su conversación a preguntarle al otro cómo le iba, y, luego, a bordo de la lancha, rodeados por el agua negra que brillaba bajo las estrellas y el traqueteo del motor, su silencio se hizo más profundo aún. Se sentaron tocándose con los muslos, y Lisa se sintió cercana a Richard, pero también sintió que la cercanía no era importante, y que si lo era, tenía la importancia del monumento, de un tributo a pasadas cercanías, porque lo que había entre ellos estaba cambiando. Sí, también podía sentir eso. Se redefinían antiguas actitudes, se desenredaban las madejas, salían a la luz sombríos rincones de sus almas. Sabía que esto también le pasaba a Richard, y se preguntó cómo lo sabía, si su regalo era conocer esas cosas. Pero el primer atisbo de su regalo fue cuando notó que las estrellas brillaban con diferentes colores —rojo, amarillo, azul y blanco— y que ante ellas pasaban pálidas cosas gaseosas. Se dio cuenta de que eran nubes. Nubes muy altas que no habría visto normalmente. La visión le produjo escalofríos, pero una presencia dentro de ella no admitió los escalofríos, y se dio cuenta de que la presencia había estado allí siempre. Igual que los verdaderos colores de las estrellas. Era su asustado yo el que era relativamente nuevo, un factor oscurecedor, y que, como las nubes, también estaba pasando.

Pensó en decírselo a Richard, pero decidió que estaría ocupado intentando descifrar su propio regalo. Se concentró en el suyo, y, cuando caminaban desde el muelle al hotel, vio halos alrededor de las hojas, brillos a todo lo largo de los cables eléctricos y películas opacas moviéndose sobre los rostros de la gente.

Fueron directamente a su habitación y se tumbaron en la oscuridad sin intercambiar palabra alguna. Pero la habitación no estaba oscura para Lisa. Puntos de fuego florecían y se consumían en pleno aire, torrentes de luz fundida se extendían por las grietas de la pared, y en una ocasión vio una forma humana, a la que identificó como un fantasma vistiendo ropas de hombre, cruzando desde la puerta hasta la ventana, y desapareciendo a continuación. Todo el mobiliario de la estancia adquirió un brillo dorado en los bordes, brillando más y más, hasta que pareció que tenían más de una forma sobreimpuesta. Llegó a haber tanta luz que le desconcertó y, pese a no tener miedo, deseó tener un momento de normalidad sólo para recuperarse. Y su deseo le fue concedido. Con un parpadeo, la habitación volvió a ser unos bultos en la oscuridad y un rectángulo de luz en el suelo proyectado por la ventana. Se incorporó de golpe, asombrada por controlarlo con tanta facilidad. Richard hizo que volviera a tumbarse ante él.

—¿Qué pasa? —le preguntó. Ella le contó algo de lo que había visto—. Parecen alucinaciones —dijo él.

—No, no es así como las siento. ¿Y tú?

—Yo no alucino. Me siento inquieto, tenso, y no dejo de pensar que voy hacia alguna parte. Quiero decir que tengo una sensación de movimiento, de velocidad, y casi puedo decir dónde estoy y con quién voy. Estoy lleno de energía; como si volviera a tener dieciséis años, o algo así. —Hizo una pausa—. Y estoy pensando cosas que deberían asustarme pero que no lo hacen.

—¿Cómo qué, por ejemplo?

—En nosotros, por ejemplo —rió—, y éste es realmente el «por ejemplo» más importante, y he comprendido que lo que dijo el viejo sobre separarnos es cierto, y no quiero aceptarlo. Pero no puedo evitar aceptarlo. Sé que es cierto y lo mejor que podemos hacer. Todo eso. Y entonces vuelvo a tener esa sensación de movimiento. Como si sintiera la forma de algún acontecimiento o... —Meneó la cabeza, confundido—. Puede que al final nos drogaran, Lisa. Sonamos como una pareja de colgados de los sesenta.

—No creo —dijo, y luego, tras una pausa, preguntó—. ¿Quieres hacer el amor?

Recorrió con los dedos la curva del estómago de Lisa.

—No te ofendas, pero no estoy muy seguro de poder concentrarme ahora en eso.

—Muy bien, pero...

Richard rodó hasta su lado, presionando su cuerpo contra el de ella, dejando que su aliento acariciara sus mejillas.

Escondió la cara en el pecho de él, avergonzada.

—Es sólo que estoy caliente.

—Por Dios, Lisa. Eliges momentos muy extraños para excitarte.

—Tú también tienes tus momentos extraños.

—Siempre me he comportado correctamente con la señora —dijo con acento inglés.

—¿De verdad? ¿Y aquella vez en el lavabo de Jim y Karen?

—Estaba borracho.

—Y ahora yo estoy nerviosa. Ya sabes cómo me afecta eso.

—Una afección glandular bastante corriente, *fraulein* —respondió, esta vez con acento alemán—. Corregible con cirugía menor. —Se rió y abandonó el acento—. Me pregunto lo que harían Karen y Jim en nuestro lugar.

Estuvieron un rato contándose lo que harían sus diferentes amigos y después yacieron en silencio, rodeándose con los brazos. El corazón de Richard latió contra el pecho de Lisa y ella pensó en la primera vez que estuvieron juntos de esta manera. Lo protegida que se sintió, y lo frágil que le hacía a Richard la fuerza de su latido. Le había parecido que podría alargar la mano hacia su pecho y tocarle el corazón. Y habría podido. Tenías tanto poder sobre tu amante; su corazón está a tu cuidado, y, en momentos como éste, resulta fácil pensar que el cariño existirá siempre. Pero los momentos te fallan. Son cimas, y de ellas bajas por una pendiente donde se disuelve

el cariño convirtiéndose en desconfianza y egoísmo, donde te das cuenta que esa sensación de estar protegido era ilusoria, y que esos momentos son pocos y muy distanciados. El matrimonio ansia institucionalizar legalmente esos momentos, para prolongarlos durante un número ridículo de años; pero lo único que hace es disminuir esa intensidad y abrirte a un nuevo potencial para el fracaso. Todo el mundo habla de «buenos matrimonios», esos que evolucionan para ser amistades consagradas, para ser meras pasiones del espíritu. Puede que exista. Puede que haya —como había implicado Murciélago— auténticos compañeros.

Pero la mayoría de los casados veteranos que había conocido Lisa estaban sencillamente agotados, cansados de luchar, y habían alcanzado un acomodo con sus compañeros basado en la desesperación mutua. Si Murciélago tenía razón, si el mundo estaba cambiando, posiblemente también cambiará el estado del matrimonio. De todos modos, Lisa lo dudaba. Los corazones también tendrían que cambiar, y ni siquiera la magia podía afectar su naturaleza básica. Es como una caracola, puedes ponerte una en el oído y oír la triste verdad de un océano que rompe contra la playa desierta. Siempre estaban vacías, siempre insatisfechas. «Las llenan los hechos», dijo una casi voz dentro de su cabeza, y casi supo de quién habría sido la voz. Dejó a un lado ese conocimiento, queriendo retener el momento.

Algo chilló en el patio. Era normal. Por la noche, el patio era frecuentado por grupos de gente fumando droga e intercambiándose anécdotas de viaje. La noche anterior, dos chicas francesas y un chico americano montaron una pelea con pistolas de agua, y las chicas chillaban cada vez que eran alcanzadas. Pero esta vez el chillido estuvo acompañado por gritos en castellano y mal inglés, y de un grito de puro terror, y, luego, de silencio. Richard se levantó de un salto y entreabrió la puerta. Lisa fue tras él. Otro grito en castellano —reconoció la palabra doctor—. Richard se llevó un dedo a los labios y salió fuera. Recorrieron juntos el muro que llevaba al patio y miraron. Había una docena de huéspedes junto a la pared del fondo, algunos con las manos en alto. Frente a ellos había tres hombres y una mujer, con rifles automáticos. Adolescentes, vistiendo vaqueros y camisetas. En el suelo había un cuarto hombre, con la cabeza y las manos envueltas en vendajes. Los huéspedes estaban muy pálidos —a esa distancia sus ojos parecían pasas en pasta sin cocer— y había un par de mujeres llorando. Uno de los hombres con rifle estaba herido, una mancha de sangre teñía su costado y tenía que apoyarse en el hombro de la chica mientras agitaba el cañón del rifle de un lado a otro. La escena, con los helechos floreciendo alrededor y las macetas colgando de la pared de escayola, tenía una atmósfera de resonancias míticas, como si fuera un encuentro fortuito en el Jardín del Edén, entre el Bien y el Mal.

—¡Chissst!

El siseo se oyó detrás del hombro de Lisa. Era el guatemalteco que la observaba

durante la cena del día anterior; tenía un revólver en una mano y agitaba un carné en la otra. El de identidad. Él retrocedió y ellos le siguieron.

—¡Policía! —susurró en castellano, exhibiendo el carné.

Estaba más joven en la fotografía y el bigote era tan negro que parecían habérselo pintado para gastarle una broma. Sus ojos nerviosos, el traje abolsado y la barba de tres días le recordaron a Lisa películas de los años cuarenta, ésas donde el esbirro intentaba matar a George Sanders o a Humphrey Bogart, pero la manera en que silbaba su respiración a través de las ventanas de la nariz, el olor aceitoso del arma, la encallecida estupidez que emanaba de él, todo, disminuyó su romántica impresión.

—¡Malos! —dijo señalando al patio—. ¡Comunistas! ¡Guerrillas! —Dio unas palmadas al tambor del revólver.

—De acuerdo —dijo Richard, levantando las manos para indicar su neutralidad, su no relación con el asunto.

Pero cuando el hombre se acercó al patio, hacia la barandilla de la escalera, Richard unió las manos y golpeó al hombre en la base del cuello, cayendo luego sobre él, y poniéndose de rodillas y golpeándole con los puños. Lisa se quedó helada por el ataque, no acabando de creer que Richard fuera capaz de un acto semejante. Este rebuscó por el suelo respirando con fuerza, y arrojó el revólver al patio.

—¡Amigos! —gritó, y se volvió hacia Lisa con la boca aún abierta por el grito.

Sus miradas se encontraron, y esa mirada fue un divorcio, un reconocimiento de que estaba pasando algo que los separaba, algo que ocurría ahora, y, pese a que no sabían exactamente el qué, estaban dispuestos a aceptar ese hecho y a permitir que pasara.

—No podía dejarle disparar —dijo Richard—. No tenía opción. —Sonaba sorprendido, como si hasta este momento no hubiera sabido por qué había actuado.

Lisa quería consolarle, decirle que había hecho lo correcto, pero sus emociones estaban encerradas, contenidas, y sintió que entre ellos había un abismo que ningún puente podía unir. Todas sus conexiones íntimas estaban retirándose, retrayéndose. «Lazos», los había llamado Murciélagos.

Uno de los guerrilleros, la chica, estaba subiendo la escalera con el arma preparada. Era bonita, tirando a regordeta, con brillantes alas de pelo negro cayéndole sobre los hombros. Se movió hacia ellos y luego retrocedió, dándole una patada al hombre inconsciente. Éste gimió y movió la mano.

—¿Tú? —dijo, señalando a Richard y luego al hombre.

—Iba a disparar —dijo Richard bruscamente.

Por la inexpresiva mirada de la mujer, Lisa adivinó que ésta no había comprendido. Registró la chaqueta del hombre, sacó la cartera y gritó en una explosión de castellano.

—¡Vámonos! —les dijo, haciendo un gesto para indicarles que fueran delante.

Lisa empezó a bajar cuando sintió una ráfaga de disparos detrás de ella. Se volvió para ver a la chica levantando el arma de la cabeza del hombre. Había gotas rojas pintando el yeso verde. La chica frunció el ceño, desplazó el rifle hasta ella, y Lisa corrió horrorizada tras Richard. Pero su visión empezó a erosionarse antes de que su reacción emocional pudiera madurar en miedo.

Un brillo vacilante cubría los contornos de todas las figuras que había en el lugar, a excepción del hombre vendado, y, a medida que iban aclarándose, se dio cuenta de que eran formas humanas fantasma; eran como las imágenes superpuestas de movimiento que ves cuando tomas benzedrina, pero más claras, y lentas en desvanecerse, y los movimientos eran diferentes a los de los originales; una mano que se agita, una figura medio formada que cae o sale corriendo. Cada vez que se desvanecía una, otra aparecía para tomar su lugar. Intentó que desaparecieran, deseó que se fueran, pero no tuvo éxito, y descubrió que observarlas la distraía de pensar en el cadáver de arriba.

El guerrillero más alto —un chico de barrio con el rostro como un cráneo, enormes ojos oscuros y un bigote raído— mantuvo una conversación con la chica, y Richard se puso de rodillas ante el hombre vendado. La sangre había empapado las capas del vendaje y formaba un grotesco dibujo en la cabeza del hombre. El chico alto protestó y empujó a Richard con el rifle.

—Soy médico —le dijo Richard—. Como un doctor. —Empezó a desliar el vendaje con cuidado y apartó la mirada, con la cara contorsionada por el disgusto—. ¡Jesucristo!

—Los soldados le torturaron. —El chico golpeó un helécho—. Pensaban que era un guerrillero, porque es mi primo.

—¿Y lo es? —Richard buscaba el pulso bajo la vendada mandíbula del hombre.

—No. —El chico se inclinó sobre el hombro de Richard—. Estudia en la Universidad de San Carlos. Pero como hemos matado a los soldados, ahora tendremos que luchar. —Richard suspiró, y el chico titubeó al hablar—. Ha sido una suerte que estuvieras aquí. Pensábamos encontrar un amigo, un doctor. Pero se ha ido. —Hizo un gesto hacia la calle—. Pasado.

Richard se levantó y se limpió los dedos en los vaqueros.

—Está muerto.

Una de las mujeres que había estado llorando lanzó un gemido y el chico puso el rifle en posición de fuego.

—¡Cállate gringa! —gritó.

Su rostro era pétreo, una vena latía en su frente. Un hombre calvo y barbudo, con una camisa bordada, abrazó a la mujer, acallando sus sollozos y mirando con furia al chico; una de sus imágenes superpuestas levantó un puño. El resto de los huéspedes prisioneros estaban aterrorizados, sus manzanas de Adán no dejaban de moverse, sus

ojos miraban a todas partes; y la chica que hablaba con el chico bajó el rifle. El continuó sosteniéndolo en sus temblorosas manos. Lisa se sentía desconectada de la tensión, en otro nivel de la existencia, como si mirara desde un plano más elevado.

El hombre de la barba llamó a Richard con lo que parecía imprudente temeridad.

—¡Eh, tú! ¡El americano! ¿Estás con esa gente o algo así?

Richard se había desplazado junto al guerrillero herido —un chico con apenas edad para afeitarse— y le examinaba el costado.

—O algo así —respondió sin levantar el rostro.

El niño pestañeó, apretó los dientes y se apoyó en su amigo, un niño algo mayor.

—¿Va a dejar que nos maten a todos? —dijo el tipo de la barba—. Eso es lo que va a pasar, ¿sabe? La chica está diciendo que nos dejen marchar, pero el otro dice que quiere hacer una declaración de principios. —El pánico asomó a su voz—. ¿Me has entendido, tío? El tipo quiere liquidarnos para hacer una declaración de principios.

—Tómeselo con calma. —Richard se levantó—. Hay que extraer la bala —le dijo al chico alto—. Creo...

El chico golpeó la cabeza de Richard con la culata del rifle, y Richard se tambaleó hacia atrás, llevándose la mano a la ceja; cuando se enderezó, Lisa vio manar sangre del cuero cabelludo.

—Tu amigo va a morir —dijo con cabezonería—. Hay que extraer la bala.

El chico encajó el cañón de su arma en la garganta de Richard, forzándole a echar atrás la cabeza.

Lisa despejó con un tremendo esfuerzo la niebla que la envolvía. Las imágenes desaparecieron.

—Está intentando ayudarte —dijo, yendo hacia el chico—. ¿Es que no lo entiendes? —La chica apartó a Lisa y apuntó el rifle a su estómago. Lisa supo mirándola a los ojos hasta qué punto hablaba en serio, la ferocidad de su decisión—. Está intentando ayudar —repitió.

La chica la estudió, y un momento después llamó por encima del hombro a otro chico. Algo de la hostilidad del chico desapareció de su rostro y fue reemplazada por la sospecha.

—¿Por qué? —le preguntó a Richard—. ¿Por qué nos ayuda?

Richard pareció confuso, y luego se echó a reír; se pasó el dorso de la mano por la frente, manchándose con sudor y sangre, y volviéndose a reír. El chico se sintió intrigado al principio, pero unos segundos después sonreía y asentía como si Richard y él compartieran algún chiste masculino privado.

—De acuerdo. Le ayudarás. Pero aquí hay peligro. Vámonos ahora.

—Sí —dijo Richard, asintiendo—. Sí, de acuerdo.

Se acercó a Lisa y se enzarzaron en un asfixiante abrazo. Ella se agarró con fuerza a sus hombros y pensó que sus emociones iban a desbocarse; pero, cuando él

se separó con aire sorprendido, volvió a sentir esa distancia entre ellos... Él puso la mano alrededor del niño herido y le ayudó a traspasar la entrada. Los otros ya estaban atisbando fuera. Lisa les siguió. Las hileras de restaurantes y tiendas para turistas parecían irreales, un decorado desierto, y los colores eran fugaces y brillantes. Cerca de la entrada había aparcado, bajo la luz de una farola, un minicamión Suzuki, de esos con una tela cubriendo la parte de atrás, con aspecto de juguete bajo la luz amarilla. Más allá estaba el camino que se perdía en las oscuras colinas. La chica bajó la trasera del camión y subió al niño herido; los otros dos subieron a la cabina y encendieron los motores. Sólo Richard se quedó atrás en el empedrado.

—¡Dése prisa! —le gritó la chica desde la trasera.

Richard dudaba, cuando se oyeron disparos. El ruido hizo que Lisa se apartara de la entrada, en dirección al lago. Al otro lado de la acera había tres policías escondidos tras un coche aparcado. Más disparos. La chica devolvió el fuego, haciendo añicos el parabrisas del coche y provocando que los policías desaparecieran de la vista. Otro disparo. Cerca de Richard se desprendieron chispas y esquirlas de piedra. A pesar de todo, siguió dudando.

—¡Richard! —Lisa lanzó el grito como advertencia, pero el nombre flotó fuera de ella sin tener el sonido de la desesperación, sino el tono de la seguridad.

Él corrió hacia la trasera del camión. La chica le ayudó a subir a bordo, y el camión aceleró hacia la primera cuesta. Los policías corrieron tras él, disparando, y, luego, como los policías Keystone del cine mudo, frenaron y corrieron en dirección opuesta.

Lisa tuvo un fogonazo de angustia que empezó a disminuir casi en seguida, como si hubiera sido un nervio reaccionando de forma extraña al ser tocado. Deslumbrada, se alejó de la entrada del hotel. Un jeep abarrotado de policías pasó por su lado, pero apenas se dio cuenta de ello. El mundo estaba disolviéndose en una luz dorada, todas las fuentes de luz se intensificaban desmoronando el contorno de las cosas. Las farolas se consumían como novias, de las ventanas emergían manchas solares y hasta las grietas de la acera brillaban. Unas formas neblinosas se desvanecían ante su vista, sobreimponiéndose a lo cotidiano con casas de techado en punta y carros tallados y gente vestida. Agitándose todo, ilusorio todo. Era como una ilustración fantástica que cobraba vida, y en la que ella se quedaba como único personaje real en la historia, una Alicia contemporánea con vaqueros de diseño y pendientes de turquesa, condenada a vagar por un dorado cuento de hadas. Estaba en trance, pero, al mismo tiempo, lamentaba el hecho de que todo este despliegue estaba despojándole de su derecho a la tristeza. Necesitaba sacarse a sí misma de ese estado y continuó hacia el lago, hacia el muelle donde se besaron Richard y ella. El lago se había transformado en un centelleante cuerpo luminoso para cuando llegó allí, y sobre el agua se veía el fantasma de un escuálido bote de vela que, al hincharse sus velas, se deslizó un

instante por ella antes de desaparecer.

Se sentó al borde del muelle, balanceando los pies en el vacío. La fría rudeza de los tablones era un sosiego, una prueba contra la extrañeza del mundo... ¿o era mundos? Las formas de la nueva era. ¿Sería eso lo que venía? Deseó que la luz se fuera, cansada de verla, y antes de comprobar si había tenido éxito o no, cerró los ojos e intentó pensar en Richard. Y lo vio, como si el pensamiento fuera un vehículo para la visión. Un pedazo rasgado de visón apareció en las tinieblas de sus cerrados ojos, como un agujero abierto en cartones negros. Estaba sentado en el piso manchado de aceite del camión, sujetando la cabeza del chico en su regazo; la chica estaba inclinada sobre éste, secándole la frente, apoyándose en la hombro de Richard para que el traqueteo del camión no la desequilibrara. Lisa sintió una punzada de celos pero siguió mirando durante mucho tiempo. No se preguntó cómo podía verlos. Eso significaba algo, y sabía que ese significado pronto estaría claro.

Cuando abrió los ojos, descubrió que estaba totalmente oscuro. No podía ver la mano que agitó frente a su cara, y sintió pánico, creyendo que se había vuelto ciega; pero acompañando a ese pánico hubo un aclaramiento gradual, y entonces se dio cuenta de que había deseado que desapareciera toda la luz. El mundo había vuelto a su estado normal. Casi. Pese a que las laderas de los volcanes no estaban iluminadas —eran enormes sombras recortándose contra las estrellas—, sobre cada una de las bocas resplandecía una orla de brillo carmín, vacilando con un ritmo inconstante. El brillo sobre el volcán de Murciélago era el más brillante, o al menos lo fue durante unos segundos. Luego se desvaneció, y en su lugar, emergió del cono un abanico de temblorosa y radiante blancura que se alzó a gran altura en la noche. Era una visión tan fantasmal que volvió a tener pánico. Cristo, ¿qué estaba haciendo ahí sentada mirando luces bonitas? ¿Y qué iba a hacer? La inseguridad y la soledad se combinaron en electricidad que le sacudió de la cabeza a los pies. Puede que hubiera un antídoto para esto, puede que lo que debiera hacer era visitar a Murciélago... Y recordó la historia de Dowdy. Que había estado asustado y fue donde Murciélago, para descubrir que su aprendiz se había marchado, dejando el puesto vacante. Miró a los otros dos volcanes, latiendo con su brillo carmín. ¿Dowdy y el mestizo? Eso tenía que ser. La luz blanca era la señal de vacante de Murciélago. Cuanto más miraba, más segura estaba.

Se alejó del muelle siguiendo la línea de la costa, conmocionada ante la perspectiva de plantearse un camino tan excéntrico, al darse cuenta de que todo lo que conocía estaba disolviéndose en luz o perdiéndose en la oscuridad. Quería seguir fiel a Richard, a la tristeza —su vieja compañera y su voto común—, pero se animaba a cada paso que daba y ni siquiera pudo sentir culpa por no estar triste. Podría llegar al otro lado del lago en cuatro o cinco horas. Un largo camino, sola, en la oscuridad, con alucinaciones acechando en cada arbusto. Pero podría con ello. Le daría tiempo

para aprender a controlar su visión, a comprender algo de lo que veía, y cuando hubiera trepado al volcán descubriría una cabaña desvencijada bajo la boca, un lugar tan retorcido como el mismo Dowdy. Lo veía del mismo modo que había visto a Richard y a la chica. Paredes inclinadas, helechos creciendo en el tejado, una puerta hecha con una caja de embalaje, con el letrero ESTE LADO ARRIBA al revés.

Había un trozo de papel clavado en la puerta, probablemente la nota de Dowdy explicando la manera de cuidar y alimentar brujos. Y dentro, los centenares de formas de su espíritu condensadas en una forma nudosa, una pepita de poder (experimentó un géiser de tristeza, y volvió a sentir que el poder surgía a través de ella, nutriendo su propia fuerza, haciéndola consciente de los centenares de cuerpos luminosos que eran su persona, todos ellos enfocados en este momento en su carne). Murciélago estaría esperándola allí para enseñarle a usar su poder y cuál era su finalidad en el mundo. «Oh, Dios mío, Richard, adiós.»

El apaciguador

por Gardner Dozois

La inclusión en estas páginas de «El apaciguador» es algo embarazoso para mí, ya que un antólogo que incluye su trabajo en una antología propia merece que le acusen de pescar peces en un barril. De todos modos, mi intención original fue dejar este cuento fuera de esta antología, pero tras alguna que otra discusión, me veo obligado a ceder bajo la presión de Isaac, Sheila Williams, Shawna, Susan Allison, Cynthia Manson, y otros más, incluyéndolo finalmente en el libro, aunque con reticencias de mi parte. O sea que Ha Sido Por Su Culpa. Aun así, estoy seguro de que recibiré cartas de protesta, pero espero que el hecho de que este cuento sea importante en la historia de la revista baste para justificar su inclusión.

«El apaciguador» fue contratado por Shawna McCarthy, y apareció en el número de agosto de 1983, con una sugerente portada de Val Lakey y unas bonitas ilustraciones interiores realizadas por Bob Walters. Ganó el Nébulas de 1983, y fue finalista al Hugo de ese mismo año.

Además de ser editor del IAsfm, soy el autor o editor de veintidós libros, en los que incluyo la novela Strangers y el libro de cuentos The Visible Man. También tengo a mi cargo la edición de la antología anual The Year's Best Science Fiction, de St. Martin's Press, y, en colaboración con Jack Dann, la serie de antologías de «Magic Tales», que edita Ace. Los últimos libros que he publicado son The Year's Best Science Fiction, Fourth Annual Collection, y las antologías Sorcerers! y Demons!, con Jack Dann. Mi cuento «El hijo de la mañana» ganó otro Nébulas en 1984.

Roy había soñado con el mar igual que otras muchas veces. Cuando despertó esta mañana, el viento suspiraba por entre los árboles de afuera con un sonido que parecía el incansable murmullo de las olas, y por un momento creyó que estaba en casa, en la casa de ladrillos de la playa, y sin pasar todo lo que había pasado, y la esperanza se abrió paso en él como si fuera una herida.

—¿Mamá? —dijo.

Se sentó y estiró las piernas, esperando que los pies tocaran la cálida forma que era su perro *Toby*. *Toby* siempre dormía acurrucado a los pies de su cama, pero la ilusión ya estaba desintegrándose y cambiando y desvaneciéndose, y parpadeó con ojos semicerrados por el sueño al ver la débil luz azulada que se filtraba por la ventana del desván, al sentir el tacto de la vieja manta del ejército, y al darse cuenta de que no estaba en casa, que ésta ya no existía, y que nunca volvería a tener una casa

a la que llamar su hogar.

Apartó las sábanas y se levantó. En el desván hacía un frío cortante —al invierno le costaba morir, y era el invierno más duro que recordaba— y el entarimado de madera le quemó los pies como si fuera de hielo, pero no podía quedarse más tiempo en la cama, ahora no.

Todavía no se había levantado ninguno de los demás chicos. Avanzó por entre los demás camastros, golpeando accidentalmente uno de ellos de tal modo que su ocupante gruñó y se quejó y empezó a roncar con un fuerte registro, y finalmente llegó a la única ventana del cuarto. Era lo bastante alto como para llegar a ella si se ponía de puntillas. La obligó a abrirse, y la vieja madera del marco crujió en protesta, el yeso saltó en una nubecilla de polvo, y notó un escalofrío cuando el frío viento del amanecer se abrió paso golpeándole el rostro, revolviéndole los cabellos con fantasmales dedos, pasando a través de él para invadir el resto del desván mal ventilado como si fuera un niño incansable al que dieran permiso para jugar.

El viento olía a resina y tierra húmeda, no a olas y sal, y el piar que acompañaba ese viento era el gorgorito del reyezuelo y el graznar del azulejo, no el ruidoso chillido de las gaviotas..., pero incluso así, apoyó los codos en el marco y se aupó para mirar fuera, con la mente aún inundada de recuerdos y sueños rotos, y medio esperó ver el océano ahí abajo, prolongándose hasta el horizonte, lamiendo el lateral de la casa con pacientes oleadas. En vez de eso vio los árboles cuyas ramas se recortaban contra el cielo gris, el granero y la granja aún sumergidos en la oscuridad, los campos que les rodeaban, la agostada línea del camino, las boscosas colinas perdiéndose en la distancia. En las depresiones quedaban retazos de plateada niebla, arrastrada por los furiosos torrentes entre los riscos de sus orillas.

Todavía no. El mar no le había alcanzado... todavía.

En algún lugar hacia el este estaban las montañas, aún invisibles, y al otro lado de ellas estaba el mar con el que había soñado, bañando los polvorientos pueblos de Pennsylvania, los pueblos carboneros que ahora, de repente, eran puertos de mar. Allí esperaba el Atlántico, contenido, al menos momentáneamente, por la accidentada barrera que eran los Apalaches, puede que a *menos* de veinte kilómetros de distancia, más cercano ahora por las leguas de tierra tragada y las ciudades sumergidas de lo que había estado tan sólo tres años antes.

Aquella lejana mañana había bajado al rompeolas para jugar a algo que no recordaba, para contemplar cómo se movían las olas en oleosas ondas, como si fuera algún metal pesado con forma líquida, viendo como la marea subía... y subía... y subía... Al principio le excitó ver como subía el nivel del mar, sobrepasando la marca máxima, subiendo como nunca le había visto hacer antes, empezando a sentirse incómodo cuando el mar se tragó toda la playa, y a tener miedo cuando llegó a lamer la parte superior del rompeolas... El agua siguió subiendo, aumentando de nivel lenta

e inexorablemente, tragándose poco a poco la tierra, sin pararse nunca, acercándose siempre, aumentando de nivel cada vez más... Para cuando se tragó el rompeolas y empezó a subir por la colina en dirección a su casa arrastrando sus fríos dedos casi hasta sus pies, él ya estaba gritando, y cuando las primeras aguas alcanzaron sus zapatillas, ya había dado media vuelta y corría despavorido por la ladera, llamando históricamente a sus padres, y el mar le seguía paciente, pisándole los talones.

Los científicos lo llamaron una «transgresión marina». La gente corriente lo llamó, inevitablemente, la inundación. Lo llamaras como lo llamaras, había barrido para siempre al viejo mundo. Los científicos llevaban años hablando de esa posibilidad; alguno hasta notó que la temperatura era tan cálida como a mediados del anterior período interglaciar, e iba en aumento, pero pocos sospecharon lo rápido que podía derretirse el hielo del Antártico. Durante esas caóticas semanas siempre había algún científico imbécil prediciendo que lo peor había pasado ya, y que subiría hasta un punto determinado y no subiría más..., pero el mar lo superaba inexorablemente cada vez, internándose kilómetros y kilómetros tierra adentro con cada marea, llegando a subir hasta treinta metros durante un desastroso verano, anegando todas las tierras bajas del orbe hasta que dejó de haber tierras bajas. Sólo en Estados Unidos, el mar había devorado la mayor parte de la Costa Este al este de los Apalaches, la Costa Oeste sita al oeste de las Sierras y los Cascades, gran parte de Alaska y Hawai, Florida, Gulf Coast y el este de Texas, llegando a internarse hasta el Valle del Mississippi, y ramificándose en estrechos brazos de agua que penetraron por el Norte de Iowa e Illinois, haciendo que el St. Lawrence y los Grandes Lagos se desbordaran e inundaran sus alrededores. Las Montañas Verdes, las Montañas Blancas, los Adirondacks, los Poconos y los Catskills, los Ozarks, la cordillera de la costa del Pacífico..., todo ello convertido en archipiélagos rodeados por el mar invasor.

Lo extraño era que... mientras el mar les perseguía incansablemente tierra adentro, haciendo que se mudaran de un refugio temporal a otro, había sido incapaz de quitarse la sensación de ser él quien había causado la Inundación: que aquel día que jugaba en el rompeolas había hecho algo, ejecutado algún ritual mágico, alguna combinación de gesto y palabra que liberó de sus cadenas al mar y le permitió derramarse sobre la tierra..., y que iba persiguiéndole a él, a su persona.

Un perro ladraba afuera, en algún lugar del campo, en la dirección de pueblo, pero no era su perro. Su perro había muerto hacía mucho, y su blanquecina calavera estaría rodando por el fondo del océano arrastrada: por las olas que fluían sobre lo que fue Brigantine, Nueva Jersey, a treinta metros bajo el nivel del mar.

De repente se le puso la carne de gallina, y se estremeció, frotándose con fuerza los brazos. Volvió al camastro y se vistió apresuradamente. No tenía sentido volver a meterse en la cama; Sara les sacaría de ella en uno o dos minutos. Había empezado el día, y no pensaría nada más allá de eso. En los campos de refugiados había aprendido

a vivir la vida segundo a segundo.

Se movió por la habitación, y creyó sentir ojos hostiles observándole desde alguno de los otros bultos. Hacía más frío ahora que había abierto la ventana, pero ninguno de los chicos se atrevería a protestar, pese a que todos valoraban cada segundo de sueño que podían atesorar. El pensamiento era agrídulce, le proporcionaba tanto dolor como placer, y sonrió con una débil y frágil sonrisa que casi era una mueca. No, le observarían en silencio desde su sitio, y simularían dormir, y le maldecirían al respirar, pero no se lo dirían a nadie. Y mucho menos a él.

Recorrió la silenciosa casa como si fuera un fantasma, y llegó hasta el patio de la granja, donde fugitivos retazos de niebla le rodearon con sus pegajosos brazos blancos humedeciéndole la cara con el rocío de la mañana. Su tío Abner estaba allí, en la zanja que se abría ante él. Abner le saludó con un gruñido, y los dos mearon el uno al lado del otro en silencioso compañerismo, la orina humeaba en el aire gris de la mañana.

Abner dio un paso atrás y se abotonó los pantalones.

—¿Ya has empezado a tocarte, chico? —dijo, sin mirar a Roy.

Roy notó como se sonrojaba.

—No —repuso, intentando no titubear—, no señor.

—Ya tienes vello —replicó Abner.

Dio unas lentas zancadas para mirar de frente a Roy, como si su cuerpo fuera una enorme máquina que sólo podía moverse y desplazarse con el uso de poleas y contrapesos. La dura luz de la mañana hacía que su rostro pareciera tan áspero como la piedra, como si el mero esfuerzo de estar ahí en pie le costara más de lo soportable. Gastado, como los sobrecargados campos que les rodeaban. Sólo los ojos tenían vida en ese rostro erosionado; eran duros e implacables como el pedernal y te miraban como si pudieran atravesarte y ver alguna cosa distante que nadie más podía ver.

—Ya te he dicho que debes mantenerte puro —dijo Abner, hablando lentamente—. Lo importante que es para ti el mantenerte puro, que no consientas en mancillarte de la manera que sea. He intentado explicártelo... Espero que lo hayas entendido.

—Sí, señor —contestó Roy.

Abner hizo un movimiento dubitativo con la mano, con dedos extendidos y separados, como si intentara esculpir un significado del mismo aire.

—Quiero decir que es importante que lo comprendas, Roy. Todo tiene que ser adecuado. Quiero decir que todo, todo, tiene que ser... adecuado... o nada tendrá importancia. Tienes que ser adecuado en tu alma, chico. Tienes que dejar que la Paz de Dios inunde tu alma. Ahora todo depende de ti, tienes que dejar que esa paz llene todo tu interior. Nadie puede hacerlo por ti. Es tan importante...

—Sí, señor —dijo quedamente Roy—. Lo entiendo.

—Me gustaría... —dijo Abner, y guardó silencio.

Se quedaron inmóviles durante un minuto, sin hablar, sin mirarse. En el aire se oía a humo de madera, y oyeron cerrarse una puerta en la parte lejana de la casa. Miraron instintivamente a campo traviesa, al este, y entonces, mientras miraban, el sol se alzó por entre las montañas, partiendo horizontalmente en dos el plúmbeo y ceniciento cielo con una larga cuña roja que separaba el lejano horizonte de las ascendentes nubes. Un rayo de brillante y blanca luz solar les hirió los ojos, lanzándose hacia ellos desde el fin del mundo.

—Vas a ser un orgullo para nosotros, chico, lo sé —dijo Abner.

Pero Roy le ignoró, mirando fascinado como el brillante disco del sol flotaba liberándose de la línea del horizonte, bizqueando por el resplandor hasta que le lloraron los ojos y la visión se hizo borrosa. Abner posó una mano en el hombro del muchacho. La mano era pesada y caliente, posesiva, y Roy se la quitó de encima, molesto, sin dejar de mirar al horizonte. Abner suspiró, empezó a decir algo, se lo pensó mejor, y dijo otra cosa.

—Entra en la casa, chico. Vamos a darte algo para desayunar.

Cuando se sentaron a ello, y tras los usuales rezos e invocaciones de Abner, el desayuno resultó ser desacostumbradamente pródigo. Para los hermanos había bizcochos con nueces, y miel, y tazas de achicoria, y hasta los otros chicos refugiados —que durante el largo y amargo invierno había momentos que se alimentaban con lo más parecido a la nada que permitían la ley y las apariencias— recibieron unas tiras de bacon frito con la acostumbrada taza de cereales. Con el bizcocho y la miel, Roy desayunó huevos de pavo silvestre, patatas asadas y una auténtica chuleta de cerdo. Esa mañana había bastante tensión en la mesa; Henry y Luke tenían la cara seria y tensa, Raymond estaba irritable y preocupado, Albert parecía asustado, los chicos refugiados estaban con los ojos muy abiertos y silenciosos y hacían todo lo posible para mantenerse invisibles, la alegre señora Crammer estaba tan contenta como siempre, repartiendo alegremente la comida, pero era obvio que la gruñona señora Zeigler, temida y odiada por todos los niños, había estado llorando, y comió poco o nada. La cara de Abner era de piedra, sus ojos duros y brillantes, y miraba a uno y a otro de los hermanos como desafiándoles a cuestionar su liderazgo y guía espiritual. Roy comió con apetito, imperturbable ante las corrientes emocionales que discurrían a su alrededor, concentrándose calmada y deliberadamente en rebañar hasta la última migaja de comida del plato; en los últimos meses había recuperado algo del peso perdido, pero según los antiguos estándares, éstos que aplicaba su mamá hacía cuatro años, seguía estando penosamente delgado. La señora Reardon salió de la cocina al terminar la comida, iluminada con el orgullo justificado de alguien que ya a realizar un imposible, y le presentó a Roy un objeto pequeño, rectangular, envuelto en brillante papel marrón. Se sorprendió un instante, pero sí, por Dios, lo era: una barra de chocolate Hershey, la primera que veía desde hacía años. Había sido comparada en

el mercado negro, claro. Era muy difícil conseguir una en el empobrecido Este actual, y probablemente sería muy cara. Hasta los hermanos la miraban con envidia, y los chicos refugiados tragaban saliva, sorprendidos. Cogió la barra Hershey, la desenvolvió con cuidado, poniendo al descubierto la pálida superficie de chocolate, y uno de los chicos empezó a babear.

Tras el desayuno, los otros chicos refugiados —«espaldas mojadas», les llamaban irónicamente en el pueblo— fueron divididos en dos grupos. Uno ayudaría a los hermanos a trabajar la granja de Abner, mientras que el más grande subía a una carreta tirada por bueyes (en realidad era un antiguo camión al que se le había despojado de la cabina) y se disponía a recorrer el condado para hacer lo que venía a ser una clase de esclavitud: arreglar carreteras, trabajo pesado de granja, ayudar a cargar o talar árboles, reconstruir casas y establos y puentes dañados o destruidos en los caóticos días que siguieron a la Inundación. El gobierno federal, o lo que quedaba de él, intentaba desesperadamente, y no siempre con éxito, impedir que el atosigado y destrozado país se dispersara del todo, luchando para recomponer el Humpty Dumpty que había sido América, y le pagaba a Abner (y a otros como él) una asignación anual en pólizas federales, o en promesas de mercancías, por alojar y alimentar refugiados de las tierras sumergidas... Pero los tiempos estaban siendo así de duros, y nadie iba a quejarse si Abner se aligeraba de la carga que suponían sus pupilos haciéndoles trabajar donde pudieran darle pólizas, o bastantes víveres, o alguna oferta interesante de intercambio; en alguna ocasión también les utilizaba lo que quedaba del gobierno y las organizaciones estatales (y a otros como ellos, ya fueran niños o adultos), y gratis, para trabajar en proyectos «destinados al bien común, durante estas épocas de emergencia...».

Cuando Roy deambulaba por la granja con poco o nada que hacer, había veces en que casi echaba de menos las cuadrillas de trabajo, pero sólo casi: recordaba demasiado bien el duro trabajo que se llevaba acabo con escasas raciones..., las enfermedades, los accidentes, el tambaleante cansancio..., el sol abrasador y los enjambres de mosquitos en verano, el cortante frío en invierno, la nieve, el viento helado... Contempló como se alejaba la carreta, viendo las caras envidiosas y resentidas de chicos con los que había trabajado codo con codo —Stevie, Enrique, Sal— mirándole mientras pasaban a su lado, y reflexivamente, abrió y cerró las manos. Ni siquiera dos meses de holgazanería y relativo lujo habían suavizado las gruesas y endurecidas superficies callosas, legado de numerosas estaciones pasadas en grupos de trabajo... No, el aburrimiento era infinitamente preferible.

A media mañana, un pequeño grupo de gente se congregó en el camino que bordeaba la granja. Ya hacía más calor; podías olfatear en el aire y en el viento la promesa del verano, y el sol que se abría paso por el cielo azul sin nubes empezaba a picar. Debía de ser incómodo estar así, al descubierto, bajo el sol, pero el gentío no

hizo intento de acercarse... Se limitaba a estar allí, al otro lado del camino, y a mirar a la casa, moviendo los pies, hablándose los unos a los otros de vez en cuando con voces que al otro lado eran sólo audibles como un murmullo sin palabras.

Roy les contempló un rato desde la puerta del porche; eran aldeanos, la mayor parte le resultaban vagamente familiares, pero ninguno pertenecía a la secta de Abner, ni conocía a ninguno por el nombre. Los chicos refugiados veían poco a los aldeanos, y solían mantenerlos cuidadosamente segregados. Las pocas veces que Roy fue a la aldea, le habían tratado con fría hostilidad, ¡y que Dios protegiera al chico «espalda mojada» que los chavales del pueblo pillaran en alguna calle desierta! Por eso hasta los hermanos procuraban abastecerse por sí mismos, y eran menospreciados por algunos sectores del pueblo, pero a pesar de todo, la secta había incrementado dramáticamente su número en los últimos años, casi triplicándose sólo durante el pasado invierno; ya había nuevas capillas en varias comunidades de las cercanías.

Entre la multitud, una mujer de rostro huraño avistó a Roy y le amenazó con su puño escuálido.

—¡Hereje! —gritó—. ¡Blasfemo!

El resto del gentío empezó a murmurar ominosamente como si fuera una enorme abeja furiosa. La mujer le escupió a Roy, contorsionando el rostro y combando los hombros por la ferocidad de su esfuerzo, pese a saber que el escupitajo no tenía la más mínima oportunidad de alcanzarle.

—¡Blasfemo! —volvió a gritar.

Las venas de su esquelético cuello se le tensaron como cuerdas de guitarra.

Roy entró en la casa, pero siguió mirando desde los ventanales encortinados. Se oían gritos tanto dentro como fuera de la casa. Los hermanos llevaban enclaustrados en la cocina la mayor parte de la mañana, discutiendo, y los gritos y la ferocidad de su discusión se sentían con claridad en toda la casa, traspasando fácilmente las delgadas paredes de yeso blanco de la desvencijada casa. Por fin, la puerta corrediza de la cocina se abrió, y la señora Zeigler salió al saloncito acompañada por sus dos hijos y su enjuto marido de ceniciento rostro, y seguida por otras dos familias de hermanos, nueve personas en total. La mayoría llevaba maletas, y unos cuantos tenían mochilas y hatillos. Abner se apoyó en la puerta de la cocina y les miró partir. Su ira sólo se evidenciaba en los blanquecinos nudillos de la mano con que se agarraba al marco.

—Iros, entonces —dijo con desdén—. ¡Os escupimos de nuestra boca! ¡No penséis en volver! —Se balanceó en el quicio, la voz trémula por el odio—. Estamos mejor sin vosotros. ¿Me oís? ¿Me oís? No necesitamos a los débiles de espíritu y a los que no saben ver más allá de sus narices.

La señora Zeigler no dijo nada, y su caminar no aminoró o titubeó, pero su cara de cuchillo estaba surcada por las lágrimas. Se detuvo junto a la puerta y rodeó a Roy

con los brazos, sorprendiéndole, pues tenía reputación de bruja.

—Ven con nosotros —dijo ella, abrazándole con fuerza avasalladora—. Por favor, Roy, ven con nosotros. Sabes que puedes hacerlo. Encontraremos un sitio para ti. Todo saldrá bien.

Roy no dijo nada, resistiendo el impulso de retorcerse y huir. Se sentía incómodo abrazado por ella; tocaba un rincón de su alma que creía tapiado y resguardado desde hacía años, y por un momento se sintió atrapado y le entró el pánico, no podía respirar, era como si estuviera inmerso en un confortable sueño y a punto de despertar a una realidad mucho más terrible y menos deseable.

—Ven con nosotros —volvió a decir la señora Zeigler, esta vez con más urgencia, pero Roy se negó suavemente con la cabeza y se apartó de ella—. ¡Entonces eres un maldito loco! —estalló, repentinamente furiosa, con voz áspera y fuerte, pero Roy se limitó a encogerse de hombros, y le dedicó una débil y fantasmal sonrisa—. ¡Maldita sea...! —empezó a decir, pero sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas, y dio media vuelta saliendo de la casa a toda prisa, seguida por los demás miembros de su grupo.

Los niños miraron a Roy con ojos abiertos y asustados al pasar junto a él; a los «espaldas mojadas» se les mantenía apartados de los hijos de los hermanos, y sólo los había visto alguna vez en las comidas.

Abner miraba ahora a Roy desde el otro lado de la habitación; era una mirada dura y desafiante, pero también había algo de desesperación en ella, y, en ese momento, Abner pareció inseguro y extrañamente vulnerable. Roy le devolvió la mirada con serenidad, mirándole sin pestañear a los ojos, y, al poco, la tensión desapareció de Abner, y dio media vuelta saliendo de la habitación, inclinándose a un lado como el campanario de una iglesia cediendo bajo el viento.

El grupo de fuera volvió a murmurar cuando el grupo de la señora Zeigler salió de la casa en dirección al camino. Cuando los dos grupos se encontraron hubo mucha discusión y agitar de brazos y negar con la cabeza, y alguien señalaba a la casa de cuando en cuando. Los murmullos aumentaron de volumen, para desaparecer gradualmente a continuación. Al final, la señora Zeigler y su grupo se encaminaron hacia la aldea acompañados por alguno de sus habitantes. Se alejaron por el camino cargando las viejas maletas. Sólo unos pocos miraron atrás.

Roy les observó con rostro silencioso y calmo hasta que desaparecieron de la vista, y continuó mirando largo rato cuando ya no se les veía.

Al mediodía llegó un coche lleno de periodistas; era uno de esos nuevos y enormes, que funcionan con la combustión de metano y que no abundan al este de Omaha. Circularon por entre la multitud de aldeanos, deteniéndose sólo para hacer alguna pregunta y tomar fotos, acercándose cada vez más a la casa, y Roy les miró como si fueran unicornios, extraños restos de algún ciclo evolutivo extinguido. La mayoría debían de ser de State College, o de la nueva capital del Estado, Altoona;

lugares donde seguían editándose periódicos, pero uno de ellos llevaba un brazalete que le identificaba como perteneciente a un gran periódico de Denver, y probablemente de allí habría salido el dinero para el coche. Resultaba extraño pensar que todavía quedaban zonas del país que seguían..., sin cambiar. Ningún lugar del mundo podría reclamar esa circunstancia..., al menos no según los antiguos estándares... pero, de todos modos, mejor que aquí. Toda la parte oeste del país —del meridiano 95 hasta cerca del 122— permanecía sin ser afectada por las aguas, y pese a que el Oeste había sufrido severamente con el colapso de la economía nacional y los consecuentes trastornos sociales, la mayor parte de sus industrias habían quedado a salvo de la Inundación. Denver, una de las pocas grandes ciudades americanas que estaba en terreno lo bastante alto como para estar a salvo, se había convertido en la nueva capital federal, y, más o menos empobrecida, ahora era más grande y ajetreada que nunca.

Abner salió fuera para hacer entrar a los periodistas y alejarlos de los incrédulos, y un momento después Roy pudo escuchar la voz de Abner resonando como la de un órgano de iglesia. Cuando los periodistas entraron, Roy les esperaba sentado a la mesa, flanqueado por Raymond y Aaron.

Tomaron fotografías de él, allí sentado, mientras les devolvía la mirada con calma, y tomaron fotografías mientras rehusaba educadamente responder preguntas, y entonces Aaron le pasó los papeles ya preparados, y los firmó, y repitió todas las fórmulas legales que Aaron le había enseñado, y también tomaron fotografías de esto. Y entonces, cuando ya no podían sacarle nada más y les incomodaba su vacía compostura y la remotez de su mirada, entonces se marcharon.

La mayor parte de la multitud de fuera se dispersó en los siguientes minutos como si todo hubiera terminado, como si la marcha de los periodistas le hubiera quitado todo significado a lo que pudiera pasar entonces, y sólo quedaron atrás una o dos personas, esperando como buitres en un camino que volvía a estar vacío.

El almuerzo fue silencioso. Roy comió con ganas, disfrutando de todo, y la señora Crammer estaba tan jovial como siempre, pero los demás parecían sojuzgados, y hasta Abner parecía conmovido por el cisma que acababa de dividir su Iglesia. Abner se levantó tras terminar la comida y empezó a orar en voz alta. Los hermanos siguieron sentados a la mesa con resignación, inclinando la cabeza, algunos escuchando, otros no. Cuando Peter llegó corriendo desde fuera, Abner alzaba los brazos hacia las grandes y ennegrecidas vigas del techo, con el sudor corriéndole por el rostro, y se detuvo, inseguro, en la puerta, intentando atraer su atención. Cuando resultó obvio que Abner iba a seguir ignorándole, Peter se encogió de hombros y habló en voz alta.

—El *sheriff* ha llegado, Abner.

Abner dejó de rezar. Gruñó con un sonido cascado y agotado, esa clase de sonido

que podría emitir un oso acosado cuando se le ha llevado al límite de su resistencia y alguien vuelve a atacarle con una lanza. Bajó lentamente los brazos y se quedó inmóvil un largo momento, y entonces se estremeció, como si al hacerlo volviera a la vida. Miró a Roy inquisitivamente, y casi pareció qué suplicante, enderezó los hombros y salió de la habitación.

Recibieron al *sheriff* en el saloncito. Raymond, Aaron y la señora Crammer, sentados en las viejas mecedoras, Roy, en un rincón, sentado en el taburete de un piano que ya no funcionaba, y Abner en el centro, con las manos a la espalda y las botas firmemente plantadas en el suelo de roble como si estuviera en el puente de una goleta que se dirigía a una galerna, Sam Braddock, *sheriff* del condado, miró a los demás —su mirada se detuvo un momento en Roy— y los ignoró, dirigiéndose a Abner como si estuvieran solos en la habitación.

—Buenas, Abner.

—Buenas Sam —respondió con calma—. Supongo que habrás venido para otra cosa además de saludar.

Braddock gruñó. Era un hombre bajo, sólido, grisáceo, con cabellos gris acerado y un rostro cansado. Su uniforme era brillante y viejo y remendado por una docena de sitios, pero estaba limpio, y el enorme y viejo revólver que llevaba en la cadera parecía gastado pero utilizable. Jugeteaba con el informe sombrero viejo, haciéndolo dar vueltas por entre los dedos. Resultaba evidente que estaba avergonzado, pero también decidido, y por fin rompió a hablar.

—El caso es que he venido para disuadirte de esa maldita locura.

—¿De verdad? —dijo Abner.

—Haremos lo que nos dé la maldita gana hacer... —estalló Raymond, pero Abner le hizo una señal para que callara.

Braddock miró cansadamente a Raymond, y volvió a concentrarse en Abner. En su cansado rostro se marcaban con dureza las arrugas.

—No voy a consentirlo —dijo con bastante dureza—. No queremos que pasen este tipo de cosas en la región.

Abner no dijo nada.

—No hay nada que pueda hacer, *sheriff* —dijo Aaron, hablando con cierta furia, pero manteniendo su melodiosa voz bajo control—. Todo es completamente legal de principio a fin.

—Bueno —dijo Braddock—. No estoy tan seguro de eso...

—Pues yo sí, *sheriff* —dijo Aaron con calma—. Somos una Iglesia autorizada y legamente reconocida, así que estamos protegidos por la ley. Hay muchos precedentes, la mayoría recientes, y casi todos confirmados el año pasado por diversas apelaciones. Están los casos de Carlton contra el Estado de Vermont, el de Trenholm contra el Estado de Virginia, y el de la Iglesia de las Almas contra el

Estado de Nueva York. Y no olvidemos lo de Tylersville, el año pasado. Tan sólo las leyes de libertad de culto...

Braddock suspiró, admitiendo tácitamente que la razón estaba de parte de Aaron. Puede que pensara hacerles obedecer marcándose un farol.

—El Congreso de la Inundación del noventa y tres... —dijo Braddock con amargura—. Estaban tan dominados por el pánico y asustados por lo que creían era el Día del Juicio que se habrían tragado y aceptado cualquier estupidez que se les dijese. Es una mala ley, una porquería de ley...

—Puede que sí, *sheriff*, pero, de todos modos, le deja sin autoridad...

Abner habló de repente, haciéndolo con deliberada lentitud, murmurando, recordando casi, ignorando la conversación que interrumpía, y puede que ni siquiera la hubiese escuchado.

—Mi abuelo vivía en esta granja, y su padre antes que él. Lo sabes, ¿verdad, Sam? Vivieron a su manera, siguiendo las viejas costumbres, y así fue como prosperaron y sobrevivieron. Mi bisabuelo apenas necesitaba algo del mundo exterior, algo que necesitara comprar, como no fueran clavos o cosas así, y, de necesitarlo, también eso podría habérselo hecho él. Todo lo que precisaba, todo lo que comía, o vestía, o usaba, todo lo sacaba del bosque, o del suelo de esta granja, de aquí. Ya no sabemos cómo vivir así. Hemos olvidado ese modo de vida, le dimos la espalda, y por eso llegó a nosotros la Inundación, como si fuera una prueba, una prueba y un azote, un flagelo, un exterminio. Los viejos tiempos han vuelto, y hemos olvidado condenadamente demasiado, estamos casi indefensos sin un supermercado al otro lado de la condenada calle. Tenemos que recuperar la antigua forma de vivir, o desapareceremos de la Tierra y nos extinguiremos de ella... —Sudaba copiosamente, mirando con desdén a Braddock, como si así pudiera obligarle a compartir su visión—. Pero es tan duro, Sam... Tenemos que esforzarnos para aprender lo olvidado, tenemos que reinventarlo todo, paso a paso...

—Hay cosas sin las que estaríamos mejor... —repuso Braddock huraño.

—En Tylersville doblaron la cosecha la pasada temporada. Imagínate lo que significa eso para una región con tanta hambre como ésta...

Braddock negó con la cabeza gris acero y alzó una mano como si estuviera dirigiendo el tráfico.

—Te lo advierto, Abner. El pueblo no consentirá esto. Quiero que sepas que habrá quien se salte la ley a la torera para resolver este asunto. —Hizo una pausa—. Y yo puedo decidirme a echarles una mano, extraoficialmente, claro está.

La señora Crammer se rió. Había permanecido sentada en silencio, asimilándolo todo, sonriendo benévolamente de cuando en cuando, y su risa resultó chocante en la caldeada habitación, tan dura como el graznido de un cuervo.

—No vas a hacer nada, Sam Braddock —dijo jovialmente—. Ni tampoco lo hará

nadie más. Tenemos con nosotros a más de media región; casi toda la gente del campo, y a una buena parte de la aldea. —Le sonrió complacida, pero tenía los ojos entrecerrados y crueles—. Y además recuerda que sabemos donde vives. Y donde vive tu hermana, y el hijo de tu hermana, allá en Framington...

—¿Amenazas a un agente de la ley? —dijo Braddock, pero lo dijo con voz débil, y su cara, cuando la apartó para mirar el suelo, parecía enferma y vieja.

La señora Crammer volvió a reírse, y reinó el silencio.

Braddock siguió escondiendo la cara durante otro largo momento, luego se puso el sombrero, ajustándoselo con firmeza en la cabeza, y cuando la levantó, ignoró a los hermanos dirigiéndose a Roy.

—No tienes por qué quedarte con esta gente, hijo. Eso también es la ley. —Mantuvo la mirada fija en Roy—. Di una palabra, hijo, y te sacaré en seguida de aquí. —Mantenia firme la mandíbula y acariciaba la culata del revólver como para darse valor—. No podrán detenernos. ¿Qué dices?

—No, gracias —dijo Roy con calma—. Me quedo.

Esa noche, mientras Abner unía las manos y rezaba en voz alta, Roy se sentó ante el fuego del saloncito, sin preocuparse de nada más, mirando como las llamas proyectaban la gesticulante sombra de Abner sobre las blanqueadas paredes. Roy sabía que habían puesto algo en el vino que le daban a beber. Puede que a algún otro le viniera bien, pero él no lo necesitaba. Abner seguía incitándole a que acogiera la Paz de Dios en su corazón, pero tampoco lo necesitaba. No necesitaba nada. Se sentía calmado, con pleno control de sí mismo, y remoto, dissociado de todo lo que le rodeaba, como si mirara al mundo por el lado erróneo de un telescopio, sintiendo sólo un mero interés científico al contemplar cómo evolucionan las pequeñas figuras... Era como mirar la televisión con el sonido apagado. Si esto era la Paz de Dios, la llevaba consigo desde hacía meses, desde finales del terrible invierno último, mientras luchaba durante doce horas diarias en medio de heladas tormentas y cortante viento, cargando piedras para cimentar edificios, cuando todos, tanto hermanos como «espaldas mojadas», estuvieron a punto de morir de hambre. Cuando empezó a llegarles noticia de lo sucedido en Tylersville, cuando Abner, que hasta entonces había ignorado a su rebaño, empezó a hablarle por las tardes acerca de los viejos tiempos.

Puede que el gran frío empezara a aposentarse en él incluso antes, en ese primer día del nuevo mundo, mientras se alejaban en coche de Brigantine, con el agua subiendo hasta los cubiletes del Toyota, y oyó los frenéticos ladridos de *Toby* en algún lugar detrás de ellos... Su padre murió aquel día, murió de un ataque al corazón mientras luchaba por colocarlos en un bote sobrecargado que les habría llevado hasta la «salvación» que era Nueva Jersey. Su madre murió meses más tarde en uno de los numerosos campos de refugiados, llamados «Pueblos de la Inundación», y que

brotaron a lo largo de toda la nueva línea costera. Se había limitado a rendirse; se sentó en el barro, puso la cabeza entre las rodillas, cerró los ojos, y murió. Así de sencillo. Roy lo había visto muchas veces en los Pueblos de la Inundación, unos lugares tan horriblemente emponzoñados que incluso la vida en la granja de Abner, con toda su desolación dickensiana, sus trabajos forzados y sus escasas raciones, le parecieron —y le seguían pareciendo— un cambio notable a mejor. Era extraño, y sabía que estaba mal, y a veces le preocupaba un poco, pero apenas pensaba ya en su padre y su madre. Era como si su mente se apagara por sí sola cada vez que les recordaba; nunca lloró por ellos, pero sólo tenía que cerrar los ojos para ver a *Toby*, o a su gato *Basil*, corriendo hacia él y meneando la cola sobre el lomo como si fuera una bandera, y la pena la inundaba como una negra bilis que acudiese a su garganta...

Seguía estando oscuro cuando dejaron la casa. Roy, Abner y Aaron caminaban juntos, con Abner llevando un gran zurrón viejo. Hank y Raymond iban delante con pistolas por si había problemas, pero hacía bastantes horas que el frío había echado al último de los alborotadores de la tarde y el camino estaba vacío, destacando en la oscuridad como una estrecha franja de carbón. No hablaba nadie, y no se oía más sonido que el de la grava crujiendo bajo las botas. Volvió a ser una mañana fría, y los pies desnudos de Roy se quemaban cada vez que pisaba el asfalto, pero siguió adelante con estoicismo, ignorando la mordedura del carbón y los guijarros. Su aliento humeaba débilmente contra las pálidas estrellas. El campo se extendía oscuro e informe a ambos lados del camino, y en una ocasión oyeron la agitación de algún animal huyendo de ellos por entre la maleza. La bruma fluyó lentamente por el camino para recibirles, haciendo que sus brillantes dedos plateados ondearan alrededor de sus piernas.

El cielo era grisáceo al este, donde el mar dormía detrás de las montañas. Roy imaginaba el mar subiendo y subiendo hasta encontrar un camino entre las raíces de las colinas y poder derramarse hacia el liso terreno del otro lado, fluyendo lentamente como la niebla, extendiendo una plácida sábana de agua que se tragaría lentamente la aldea, la granja, los campos, hasta que sólo quedaran las ramas más altas de los árboles, extendidas hacia arriba como los suplicantes brazos de los ahogados, y luego, también ellas se deslizarían lenta, plácidamente, hasta quedar sumergidas por las aguas...

En algún lugar de la oscuridad se oyó el grito de un pájaro, y la comitiva se internó en los campos, alejándose del camino, pisando el pegajoso y frío cieno, quebrando los húmedos rastrojos que les rodeaban. Pronto habría que cosechar el trigo de la primavera, y después vendría el maíz...

Se detuvieron. El viento suspiraba con el amanecer, murmurando en la garganta del mundo. Todavía no había hablado nadie. Unas manos le ayudaron a quitarse el viejo albornoz que tenía puesto... Le habían bañado antes de salir de la casa, y le

habían untado con un espeso aceite aromático, y la señora Reardon cortó con unas tijeritas de plata un mechón de su cabello para cada uno de los hermanos.

Quedó desnudo, y le urgieron a que avanzara. Lo hizo con pies torpes y lentos.

Habían dispuesto un amplio círculo de faros de automóvil, y los faros brillaban de manera lóbrega en la limpia luz del amanecer, y en el centro del círculo habían cavado un agujero en el suelo.

Se tumbó en el agujero, sintiendo como la espalda y las nalgas se clavaban en el frío barro, notando que se le pegaba al vello de la nuca. El barro hizo unos pequeños ruidos de succión cuando movió brazos y piernas para acomodarse, entonces se estiró, quedando inmóvil. La brisa del amanecer era fría, y le hacía temblar allí, en el barro, sintiendo que le agarraba como si fuera la mano de un gigante, cerrándose a su alrededor, arrastrándole hacia abajo con un apretón de viejo, frío, fuerte...

Se reunieron a su alrededor, pareciéndole; desde su perspectiva, que se alzaban hacia el cielo midiendo kilómetros. Sus caras eran desagradables y angulares, invadidas por arrugas y sombras que les hacían parecer viejas esculturas de madera. Abner se inclinó, para buscar algo en el zurrón, acercando por un momento a la cara de Roy su áspero rostro tallado, y cuando se incorporó tenía en la mano un cuchillo de caza bien templado.

Abner empezó a hablar, desgranando las palabras en voz alta y áspera, pero Roy ya no le escuchaba. Contempló con calma la manera en que Abner alzaba el cuchillo en el aire, y volvió la cabeza para mirar por última vez, como si pudiera atravesar con la mirada los kilómetros de roca y de campos cultivados y de bosque y llegar hasta el mar que esperaba al otro lado de las montañas...

¿Basta con esto?, pensó deslavazadamente, ignorando las enormes figuras de espantapájaro que se agitaban sobre él, forzando los ojos para mirar por última vez a donde vivía la Presencia..., hablándole ahora sólo a la Presencia, al mar, a esa vasta deidad sin remordimientos, negociando prudentemente con ella, con esperanza, con astucia, como un ama de casa en el mercado, ofreciendo el regalo espléndido y escarlata de su muerte. ¿Basta con esto? ¿Vale con esto?

¿Te detendrás ahora?

Servicio de vigilancia

por Connie Willis

«Servicio de Vigilancia» fue contratado por George Scithers afinales de su mandato como editor, y apareció publicado en el número del 15 de febrero de 1982, con ilustraciones de James Oldbert. El año anterior, Willis había quedado finalista del Hugo con el cuento «Daisy In The Sun» pero fue «Servicio de Vigilancia» el que estableció definitivamente su reputación, haciendo que ganara el Hugo y el Nébulas de 1982. Su cuento «Una carta de los Cleary», contratado unos meses después, en la época de McCarthy, también ganó un Nébulas aquel año, convirtiendo a Willis en uno de los pocos escritores que han ganado dos Nébulas en el mismo año. Y los siguientes años también hubo narraciones suyas, publicadas en IAsfm, que quedaron finalistas: «The Sidon in the Mirror» de los Hugo y Nébulas de 1983, y «Blued Moon» del Hugo de 1984, y acabaría convirtiéndose en uno de los principales talentos de la revista. Mientras escribo estas líneas, todavía quedan varios cuentos suyos pendientes de publicación en la revista.

Connie Willis vive en Greeley, Colorado, con su marido, una hija adolescente y un bulldog. Su primera novela, Water Witch, la escribió en colaboración con Cynthia Felice, y Ace Books está a punto de publicar otra de sus novelas, Light Raid, también escrita en colaboración con Felice. Sus últimos libros publicados han sido Fire Watch, una colección de cuentos, y Lincoln's Dreams, su primera novela en solitario.

«La Historia ha triunfado sobre el tiempo, el cual desea que al final la eternidad sea vencedora.»

Sir Walter Raleigh

20 de septiembre. Naturalmente, lo primero que busqué fue la lápida al servicio de vigilancia. Y, naturalmente, aún no estaba allí. No se erigió hasta 1951, acompañando el evento con un discurso del reverendísimo decano Walter Matthews, y ahora estoy en 1940. Lo sabía perfectamente. Fue ayer cuando vine a verla con la extraña noción de que visitar la escena del crimen me ayudaría de algún modo. No fue así.

Lo único que ayudaría es un cursillo acelerado sobre el Blitz, que es como los ingleses llamaron al bombardeo de Londres, y un poco más de tiempo. Tampoco los he tenido.

—Viajar por el tiempo no es como tomar el metro, señor Bartholomew —dijo el

estimado Dunworthy, parpadeando a través de esas antiguas gafas suyas—. O va al veinte o no va a ninguna parte.

—Pero no estoy preparado —le respondí—. Llevo cuatro años preparándome para viajar con san Pablo. No a San Pablo. No a la catedral de San Pablo. No puede esperar que esté listo para el Londres de la segunda guerra en sólo dos días.

—Sí —dijo—. Puedo.

Fin de la conversación.

—¡Dos días! —le grité a Kivrin, mi compañera de cuarto—. Y todo por un maldito error de la computadora. Y el estimado Dunworthy ni siquiera pestañeó cuando se lo dije. «Viajar por el tiempo no es como tomar el metro, jovencito», es lo que me ha dicho. «Le sugiero que se prepare. Saldrá pasado mañana.» Ese hombre es un incompetente.

—No —dijo ella—. No lo es. Es el mejor en su campo. Es el que escribió el libro sobre la catedral de San Pablo. Deberías escuchar con cuidado todo lo que te diga.

Había esperado que Kivrin mostrara, al menos, algo de comprensión. Prácticamente se puso histérica cuando le cambiaron las prácticas de la Inglaterra del siglo quince a la del catorce. ¿Cómo es posible que cualquiera de esos dos siglos permitiera una calificación adecuada para las prácticas? No podían proporcionar más de un cinco, incluso contando con las enfermedades contagiosas. El Blitz es un ocho, y, con mi suerte, la catedral será un diez.

—¿Crees que debería volver a ver a Dunworthy?

—Sí.

—¿Y luego qué? Sólo tengo dos días. No conozco la moneda, ni el idioma, ni la historia. Nada.

—Es un buen hombre —dijo Kivrin—. Será mejor que le escuches mientras puedas.

La buena de Kivrin. Siempre ha sido perfecta para apoyarse en ella.

El buen hombre era el responsable de que estuviera aquí, mirándolo todo como el chico de pueblo que se supone soy, buscando una lápida que no está aquí. Gracias al buen hombre, estoy tan poco preparado para mis prácticas como le fue posible.

Apenas podía ver unos metros de iglesia. Veía una luz titilando débilmente en la distancia y un borrón blanco, más próximo, moviéndose hacia mí. Sería un sacristán, o puede que hasta el mismísimo decano. Saqué la carta de mi tío sacerdote de Gales, que se suponía iba a proporcionarme acceso al decano, y le di una palmada al bolsillo de atrás para asegurarme de no haber perdido la microficha del *Diccionario Oxford de Inglés* (DOI) (revisado, con suplementos históricos) que había escamoteado de la biblioteca. No podía sacarlo en medio de una conversación, pero, con suerte, me las arreglaría mediante el contexto para sortear el primer encuentro y más tarde buscaría las palabras que no conociese.

—¿Eres del Ayarpee? —dijo.

No era mayor que yo, una cabeza más bajo y mucho más delgado. De aspecto casi ascético. Me recordaba a Kivrin. No vestía ropas blancas, pero las sujetaba contra el pecho. En otras circunstancias habría pensado que llevaba una almohada. En otras circunstancias habría sabido de lo que me hablaba, pero no había tenido tiempo de desaprender latín mediterráneo y legislación judaica para aprender cockney y cómo comportarse bajo una incursión aérea. Tenía dos días, y el estimado Dunworthy sólo quería hablar de la sagrada carga de un historiador, en vez de decirme lo que era un Ayarpee.

—¿Lo eres? —volvió a preguntar.

Pensé en sacar el DOI de todos modos, basándome en que Gales estaba en el extranjero, pero no creo que hubiese microfilms en 1940. Ayarpee. Podía ser cualquier cosa, hasta una forma de llamar al servicio de vigilancia, en cuyo caso el responder negativamente no me dejaba en buen lugar.

—No —dije.

De pronto se lanzó hacia adelante y pasó por mi lado para mirar hacia las puertas abiertas.

—Maldición —dijo, volviéndose hacia mí—. ¿Dónde diablos se habrán metido, entonces? ¡Montón de zorras burguesas holgazanas!

Aplausos a lo de entender algo por el contexto.

Me miró más de cerca, con sospecha, como si pensara que sólo simulaba no ser del Ayarpee.

—La iglesia está cerrada —dijo por fin.

Le mostré el sobre.

—Me llamo Bartholomew. ¿Está el decano Matthews?

Miró a la puerta un largo momento, como si las zorras burguesas holgazanas pudieran aparecer en cualquier momento, y quisiera atacarlas con el revoltillo blanco.

—Sígueme, por favor —dijo volviéndose hacia mí como si fuera un guía, y se sumergió en la oscuridad.

Me condujo hacia la izquierda, al ala sur de la nave. A Dios gracias que había memorizado la planta, o la extraña metáfora que implicaba mi situación de ese momento, conducido hacia la más absoluta oscuridad por un sacristán furioso, habría bastado para dar marcha atrás y volverme al bosque de St. John. Me ayudó saber dónde estaba. En ese momento debíamos pasar ante el número 26: el cuadro *La Luz del Mundo* de Hunt —Jesús con una lámpara—, pero estaba demasiado oscuro para verlo. Podríamos haber utilizado nosotros esa lámpara.

Se detuvo bruscamente delante de mí, aún furioso.

—No pedimos el maldito Savoy, sólo un par de catres; Nelson está muerto y está mejor que nosotros, al menos no tiene que preocuparse por la almohada. —Agitó el

bulto blanco como si fuera una antorcha en la oscuridad. Al final resultó ser una almohada—. Los pedimos hace dos semanas, y todavía seguimos igual, durmiendo sobre los generales que la diñaron en Trafalgar porque esas zorras prefieren hacerle compañía a los *tommies* tomando té con pastas en el Victoria, y a nosotros que nos den morcilla.

No parecía esperar que respondiera a su estallido, lo cual me convenía, porque había comprendido una palabra de cada tres. Tropezó delante de mí, apartándose de la luz de un patético cirio de altar, y volvió a detenerse ante un agujero negro. Número veinticinco: escaleras que conducen a la Galería de los Susurros, a la cúpula y a la biblioteca (cerrada al público). Subimos la escalera, llegamos a un salón, nos detuvimos ante una puerta medieval y llamó a ella.

—Tengo que marcharme para seguir esperando —dijo—. Si no me ven son capaces de llevarlas a la abadía. ¿Quiere decirle al decano que vuelva a llamarlas? —dijo, bajando los escalones de piedra, sujetando aún la almohada contra el cuerpo como si fuera un escudo.

Había llamado a la puerta, pero ésta era de roble sólido, y resultaba obvio que el reverendísimo decano no lo había oído. Tendría que volver a llamar. Sí, bueno, y el hombre que sujeta una trazadora también tiene que acabar soltándola, pero el saber que todo terminará en un momento no hace que sea más sencillo gritar «¡Ahora!». Así que permanecí inmóvil frente a la puerta, maldiciendo al departamento de historia, al estimado Dunworthy y a la computadora que cometió el error trayéndome aquí, ante esta puerta, provisto sólo de una carta de un tío ficticio, y de la que me fiaba tanto como de todo lo demás.

Hasta nuestra vieja y fiable Bodleian me había dejado de lado. El montón de documentación que solicité una y otra vez mediante Balliol y la terminal principal probablemente estará esperándome ahora en mi habitación, a un siglo de distancia. Y Kivrin, que ya había hecho las prácticas y que debió estar ansiosa por aconsejarme, se limitó a caminar silenciosamente como un santo cuando le supliqué que me ayudara.

—¿Fuiste a ver a Dunworthy?

—Sí. ¿Y quieres saber cuál fue la inapreciable información con que me obsequió? «El silencio y la humildad son las sagradas cargas del historiador.» También dijo que me encantaría la catedral. Auténticas perlas de sabiduría del maestro. Una pena que lo que necesite saber sea el momento y lugar donde caerán las bombas, para no recibir una encima. —Me dejé caer en la cama—. ¿Alguna sugerencia?

—¿Qué tal eres en recuperación memorística? —respondió.

—Bastante bueno —dijo levantándose—. ¿Crees que podría asimilar?

—No hay tiempo para eso. Creo que deberías poner todo lo posible en largo plazo.

—¿Hablas de endorfinas?

El principal problema de utilizar drogas para incluir información en tu memoria a largo plazo es que nunca se asienta nada en tu memoria a corto plazo, ni siquiera por un microsegundo, y eso complica bastante lo de recordar los datos, por no decir que resulta enervante. Te proporciona la sensación más oscilante posible entre el *deja vu* y el estar seguro de no haber visto u oído algo con anterioridad...

El principal problema, insisto, no estriba en esa sensación, sino en el de recuperar información. Nadie sabe con exactitud cómo funciona el cerebro a la hora de sacar algún dato del almacén, pero sí que está relacionado con el corto plazo. Ese momento breve, y a veces microscópico, que la información pasa por el corto plazo parece usarse para algo más que la disponibilidad del tenerlo-en-la-punta-de-la-lengua. Parece que el corto plazo es en lo que se basa todo el complejo proceso de búsqueda y archivo de datos del cerebro; y sin él, y sin la ayuda de las drogas que pusieron allí la información o de sustitutos artificiales, la información es imposible de localizar. Había usado las endorfinas con anterioridad para exámenes, y nunca tuve problemas en la recuperación de datos. Parecía ser la única manera de almacenar la información necesaria en algo parecido al tiempo que me quedaba, pero eso también significaba que nunca conocería ninguna de las cosas que necesitaba conocer, ni siquiera cuando recuperaba la información, si la recuperaba. Hasta entonces las desconocería como si no estuvieran almacenadas en algún oscuro rincón de mi mente.

—Puedes recuperarlas sin artificiales, ¿verdad? —dijo Kivrin, escéptica.

—Supongo que tendré que hacerlo.

—¿Bajo estrés? ¿Sin dormir? ¿Con bajos niveles corporales de endorfinas?

¿En qué habrían consistido exactamente sus prácticas? Nunca las había mencionado, y se supone que los no graduados no debemos preguntarlo. ¿Factores de estrés en la Edad Media? Pensé que todo el mundo los superaba durmiendo.

—Eso espero —dije—. De todas formas estoy decidido a intentarlo si piensas que puede ayudarme en algo.

Me miró con expresión martirizada antes de hablar.

—Nada te ayudará.

Gracias, santa Kivrin de Balliol.

Pero de todos modos lo intenté. Era mejor que sentarme en las habitaciones de Dunworthy viendo como parpadea a través de sus gafas históricamente correctas, diciéndome que la catedral iba a encantarme. Como no llegaba el pedido de la Bodleian, hinché mi crédito y me fui de compras. Cintas sobre la segunda guerra mundial, literatura céltica, historia, guías turísticas, todo lo que se me ocurrió. A continuación compré una grabadora de alta velocidad y la puse en marcha. Cuando terminé, estaba tan asustado por no saber más que cuando empecé que cogí el metro y fui hasta Ludgate Hill para ver si la lápida al servicio de vigilancia provocaba algún recuerdo. No lo hizo.

«Tus niveles de endorfinas todavía no han vuelto a la normalidad», me dije, e intenté relajarme, pero me era imposible teniendo encima la perspectiva de unas prácticas. Y eso sí que son balas de verdad, chico. El que seas un estudiante de historia intentando graduarte no quiere decir que no puedan matarme. Leí libros de historia volviendo a casa en el metro y cuando los pelotas de Dunworthy me transportaban, esta mañana, al bosque de St. John.

Entonces fue cuando guardé en el bolsillo de atrás la micro-ficha del diccionario y partí pensando que tendría que sobrevivir sólo con mis recursos, esperando poder encontrar artificiales en 1940. Recuerdo que pensé que podría pasar el primer día sin incidentes; y aquí me tenías, parado en seco por la primera palabra que se me dirigía.

Bueno, no tanto. Pese al consejo de Kivrin de no almacenar información a corto plazo, he memorizado la moneda británica, un mapa de ferrocarriles y un mapa de mi Oxford natal. Era lo que me había llevado hasta aquí. Seguramente podría tratar con el decano.

La puerta se abrió justo cuando había reunido el valor necesario para volver a llamar, y, como con la trazadora, fue rápido y nada doloroso. Le entregué la carta, me dio la mano y dijo algo comprensible como: «Me alegro de tener otro hombre, Bartholomew». Parecía gastado y cansado como si fuera a desmayarse de decirle que el Blitz no había hecho más que empezar. Lo sé, lo sé. Mantén la boca cerrada. El silencio es sagrado, etc., etc.

—Haremos que Langby le muestre esto, ¿le parece?

Supuse que sería mi sacristán de la almohada, y acerté. Se reunió con nosotros al pie de la escalera, resoplando un poco pero con alegría.

—Han llegado los camastros —le dijo al decano Matthews—. Uno diría que estaban haciéndonos un favor, con sus zapatos de tacón y sus estolas. «Vamos a perdernos el té por tu culpa, guapo», dijo una. «No les vendrá mal —respondí yo—, les conviene perder algún kilo que otro.»

Hasta el decano Matthews le miró como si no le hubiera entendido del todo.

—¿Los ha colocado en la cripta? —le dijo, presentándonos a continuación—. El señor Bartolomew acaba de llegar de Gales. Viene a unirse a los voluntarios.

A los voluntarios, no al servicio de vigilancia.

Langby me paseó por los alrededores, señalando varios rincones oscuros dentro de la general negrura y me arrastró para ver los diez catres plegables que había colocados en la cripta, pasando junto al sarcófago de mármol negro de lord Nelson. Me dijo que no tenía por qué hacer una guardia la primera noche, y sugirió que me fuera a la cama, ya que el sueño era el bien más querido durante las incursiones aéreas. Podía creerle; se agarraba a esa estúpida almohada como si fuera su amante.

—¿Se oyen aquí abajo las sirenas? —le pregunté, preguntándome a mi vez si se taparía la cabeza con la almohada.

Levantó la mirada para contemplar el cielo raso de piedra.

—A veces sí, a veces no. Brinton tiene que tener sus Horlich. Bence-Jones seguiría dormido aunque le cayera el techo encima. Yo necesito una almohada. Lo importante es tener tus ocho horas cueste lo que cueste. Si no las tienes, acabas siendo un muerto ambulante, un zombie, y entonces te matan.

Se marchó a hacer el turno de la noche, dejando atrás esa nota de ánimo, y su almohada en uno de los catres, dándome instrucciones de que no la tocara nadie. Y aquí estoy, esperando mi primera sirena de alarma e intentando resolver todo esto antes de convertirme en un muerto, ambulante o no ambulante.

Utilicé el diccionario robado para descrifrar algo de Langby. Éxito a medias. Una zorra es un animal o una prostituta (supongo que lo último). Burgués, un término vulgar que define a los miembros de la clase media. Un *tommy* es un soldado. No pude localizar ningún Ayarpee, y ya me daba por vencido cuando tuve un fogonazo de la memoria a largo plazo sobre el uso de acrónimos y abreviaturas en tiempos de guerra (te bendigo, santa Kivrin) y me di cuenta de que debía ser una abreviatura pronunciada en inglés. ARP. Air Raid Precautions. Comité para la Prevención de Incursiones Aéreas. Claro. ¿De dónde iban a salir si no los catres?

21 de septiembre: Ahora que he superado la primera impresión de encontrarme aquí, descubro que al departamento de historia se le ha olvidado informarme de lo que se supone debo hacer durante estos tres meses de prácticas. Me entregaron este diario, la carta de mi tío, diez libras, y me enviaron a hacer las maletas para el pasado. Las diez libras (prácticamente utilizadas en viajes de tren y autobús) se supone que deben durarme hasta finales de diciembre y devolverme al bosque de St. John para ser recogido cuando llegue la segunda carta de mi tío reclamándome junto a su lecho de enfermo en Gales. Hasta entonces tengo que vivir aquí, en la cripta, con Nelson, que, según me dice Langby, está inmerso en alcohol dentro del ataúd. Me pregunto si estallará en llamas si recibimos un impacto directo, o si se limitará a desmoronarse hasta el suelo, en un torrente de podredumbre. La cocina está resuelta con un hornillo de gas donde preparamos un té insípido y gastado y unos indescriptibles arenques. Todo este lujo lo pago pasando el tiempo en el tejado de la catedral y apagando incendiarias.

También debo cumplir con el objetivo de estas prácticas, sea cual fuere éste. Ahora lo único que me preocupa es seguir vivo hasta que llegue la segunda carta de mi tío y pueda volver a casa.

En estos momentos, estoy haciendo todo lo que se me ocurre para no estar ocioso hasta que aparezca Langby para «mostrarme lo básico». He lavado el cazo donde cocinan esos pescaditos, plegado y amontonado las sillas al fondo de la cripta (en el suelo, en vez de en pie, porque tienden a caerse al suelo en plena noche como si

fueran bombas) e intentando dormir.

Parece que no estoy entre los afortunados que pueden dormir en medio de un bombardeo. He pasado la mayor parte de la noche preguntándome cuál es el índice de riesgo de la catedral. Las prácticas tienen que tener un mínimo de seis. Ayer por la noche estaba convencido de que sería un diez, considerando a la cripta con un índice de cero, cosa que igual habría podido adjudicárselo a Denver.

Lo más interesante que me ha pasado hasta ahora es haber visto un gato. Estoy fascinado, pero intento no aparentarlo porque parecen muy comunes por aquí.

22 de septiembre: Todavía sigo en la cripta. Langby suele reaparecer a menudo, maldiciendo periódicamente a diversas agencias gubernamentales (todas abreviadas) y prometiendo llevarme al tejado cuanto antes. Mientras tanto, no he encontrado nada más que hacer y estoy ocupado en aprender a manejar una bomba de agua. Kivrin estaba bastante preocupada sobre mis capacidades a la hora de rebuscar en la memoria. Hasta este momento no he tenido ningún problema. Más bien al contrario. Convoqué información para apagar fuegos y he conseguido un manual entero con ilustraciones, incluyendo instrucciones para manejar la bomba. Si los arenques le prenden fuego a lord Nelson me convertiré en un héroe.

Anoche hubo bastante excitación. Las sirenas empezaron pronto a funcionar y algunas de las asistentas que friegan oficinas en el centro de la ciudad se refugiaron en la cripta. Una de ellas me despertó de un profundo sueño, gritando como una sirena. Parece que había visto un ratón. Tuvimos que ir golpeando por entre las tumbas y los catres con una bota de goma hasta convencerla de que se había ido. Justo lo que quería el departamento de historia: cazar ratones.

24 de septiembre: Langby me llevó de ronda. Al llegar al coro, tuve que reaprender a manejar la bomba y me asignó unas botas de goma y un yelmo de hojalata. Me dijo que el comandante Alien iba a conseguirnos trajes de asbesto de los que usan los bomberos, pero que todavía no habían llegado, así que salí a los tejados con mi propio abrigo para protegerme del frío que hacía pese a estar en septiembre. Daba la impresión de que estábamos en noviembre, y también lo parecía con ese cielo gris, monótono y triste, sin sol. Recorrimos la cúpula y los techos que debían ser planos, pero que estaban erizados de torres, y pináculos, y estatuas, todas ellas diseñadas para atrapar las incendiarias que escapasen a nuestro alcance. Me mostró cómo apagar una incendiaria con arena antes de que quemara el techo y prendiera fuego a la iglesia. Me mostró las cuerdas dispuestas en la base de la cúpula por si había que ir hasta las torres del ala oeste o subir a la cima de la cúpula. Volvimos a la Galería de los Susurros.

Langby mantuvo un monólogo durante todo el recorrido, parte instrucciones prácticas, parte historia de la Iglesia. Antes de bajar a la galería me llevó hasta la puerta sur para contarme que Christopher Wren estaba en medio de la antigua catedral de San Pablo y le pidió a un obrero que le trajera una lápida para colocarla de piedra angular. En ella había una frase en latín, «Volveré a levantarme», y a Wren le impresionó tanto la ironía que hizo que inscribieran la frase sobre la puerta. Langby me miró como si no me hubiera contado una historia que conocían todos los estudiantes de primer año, pero supongo que no deja de ser una bonita historia, si no contamos la del monumento al servicio de vigilancia.

Langby me adelantó, llegando hasta la estrecha balaustrada que rodea la Galería de los Susurros. Ya estaba casi a mitad del otro lado, gritándome medidas y acústicas, cuando se detuvo en la pared de enfrente de mí y me dijo en voz baja:

—Estoy hablando en susurros, pero puedes oírme por la forma que tiene la cúpula. Las ondas sonoras se ven reforzadas por el perímetro de la cúpula. Los bombardeos se oyen aquí como si fueran los truenos del Juicio Final. Tiene un diámetro de treinta y dos metros y medio. Y estamos a veinticinco metros del suelo.

Miré hacia abajo. La balaustrada desapareció debajo de mí y el suelo de mármol blanco y negro se precipitó hacia mí con rapidez cegadora. Tuve que agarrarme a cualquier cosa y caí de rodillas, temblando, mareado hasta el tuétano. El sol había salido, y toda la catedral de San Pablo parecía cubierta de oro. Hasta la madera tallada del coro, los pilares de piedra blanca, los tubos de plomo del órgano... todo ello era dorado, dorado.

Langby estaba a mi lado, intentando sacarme del estupor.

—¡Bartholomew! —gritaba—. ¿Qué te pasa? Por el amor del cielo.

Supe que debía decirle que si me soltaba, la catedral y todo el pasado se precipitarían hacia mi persona, y que no podía permitir que me pasara eso porque era un historiador. Dije algo, pero no era lo que quise decir porque Langby se limitó a sujetarme con más fuerza. Me apartó violentamente de la balaustrada, colocándome otra vez en la escalera, y dejó que me derrumbara en los escalones como un fardo, apartándose luego sin decir palabra.

—No sé lo que me ha pasado. Nunca me ha asustado la altura.

—Estabas temblando —dijo con tono agudo—. Será mejor que bajes y te eches un rato.

Volvimos a la cripta.

25 de septiembre: Recuperando memoria: manual del ARP. Síntomas de las víctimas de un bombardeo. Primer estadio: *shock*; estupefacción; desconocimiento de las heridas recibidas; lo que dicen no tiene sentido más que para las mismas víctimas. Segundo estadio: temblores, náuseas; se sienten las heridas; vuelta a la realidad.

Tercer estadio: habla incontrolada; deseo de explicar el porqué de su comportamiento a los que les rescatan.

Langby debió de reconocer los síntomas. ¿Cómo interpretaría el hecho de que no había bomba alguna? Difícilmente podría explicarle mi comportamiento, y no es sólo el sagrado silencio del historiador lo que me impide hacerlo.

No dijo nada, de hecho me asignó la primera guardia para la noche del día siguiente como si no hubiera pasado nada, y no parece más preocupado que los demás. Hasta ahora toda la gente que he conocido es como un flan de gelatina (una de las cosas almacenadas en corto plazo es el comportamiento calmado de la gente durante los bombardeos) y las bombas no se han acercado a nosotros desde que estoy aquí. Casi siempre han caído en el East End y en los muelles.

Esta noche oí una referencia a UXB, y he estado pensando en el comportamiento del decano y en que la iglesia estaba cerrada, cuando estoy casi seguro de recordar que estuvo abierta durante el Blitz. Intentaré recuperar los sucesos acaecidos en septiembre en cuanto a tiempo. En cuanto a lo de recuperar cualquier otra cosa, no veo cómo puedo recordar la información adecuada hasta no saber lo que se supone que debo hacer aquí, si es que debo hacer algo.

Los historiadores no tienen pautas sobre las que moverse, ni ninguna clase de restricciones. Si pensase que iban a creerme, podría contarle a todo el mundo que vengo del futuro. Y podría matar a Hitler si viajara hasta Alemania. ¿O no? La charla sobre paradojas temporales abunda en el departamento de historia, y los graduados que vuelven de las prácticas no dicen una sola palabra a favor o en contra. ¿Existe un pasado fijo e inmutable? ¿O hay un nuevo pasado cada día y somos nosotros, los historiadores, los que lo hacemos? ¿Cuáles son las consecuencias de lo que hacemos, si es que hay consecuencias? ¿Y cómo es que nos atrevemos a hacer algo sin conocerlas? ¿Debemos interferir sin preocuparnos, esperando que eso no acarree nuestra perdición? ¿O acaso no debemos hacer nada, no interferir, y, si hace falta, quedarnos contemplando como arde la catedral hasta los cimientos para no cambiar el futuro en absoluto?

Son preguntas para una buena sesión de estudio. Aquí no tienen ninguna importancia. Puedo dejar que la catedral arda hasta los cimientos tanto como mataría a Hitler. No, no es verdad. Lo descubrí ayer en la Galería de los Susurros. Mataría a Hitler si le sorprendiera prendiéndole fuego a la Basílica.

26 de septiembre: Hoy conocí a una joven. El decano Matthews abrió la iglesia, los vigilantes han estado haciendo limpieza y la gente empieza a venir otra vez. La joven me recordó a Kivrin, pese a que Kivrin es bastante más alta y nunca se rizaría así el pelo. Parecía haber estado llorando. Kivrin tenía ese aspecto cuando volvió de sus prácticas. La Edad Media fue demasiado para ella. Me pregunto cómo se habría

enfrentado a esto. Sin duda descargando sus miedos en el sacerdote más cercano, como esperaba sinceramente que no hiciese su sosia.

—¿Puedo ayudarle en algo? —dije, sin tener la menor gana de ayudar—. Soy un voluntario.

Pareció preocuparse.

—¿No os pagan? —dijo, secándose la enrojecida nariz con un pañuelo—. Leí lo de la catedral y el servicio de vigilancia y todo eso, y pensé que podía encontrar algún trabajo. En la cantina, o algo así. Un trabajo remunerado.

Había lágrimas en sus enrojecidos ojos.

—Pues, veré..., no tenemos cantina —dije con toda la amabilidad posible, pensando en lo impaciente que me ponía Kivrin—. No es un refugio en el amplio sentido de la palabra. Los vigilantes dormimos en la cripta. Me temo que todos somos voluntarios.

—Entonces no me sirve —dijo, secándose los ojos con el pañuelo—. Amo esta catedral, pero no puedo tener un trabajo de voluntario, no con mi hermano Tom viniendo del campo. —No debía estar interpretando la situación correctamente. Hablaba con bastante ánimo, pese a los evidentes signos de aflicción, y no estaba más a punto de llorar que cuando llegó—. Tengo que buscar algún sitio adecuado donde estar. No puedo seguir durmiendo en el metro ahora que tengo a Tom conmigo.

Noté una punzada de repentino miedo, esa angustia que sientes a veces cuando acude a tu mente algo inesperado.

—¿El metro? —dije, intentando situar la sensación, el recuerdo.

—Normalmente en Marble Arch. Mi hermano suele ir antes y guardarme el sitio. —Se interrumpió, se acercó el pañuelo a la nariz y estornudó en él—. Lo siento, es este frío espantoso.

Nariz enrojecida, ojos llorosos, estornudos. Infección respiratoria. Era un milagro que no le dijera que no llorase. Si hasta este momento no he cometido ningún error imperdonable ha sido por pura suerte, y desde luego no por carecer de acceso a la memoria a largo plazo. Ni siquiera he asimilado la mitad de la información que necesito: gatos, resfriados y el modo en que brilla la catedral cuando le da el sol. Sólo es cuestión de tiempo que aparezca algo no conocido y me pare los pies. He decidido que esta noche, cuando termine el turno de vigilancia, me pondré en recuperación. Al menos sabré dónde y cuándo puede caerme algo encima.

He visto al gato un par de veces. Es negro como el carbón con una mancha blanca en la garganta que parece pintada para los apagones.

27 de septiembre: Acabo de bajar del tejado. Todavía estoy temblando.

Al principio, el bombardeo se concentró en el East End. La vista era increíble. Por todas partes había haces de luz proyectados por los focos, el cielo estaba rosáceo por

el fuego y se reflejaba en el Támesis, las casas estallaban y chisporroteaban como si fueran fuegos artificiales. Y había un trueno constante y ensordecedor, interrumpido ocasionalmente por el zumbido de los aviones, seguido del repetitivo tableteo de las ametralladoras.

Cerca de medianoche, las bombas empezaron a acercarse, haciendo un ruido horrible, como el de un tren a punto de atropellarme. Necesité hasta la última onza de voluntad para no tumbarme en el techo. Langby me habría visto, y no quería darle la satisfacción de repetir mi actuación del día anterior. Mantuve la cabeza alta, sujetando con firmeza el saquito de arena, y me sentí bastante orgulloso de mí mismo.

A las tres pasadas de la madrugada, las bombas dejaron de rugir, luego tuvimos como media hora de calma y, a continuación, un repiquetear semejante al del granizo en los tejados. Todo el mundo menos Langby corrió por telas y bombas de agua. Me miraba. Y yo miraba la incendiaria.

Había caído a pocos metros de mí, detrás de la torre del reloj. Era más pequeña de lo que había imaginado; sólo unos treinta centímetros de largo. Chisporroteaba con violencia, lanzando fuego verdiblanco casi hasta donde yo estaba. Se fundiría dentro de un momento, reduciéndose de tamaño, y empezaría a arder y abrirse paso a través del techo. Se alzarían las llamas y se oirían los gritos de los bomberos, habría cascotes blancos por doquier y no quedaría nada, nada, ni siquiera la lápida al servicio de vigilancia.

Volvía a sentirme como en la Galería de los Susurros. Sentí que había dicho algo, y cuando miré a Langby, éste sonreía socarronamente.

—La Basílica arderá hasta los cimientos —dije yo—. No quedará nada.

—Sí —dijo Langby—. Ésa es la idea, ¿no? Que arda del todo. ¿No es ése el plan?

—¿El plan de quién? —dije estúpidamente.

—El de Hitler, claro —repuso Langby—. ¿A quién crees que me refiero? —y, casi casualmente, cogió su bomba de agua.

La página del manual de la ARP brilló repentinamente ante mí. Vacíé el saquito de arena alrededor de la chisporroteante incendiaria, luego cogí otro saquito y lo vacíé encima. El humo negro brotó con tanta densidad que apenas pude encontrar mi toallita. Tanteé con ella hasta encontrar la bomba y la metí dentro de un saquito vacío, para luego volver a echar arena. Las lágrimas provocadas por el corrosivo humo recorrían mi cara. Intenté secármelas con la manga y vi a Langby.

No había hecho ningún movimiento para ayudarme. Me sonreía.

—La verdad es que no es un mal plan. Pero no permitiremos que tenga éxito. Para eso se ha montado el Servicio de Vigilancia, ¿verdad, Bartholomew? Para que no suceda.

Ya sé cuál es la finalidad de mis prácticas. Debo impedir que Langby quemé la

catedral.

28 de septiembre: Tengo que convencerme a mí mismo que anoche me equivocaba respecto a Langby, y que entendí mal lo que me decía. ¿Para qué querría quemar la catedral si no fuera un espía nazi? ¿Y cómo podría entrar un espía nazi en el servicio de vigilancia? Pienso en mi carta de presentación y me echo a temblar.

¿Cómo descubrirlo? No puedo ponerle a prueba para ver si sabe algo que sólo sabría un inglés leal de 1940. Me temo que sería yo quien se vería atrapado. Debo hacer correctamente mi trabajo de recuperación.

No me queda más remedio que vigilar a Langby hasta entonces. Al menos, de momento, no me será difícil. Langby ya tiene asignados los turnos de las próximas dos semanas. Los hacemos juntos.

30 de septiembre: Ya sé lo que pasó en septiembre. Langby me lo contó.

—Ya lo han intentado, ¿sabes? —me dijo anoche, cuando estábamos en el coro poniéndonos los impermeables y las botas.

No tenía ni idea de lo que hablaba. Me sentí tan indefenso como el primer día, cuando me preguntó si era del ayarpee.

—El plan para destruir la catedral. Lo han intentado ya. El diez de septiembre. Un explosivo de alta potencia. Pero tú no lo sabes, claro. Estabas en Gales.

No le escuchaba. En cuanto dijo «explosivo de alta potencia» lo recordé todo. Había abierto un agujero en la carretera y se clavó en los cimientos. La brigada antiexplosivos intentó desmantelarla, pero había un escape de gas próximo, y decidieron evacuar la catedral. Pero el decano Matthews se negó a marcharse, así que tuvieron que sacarla y hacerla explotar en el pantano Barking. Recuperación completa e instantánea.

—La brigada antiexplosivos la salvó entonces —decía Langby—. Pero sigue pendiendo de un hilo.

—Sí —dije—, sigue pendiendo.

Y me alejé de él.

1 de octubre: Pensé que la recuperación de los sucesos concernientes al 10 de septiembre era algún punto de partida, pero he pasado toda la noche en el catre intentando recuperar algo sobre espías en la catedral y sin conseguir nada. ¿Es que tengo que saber exactamente lo que necesito antes de intentar recordarlo? ¿En qué me beneficia eso?

Puede que Langby no sea un espía nazi. ¿Qué es entonces? ¿Un pirómano? ¿Un

loco? La cripta no ayuda a pensar, ya no es tan silenciosa como una tumba. Las asistentas pasan casi toda la noche hablando y el ruido de las bombas se oye amortiguado, lo que de algún modo lo empeora. Cuando conseguí dormirme esta mañana, soñé que una tubería era alcanzada por un impacto y que nos ahogaba a todos.

4 de octubre: Hoy intenté coger al gato. Se me ocurrió que podría persuadirle para cazar el ratón que aterrorizaba a las asistentas. También quería ver uno de cerca. Cogí el cubo de agua que llené anoche con la bomba para apagar un trozo de metralla ardiendo de un antiaéreo. Todavía tenía algo de agua, pero no la bastante para ahogar al gato, y mi plan era atraparle poniéndole el cubo encima, meter la mano por debajo para cogerle y bajarle hasta la cripta e indicarle el ratón. Ni siquiera pude acercarme a él.

Acerqué el cubo, y al hacerlo salpiqué un poco de agua.

Creí recordar que el gato era un animal domesticado, pero debo haberme equivocado. La complaciente cara del felino se retrajo hacia atrás convirtiéndose en una máscara terrorífica, con espantosas garras extendiéndose de lo que creí inofensivas patas, y el gato emitió un espantoso maullido que sobrepasó el alboroto que causaban las asistentas.

Dejé caer el cubo, sorprendido, y rodó hasta uno de los pilares. El gato desapareció.

—Ése no es modo de coger un gato —dijo Langby detrás de mí.

—Eso es obvio —dije, agachándome a recoger el cubo.

—Los gatos odian el agua —dijo con voz átona.

—Ah —dije cogiendo el cubo para llevarlo al coro—. No lo sabía.

—Lo sabe todo el mundo. Hasta un imbécil de Gales.

8 de octubre: Llevamos una semana haciendo doble guardia. Es época de bombardeos. Langby no se presentó en el tejado, así que bajé a buscarle a la iglesia. Le encontré en la puerta este hablando con un anciano. El hombre llevaba un periódico bajo el brazo y se lo pasó a Langby, pero éste se lo devolvió. El hombre se marchó al verme.

—Un turista —dijo Langby—. Quería saber dónde estaba el Teatro Windmill. Ha leído en el periódico que las coristas van desnudas.

Sé que le miré como si no me lo hubiera creído, porque siguió hablando.

—Estás hecho un asco, tío. No has dormido bien, ¿eh? Haré que te sustituyan esta noche.

—No —repuse con frialdad—. Haré mi guardia. Me gusta estar en los tejados. —

Y añadí silenciosamente—: «Donde pueda vigilarte».

—Supongo que siempre es mejor que estar en la cripta —dijo, encogiéndose de hombros—. Al menos en los tejados puedes oír a la que acabará contigo.

10 de octubre: Creí que me vendría bien el turno doble, y que me distraería de mi incapacidad para conseguir la recuperación. Hay veces en que sí funciona. El dato surge espontáneamente, sin necesidad de artificiales, tras horas de pensar en cualquier otra cosa, o tras una buena noche de sueño.

La buena noche de sueño está fuera de mi alcance. No sólo las asistentes hablaban continuamente, sino que el gato se ha mudado a la cripta e incordia a todo el mundo maullando como una sirena y pidiendo arenques. Pienso mover el camastro antes de que me toque el turno; lo alejaré del crucero y lo acercaré más a Nelson. Puede estar momificado, pero al menos mantiene la boca cerrada.

11 de octubre: Soñé con Trafalgar, con cañones de barcos y humo, con yeso derrumbándose y Langby gritando mi nombre. Al despertar, lo primero que pensé fue que habían desaparecido las sillas plegables. Había tanto humo que no podía ver nada.

—¡Ya voy! —grité, cojeando hasta Langby mientras me ponía las botas.

Había un montón de escombros en el crucero, junto a las sillas derribadas, y Langby cavaba en él.

—¡Bartholomew! —gritaba, apartando una paletada de yeso y escayola—. ¡Bartholomew!

Seguía pensando que había humo. Corrí por la bomba de agua y luego me arrodillé a su lado, tirando hacia atrás del respaldo de una silla rota. Se resistió, y de repente me di cuenta, había un cuerpo debajo. «Iré a coger un pedazo de yeso y resultará ser una mano», pensé. Me eché hacia atrás, decidido a no vomitar, y volví al montón de escombros.

Langby escarbaba con la pata de una silla e iba mucho más rápido. Le agarré la mano para detenerle, pero se desembarazó de mí como si fuera otro cascote. Apartó un trozo plano de escayola y debajo estaba el suelo. Me di la vuelta y busqué detrás de mí. Las dos asistentes se habían refugiado en el altar.

—¿A quién estás buscando? —dije, aferrando todavía el brazo de Langby.

—Bartholomew —respondió, apartando más escombros.

Las manos le sangraban bajo la capa de polvo.

—Estoy aquí. Estoy bien. —El polvo me hizo toser—. Cambié de sitio el camastro.

Volvió la cabeza para dirigirse a las asistentes en tono calmado.

—¿Qué había aquí debajo?

—El hornillo de gas —dijo una de ellas desde su refugio en las sombras—, y la agenda de la señora Galbraith.

Langby rebuscó por entre los escombros hasta encontrarlos. El hornillo tenía un escape de gas, pero la llama estaba apagada.

—Al final nos has salvado tanto a mí como a la catedral —dije, vestido sólo con paños menores y botas, agarrando con una mano la inútil bomba de agua—. Podíamos habernos asfixiado.

—No debí salvarte —dijo incorporándose.

Primer estadio: *shock*; estupefacción; desconocimiento de las heridas recibidas; lo que dicen no tiene sentido más que para las mismas víctimas. Todavía no se daba cuenta de que le sangraba una mano. No recordaría lo que acababa de decir. Había dicho que no debió haberme salvado la vida.

—No debí salvarte —repitió—. Tengo que ocuparme de mi misión.

—Estás sangrando —dije con voz cortante—. Será mejor que te echés.

Al decir eso recordé a Langby dirigiéndose a mí en la Galería.

13 de octubre: Era una bomba de alta potencia. Abrió un boquete en el techo del coro y destrozó algunas estatuas de mármol, pero el techo de la cripta no se derrumbó como pensé en un primer momento. Sólo se desprendió algo de yeso.

No creo que Langby fuera consciente de lo que había dicho. Eso tendría que proporcionarme alguna ventaja; ahora que sé dónde está el peligro, sé que no vendrá de arriba. Pero ¿de qué me servirá saberlo, si no sé qué es lo que va a hacer? ¿O cuándo lo hará?

Seguramente los sucesos de ayer permanecerán en mi memoria largo tiempo, pero ni siquiera lo de ayer liberó los recuerdos. Ya no pienso ni en intentar la recuperación memorística. Estoy tumbado, inmerso en la oscuridad, esperando que el techo se derrumbe encima de mí. Y recordando el modo en que Langby me salvó la vida.

15 de octubre: Hoy volvió la chica. Seguía estando resfriada pero había conseguido trabajo remunerado. Daba gusto verla. Vestía uniforme y sandalias, y el cabello le enmarcaba el rostro con un elaborado peinado de rizos. Estábamos limpiando los destrozos que hizo la bomba, y Langby había salido con Alien a buscar madera para arreglar la balastrada del coro, así que la chica hablaba conmigo mientras yo barría. El polvo la hizo estornudar, pero al menos esta vez sabía lo que le pasaba.

Me dijo que se llamaba Enola y que trabajaba para el Servicio de Mujeres Voluntarias (SMV), encargándose de una de las cantinas móviles que se envían donde

hay fuego. Resulta que vino a darme las gracias por el trabajo. Dijo que cuando comentó en el SMV que no había un refugio con cantina en la catedral, le dieron trabajo en el centro de la ciudad.

—Así que vendré por aquí cuando pase cerca y le contaré cómo me va. ¿Le parece?

Su hermano y ella siguen durmiendo en el metro. Le pregunté si estaría a salvo así. Dijo que probablemente no, pero que al menos allí no podías oír la bomba que te mataría, y eso no dejaba de ser una bendición.

18 de octubre: Estoy tan cansado que apenas puedo escribir. Esta noche hemos tenido nueve incendiarias y una mina de tierra que estuvo a punto de caer en la cúpula hasta que el viento alejó de la iglesia su paracaídas. Apagué dos de las incendiarias. Lo he hecho ya cosa de veinte veces desde que llegué y he ayudado a los demás con decenas de ellas, pero sigue sin ser bastante. Una incendiaria, un momento sin vigilar a Langby, y se acabaría todo.

Sé que mi cansancio se debe en parte a esto. Me agoto todas las noches intentando hacer mi trabajo mientras vigilo a propósito, procurando que no caiga ninguna incendiaria sin que yo lo vea. Luego vuelvo a la cripta y me agoto intentando recuperar algún recuerdo, algo, cualquier cosa, algo sobre espías, sobre fuegos, sobre la catedral a finales de 1940, cualquier cosa. Tengo la impresión de que no hago bastante, pero no se me ocurre qué más hacer. Sin la recuperación, sin saber lo que puede depararme el mañana, estoy tan indefenso como toda esa pobre gente que me rodea.

Pero si tengo que hacerlo, lo haré hasta que me llamen a casa. «Cumpló con mi deber», dijo Langby en la cripta.

Yo también cumpló con el mío.

21 de octubre: Ya han pasado casi dos semanas desde la explosión y acabo de darme cuenta de que no he visto el gato desde entonces. No estaba entre los escombros de la cripta. Cuando Langby y yo estuvimos seguros de que no había nadie debajo, lo revolvimos todo dos veces más, por si acaso. Puede que estuviera en el coro.

El viejo Bence-Jones dijo que no nos preocupáramos.

—Los *jerries* pueden bombardear Londres arrasándolo todo y los gatos saldrían de las ruinas para darles la bienvenida. ¿Y sabes por qué? No quieren a nadie. Por eso morimos la mitad de nosotros. El otro día, en Stepney, una vieja murió por querer salvar a su gato. El maldito gato resultó que estaba en el refugio Anderson.

—¿Dónde está, entonces?

—Apuesto a que en cualquier sitio más seguro que éste. Podemos prepararnos como no esté cerca de la catedral. El viejo dicho sobre las ratas que abandonan el barco está equivocado. Son los gatos los que lo hacen, no las ratas.

5 de octubre: Volvió a aparecer el turista de Langby. No creo que siga buscando el teatro Windmill. Llevaba un periódico bajo el brazo y preguntó por Langby, pero Langby estaba en la ciudad con Allen, intentando conseguir trajes de asbesto como los de los bomberos. Me fijé en el periódico. Era *The Worker*. ¿Un periódico nazi?

2 de noviembre: Llevo toda la semana en el tejado, ayudando a unos incompetentes a taponar el agujero que hizo la bomba. Están haciendo un trabajo espantoso. Todavía queda una abertura por la que podría colarse un hombre, pero insisten en que así está bien porque, después de todo, de caerte por ahí no pasarías del techo y «la caída no te mataría». No parecen comprender que es el escondite ideal para una incendiaria.

Y eso es todo lo que necesita Langby. No necesita prenderle fuego a la catedral. Sólo tiene que dejar que arda una ahí escondida, hasta que sea demasiado tarde.

No conseguí nada más de los obreros. Bajé a la iglesia para quejarme ante Matthews y vi a Langby y a su turista detrás de una columna, al lado de una ventana. Langby llevaba un periódico y le hablaba. Seguían ahí cuando salí, una hora más tarde, de la biblioteca. Pasa lo mismo con el agujero. Matthews dice que pondremos tablones para taponarlo y que sea lo que Dios quiera.

5 de noviembre: Me he rendido y ya no intento recuperar datos. Tengo tanto sueño atrasado que ni siquiera consigo recordar la información de un periódico cuyo nombre conozca. Estamos constantemente con doble turno de guardia. Las asistentes nos han abandonado (igual que el gato), y el silencio reina en la cripta, pero no puedo dormir.

Si consigo echar una cabezada, sueño. Ayer soñé que Kivrin estaba en el tejado, vestida como una santa.

—¿Cuál es el secreto de las prácticas? —le pregunté—. ¿Qué se supone que debo descubrir?

Se secó la nariz con un pañuelo y me habló.

—Dos cosas. Una, que el silencio y la humildad son las sagradas cargas del historiador. Y dos... —Se interrumpió y estornudó en el pañuelo—. No duermas en el metro.

Sólo me queda la esperanza de conseguir un artificial y provocar un trance. Es

todo un problema. Estoy seguro de que es demasiado pronto para que haya endorfinas químicas e incluso alucinógenos. El alcohol es fácilmente conseguible, pero necesito algo más concentrado que la cerveza, único alcohol que conozco por su nombre. No me atrevo a preguntarle a mi compañero. Langby ya sospecha demasiado de mí. Tengo que recurrir otra vez al DOI para encontrar una palabra que no conozco.

11 de noviembre: El gato ha regresado. Langby ha vuelto a salir por los trajes de asbesto, así que pensé que podía abandonar la catedral con relativa seguridad. Fui a la tienda por víveres y, con suerte, un artificial. Ya era tarde, y las sirenas sonaron antes de que llegara a Cheapside, pero los bombardeos no suelen empezar hasta que anochece. Tardé un poco en conseguir todo lo que buscaba y en reunir valor suficiente para pedir cualquier cosa que tuviera alcohol —me dijo que fuera a un pub—, y cuando salí de la tienda, fue como si me hubiera precipitado a un agujero.

No tenía ni idea de hacia dónde quedaba la catedral, o la calle, o la tienda de la que acababa de salir. Me quedé inmóvil en lo que yano era la acera, sujetando con fuerza el envoltorio de papel marrón que contenía el pan y los arenques sujetándolo con una mano que no habría visto de agitarla ante mis ojos. Me alcé el cuello del abrigo y recé porque mis ojos se acostumbraran pronto, pero no había luz, por escasa que fuera, a la que acostumbrarse. Me habría gustado ver la Luna, ésa a la que maldecíamos los vigilantes de la catedral y a la que considerábamos una quinta columnista. O ver algún autobús de mortecinos faros que me proporcionara la luz necesaria para orientarme. O algún foco de los que se clavaban en el cielo. O el resplandor de una ametralladora en funcionamiento. Cualquier cosa.

Entonces vi un autobús, dos pálidas luces amarillas en la distancia. Empecé a caminar hacia él y salí de la acera. Eso significaba que estaba atravesado en la calle, lo que quería decir que no era un autobús. Un gato maulló cerca de mí, y se frotó contra mi pierna. Miré hacia abajo, a las luces amarillas que creí pertenecían a un autobús. Sus ojos captaban luz de algún sitio, aunque habría jurado que no había ninguna en kilómetros, y la reflejaban hacia mí.

—Acabará cogiéndote algún guardia por esos faros, micifuz —dije, y un avión voló por encima de nosotros—. O un *jerry*.

El mundo estalló convirtiéndose repentinamente en luz, los focos antiaéreos y el brillo del Támesis parecieron encenderse a la vez, iluminándome el camino a casa.

—¿Qué? ¿Me sigues, micifuz? —dije con alegría—. ¿Dónde te habías metido? Sabías que se nos acababan los arenques, ¿eh? A eso le llamo yo lealtad.

Le hablé durante todo el camino a casa y le obsequié con una lata de arenques por haberme salvado la vida. Bence-Jones dice que olió la leche que vendían en la tienda.

13 de noviembre: He soñado que estaba perdido en el apagón. No podía ver las manos que agitaba ante mi rostro, y Dunworthy apareció iluminándome con un mechero, pero sólo podía ver de dónde había venido y no adónde me dirigía...

—¿Y de qué les sirve, entonces? —dije—. Necesitan una luz, sí, pero para saber adónde van.

—¿Aunque sea la luz del Támesis? ¿Aunque sea la luz de las llamas y el resplandor de las ametralladoras? —dijo Dunworthy.

—Sí. Cualquier cosa es mejor que esta horrible oscuridad.

Así que se acercó y me entregó el mechero. Y resultó que no era un mechero, sino la linterna que llevaba Cristo en el cuadro de Hunt. Hice que iluminara lo que tenía ante mí para poder encontrar el camino de casa, pero iluminó la lápida al servicio de vigilancia y apagué a toda prisa la luz.

20 de noviembre: Hoy intenté hablar con Langby.

—Te he visto hablando con ese hombre —le dije.

Sonó como una acusación. Lo hice adrede. Quería que lo considerase así y que abandonara lo que fuera que tuviese planeado.

—Leyendo —dijo—. No hablando.

Estaba arreglando el coro, apilando sacos de arena.

—Entonces te he visto leyendo —dije en tono belicoso.

Soltó un saco y se incorporó.

—¿Y qué pasa con eso? Estamos en un país libre. Puedo leerle a un viejo si me da la gana, igual que tú puedes hablarle a tu putilla del SMV.

—¿Qué es lo que le lees?

—Lo que me pide. Es un anciano. Solía irse a casa después del trabajo, tomar un poco de brandy y escuchar a su mujer mientras le leía el periódico. Ella murió en uno de los bombarderos. Ahora soy yo quien le leo. No creo que sea asunto tuyo.

Parecía decir la verdad. No tenía ese tono casual que acompaña a las mentiras, y estuve a punto de creerle si no le hubiera oído hablar antes con sinceridad. En la cripta. Después de la bomba.

—Pensé que era un turista buscando el teatro Windmill —le dije.

Calló un momento, antes de hablar.

—Ah, eso. Vino con el periódico para preguntarme dónde estaba. Lo examiné para buscar la dirección. Fue muy inteligente por mi parte. No se me ocurrió que no podía leerlo.

Con eso bastaba. Sabía que estaba mintiendo.

—Claro que tú nunca comprenderías algo así, ¿verdad? —Balanceó un saco de

arena hasta casi tocarme los pies—. Un simple acto humanitario.

—No —dije con frialdad—. No lo comprendería.

Todo esto no prueba nada. No dijo nada de interés, excepto lo que puede ser el nombre de un artificial, y no puedo ir ante el decano Matthews para acusar a Langby de leer en voz alta.

Esperé hasta que terminó su trabajo en el coro y bajó a la cripta. Cogí entonces uno de los sacos de arena y lo subí al tejado. Los tablones aguantaban bastante bien, pero todo el mundo caminaba alrededor de ellos, evitándolos como si fueran una tumba. Abrí el saco y lo vacié en el agujero. Si Langby había pensado que era un sitio ideal para una incendiaria, puede que la arena ayudara un poco.

21 de noviembre: Hoy le di a Enola algo del dinero de mi «tío» y le pedí que me comprara una botella de brandy. Estuvo más reticente de lo que esperaba, así que debe de haber implicaciones sociales de las que no soy consciente, pero aceptó comprarla.

No sé por qué vino. Empezó a contarme algo sobre su hermano, algo que le ha pasado en el metro con los guardias, pero cuando le pedí lo del brandy se marchó sin acabar la historia.

25 de noviembre: Hoy ha vuelto Enola, pero no ha traído el brandy. Tiene unos días de vacaciones y piensa ir a Bath a visitar a su tía. Por lo menos estará una temporada a salvo de los bombardeos. No tendré qué preocuparme por ella. Acabó de contarme la historia de su hermano, y me dijo que espera poder convencerla para que aloje a Tom mientras dure el Blitz, pero no está muy segura de que quiera.

El joven Tom no parece estar más cerca de un redomado truhán que de un cuasi criminal. Le han pillado dos veces robando carteras en la estación de metro de Bank, y tuvieron que mudarse a la de Marble Arch. La consolé lo mejor que pude y le dije que todos los chicos son malos en un momento u otro. Lo que de verdad quería decirle era que no necesitaba preocuparse, que el joven Tom daba la impresión de ser todo un superviviente, como mi gato, como Langby, al que no le preocupa nada que no sea él mismo, perfectamente dotado para sobrevivir al Blitz y conseguir un puesto importante en el futuro.

Entonces le pregunté si había conseguido el brandy.

—Pensé que lo habías olvidado.

Me inventé una historia sobre cambiar el turno para comprar una botella, y pareció animarse un poco, pero no estoy seguro de que no utilice este viaje a Bath como una excusa para no hacer nada. Acabaré teniendo que dejar la catedral y comprar yo mismo la botella, y no quiero dejar a Langby solo en la iglesia. Le hice

prometer que me traería el brandy antes de marcharse. Pero todavía no ha vuelto, y hace rato que enmudecieron las sirenas.

26 de noviembre: Enola sigue sin aparecer, y dijo que su tren salía al mediodía. Supongo que debo dar gracias porque al menos está a salvo fuera de Londres. Puede que en Bath consiga curarse el resfriado.

Esta noche apareció una chica del para llevarse la mitad de los catres y nos contó que las bombas habían acertado un refugio del East End. Cuatro muertos y doce heridos.

—Al menos no fue en uno de los refugios del metro —dijo—. Entonces sí que habría sido grave la cosa.

30 de noviembre: He soñado que llevaba el gato hasta el bosque de St. John.

—¿Es una misión de rescate? —preguntaba Dunworthy.

—No, señor —respondí orgulloso—. Ya sé lo que debía encontrar en las prácticas. Este es el único que he podido encontrar. Tuve que matar a Langby ¿sabe? Tuve que hacerlo para que no quemara la catedral. El hermano de Enola se ha marchado a Bath, y los demás nunca conseguirán sobrevivir. Enola lleva sandalias en invierno y duerme en el metro, y usa horquillas para que se le rize el pelo. No podrá sobrevivir al Blitz.

—Puede que debieras haberla rescatado a ella. ¿Cómo se llamaba?

—Kirvin —dije, y desperté temblando y con frío.

5 de diciembre: Hoy he soñado que Langby tenía una bomba trazadora. La llevaba bajo el brazo como si estuviera envuelta en papel marrón, y salía de la estación de St. Paul por Ludgate Hill en dirección a la puerta oeste.

—No es justo —le dije, bloqueándole el paso con un brazo—. Hoy no hay turno de vigilancia.

Sujetaba la bomba contra su pecho como si fuera una almohada.

—Eso es culpa tuya —dijo, y la lanzó hacia la puerta del frente antes de que pudiera coger la arena y mi cubo de agua.

La trazadora no se inventó hasta finales del siglo veinte, y todavía pasaron diez años hasta que los desposeídos comunistas se apoderaran de ella convirtiéndola en algo que puede llevarse bajo el brazo. Es un aparato que puede lanzar al olvido cien metros cuadrados de ciudad.

Gracias a Dios, es un sueño que jamás se hará realidad.

El sueño se desarrollaba en un día soleado, y, esta mañana, cuando abandoné la

guardia, el sol brillaba por primera vez desde hacía semanas. Bajé a la cripta y volví a subir, haciendo por segunda vez la ronda de los tejados, revisando luego la escalera y huecos y rincones traicioneros donde podía pasar desapercibida una incendiaria. Me sentí mejor tras hacerlo, pero volví a soñar cuando me dormí, y esta vez con fuego y con Langby contemplándolo, sonriendo.

15 de diciembre: Esta mañana encontré el gato. Anoche hubo bastantes incursiones aéreas, pero la mayoría iban hacia Canning Town, y en los tejados no pasó nada digno de mención. De todos modos, el gato estaba muerto. Lo descubrí esta mañana, en la escalera, cuando hacía mis rondas privadas. Un golpe. No tenía ninguna marca, a excepción de la mancha blanca de su garganta, pero cuando lo cogí era como si estuviera relleno de mermelada.

No sé qué hacer con él. Por un momento se me ocurrió la locura de pedir a Matthews permiso para enterrarlo en la cripta. Muerte honorable en tiempo de guerra o algo así. Trafalgar, Waterloo, Londres, muerto en batalla. Terminé envolviéndolo en mi bufanda y llevándolo hasta un edificio en ruinas de Ludgate Hill, para enterrarlo entre los escombros. No servirá de nada. No le protegerá de los perros o las ratas, y nunca conseguiré otra bufanda. He gastado ya casi todo el dinero de mi tío.

No debería estar aquí. Todavía no he examinado el resto de la escalera o los huecos, y puede haber alguna incendiaria sin estallar que no haya visto.

Cuando llegué aquí, me consideraba un caballero al rescate, un profeta del pasado. No estoy haciendo muy bien el trabajo. Al menos Enola está a salvo. Me gustaría que hubiera algún modo de enviar la catedral a Bath para ponerla a salvo. Anoche apenas hubo bombardeos. Bence-Jones dice que los gatos sobreviven cualquier cosa. ¿Y si hubiese venido a mí para mostrarme el camino a casa?

Todas las bombas cayeron en Canning Town.

16 de diciembre: Enola ha vuelto. Verla ahí, en la escalera donde encontré al gato, durmiendo en Marble Arch, y sin estar a salvo, es más de lo que puedo asimilar.

—Creí que estabas en Bath —dije estúpidamente.

—Mi tía dijo que admitía a Tom, pero no a los dos. Tiene la casa llena de niños evacuados. ¿Y tu bufanda? Hace un frío terrible ahí arriba.

—Yo... —dije, incapaz de decirle la verdad—. La perdí.

—Nunca conseguirás otra. Van a racionar la ropa. También la lana. Nunca conseguirás otra igual.

—Lo sé —dije parpadeando.

—Siempre acabamos perdiendo las cosas buenas. Es algo criminal, eso es lo que es.

No supe cómo responder a eso, así que me limité a dar media vuelta y a alejarme con la cabeza gacha, para buscar bombas y animales muertos.

20 de diciembre: Langby no es un nazi. Es un comunista. Apenas puedo escribirlo. Un comunista.

Una de las asistentes encontró el *The Worker* detrás de una columna y lo bajó a la cripta cuando acabábamos el primer turno.

—Malditos comunistas —dijo Bence-Jones—. Ayudan a Hitler, hablan mal del rey y provocan disturbios en los refugios. Unos traidores, eso es lo que son.

—Aman a Inglaterra igual que tú —dijo la asistente.

—No aman a nadie que no sean ellos mismos. Son unos malditos egoístas. No me extrañaría saber que hablan por teléfono todos los días con Hitler. «¿Qué hay, Adolf?, vamos a decirte dónde debes soltar las siguientes bombas.»

La espita de la tetera silbó, y la asistente se levantó para echar el agua caliente en una taza con té.

—Que digan lo que piensan no quiere decir que pretendan prenderle fuego a la catedral.

—Pues claro que no —dijo Langby, bajando la escalera.

Se sentó y se quitó las botas, estirando los dedos de los pies dentro de los calcetines de lana.

—¿Quién quiere prenderle fuego a la catedral? —dijo.

—Los comunistas —repuso Bence-Jones, mirándole a los ojos.

Y me pregunté si también sospechaba de Langby.

—En tu lugar yo no me preocuparía de ellos. Los *jerries* son los que se están esforzando esta noche todo lo posible para prenderle fuego. Ya llevamos seis incendiarias, y una de ellas casi se mete en el agujero que hay encima del coro.

Le mostró su taza a la asistente, y ésta la llenó de té.

Quería matarle, golpearle hasta que no fuera más que polvo y despojos en el suelo de la cripta mientras Bence-Jones y la asistente nos miraban sorprendidos sin saber qué hacer, y yo les contaba todo a ellos y al resto de los vigilantes. «¿Sabéis lo que han hecho los comunistas? —quería gritar—. ¿Lo sabéis? Hay que detenerle.» Incluso me incorporé y avancé hacia él mientras seguía sentado y estiraba las piernas, con la capa de asbesto todavía sobre los hombros.

Y entonces pensé en la galería vestida de oro, en los comunistas saliendo de la estación del metro con el paquete bajo el brazo, y me sentí mal, con ese mismo vértigo de culpa e impotencia de siempre, y me tambaleé hacia atrás, sentándome en un borde del camastro, e intenté pensar lo que debía hacer a continuación.

No se dieron cuenta del peligro. Ni siquiera Bence-Jones, con toda su cháchara sobre traidores, pensaba que serían capaces de otra cosa que no fuera hablar contra el

rey. No saben, no pueden saber, en qué se convertirán los comunistas. Stalin es un aliado. El comunismo significa Rusia. Nunca han oído hablar de Karinsky, ni de la Nueva Rusia, ni de todas esas cosas que convertirán la palabra «comunista» en sinónimo de «monstruo». No lo sabrán nunca. Para cuando los comunistas se conviertan en lo que se convertirán, ya no habrá servicio de vigilancia. Sólo yo sé lo que significa oír pronunciar la palabra «comunista», aquí en la catedral de San Pablo.

Un comunista. Debí haberlo supuesto. Debí haberlo supuesto.

22 de diciembre: Volvemos a doblar la vigilancia. No he dormido nada, y me tambaleo cuando estoy en pie. Esta mañana estuve a punto de colarme por el agujero, y sólo me salvé dejándome caer de rodillas. Mis niveles de endorfina fluctúan de manera salvaje y sé que debo dormir cuanto antes o acabaré como uno de los muertos ambulantes de Langby; pero temo dejarle a solas en los tejados, a solas en la iglesia con el líder de su partido, a solas en cualquier parte. Le vigilo hasta cuando duerme.

Creo que, pese a mi estado, podría provocar un trance si consigo algún artificial. Pero ni siquiera puedo ir a un pub. Langby está constantemente en los tejados, esperando una oportunidad. Cuando Enola vuelva tengo que convencerla para que me consiga el brandy. Sólo me quedan unos días.

28 de diciembre: Enola vino esta mañana cuando yo estaba en el ala oeste, levantando el árbol de Navidad. Se derrumbó hace tres noches. Lo había enderezado y estaba agachado recogiendo el oropel de adorno que estaba tirado en el suelo cuando Enola apareció de entre la niebla como si fuera algún santo. Se paró y me besó en la mejilla. Luego se enderezó, con la nariz colorada por su perenne resfriado, y me alargó un paquete envuelto en papel de colores.

—Feliz Navidad —dijo—. Vamos, ábrelo. Es un regalo.

Mis reflejos habían desaparecido casi del todo. Sabía que el paquete era demasiado estrecho para contener una botella de brandy, pero de todos modos creí que se había acordado, que me había traído la salvación.

—Cariño —dije, y lo abrí desgarrándolo.

Era una bufanda. De lana gris. La miré durante medio minuto sin saber lo que era.

—¿Dónde está el brandy?

Me miró sorprendida. Su nariz enrojeció aún más y sus ojos se empañaron de lágrimas.

—Esto te hace más falta. No tienes cupones para ropa y has de estar todo el tiempo a la intemperie. Está haciendo mucho frío.

—¡Necesitaba el brandy! —grité furioso.

—Sólo intentaba ser amable —empezó, pero la interrumpí.

—¿Amable? Te pedí brandy. No recuerdo haberte dicho que necesitase una bufanda.

Se la devolví y empecé a desliar una hilera de bombillas de colores, que se rompieron al caerse del árbol.

Puso esa mirada de mártir que Kivrin sabe poner tan maravillosamente bien.

—Me preocupa que pases todo el tiempo ahí arriba —dijo apresuradamente—. Quieren destruir la catedral, ¿sabes? Y está tan cerca del río. No creo que debas beber. Es... es un crimen que no te cuides cuando están haciendo todo lo posible por matarnos a todos. Es como si estuvieras de su lado. Me preocupa venir un día y no encontrarte.

—Perfecto. ¿Y qué se supone que debo hacer con la bufanda? ¿Envolverme con ella la cabeza cuando suelten las bombas?

Dio media vuelta, echó a correr y desapareció en la niebla gris antes de que bajara dos escalones. Fui tras ella sin darme cuenta que seguía sujetando las bombillas, tropecé con ellas y casi caigo escalera abajo.

Langby me sujetó a medio camino.

—Se te acabaron las guardias —dijo con tono huraño.

—No puedes hacer eso.

—Oh, sí que puedo. No quiero muertos ambulantes conmigo en el tejado.

Dejé que me condujera hasta la cripta, donde me preparó una taza de té y me metió en la cama, todo ello con mucha deferencia. No dio ninguna muestra de que fuera esto lo que había esperado todo este tiempo. Decidí quedarme hasta que sonaran las sirenas. Cuando volviera a los tejados no podría echarme sin que resultara sospechoso. ¿Sabéis lo que me dijo antes de marcharse el bombero de vocación, vestido con sus botas de goma y su traje de asbestos?

—Quiero que duermas algo.

Como si pudiera dormir sabiendo que Langby estaba en el tejado. Podría acabar convertido en una antorcha humana.

30 de diciembre: Las sirenas me despertaron. El viejo Bence-Jones estaba a mi lado.

—Esto ha tenido que sentarte bien. Has dormido toda una vuelta del reloj.

—¿A qué día estamos? —dije, cogiendo las botas.

—A veintinueve. No hace falta que te apresures —añadió al ver que iba hacia la puerta—. Esta noche vienen con retraso. Puede que hasta no vengan. Eso sí sería una bendición.

Me detuve junto a la escalera, apoyándome en la fría piedra.

—¿Está bien la catedral?

—Aún aguanta. ¿Pesadillas?

—Sí —dije, recordando las de las últimas semanas...: el gato muerto en mis brazos en el bosque de St. John, Langby con el *Worker* bajo el brazo, la lápida al servicio de vigilancia iluminada por la lámpara de Cristo.

Entonces recordé que no había soñado. Me había sumido en esa clase de sueño por la que había rezado, la clase de sueño que me ayudaría a recordar.

Y entonces recordé. No la catedral arrasada por los comunistas, sino un titular de periódico: «Marble Arch acertado. Mueren dieciocho personas en la explosión.» No recordaba la fecha, a excepción del año: 1940. Sólo quedaban dos días para finalizar 1940. Cogí el abrigo y la bufanda y subí corriendo la escalera.

—¿Dónde diablos crees que vas? —me gritó Langby.

No podía verle.

—Tengo que salvar a Enola —dije, y mi voz resonó en el eco del oscuro santuario—. Van a bombardear Marble Arch.

—No puedes marcharte ahora —gritó detrás de mí, donde estaba la lápida al servicio de vigilancia—. La primera oleada acaba de empezar. Asqueroso...

No oí el resto. Ya estaba bajando la escalera y metiéndome en un taxi. Se llevó casi todo el dinero que tenía, el dinero que había reservado cuidadosamente para el viaje de vuelta al bosque de St. John. El bombardeo empezó cuando estábamos en Oxford Street, y el conductor se negó a seguir. Me dejó inmerso en la negrura, y me di cuenta de que nunca llegaría a tiempo.

Explosión. Enola derrumbándose en la escalera que llevaba al metro, calzando aún las sandalias, sin ninguna señal en el cuerpo. Y cuando intento levantarla parece no tener huesos y estar rellena de jalea. Había llegado tarde y tendría que envolverla con la bufanda que me regaló. Había retrocedido cien años para llegar tarde a salvarla.

Corrí las últimas manzanas, orientándome por la batería antiaérea que debía de estar instalada en Hyde Park, y bajé a trompicones los escalones del metro de Marble Arch. La mujer de las taquillas cogió mis últimos peniques a cambio de un billete para la estación de la catedral. Me lo metí en el bolsillo y corrí hacia la escalera.

—No corra, por favor —me dijo con placidez—. Es a su izquierda.

La puerta de la derecha estaba bloqueada por una barricada de madera, y las puertas metálicas que había al otro lado estaban bajadas y cerradas con candados. La placa con los nombres de las estaciones estaba tapada con cinta adhesiva y en la barricada había un cartel clavado que decía «Todos los trenes» y señalaba a la izquierda.

Enola no estaba en los parados ascensores, o en el suelo, apoyada contra la pared del vestíbulo. Llegué al primer tramo de escaleras y no pude continuar. Una familia se había instalado justo por donde yo quería pasar. Estaban preparando un té comunal con pan, mantequilla, un bote de mermelada sellado con papel encerado y un

hornillo, semejante al que Langby y yo rescatamos de los escombros, dispuesto todo ello en un mantel con flores bordadas en las esquinas. Me detuve un momento mirando abajo, a ese té dispuesto en los escalones como si fuera una cascada.

—Yo... Marble Arch... —dije. Veinte personas muertas por la onda expansiva—. No deberían estar aquí.

—Tenemos tanto derecho como cualquiera —respondió belicosamente un hombre—. ¿Quién es usted para decir que nos vayamos?

Una mujer que sacaba platos de una caja miró asustada. La tetera empezó a silbar.

—Usted es quien tiene que moverse. Venga, muévase —y se echó a un lado para que pasara.

Pasé sobre el bordado mantel, disculpándome.

—Perdonen. Estoy buscando a alguien que está en el andén.

—No creo que encuentre a nadie por ahí, amigo —dijo el hombre señalando en esa dirección.

Me apresuré, estuve a punto de pisar el mantel, y doblé la esquina para darme de bruces con el infierno.

Pero no era el infierno. Las chicas que se apoyaban en la pared resguardándose en sus abrigos estaban alegres o apáticas o irritables, pero desde luego no parecían condenadas. Dos chicos se peleaban por una moneda y la perdieron entre los raíles. Se asomaron al borde del andén, discutiendo sobre cuál se bajaría por ella, y el guardia de la estación les gritó que no se asomaran. Un tren tambaleante y repleto de gente llegó a la estación. Un mosquito se posó en la mano del guardia y éste se dio un manotazo para matarlo, fallando en el intento. Los chicos se rieron. Y había gente detrás de ellos, por todas partes, apoyándose en los azulejos del túnel como si estuvieran heridos, amontonándose por los demás túneles y sentados en las escaleras. Centenares y centenares de personas.

Retrocedí por la impresión golpeando una taza de té. Se derramó inundando el mantel.

—Ya se lo dije, amigo —dijo el hombre con alegría—. Es todo un infierno, ¿eh? Y abajo es peor todavía.

—Sí. Un infierno.

Nunca habría podido encontrarla. Nunca habría podido salvarla. Miré a la mujer que servía el té y pensé que tampoco podría salvarla a ella. Ni a Enola, ni al gato, ni a ninguno de los que están aquí, perdidos en los interminables pasillos y escaleras del tiempo. Habían muerto hacía ya más de cien años. No se puede salvar el pasado. Ésta debía de ser la lección que me envió a aprender el departamento de historia. Vale, espléndido, la he aprendido. ¿Puedo marcharme ya a casa?

Claro que no, querido muchacho. Te has gastado como un imbécil el dinero en taxis y en brandy, y esta noche es la noche en que los alemanes quemarán la ciudad.

(Ahora que es demasiado tarde lo recuerdo todo. Veintiocho incendiarias en los tejados.) Langby tendrá su oportunidad, y aprenderás la lección más dura de todas, la debiste aprender desde un principio: no puedes salvar la catedral.

Volví al andén y esperé detrás de la línea amarilla hasta que llegó un tren. Saqué el billete y lo mantuve en la mano todo el viaje hasta la estación de St. Paul. El humo revoloteó hasta mí cuando llegué. No podía ver la catedral.

—Se acabó —dijo una mujer con voz desprovista de esperanza, y tropecé con un nido de serpenteantes y flácidas mangueras de tela.

Mis manos se levantaron cubiertas de un barro que olía a rancio, y por fin comprendí (demasiado tarde) lo que se había acabado. No había agua para combatir los fuegos.

Un policía me bloqueó el paso y me quedé inmóvil antes él sin saber qué decir.

—No se permite pasar a los civiles —aseveró—. La catedral está el rojo.

La humareda se movía como si fuera una gran nube de tormenta, vibrando por los relámpagos, y la dorada cúpula se alzaba sobre ella.

—Soy del servicio de vigilancia —dije, y apartó el brazo, y subí al tejado.

Mis constantes de endorfinas debieron subir y bajar como el sonido de una sirena. A partir de ese momento carecí del corto plazo, sólo dispongo de momentos que no encajan bien en el entorno. Gente en la iglesia recogida en un rincón jugando a las cartas cuando bajamos a Langby, el torbellino de maderas ardiendo en la cúpula, el conductor de ambulancia que llevaba sandalias como Enola y que esparció pomada en mis quemadas manos. Y en el centro de todo, un único momento visto con claridad, aquel en que fui tras Langby y le salvé la vida.

Aguanté en mi puesto, pestañeando por el humo. La ciudad ardía y parecía como si la catedral pudiera consumirse por el calor, como si pudiera derrumbarse sólo por el ruido. Bence-Jones estaba en la torre del norte atacando una incendiaria con un azadón. Langby estaba demasiado cerca del agujero remendado, y me miraba. Una incendiaria rebotó tras él. Di media vuelta para coger una toalla y, cuando volvía a mirar, ya no estaba.

—¡Langby! —grité, y no pude oír mi propia voz.

Había caído en el agujero y nadie le había visto a él o a la incendiaria. Nadie, excepto yo. No recuerdo cómo recorrí el tejado. Creo que pedí una cuerda. Conseguí una cuerda. Me la até alrededor de la cintura, le pasé un extremo a otro hombre del servicio de vigilancia y me asomé. Las llamas iluminaban las paredes del agujero casi todo el camino hasta abajo. Podía ver un montón de escombros debajo de mí. Está ahí abajo, pensé, y salté. El espacio era tan estrecho que no había sitio donde echar los escombros. Tenía miedo de enterrarle más aún sin darme cuenta, y empecé a apartar los cascotes tirándolos por encima del hombro, pero apenas había sitio para moverme. Durante un espantoso momento, temí que no estuviera ahí, que cuando

apartara toda la madera quemada y el yeso no descubriría más que el suelo vacío, como le pasó a él en la cripta.

Me atormentaba la indignidad de tener que arrastrarme por él. Si había muerto no creía poder soportar la vergüenza de estar en pie sobre su cuerpo inerte. Entonces apareció su mano como si fuera la de un fantasma y me agarró del tobillo. Un momento después daba media vuelta y conseguía liberar su cabeza.

Estaba totalmente blanco y ya no me asustaba.

—Conseguí apagar la bomba —dijo.

Le miré tan embargado por el alivio que no pude hablar. Durante un histérico momento pensé que me echaría a reír de pura alegría de verle. Por fin conseguí darme cuenta de lo que debía decir.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo, e intentó levantarse apoyando un codo—. Peor para ti.

No pudo levantarse. Gruñó por el dolor cuando intentó cargar todo su peso a la derecha. Los escombros crujían siniestramente bajo él. Intenté levantarle con cuidado para ver dónde estaba herido. Debía haber caído sobre algo.

—Ya no importa —dijo, respirando con fuerza—. La he apagado.

Le dediqué una mirada de sorpresa, pensando que deliraba, y seguí ayudándole a que rodara sobre un costado.

—Sé que contabas con ésta —continuó diciendo, sin ofrecerme resistencia—. Tenía que pasar tarde o temprano. Pero yo fui tras ella. ¿Qué les dirás ahora a tus amigos?

Su traje de asbesto estaba roto de parte a parte. El lado de la espalda estaba chamuscado y humeante. Había caído sobre la incendiaria.

—Oh, Dios mío —dije, intentando ver frenéticamente lo quemado que estaba sin tener que tocarle.

No tenía modo de saber lo profundas que eran las quemaduras, pero parecían no extenderse más allá de la estrecha abertura que ponía al descubierto el roto del traje. Intenté apartar la bomba, pero estaba tan caliente como un horno. Todavía no se había fundido la envoltura. El cuerpo de Langby y mi arena la habían enfriado. No sabía si volvería a calentarse cuando se expusiera al aire. Miré a mi alrededor, buscando con furia la bomba de agua y el cubo que Langby debió soltar cuando cayó.

—¿Buscando un arma? —dijo Langby con tanta claridad que resultaba difícil pensar que estaba malherido—. ¿Por qué no te limitas a dejarme aquí? Un poco más de exposición ante ese cacharro y estaré asado para cuando amanezca. ¿O prefieres hacer tu asqueroso trabajo en privado?

Me incorporé y le grité a los hombres del tejado. Uno de ellos apuntó con su linterna hacia nosotros, pero su luz no llegaba tan lejos.

—¿Está muerto? —me gritó alguien.

—Llamad a una ambulancia. Tiene quemaduras.

Ayudé a Langby a levantarse, intentando sostenerle sin tocarle las quemaduras. Se tambaleó un poco y se apoyó en el muro, observando como yo intentaba enterrar la incendiaria utilizando un trozo de yeso como pala. La cuerda bajó y la até a Langby. No había hablado desde que le ayudé a incorporarse. Permitted que anudara la cuerda alrededor de su cintura, mientras me miraba fijamente.

—Debí dejar que te asfixiaras en la cripta —dijo.

Se dejaba hacer tranquilamente, pareciendo casi relajado. Le até las manos a la cuerda y se las envolví con ella para asegurarle el agarre del que carecía.

—Llevo vigilándote desde el día de la Galería. Sabía que no te daba miedo la altura. Cuando pensaste que había arruinado tus planes, te decidiste a bajar aquí sin sentir el menor vértigo. ¿Por qué ha sido? ¿Un ataque de conciencia? Arrodiarte ahí como un niño, gimiendo «¿Qué hemos hecho? ¿Qué hemos hecho?». Me pones enfermo. Pero ¿sabes lo que me puso en guardia? El gato. Todo el mundo sabe que los gatos odian el agua. Todo el mundo menos los cochinos espías nazis.

Alguien dio un tirón a la cuerda.

—Adelante —dije, y la cuerda se tensó.

—¿Y esa putilla del SMV? ¿También era una espía? ¿Tenías que citarte con ella en Marble Arch? Decirme que iba a ser bombardeado. Eres un espía de lo más podrido, Bartholomew.

Tus amigos ya la pifiaron en septiembre. Seguís igual que al principio.

La cuerda se estremeció y empezó a alzar a Langby. Éste retorció las manos para sujetarse mejor. Su hombro derecho rozó la pared. Le sujeté para que subiera sin problemas.

—Cometes un error. Debiste matarme. Pienso contarlo todo.

Me quedé allí abajo, en la oscuridad, esperando la cuerda. Langby llegó inconscientemente al tejado. Cuando terminó el servicio pasé por la cúpula y bajé a la cripta.

Esta mañana llegó la carta de mi tío acompañada por un billete de diez libras.

31 de diciembre: En St. John me recibieron dos sabuesos de Dunworthy para decirme que llegaba tarde a los exámenes. Ni siquiera protesté. Les seguí obediente, sin pensar siquiera lo injusto que era examinar a un muerto que anda. No había dormido desde hacía... ¿cuánto tiempo? Desde que fui a buscar a Enola. No había dormido desde hacía cien años.

Dunworthy estaba en su despacho, bizqueando mientras me miraba. Uno de los sabuesos me pasó una hoja de papel, el otro dijo que empezaba mi tiempo. Volví la hoja y dejé una mancha aceitosa proveniente de la pomada de mis quemaduras. Me las miré sin comprender. Había tocado la incendiaria cuando aparté a Langby, pero

esas quemaduras estaban en el dorso de las manos. La respuesta acudió a mi mente con la voz monótona de Langby: «Son quemaduras de la cuerda, estúpido. ¿Es que a los espías nazis no les enseñan cómo cogerse correctamente a una cuerda?».

Miré la hoja de examen. «Cantidad de bombas incendiarias que cayeron en la catedral de San Pablo. Cantidad de minas de tierra. Cantidad de bombas de alta potencia. Métodos habituales usados para apagar incendiarias. Para minas de tierra. Para bombas de alta potencia. Número de voluntarios que hacían el primer turno. Y el segundo turno. Bajas. Accidentes.» Las preguntas no tenían sentido. Había poco sitio para responderlas, apenas el suficiente para poner un número después de cada pregunta. Método utilizado habitualmente para apagar incendiarias. ¿Cómo iba a poner todo lo que sabía en ese espacio? ¿Dónde estaban las preguntas sobre Enola y Langby y el gato?

Me acerqué al escritorio de Dunworthy.

—La catedral estuvo a punto de arder anoche. ¿Qué clase de preguntas son éstas?

—Debería estar respondiendo preguntas, señor Bartholomew, no haciéndolas.

—Aquí no hay preguntas sobre la gente —dije.

La otra capa de mi furia empezó a consumirse.

—Claro que las hay —dijo Dunworthy, pasando a la segunda página del cuestionario—. Número de bajas, mil novecientos cuarenta. Explosión, metralla, otros.

—¿Otros? —dije. El techo podía derrumbarse sobre mí en cualquier momento en una lluvia de polvo de yeso y furia—. ¿Otros? Langby apagó un fuego con su propio cuerpo. Enola tenía un resfriado que no hacía más que empeorar. El gato... —Le quité el papel y escribí «un gato» en el estrecho espacio que había a continuación de «explosión»—. ¿Es que no le importan nada?

—Importan desde el punto de vista de la estadística —dijo—, pero como individuos son poco relevantes para el curso de la historia.

Mis reflejos se pusieron en marcha. Me sorprendí al descubrir que los de Dunworthy eran casi igual de lentos. Le rocé la mandíbula e hice que se le cayeran las gafas.

—Claro que son relevantes —grité—. ¡Ellos son la historia, y no esas malditas cifras!

Los reflejos de los sabuesos eran muy veloces. No había iniciado otro golpe cuando me cogieron por los brazos y me sacaron de la habitación.

—Están en el pasado sin que nadie pueda salvarles. No pueden ver más allá de sus narices y les bombardean continuamente, ¿y va a decirme que no son importantes? ¿A eso le llama usted ser un historiador?

Los sabuesos me llevaron en volandas hasta el recibidor.

—Langby salvó la catedral. ¿Cómo puede haber una persona más importante que

ésa? ¡Usted no es un historiador! No es más que un... —Quería llamarle algo horrible, pero lo único que se me ocurrían eran frases de Langby—. ¡No es más que un cochino espía nazi! ¡No es más que una zorra burguesa holgazana!

Me tiraron al suelo, caí sobre manos y rodillas, y me dieron con la puerta en las narices.

—¡Si tengo que trabajar para usted, jamás seré historiador! —grité, y me fui a ver la lápida conmemorativa al servicio de vigilancia...

31 de diciembre: Tengo que escribir esto a trozos y poco a poco. Tengo las manos en muy mal estado, y los chicos de Dunworthy no me ayudaron mucho. Kivrin viene periódicamente, con su aire a lo Juana de Arco, y me pone tanta pomada en las manos que apenas puedo sujetar el lápiz.

La estación de St. Paul ya no existe, claro, así que bajé en Holborn y caminé el resto del camino pensando en mi último encuentro con el decano Matthews, la mañana siguiente a que ardiera todo el centro de la ciudad. Esta mañana.

—Tengo entendido que le salvó la vida a Langby —dijo—. Y que entre los dos salvaron anoche la catedral.

Le mostré la carta de mi tío y la miró como si no pudiera adivinar de qué trataba.

—Nada se salva para siempre —dijo, y por un terrible momento pensé que iba a decirme que Langby había muerto—. Tenemos que seguir salvando la catedral hasta que Hitler decida bombardear las poblaciones rurales.

Quise decirle que casi habían terminado las incursiones aéreas a Londres. Empezarían a bombardear el campo dentro de pocas semanas, Canterbury, Bath, y siempre apuntando a las catedrales. Usted y la catedral sobrevivirán a la guerra y vivirán para inaugurar la lápida conmemorativa.

—De todos modos, tengo la esperanza de que haya pasado lo peor.

—Sí, señor.

Pensé en la piedra, en la inscripción aún legible después de tanto tiempo. No, señor, lo peor no ha pasado.

Mantuve el ánimo hasta llegar a la cima de Ludgate Hill. Luego me perdí y vagué por los alrededores como un hombre en un camposanto. No recordaba que los guijarros se parecieran tanto al yeso del que Langby intentó desenterrarme. No podía encontrar la lápida por ninguna parte. Al final estuve a punto de caer sobre ella, echándome hacia atrás como si hubiera pisado una tumba.

Era todo lo que quedaba. Se supone que Hiroshima tuvo un puñado de árboles que seguían íntegros y Denver los escalones del capitolio. Ninguno tiene una inscripción que rece: «En recuerdo a los hombres y mujeres del servicio de vigilancia que por la gracia de Dios salvaron esta catedral». La gracia de Dios.

Hay parte de la inscripción borrada. Hay historiadores que aseguran que hay otra

línea que decía «para siempre», pero no lo creo, no si el decano Matthews tuvo algo que ver con ello. Tampoco lo creería ni por un momento cualquiera de los vigilantes. Salvábamos la catedral cada vez que apagábamos una incendiaria, y sólo hasta que cayera la siguiente. Vigilar los sitios de riesgo, apagar los pequeños fuegos con la arena y las bombas de agua, los grandes con nuestros cuerpos, para impedir que ardiera la vasta y compleja estructura. Todo me parecía un curso de historia. Vaya un momento para descubrir lo que es de verdad un historiador cuando he tirado por la ventana mi oportunidad de ser uno con tanta facilidad como ellos tiraron dentro la bomba trazadora. No, señor, lo peor no ha pasado.

En la lápida hay quemaduras, allí donde la leyenda dice que estaba arrodillado el decano cuando estalló la bomba. Algo totalmente apócrifo, claro, ya que no es el sitio más apropiado para rezar. Es más probable que fuera la sombra de un turista preguntando por el teatro Windmill o la huella de una chica que le llevaba una bufanda a un voluntario. O un gato.

Nada se salva para siempre, decano Matthews, y lo sabía cuando entré el primer día por la puerta este, intentando ver algo en la oscuridad, pero de todos modos sigue siendo bastante malo. Lo es estar ahí arrodillado entre guijarros de los que no podía desenterrar ni amigos ni sillas plegables, sabiendo que Langby murió pensando que yo era un espía nazi, y que Enola vendría un día y yo no estaría aquí. Es bastante malo.

Pero no lo es tanto como podría serlo. Los dos habían muerto, y el decano Matthews, también, pero murieron sin saber lo que yo ya sabía, lo que hizo que me arrodillara en la Galería de los Susurros, enfermo de pena y culpa: que al final, ninguno de nosotros salvó la catedral. Y Langby no podía volverse y mirarme, sorprendido y dolorido hasta el corazón, para preguntarme: «¿Quién lo hizo? ¿Tus amigos los nazis?». Y yo no tendría que responder: «No, los comunistas». Eso habría sido mucho peor.

He vuelto a mi cuarto y he dejado que Kivrin me pusiera más pomada en las manos. Quiere que duerma algo. Sé que debería hacer las maletas y marcharme. Sería humillante dejar que vinieran a echarme, pero no tengo fuerzas para luchar con ella. Se parece demasiado a Enola.

1 de enero: Parece que no me he limitado a dormir toda la noche, sino que, además, lo he hecho hasta pasada la hora matutina de llegada del correo. Cuando desperté, descubrí a Kivrin sentada en el borde de la cama sosteniendo un sobre.

—Han llegado tus calificaciones.

Puse la mano haciéndole sombrilla a los ojos.

—Pueden ser maravillosamente eficientes cuando quieren, ¿verdad?

—Sí —dijo Kivrin.

—Bueno, veámoslas —dije, sentándome—. ¿Cuánto tiempo tendré hasta que vengan a echarme?

Me entregó el sobre de la computadora. Lo abrí por la línea perforada.

—Espera —me dijo—. Quiero decirte algo antes de que lo abras. —Posó gentilmente la mano en mis quemaduras—. Estás equivocado con el departamento de historia. Son muy buenos.

No era exactamente lo que esperaba que dijera.

—Bueno no es la palabra que utilizaría para describir a Dunworthy —dije, sacando el contenido del sobre.

La expresión de Kivrin no cambió, ni siquiera cuando me quedé inmóvil, con la hoja impresa apoyada en mis rodillas, donde ella podía verla.

—Bueno —dije.

La nota estaba firmada por el estimado Dunworthy. Me había graduado. Con honores.

2 de enero: Hoy llegaron dos cosas en el correo. Una era el destino de Kivrin. El departamento de historia piensa en todo —incluso en mantenerla aquí el tiempo suficiente para que cuide de mí, hasta en prefabricar una prueba rigurosa para que la pasen sus estudiantes.

Creo que me gustaría pensar que fue eso lo que hicieron, que Enola y Langby sólo eran actores contratados y el gato un inteligente androide programado para el efecto final, pero no demasiado, porque no quiero creer que Dunworthy sea tan bueno, porque entonces no tendría este lacerante dolor que me provoca el no saber qué fue de ellos.

—¿Dijiste que tus prácticas fueron en la Inglaterra del mil trescientos? —le pregunté, mirándole con tanta sospecha como miré a Langby.

—Mil trescientos cuarenta y nueve —dijo, y su cara se derrumbó por el recuerdo—. El año de la plaga.

—Dios mío. ¿Cómo pudieron hacer eso? La plaga es un diez.

—Tengo inmunidad natural —dijo, y se miró las manos.

No supe qué decir y abrí el otro sobre. Era un informe sobre Enola. Estaba impreso por la computadora; tenía hechos, fechas y estadísticas, todas esas cifras que tanto amaba el departamento de historia, pero me contaba lo que creía que debería quedarme sin saber; que Enola se curó el resfriado y que sobrevivió al Blitz. Su hermano Tom murió en los bombardeos de Bath, pero Enola vivió hasta el 2006, el año anterior a que volaran la catedral.

No sé si creer o no el informe, pero no me importa. Es como Langby leyéndole en voz alta al anciano, un acto de generosidad humana. Piensan en todo.

No en todo. No me han dicho lo que le pasó a Langby. Pero, mientras escribo

esto, creo que lo sé: le salvé la vida. No importa que al día siguiente muriese en el hospital, y pese a todas las elecciones que se empeña en enseñarme el departamento de historia, sigo sin creer en una: nada está salvado para siempre. Creo que Langby sí lo está.

3 de enero: Hoy fui a ver a Dunworthy. No sé lo que pretendía decirle: algún discurso pomposo sobre mi voluntad de servir en el servicio de vigilancia de la historia, manteniéndome firme, silenciosa y santificadamente, contra las incendiarias del corazón humano.

Pero me miró apenas entré, y me pareció que miraba a esa imagen luminosa que era la catedral brillando a la luz del sol antes de que desapareciera del todo, y que sabía mejor que nadie que el pasado no podía salvarse.

—Siento haberle roto las gafas, señor —le dije en vez de lo que llevaba pensado.

—¿Le gustó la catedral? —dijo.

Y, como cuando conocí a Enola, pensé que estaba interpretando mal la situación, que no sentía pérdida alguna, sino algo muy diferente.

—Mucho, señor.

—Sí, a mí también.

El decano Matthews se equivocaba. Luché con la memoria durante toda la práctica para descubrir al final que no era mi enemiga, y que ser un historiador no es ninguna carga bendecida con la santidad. Porque Dunworthy no mira a la fatal luz del sol de esta última mañana, sino a la penumbra de esa primera tarde, mirando a la enorme puerta este de la catedral, a lo que, como Langby, como todo lo demás, como cada momento, está en nosotros, a salvo para siempre.

Su cara peluda

por Leigh Kennedy

«Su cara peluda» fue contratado por Shawna McCarthy, y apareció en el número de *IASfm* a mediados de diciembre de 1983, con una ilustración de John Piebard. Pese a estar inocentemente enterrado en medio de la revista, el cuento consiguió atraer la atención del público, convirtiéndose en uno de los relatos más polémicos del año, y hasta la fecha sigue siendo uno de los más controvertidos que se han publicado en la revista. Este cuento fue otra apuesta editorial por parte de Shawna, y también rindió beneficios, pues bien puede ser el mejor cuento que publicó la revista ese año, y, desde luego, fue el mejor de todos los que tenían su extensión. Ese mismo año se publicaron en la revista otros dos cuentos de Kennedy —«Belling Martha» y «Greek»— y cualquiera de los dos podría haber atraído una atención semejante si no hubiera sido por «Su cara peluda».

Leigh Kennedy, nacido en Denver, Colorado, pasó unos años en Austin como tejano honorario y, actualmente, vive en Inglaterra. Vendió su primera historia en 1978, y desde entonces se ha convertido en colaborador frecuente de la mayoría de las revistas y antologías de ciencia ficción. *Atlantic Monthly Press* publicó su primera novela, *The Journal of Nicholas the American* y fue finalista para el *Nébulas* de 1986. Próximamente aparecerá una colección de sus cuentos cortos, *Faces*.

Douglas se sonrojó al ver copular a Annie y Vernon.

Ya había visto horas de sexo entre orangutanes, pero esta vez era diferente. Nunca había visto a Annie haciéndolo. Se mantuvo inmóvil un momento a la sombra del árbol, sorprendido, con el té helado en las sudorosas manos, y retrocedió doblando la esquina del edificio de ladrillos. Estaba confuso. Las cigarras parecían ser más escandalosas de lo habitual, el sol más caliente, y extraños los chillidos de placer de los monos.

Volvió caminando hasta el porche de madera y se sentó. Su mente seguía viendo a los dos gigantes montones de piel anaranjada moviéndose juntos, como si fueran un solo ser.

Cuando los dos orangutanes volvieron, Douglas creyó ver presunción en la cara de Vernon. «¿Por qué no? —pensó—. Supongo yo que también estaría presumiendo.»

Annie se tumbó en la hierba del patio delantero y cruzó una pierna sobre la otra, hinchando el vientre; miró hacia arriba, al cargado cielo blanco.

Vernon botó hacia Douglas. Aquél era joven y de un rojo achocolatado. Su cara

seguía siendo lisa, careciendo aún de la quijada de los orangutanes viejos.

—Sé educado —advirtió Douglas.

—¿Beber té, por favor? —dijo Vernon con rápidas señas, agitando los flecos de los codos—. Seco como el hueso.

Douglas le pasó a Vernon uno de los vasos de té, pese a que lo había traído para Annie. El atractivo macho de nueve años lo bebió de un trago.

—Gracias —gesticuló. Tocó el borde del porche y retiró los largos dedos—. Poder freír huevo —añadió, y, en vez de sentarse, se balanceó en las cuerdas que pendían entre el techo de la escuela y los árboles.

Para el orangután aquello era un pálido reflejo de la exuberancia que había conocido en sus bosques.

«Es demasiado joven y vulgar para Annie», pensó Douglas.

—Annie —llamó Douglas—. El té.

Annie rodó hasta colocarse de costado, quedándose tumbada y apoyada en un codo, mirándole. Era encantadora. De quince años, con pelo cobrizo y lustroso y pequeños ojos amarillos en el rostro carnosos, expresivos e inteligentes. Empezó a levantarse hacia él, pero dio media vuelta hacia la carretera.

El jeep del correo bajaba de la autopista.

Annie emprendió, con un veloz movimiento, un galope a cuatro patas para recorrer los doscientos cincuenta metros que la separaban del buzón. Vernon saltó del árbol y la siguió con un pequeño gemido.

Douglas dejó el té, molesto por salir al sol, y siguió a los primates hasta la carretera. Cuando llegó junto a ellos, Annie estaba sentada con el correo repartido por entre los talones, y tenía una carta abierta en las manos. Alzó la cabeza con una expresión que nunca le había visto, que podía haber sido miedo, pero no lo era.

Le entregó la carta a Vernon, que la insultó por ello.

—Douglas —dijo con señas—, quieren comprar mi cuento.

Therese estaba tomando un baño, con las rodillas en alto y el pelo flotando junto a la cara. Douglas estaba sentado en el borde de la bañera. Mientras éste le hablaba era consciente de estar utilizando un doble lenguaje: uno con los labios y otros con las manos.

—En cuanto llamé a la señora Young, la editora de la revista, y le dije quién era Annie, se exaltó muchísimo. Me dijo que por qué no enviaba con la historia una carta contándole todo, así que le respondí que Annie no quería que nadie lo supiera antes de leer el cuento.

—¿Annie ha decidido eso? —Therese parecía escéptica, como siempre parecía estarlo cuando Douglas hablaba de Annie.

—Lo hemos hablado y ella quiere que sea así. —Douglas notó resistencia en

Therese. No sabía por qué no le comprendía nunca, a no ser que lo hiciese para provocarle. Se comportaba como si pensara que un primate siempre es un primate sin importar lo que pudieran hacer él o ella—. De todos modos, dijo que habría que hacer publicidad, coloquios, firmas de autógrafos. Ya sabes. Pero la doctora Morris cree que será mejor dejar las cosas tranquilas.

—¿Por qué? —Therese se sentó; las piernas quedaron bajo el agua y se enjabonó los brazos.

—Porque se pondría demasiado nerviosa. Convertirse en una celebridad podría perjudicar su educación. Lástima. Hasta la doctora Morris se há dado cuenta de que vendría estupendamente para recaudar fondos. Pero supongo que haremos alguna declaración a la prensa.

Therese empezó a echarse champú en el pelo.

—He traído a casa el ensayo de Sandy. Ese del que te hablé. Si fuera un orangután en vez de una niña muda, seguro que conseguía que se lo publicaran en el *Fortune* —dijo sonriendo.

Douglas se levantó. No le gustaba la manera en que Therese desvió la conversación al tema de siempre. No importaba lo que pudiera hacer uno de los estudiantes mudos de Therese, siempre sería más espectacular si Annie podía hacerlo la centésima parte de bien. Douglas sabía que era cierto, pero, no sabía por qué. Therese siempre hablaba con amargura de ello.

—Estupendo —dijo, intentando mostrar entusiasmo.

—¿Quieres frotarme la espalda?

Se agachó para hacerlo.

—Nunca olvidaré la cara de Annie cuando leyó la carta.

—Gracias —dijo Therese, levantándose—. ¿Tienes algún plan para esta noche?

—Tengo trabajo —dijo, saliendo del baño—. ¿Quieres que trabaje en el dormitorio para que puedas ver la televisión?

—No, voy a leer —dijo, tras una larga pausa.

Dudó un momento en la puerta.

—¿Por qué no te vas pronto a la cama? Pareces cansada.

Ella se encogió de hombros.

—Puede que lo esté.

Douglas observó atentamente a Annie en la sala de juegos de la escuela. Todavía no había terminado la mañana, pese a que ya era tarde. Estaba reclinada al otro lado de la habitación y parecía adormilada. Annie miró por la ventana, pestañeó, hizo una marca de propiedad en el libro de Pinkwater, *Gordos venidos del espacio*, con un largo dedo marrón.

Douglas había estado pensando en Therese, que esa mañana estuvo callada y

distraída. Annie nunca estaba distraída, aunque sí solía estar callada. Se preguntó si Annie estaba así hoy por haber notado que Douglas no estaba feliz. Le había dado un abrazo extra cuando llegó esta mañana al trabajo.

Se preguntó si Annie se habría enamorado de él, como suele pasarle a muchas colegialas con sus maestros. Recordó la cópula con Vernon de hace unos días y fantaseó que la tocaba y suave, suavemente, se introducía en ella.

Le avergonzó la reacción física a su fantasía. «Dios, ¿qué estoy pensando?» Salió de la ensoñación, escondiendo la mirada por unos momentos hasta recuperar el control.

—Douglas —llamó Annie por señas.

Caminaba erecta hacia él, con toda su altura, y se sentó en el suelo. Su carne se plegó en el regazo como si fuera pasta de amasar.

—¿Qué? —dijo, preguntándose de pronto si los orangutanes serían telépatas.

—¿Por qué dices que mi historia es para niños?

Él la miró sin decir nada.

—¿Por qué no la has enviado a *Harper*? —preguntó, teniendo que deletrear el nombre de la revista.

Contuvo una carcajada, sabiendo que eso la molestaría.

—Es... es una historia de las que le gustan a los niños.

—¿Porqué?

Douglas suspiró.

—El nivel de la prosa es... joven. Como tú, encanto. —Le revolvió el pelo de la cabeza, mirando a los pequeños e intensos ojos—. A medida que crezcas lo harás con más sofisticación.

—Soy tan lista como tú. Tú me comprendes porque siempre hablo inteligente.

Douglas se descubrió confundido por su lógica.

Ella inclinó la cabeza y esperó. Pareció asumir su victoria cuando Douglas se encogió de hombros y volvió con su libro.

La doctora Morris entró en ese momento.

—Aquí vamos —dijo, entregándole el periódico y saliendo.

Douglas pasó las páginas hasta llegar a un artículo sobre el «primate escritor». Lo examinó. Contenía uno de sus puntos flacos; eso, y el hecho de que estaba irritable por el celo, le hizo considerar la posibilidad de esconderlo. Pero eso no habría estado bien.

—Annie —dijo en voz baja.

Ella levantó la cabeza.

—Hay un artículo sobre ti.

—Yo leer —dijo, dejando el libro en el suelo.

Se acercó y se subió al sofá, junto a él. La miró a los ojos mientras reaccionaba

ante cada palabra. Fue enfureciéndose a medida que leía.

De pronto se bajó del sofá como si fuera de la borda de un bote. Cuando salió como un rayo por la puerta, la siguió. El perro de peluche que siempre había sido su juguete favorito fue despedazado entre sus poderosas manos incluso antes de darse cuenta de lo que había hecho. Annie gritó mientras apartaba el juguete y corrió al patio.

Se subió a un árbol, aterrorizada por su propia agresión, con el relleno del juguete cayendo tras ella como si fuera nieve.

Douglas miró mientras el suelo se llenaba de gomaespuma y peluche. Las ramas del árbol temblaban. Dejó de agitar el árbol al cabo de largo rato, y se sentó tranquila.

Se hablaba a sí misma con su larga mano de mono.

—No animal —decía—, no animal.

Douglas se dio cuenta de golpe que a Therese le asustaban los simios.

Observaba a Annie con precaución mientras los cuatro caminaban por los límites de la escuela. Douglas sabía que Therese no apreciaba como él la gracia del musculoso andar de Annie. El lenguaje de signos que utilizaban era tan parecido al que Therese empleaba con sus niños mudos como el inglés al jamaicano. Therese no podía apreciar a Annie en una conversación creativa.

No es bueno que te den miedo los monos, por muy educados que éstos estén.

La había invitado a salir, esperando que le gustara verse incluida en su mundo. Sólo había estado dos veces antes y poco tiempo.

Vernon haraganeaba detrás de ellos, sacando fotos de forma intermitente con la costosa pero resistente cámara modificada para sus manos.

Vernon tomó varias fotos de Annie y una de Douglas, pero sólo cuando Therese se separó de él para mirar entre los juncos que había al borde del arroyo.

—Annie —llamó Douglas, señalando delante—. Un cardenal. El pájaro rojo.

Annie avanzó pesadamente hacia adelante. Miró atrás para ver adónde señalaba Douglas, y se detuvo en cuclillas. Douglas caminó hasta su lado y los dos miraron el pájaro.

Salió volando.

—Marchó —gesticuló Annie.

—¿Verdad que era bonito?

Siguieron a paso vivo. Annie se detenía a menudo para investigar trozos brillantes de basura o insectos grandes. No solían ir tan lejos de la escuela. Vernon zumbó al pasar por su lado como un manchón rojizo de juvenil energía.

Douglas dio media vuelta al recordar a Therese. La vio bastante atrás, sentada en un tocón de árbol. Estaba molesto. Le había dicho que se pusiera unos vaqueros y un sombrero de paja porque habría ortigas y mucho sol. Pero ahí estaba, sentada sin un sombrero y con pantalones cortos, frotándose los tobillos con aire miserable.

Gruñó con impaciencia. Annie le miró.

—No es a ti —dijo, acariciándole el pelo.

Ella le dio unas palmadas en el trasero.

—Vamos —dijo Douglas, dando marcha atrás—. ¿Cuál es el problema? —añadió al llegar junto a Therese.

—Ninguno. —Se levantó y empezó a caminar sin mirarle—. Sólo estaba descansando.

Annie se había detenido para pinchar algo del suelo con un palo. Douglas apresuró el paso. Pese a que sus estudiantes eran bastante inteligentes, seguían teniendo apetitos de orangután. Siempre le preocupó que comieran algo que les sentara mal.

—¿Qué es eso?

—Gato muerto —gesticuló Vernon.

Tomó una foto de Annie dándole la vuelta al cadáver con el palo.

Therese se apresuró hacia adelante.

—Pobre gatito... —dijo, arrodillándose.

Annie parecía estar demasiado concentrada en pinchar al gato como para darse cuenta que Therese se acercaba; sólo alguien muy rápido pudo haber seguido su salto. Douglas se quedó sorprendido.

Las dos gritaron. Todo terminó.

Annie gimoteaba agarrándose a las piernas de Douglas.

—¡Mierda! —dijo Therese.

Estaba en el suelo, rodando de un lado a otro, manteniendo del brazo izquierdo apartado. Había sangre goteando por entre sus dedos.

Douglas apartó a Annie.

—Eso ha estado mal, muy mal. ¿Me oyes?

Annie se hundió entre sus patas traseras y se cubrió la cabeza. Hacía tiempo que no había tenido una regañina. Vernon estaba a su lado, meneando la cabeza, gesticulando.

—No lista, cara de babuino.

—Levántate —le dijo Douglas a Therese—. Ahora no puedo ayudarte.

Therese estaba pálida, pero con los ojos secos. Se levantó con torpeza y empalideció más aún. Un trozo de carne colgaba por encima de su hombro, carnosa y sangrante.

—Mira.

—Vamos. Camina hasta la casa. Iremos detrás de ti.

Intentó mantener un tono calmado de voz, posando una mano en el hombro de Annie, a guisa de advertencia.

Therese gimió conteniendo el aliento.

—Duele —dijo, pero siguió adelante.

—Ya vamos —dijo en tono severo—. Limítate a caminar y... Annie, no te atrevas a salirte de la raya.

Caminaron en silencio, con Therese delante, dejando gotas de sangre en el polvo. Las gotas eran cada vez más grandes y más próximas entre sí. Annie mojó el dedo en una de las manchas de sangre y luego lo olió.

¿Por qué no podían ser las cosas sencillas y pacíficas?, se preguntó. Siempre pasa algo. Siempre. Debía habérselo pensado mejor antes de traer a Therese junto a Annie. Los monos no comprenden esa cualidad vulnerable que define a Therese. Ni siquiera lo comprendía él mismo, aunque hubo un tiempo en que probablemente le había atraído. No, puede que sólo se hubiera dado cuenta de ello hasta que fue demasiado tarde. A Therese sólo la consideraba como «dulce» hasta que sus vidas se entremezclaron tanto que no pudieron aclararse.

¿Por qué no podía ser tan fuerte como Annie? ¿Por qué tiene que tomárselo todo tan en serio?

Llegaron al edificio. Douglas envió a Vernon y Annie a su habitación y acompañó a Therese a la enfermería. Observó mientras Jim, enfermera para todo y ayudante de veterinario, le examinaba el brazo.

—Creo que necesitas unos puntos.

Salió para traer lo necesario.

Therese miró a Douglas, mientras mantenía la gasa sobre el brazo aún sangrante.

—¿Por qué me ha mordido? —preguntó.

Douglas no respondió. No se le ocurría la manera de decírselo.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó ella.

—Te lo buscaste por tontear por ahí.

Douglas notó como se enfurecía. No quería discutir ahora. Deseó no haberla traído nunca. Lo había hecho por ella, y ella lo había arruinado. Lo había arruinado todo.

—No empieces —se limitó a decir, dirigiéndole una mirada de advertencia.

—Pero, Douglas, no hice nada.

—No empieces —repitió.

—Ya veo —dijo con frialdad—. Vuelve a ser culpa mía.

Jim volvió con el material.

—¿Quieres que me quede? —preguntó Douglas.

De pronto sentía una punzada de culpa al darse cuenta de que estaba lo bastante herida como para merecer toda aquella atención.

—No —dijo en voz baja.

Y, cuando se marchó, sus ojos miraban lejos, muy lejos de él.

Un equipo de televisión apareció el mismo día que llegó la mayor donación que

había recibido nunca la escuela.

Douglas podía darse cuenta de que todo el mundo estaba excitado. Hasta los chimpancés, que vivían en la parte norte de la escuela, se colgaron de la verja y miraron como descargaban la furgoneta de la televisión.

La periodista decidió que el mejor sitio para grabar era la sala de juegos, pese a que no parecía gustarle sentarse en el suelo con los gigantescos monos. La gente repasó guiones, extendió cables y micrófonos, preparó abrasadores focos y discutió sobre ángulos de cámara y sonido mientras señalaban las barras del techo que formaban el diseño de la jungla gimnástica. Todo ello para hablar con un par de personas y un orangután.

Contrariando los deseos de Annie, llevaron su mesa a la sala de juegos. Douglas le explicó que era temporalmente y que esa gente se marcharía tras hablar un poco. Douglas y Annie se quedaron fuera el mayor tiempo posible y jugaron a Tarzán alrededor del árbol grande. Él le hizo cosquillas. Ella le cogió cuando se columpiaba de una rama.

—¿Kagoda? —gesticuló, apretándole con un solo brazo.

—¡Kagoda! —gritó, riendo.

Se relajaron en la hierba. Douglas estaba sudando. Se notaba acalorado.

—Douglas. ¿Leyeron historia?

—Aún no. Todavía no se ha publicado.

—¿Por qué vienen hablar?

—Porque la escribiste y la vendiste y a la gente le gusta entrevistar a los autores famosos. —Le acarició el hombro—. Es hora de entrar —dijo, viendo como alguien le hacía señas desde el interior.

Annie le levantó de un abrazo y le llevó dentro.

—¡Aquí está! —llamó Douglas a Therese, y encendió el vídeo.

Lo primero que apareció fue un plano general de la escuela visto desde la polvorienta carretera, haciendo que pareciera un edificio cuadrado y funcional, sin personalidad. Se oyó la voz de la periodista.

—En este lugar, al sureste de la ciudad, hay una escuela especial con estudiantes muy poco corrientes. Unos estudiantes con muy pocas perspectivas de empleo una vez que se gradúen, pero esta institución recibe todos los años donaciones de millones de dólares.

Un plano de Annie frente a la máquina de escribir, manejando el teclado con sus largos dedos; una hoja de papel se cubre lentamente de grandes letras de molde.

—Ésta es Annie, un orangután de quince años, que lleva cinco años estudiando en la escuela. Se graduó con honores en otra «escuela de monos» antes de venir aquí. Y ahora, Annie se ha convertido en una escritora. Acaba de vender un cuento a una

revista infantil. El editor que compró la historia no supo que Annie era un orangután hasta que decidió publicar el cuento.

Annie miraba a la cámara con inseguridad.

—Annie puede leer y escribir y comprender inglés hablado, pero no puede hablar. Utiliza un lenguaje de signos similar al empleado por los sordomudos. —Cambió de tono, del narrativo al interrogativo—. ¿Cómo es que empezaste a escribir, Annie?

Douglas se vio a sí mismo en la televisión, observando los signos de Annie.

—Instructor enseñó escribir.

Se vio sonreír, con una mirada ligeramente desviada hacia la cámara, pero fijándose principalmente en Annie. Su nombre e «Instructor de Orangutanes» aparecieron en la pantalla. La escena hizo que Douglas se sintiera incómodo.

—¿Cómo se le ocurrió enviar el cuento de Annie para que lo publicaran? —preguntó la periodista.

Douglas habló por señas con Annie, ella se acercó a él para abrazarle y le mostró a la cámara un rostro encantador.

—Lo leímos la doctora Morris, nuestra administradora y yo. Comenté que era tan bueno como la historia de cualquier niño, y la doctora Morris dijo «Envíalo». Y al editor de la revista le gustó.

A continuación, un plano de la doctora Morris en su despacho. Tiene un chimpancé en el regazo, agarrándose a sus manos marrones.

—Doctora Morris, su escuela se fundó hace cinco años con fondos y subvenciones del gobierno. ¿Cuál es la finalidad de esta escuela?

—Bueno, durante las últimas décadas, se les ha enseñado un lenguaje de signos a los monos, especialmente a los chimpancés como la pequeña Rosie que está aquí conmigo, a efectos puramente experimentales. Principalmente para demostrar que los monos pueden utilizar un lenguaje. —Rosie metió el dedo en la anilla dorada que era el pendiente de la doctora Morris. Ésta le apartó suavemente la mano—. La escuela se fundó con la idea de educar monos, de proporcionarles una educación similar a la de los estudios primarios. —Miró al chimpancé—. O todo lo lejos que puedan llegar, claro.

—Su escuela tiene dos orangutanes y seis chimpancés. ¿Hay diferencias en su aprendizaje?

La doctora Morris asintió con énfasis.

—Los chimpancés son muy inteligentes, pero el orangután tiene una estructura cerebral muy diferente que le permite razonamientos más abstractos. Los chimpancés aprenden más rápidamente. Los orangutanes son más lentos, pero tienen la capacidad de aprender con más profundidad.

Plano de Vernon columpiándose en las cuerdas que hay frente a la escuela.

La periodista continuó hablando, pensando que Vernon era Annie.

—Su instructor notó desde un principio que Annie era un estudiante especialmente prometedor. Las sencillas frases que escribe en su máquina de escribir son simples pero creativas.

Otro plano de Annie ante la máquina de escribir.

—Si creen que todo esto no deja de ser una monería, será mejor que vuelvan a pensárselo. ¡Ve con cuidado, Tolstoi!

Douglas apagó la televisión deprimido por la superficialidad, la brevedad y el estúpido comentario sobre la «monería».

Permaneció un tiempo sentado, en silencio. Fuera cuando fuese que Therese se marchó a la cama, le había dejado silenciosamente. Rebobinó la cinta tras media hora de mirar la pantalla apagada, y la hizo avanzar sin sonido hasta que apareció la cara de Annie.

Congeló la imagen. Casi podía sentir la suavidad de su pelo acariciándole la barbilla.

No podía dormir.

Therese estaba en su sitio y había apartado las sábanas, dándole la espalda. Douglas contempló la forma de su hombro y espalda. Sus pezones eran óvalos redondos, uno encima del otro. Su piel era lisa y brillante a la luz de las farolas que se filtraba por la ventana. Oía ligeramente a champú, y, más ligeramente aún, a hembra.

Cuando consideraba lo que sentía por ella en términos generales, cualquiera lo habría llamado «amor». Pero se descubría la mayor parte del tiempo inevitablemente furioso con ella. Siempre acababa hiriendo sus sentimientos por alguna oscura razón, cuando creía poder divertirla. Oía palabras crueles surgiendo de lo que solía ser una boca amable. Todo se lo tomaba en serio; los errores y la incomprensión se desarrollaban más allá de su control, más allá de todo reparo.

Bajo aquella piel satinada se la notaba turbada y tensa. Había mucho miedo y susceptibilidad. Al no comprender adónde se habían ido, Douglas había dejado de intentar acceder a lo que fueron las partes más felices de su personalidad. Había dejado de querer amarla, pero tampoco quería no amarla. Sencillamente no parecía ser importante.

A veces pensaba que habría sido mucho más fácil tener por esposa a alguien como Annie.

Annie.

Amaba su cara peluda. Amaba la alegría incondicional de su rostro cuando le veía. Siempre estaba allí. Era lista y cálida sin miedos. No interpretaba cosas en todo lo que decía, y escuchaba y hablaba con él. Eran tan naturales cuando estaban juntos. Annie tenía tanta vitalidad.

Douglas retiró su mano de Therese, cuya piel le pareció una ampolla llena de

insatisfacciones.

Estaba tumbado en el suelo de la sala de juegos con el ventilador soplando sobre su pecho. Sujetaba el trabajo de Annie sobre *Amantes e hijos* de Lawrence por las esquinas diagonales, para evitar que se agitaran las hojas.

Annie se descolgó de las barras que se entrecruzaban en el techo.

«Paul no está contento en el trabajo porque su jefe le mira por encima del hombro cuando escribe —había escrito Annie—. Pero luego es feliz. Su hermano murió y su madre estuvo triste. Paul se puso enfermo. Mejoró y volvió a visitar a sus amigos. Su madre murió y sus amigos ya no le hacen gracia.»

Douglas miró a Annie por encima del papel. Ciertamente, era la primera vez que leía una novela «adulta», pero había esperado algo mejor que esto. Pensó en preguntarle si Vernon había hecho el trabajo por ella, pero lo reconsideró.

—Annie —dijo, sentándose—. ¿De qué crees que trata este libro?

Se columpió y aterrizó en el sofá.

—Sobre hombre —dijo.

Douglas esperó. Hubo silencio.

—¿Y qué más? ¿Por qué este hombre en vez de otro? ¿Qué tenía de especial?

Annie se frotó los dos hombros, sin respuesta.

—¿Qué pasa con su madre?

—Le ayuda —respondió con un agitar de sus dedos oscuros—. Especialmente cuando pinta.

Douglas frunció el ceño. Volvió a mirar la página, desilusionado.

—¿Qué tal hice? —preguntó Annie preocupada.

Él intentó animarla.

—Lo hiciste bien. Era un libro difícil.

—Annie lista —gesticuló el orangután—. Annie lista.

—Lo sé —asintió Douglas.

Annie se levantó, sosteniéndose sobre sus piernas como un peludo edificio de dos pisos, balanceándose de un lado a otro.

—Annie lista. Escritora. Lista —gesticuló—. Escribiré libro. *Best-seller*.

Douglas cometió un error. Se rió. No todas las risas humanas son iguales, ésta fue un acto de agresión. Sus dientes desnudos y los incontrolables jadeos golpearon a Annie. Douglas intentó detenerse.

Ella emitió un sonido como si tragara saliva y salió galopando de la habitación.

—¡Espera, Annie! —corrió tras ella.

Ya estaba muy lejos para cuando llegó fuera. Dejó de correr cuando le dolió el pecho y trotó lentamente hacia ella por entre la hierba. Estaba sentada a lo lejos y observando como se acercaba.

Annie gesticuló «abrazo» tres veces cuando Richard estuvo cerca.

Douglas se derrumbó, jadeando, con la garganta seca.

—Lo siento, Annie. No quería decir eso.

La rodeó con los brazos. Ella se agarró a él.

—Te quiero, Annie. Te quiero tanto que nunca te haría daño. Nunca, nunca, nunca. Quisiera estar contigo todo el tiempo. Sí, eres lista y tienes talento y eres buena.

Le besó la áspera cara.

Ya fuera por perdón u olvido, el dolor provocado por su risa había desaparecido de sus ojos. Ella le mantuvo cerca de él, formando un suave sonido en su garganta, un sonido para Douglas.

Se tumbaron juntos en la crujiente hierba amarilla. Douglas sintió como crecía su amor físico por ella. Quería hacerle el amor más apasionadamente que en toda su vida. La tocó. Sintió que comprendía lo que él deseaba, que la respiración en su cuello era anticipación.

Una consumación como nunca la imaginó, la unión de sus especies por el cuerpo y el lenguaje. Nada de estúpidas reacciones animales, sino amor mutuo... Trepó sobre ella y le abrazó la espalda.

Annie se puso rígida cuando penetró en ella.

Ella rodó lentamente, apartándose de él, pero él se mantuvo en ella.

—No. —Una horrible mueca recorrió su rostro haciendo que a Douglas se le erizara el vello de la nuca—. Tú no.

«Va a matarme», pensó.

Su pasión disminuyó; Annie se separó y se alejó.

Douglas se sentó un momento, asombrado por lo que había hecho, asombrado por lo que había pasado, preguntándose lo que haría el resto de su vida con el recuerdo de esto. Se abrochó los pantalones.

Mientras estaba sentado ante su mesa, pensó que era igual que ser rechazado por una mujer. «No soy de esos a los que les va el bestialismo. No soy ningún chico de pueblo que no encuentra dónde meterla.»

Sus manos recordaban el suave tacto de su piel, en su entrepierna perduraba el recuerdo de haber estado en un sitio extraño. Eso le había hecho vomitar esa tarde en el campo y después de llegar directamente a casa. Ni siquiera se había despedido de los orangutanes.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Therese.

Se encogió de hombros.

Ella se medio levantó para besarle en la frente.

—¿No tendrás fiebre?

—No.

—¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor? —Su mano se deslizó por su cadera.

Él se levantó de golpe.

—Estate quieta.

—¿Estás enamorado de otra mujer? —dijo ella, sentándose con rigidez.

¿Por qué no podía dejarme solo?

—No. Tengo muchas cosas en la cabeza. Están pasando muchas cosas.

—Nunca fue así, ni siquiera cuando trabajabas en tu tesina.

—Therese —dijo, con lo que consideraba paciencia inmerecida—, límitate a dejarme solo. No me sirve de ayuda que estés todo el rato rondando a mi alrededor.

—Pero es que estoy asustada. No sé lo que hacer. Te comportas como si no quisieras tenerme cerca.

—Todo lo que haces es criticarme continuamente.

Se levantó y llevó sus platos al fregadero. Ella le siguió con lentitud llevando el suyo.

—Sólo intento comprenderte. También es mi vida.

El no dijo nada, y Therese se alejó como si alguien le hubiera dicho que no dejara huellas.

Se desnudó en el cuarto de baño y permaneció un largo tiempo bajo la ducha. Imaginó que se le había pegado el olor de Annie. Sentía que Therese podía olerlo a él.

Qué es lo que he hecho, qué es lo que he hecho...

Therese se había marchado para cuando salió de la ducha.

Consideró la posibilidad de llamar diciendo que estaba enfermo, pero sabía que se sentiría igual de mal quedándose en casa y pensando en Annie, pensando en Therese, o lo que era peor, pensando en sí mismo.

Se vistió para el trabajo pero no pudo desayunar. Enderezó los hombros al darse cuenta de que se le notaba su dolor, pero, cuando salió del coche, ya en el trabajo, se dio cuenta de que había vuelto a hundirlos.

Entró con cierto miedo en la oficina. La secretaria le saludó con ojos entornados.

—Alguien ha vuelto a dar nuestro número —dijo, mientras sonaba el teléfono. Había otra línea cogida—. Esta mañana había un hombre junto a la ventana, mirándome todo el rato, hasta que Gramps le echó del recinto.

Douglas asintió con la cabeza en muestra de simpatía y se dirigió hacia la puerta de los orangutanes. Volvía a tener náuseas.

Vernon estaba sentado ante la máquina de escribir, tecleando rótulos para su álbum de fotos. No se levantó para saludar a Douglas, pero le dedicó una mirada.

Douglas le dio unas palmadas en la espalda.

—¿Trabajando? —preguntó.

—Como un perro —respondió Vernon, y continuó escribiendo.

Annie estaba sentada fuera, en el porche trasero. Douglas abrió la puerta y se detuvo ante ella. Ella le miró, pero, como Vernon, no se movió para dedicarle el acostumbrado abrazo. La mañana aún estaba fría, y la sombra del edificio seguía siendo larga. Douglas se sentó.

—Lo siento, Annie —dijo en voz baja—. No volveré a hacerlo. Verás, sentí...

Se detuvo. No iba a ser más fácil que cuando habló con Oona, o Wendy, o Shelley, o Therese... Se daba cuenta de que no la entendía más de lo que las había entendido a ellas. ¿Por qué le había rechazado? ¿Qué es lo que estaba pensando? ¿Qué pasaría a partir de ahora? ¿Podrían volver a ser amigos?

—Oh, infiernos —dijo, y se levantó—. No volverá a pasar.

Annie clavó la mirada en los árboles.

Douglas sentía todo su cuerpo en tensión, especialmente su garganta. Siguió un tiempo junto a ella.

—No quiero escribir historias —gesticuló ella.

Douglas la miró.

—¿Porqué?

—No quiero. —Pareció encogerse de hombros.

Douglas se preguntó qué le había pasado al mono seguro de sí mismo que el día anterior planeaba escribir un *best-seller*.

—¿Es por mi culpa?

No hubo respuesta.

—No lo entiendo. ¿Prefieres escribírmelo? ¿Podrías explicármelo así?

—No, no puedo explicar. No quiero.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—Sentar en árbol. Comer plátanos, chocolate. Beber brandy. —Ella le miró con seriedad—. Sentar árbol. Día, día, día, semana, mes, año.

Cristo todopoderoso, pensó, tiene una maldita crisis existencial. Todos los años de educación. Todos los logros. Todas las esperanzas de un campo entero de la primatología. Todo se ha ido al infierno por culpa de una mona temperamental. No puedo ser sólo yo. Esto habría pasado tarde o temprano, pero quizá... Pensó en todos los esfuerzos que tendría que hacer para restablecer su relación. Hizo que se sintiera cansado.

—Annie, ¿por qué no te tomas un descanso en tu trabajo? Puedes descansar. Hoy. Ve a sentarte al árbol todo el día y te traeré un vaso de vino.

Ella volvió a encogerse de hombros.

«Vaya chapuza», pensó. Qué idiota. Sintió que volvía un dolor, un dolor que

parecía un veneno, carente de punto focal pero que se extendía por su corazón y sus manos, mareándole y dejándole sin aliento.

«Al menos no me odia», pensó, acercándose para tocarle la mano.

Ella desnudó los dientes.

Douglas se quedó helado. Annie se deslizó alejándose de él en dirección a los árboles.

Estaba solo en casa y miraba las noticias de televisión. En un pueblecito del medio oeste estaban quemando ejemplares de la revista con el cuento de Annie.

Entrevistaban a una mujer gruesa vistiendo un chubasquero, con la hoguera como fondo.

—No quiero que mis niños lean cosas que no están escritas por humanos. Tengo niños humanos y ese mono sin dios no va a contarle sus historias a mis niños.

Una entrevista rápida con la doctora Morris, que parecía más cansada e introvertida de lo habitual.

—Es una historia muy inocente, contada por una personalidad inocente. Annie no es ninguna bestia, la verdad es que no creo que posea alguna habilidad, o intención, de corromper...

Apagó la televisión. Descolgó el auricular del teléfono y marcó el número de uno de los amigos de Therese.

—Jan, ¿tienes alguna noticia de Therese?

—No, no he tenido ninguna.

—Si te enteras de algo, házmelo saber, ¿vale?

—Claro.

Pensó vagamente en cogerla en el trabajo, pero siempre salía por la mañana antes que ella y volvía después.

Miró su retrato de la pared, y pensó en la primera vez que se conocieron, en el día en que empezaron a vivir juntos. Hubo un tiempo en que la quiso tanto que rebosaba de amor por ella. Ahora se sentía vacío, pero con curiosidad sobre su paradero. No quería que le odiara, pero seguía sin saber si podría hablar con ella sobre lo que había pasado. La idea de que ella pudiera sentarse y escucharle no le parecía realista.

Ni siquiera Annie le escucharía ya.

Estaba solo. Había hecho algo terrible, monstruoso, estúpido y deseaba no haberlo hecho, Habría sido diferente si Annie le hubiera correspondido, si hubieran podido convertirse de algún modo en amantes. Habrían sido ellos dos contra el mundo, una nueva clase de relación. El primer amorío entre especies inteligentes...

Pero, al final, Annie no parecía ser muy diferente de Therese. Annie no era ninguna niña. Le había proporcionado todas las señales, flirteando, y no llegado hasta el final. Actuó como si estuviera violándola o algo así. No tenía más interés en mí

que el que tendría la doctora Morris por Vernon. No podía haberla interpretado mal. ¿O sí? se preguntaba.

Estaba solo. Y sin el consentimiento de Annie no era más que un paleta que se había tirado a un mono.

—He cometido un error —le dijo en voz alta al retrato de Therese—. Así que olvidémoslo.

Pero ni siquiera él podía olvidarlo.

—La doctora Morris quiere verte —dijo la secretaria cuando entró.

—De acuerdo.

Cambió de dirección, yendo hacia las oficinas de administración. Silbaba. Annie se había mostrado distante los últimos días, pero sentía que todo acabaría arreglándose. Se sentía mejor. Se preguntó qué horrores y maravillas tendría que compartir con él la doctora Morris, y llamó a la puerta, mirando a través de la cristalera. Probablemente otra quema de revistas, pensó.

Ella le hizo señas para que entrara.

«Annie —pensó—, ha pasado algo.»

Permaneció en pie hasta que la doctora le hizo señas para que se sentara. Le miró a la cara varios segundos.

—Esto es muy difícil para mí —dijo.

Me ha descubierto, pensó. Pero lo desechó, diciéndose que era la paranoia lo que le hacía preocuparse. No hay manera. No la hay. Tengo que calmarme o acabaré evidenciándolo.

Ella sostenía una foto.

Ahí estaba un frío y desapasionado documento de ese momento de su vida. La doctora lo mantuvo en alto como una acusación. Le habría impresionado de no tratarse de él.

El orgullo le obligó a mirar la foto, en vez de buscar compasión en los ojos de la doctora Morris. Sabía exactamente de dónde venía la foto.

Vernon y su nuevo zoom tele.

Pensó en la imagen de su acto saliendo a la luz en una bandeja de productos químicos. Apartó lentamente la mirada. La doctora Morris no sabía cuánto había cambiado él desde aquel momento. No podía protestar ni negarlo.

—No tengo elección —dijo ella con tono átono—. Siempre pensé que si no eras bueno con la gente, al menos trabajabas bien con los monos. Gracias a Dios que Henry, el que revela las fotos de Vernon, ha prometido no decir nada.

Douglas estaba levantándose de la silla. Quería arrancarle la foto de sus manos porque seguía mostrándosela en alto. No quería verla. Quería que ella le preguntara si había cambiado, que no volviera a pasar, si había comprendido su error.

Pero sus ojos eran herméticos y cerrados a él.

—Te enviaremos tus cosas —dijo.

Se detuvo junto a su coche y vio dos grandes formas rojas sentadas en un árbol, una de un naranja cobrizo y otra de un rojo achocolatado. Vernon lanzó un gruñido que terminó en un extraño gorgoteo. Era un sonido salvaje rebosante de jungla y lluvia en evaporación.

Douglas contempló a Annie rascándose y mirando hacia los chimpancés que caminaban por los terrenos del otro lado de la verja. Douglas se escondió en el coche cuando ella volvía la vista en su dirección.

Cuando Douglas se alejó conduciendo con furia se preguntó: «¿Por qué tendría que comprenderme un mono mejor que un humano?».

Luchacruenta

por Greg Bear

«Luchacruenta» fue contratado por Shawna McCarthy al principio de su etapa como editora en la revista y apareció en febrero de 1983 con ilustraciones de H. R. van Dongen. Fue el primer cuento publicado en IAsfm que llevó una «etiqueta de advertencia», algo que normalmente suele utilizarse para avisar al lector sobre contenidos con sexo explícito y con un lenguaje «crudo»; en esta oportunidad no se utilizó tanto para esto como para advertir a la gente que lo que iban a leer era totalmente diferente a cualquier cosa que se hubiera publicado anteriormente en la revista —muy ambicioso, asombrosamente complejo y de un planteamiento inusitado—. Contratar este cuento fue toda una apuesta por parte de Shawna McCarthy, una apuesta que ha dado buenos dividendos. «Luchacruenta» se convirtió en uno de los cuentos más celebrados del año, siendo considerado por todo el mundo como un relato «rompedor», algo que iba un paso más allá de los límites del género. Ese año ganó un Nébula, al igual que lo hizo otro relato de Bear, «Música en la sangre», publicado por nuestra hermana Analog. Bear no ha vuelto a aparecer en el sumario de la revista, pero estamos intentando que lo haga.

Greg Bear nació en San Diego, California, y, a la edad de quince años vendió su primer cuento a la revista Famous Science Fiction de Robert Lowndes. Desde entonces ha conseguido hacerse un nombre como uno de los mejores profesionales jóvenes con los que cuenta el género. Su obra abarca las novelas Hegira, Psychlone, Beyond Heaven's River, Strenght of Stones, The Infinity Concerto y la colección de cuentos The Wind From a Burning Woman. Sus últimos trabajos son las novelas Música en la Sangre, ampliación del cuento que ganó el Nébula, Eon, The Serpent Mage y La fragua de Dios.

Los humanos la llamaban Medusa. Sus largos y retorcidos filamentos gaseosos se extendían a lo largo de cincuenta parsecs de brillantes azules, amarillos y carmines. El núcleo era de un verde fantasmal ribeteado por un negro acuoso. Media docena de protoestrellas rodeaban el núcleo, y flotaban en las negras lagunas del campo magnético de la nebulosa, igual que otros difusos conglomerados estelares. La Medusa era un enorme útero de estrellas, y era tierra de nadie.

Cada vez que Prufrax la veía, en los mapas o los muelles de salida, le parecía que era malévola, como una madre celosa mostrando un rostro amenazador para proteger a sus hijos. Prufrax nunca tuvo una madre, pero las había visto en los falsis.

Cuando cumplió los cinco, Prufax ya era lo bastante mayor como para conocer la misión de la *Mellangee* y el papel que le correspondía en ella. Ya había pasado cuatro años nave de adoctrinación, y seguirían educándola en el Saber y el Decir hasta que interviniera en su primera batalla; y, mientras durmiese, soñaría que asaltaba las enormes nave-germen de los Senexi y encontraba la mente-nido. «Zap, zap», dirían sus labios en silencio, para que el decidor no creyese que sus pensamientos vagaban sin un propósito.

El decidor la contempló desde su puesto en el centro del aula esférica. Sus compañeros miraban directamente al centro, enfocando la mirada en alguna parte de la mesa instructora con forma arácnida del decidor, esperando algún problema, removiéndose incómodos.

—¿Cuántos individuos ramales tiene la mente-nido Senexi? —preguntó. Su mirada recorrió todo el aula, rostro a rostro. Volvió afijarse en ella—. ¿Pru?

—Cinco —respondió.

Le dolían los brazos. Le habían bombeado con gemidos durante toda la vigilia. Ya tenía casi tres metros de alto, en elfiforma, con los delgados miembros todavía inadecuadamente formados y los dedos llenos de cicatrices por la cirugía necesaria para adaptarlos a los guantes.

—¿Qué encontrarías en la mente-nido? —continuó el decidor, con el impasible rostro estirado a lo largo de la amplia cabeza cuadrada, tan ancha como sus hombros.

Alguna de las hems consideraban atractivos a los decidores. No eran muchas, y Pru no estaba entre ellas.

—Yugos —respondió.

—¿Qué hay en los yugos de la mente-nido?

—Falsis.

—¿Algo más específico? Ya sabes que no todo son falsis.

—Información. Datos Senexi.

—¿Qué harías?

—Zap —dijo, sonriendo.

—¿Por qué, Pru?

—Los yugos son los que contienen la genememoria de la agrupación. Zap al yugo, y derramamos la vida de los cinco ind ramales.

—¿Por qué no Zap al nido, Pru?

—No —dijo solemne. Era una instrucción nueva, sólo la tenía desde la iniciación de la clase—. Hay que reservar el nido para los superiores supremos.

El decidor no dijo lo que harían con los nidos Senexi. No le incumbía.

—Espléndido. Lo dices bien, para ser alguien que siempre está medio viajando.

Ya tenía cinco, pronto serían seis. Era vieja. Había quienes veían Senexis con sólo cuatro.

—Zap, Zap —dijo con los labios.

Aryz se deslizó sobre la delgada capa de amoníaco líquido utilizando su vaina mayor, mientras pensaba en su nueva asignación. Conocía la Medusa por otro nombre, uno que abarcaba todo el tiempo y esfuerzo que le habían dedicado los Senexi. La nebulosa protoestelar tenía pocos misterios para él. Aryz, junto a la sumoimportante mente-nido y sus cuatro compañeros ramales, formaba parte de una de las seis agrupaciones que viajaban en la nave-germen, y había patrullado por la nebulosa durante noventa y tres órbitas, y cada órbita —incluyendo los períodos atemporales pasados fuera de la geometría normal— consumía unos ciento treinta años humanos. Habían entrado y salido una y otra vez por entre las dentritas gaseosas, registrando las masas que se veían atraídas y explorando los discos estelares de conglomerados rocosos que entraban en la secuencia principal. Con cada medición y reactualización, las mentes-nido refinaban su visión de la nebulosa en el futuro del centenar de generaciones requeridas para que madurase el plan de los Senexi.

Los Senexi eran casi tan viejos como la galaxia. Ya tenían vuelos espaciales en tiempos de la redondestelar, cuando la galaxia no era más que una esfera. No habían sido una raza ágil o brillante. Cada logro les llevó centenares de generaciones, y no debido a carencias intelectuales. En aquellos tiempos escaseaban los elementos más pesados que el helio, y sólo los había alrededor de estrellas que habían absorbido ingentes cantidades de hidrógeno primigenio, y que se consumieron furiosamente con llamaradas azules, estallando prematuramente y empapando los indefinidos tentáculos galácticos con nitrógeno y carbón, oxígeno y litio. Los elementos más pesados que el hierro eran casi inexistentes. Las biología de los mundos que eran fríos gigantes gaseosos tuvieron que utilizar una paleta muy pequeña de combinaciones químicas para originar la vida en las estrellas primarias de Población IX.

Aryz era consciente de esto, incluso con la perspectiva limitada de un ind ramal, y de que, en conjunto, los humanos que se oponían a la nave-germen eran más adaptables, más vitales. Pero no más experimentados. Los Senexi tenían miles de millones de años y les habían superado muy a menudo. Y la perspectiva de Aryz se ampliaba con cada día que pasaba ocupado en su nueva asignación.

El éxtasis mental y la inflexibilidad cultural de los Senexi hizo que, durante las primeras generaciones de la lucha, evitaran todo contacto con las especies de Población I. Nunca iniciaron un programa de exterminación de los mundos más jóvenes generadores de vida; la tarea habría sido monumental y probablemente carente de toda utilidad. Así que, cuando se desarrollaron las culturas espaciales, los Senexi se retrayeron incluso antes de contactar con las nuevas especies, cayendo de

vuelta al reducto que eran las viejas estrellas. Se retiraron durante tres generaciones, unos treinta mil años humanos, criando sus nidos en fríos mundos-cuna que orbitaban alrededor de enanas rojas, reservándose, evitando los inevitables conflictos.

Y, como los Senexi habían anticipado, las jóvenes razas de Población I encontraron necesidad hasta de los envejecidos bosques que eran las estrellas primigenias de la galaxia. Fueron a por ellas con salvajismo, con voracidad, con toda la fuerza y la mutabilidad de organismos evolucionados en un caldo más rico en elementos. La biología había evolucionado por su cuenta, en algunos aspectos, reemplazando a los Senexi.

Aryz elevó el glóbulo superior de su cuerpo, con cinco ojos de silicato dispuestos en cruz sobre la superficie. Recordaba esos tiempos, y los tiempos que les antecederon, pese a que su agrupación no existió entonces. La mente-nido conservaba recuerdos seleccionados de una memoria con casi veinte mil años de experiencia; una impresionante acumulación de conocimientos hasta para un Senexi. Avanzó hacia adelante propulsándose con las vainas traseras.

Pese a que la mente-nido de Aryz compartía los recuerdos de cien mil generaciones, la mente-nido en sí era más joven que sus individuos ramales. Hubo un tiempo, en su juventud, cuando estaba en su forma larval acuática, en que cada ind ramal llevaba consigo sus propias bolsas de datos, siendo cada una un fragmento del total necesario para la memoria completa. Los ind ramales nadaban entonces por mares de amoníaco y fluctuaban por espesas y cálidas zonas gaseosas, burbujas protoplásmicas de tres o cuatro metros de diámetro, desarrollando sus personalidades mediante la influencia del pasado —aunque no fuese un pasado completo—. No es de extrañar que fueran inflexibles, pensó Aryz. La mayoría de los ind ramales son lo bastante conscientes como para darse cuenta de esto, especialmente cuando se les permite comparar historias con las especies de Población I, tal y como estaba haciendo él, pero no había nada que hacer. Estaban satisfechos de cómo eran. Cambiar sería indeciblemente repugnante. Era preferible la extinción..., casi preferible.

Pero ahora estaban bajo presión. La mente-nido había empezado varios experimentos. El grupo de Aryz había sido seleccionado del contingente de la nave-germen para supervisar los experimentos, y Aryz había sido elegido como investigador en jefe. Hacía ya dos órbitas que capturaron seis embriones humanos en una incubadora junto a un codiciado centro almacenador de memoria. La mayor parte de los enfrentamientos Senexi de las tres o cuatro últimas generaciones habían sido con humanos. Los humanos dominaban sobre los de su clase, igual que los Senexi preponderaban entre las especies de Población II.

Ya se habían llevado a cabo experimentos con los embriones humanos. A algunos se les permitió desarrollarse con normalidad; y se intervino en el desarrollo de otros

por razones desconocidas para Aryz. Las intervenciones no habían tenido mucho éxito.

Aryz sospechaba que los nuevos experimentos iban a enfocarse por otro camino, y que la atención de la nave-germen se centraba ahora en él; creía que le otorgarían completa autoridad sobre las formas humanas. La mayoría de los ind ramales se habrían disipado bajo una responsabilidad semejante, pero Aryz no. Descubrió que, a su horrible manera, las formas humanas le resultaban bastante interesantes. Al fin y al cabo, podían ser la clave de la supervivencia Senexi.

Los gemidos templaban su elfiforma. Prufrax aguantó el dolor durante toda una vigilia sin atreverse a cerrar los ojos; su mente estaba cambiando y temía que el dormir acabara con ella. Sus pesadillas no se distinguían fácilmente de la vida; de hecho, algunas eran hasta más vividas.

Soñaba demasiado a menudo que estaba atrapada en una trampa Senexi, forcejeando inútilmente, siendo arrastrada cada vez más adentro, con su odio desperdiciado contra semejante poder...

El decidor subordinado le concedió un permiso cuando salió del rigor. Se dirigió hacia las praderas de la *Mellangee*, caminando envaradamente en la escasa gravedad. Le picaban las manos, su mente le parecía casi vacía tras el torbellino de las últimas vigiliass. Nunca se había sentido tan relajada y despierta. Ahora odiaba el doble a los Senexi: una por su maldad innata, y dos por lo que le hacían pasar para poder luchar con ellos. Maduraba más y más con cada vigilia. Brote-de-lucha, la llamaba el decidor, odio floreciendo como una flor, sintetizando el sol de sus enseñanzas para convertirlo en lucha pura.

Las praderas crecían temporalmente al otro lado de los laberínticos escudos y corazas de la nave. Unas sencillas superficies geodésicas de transparente plástico y acero formaban un tejido de encaje sobre los jardines, dejando pasar sólo la radiación necesaria para que la vegetación creciera bordeando los caminos.

Prufrax miró sin mucha comprensión el césped que crecía a ambos lados del camino. Era hermoso. Sí, uno podría decirlo, pensarlo, pero ¿qué significaba eso? ¿Qué era placentero? No estaba muy segura de lo que significaba sentir placer, a no ser que pensara en el Zap. Olió una flor que, según el cartel, sólo florecía bajo la luz de las estrellas jóvenes que no estaban apagándose. Ahora pasaban cerca de una estrella semejante, y los campos eran de un negro brillante y un verde eléctrico por los capullos de las flores. Había lámparas dispuestas para las plantas que no podían sobrevivir en tan oscuras condiciones. Algunos técnicos permitían que los soles aparecieran en paneles de plástico selectos y cuando sólo podían distinguirse desde determinados ángulos. Inteligentes, los técnicos.

Prefería el aspecto de los técnicos al de los decidores, pero eso era algo común.

Deseó tener un técnico a su lado. Los gemidos la ponían siempre receptiva —lo que se notaba, al mirarse en un espejo, era cierto brillo en los ojos—, pero no tenía posibilidades de un acoplamiento procreativo. Era estéril en su fase actual de elfiforma.

Levantó la mirada y vio una figura a unos cien metros de distancia, sentada en una porción autorizada cerca del camino. Se acercó con aire distraído, con toda la elegancia que le permitía la rigidez. Pronto se dio cuenta de que no era un técnico, pero no quedó decepcionada. Demasiada quietud.

—Superior —dijo él cuando se acercó.

—Inferior —replicó ella.

Pero no por mucho; el hombre tendría seis o siete años nave y no era fácilmente clasificable.

—Espléndida elfiforma —comentó.

Tenía el pelo negro. Era más bajo que ella, pero algo de su físico recordaba a los guanteros. Él se apartó para que pudiera sentarse, y ella lo hizo con un suspiro, masajeándose las rodillas.

—¿Gemidos? —preguntó.

—Mal estirón.

—Eres guantero.

Miraba las cicatrices de las manos.

—No puedo adivinar lo que eres tú.

—Nocombate —repuso—. Sintonizador del humandato.

Sabía poco de los humandatos, aparte de que la ley decretaba que hubiera uno por nave y que había pocos de la tripulación autorizados a verles.

—Nocombate, ¿hmm? —murmuró.

No le despreciaba por eso; nadie siente fuerte animadversión hacia otro miembro de la tripulación.

—Esta vigilia he estado trabajando en el nuestro. Demasiado, creo. Me recomendaron que conversara.

La dedicación al trabajo se consideraba erótica en el *Mellangee*, pero siguió sin sentirse muy receptiva hacia él.

—Los guanteros suelen caminar tras un crecimiento difícil —dijo.

Él hombre asintió.

—Me llamo Clevo.

—Prufrax.

—¿Combatirás pronto?

—Confío. Espero hace una eternidad.

—Lo sé. Hace sólo media docena de vigiliass que tengo acceso al humandato. Todo es nuevo para mí. Estoy feliz.

—¿Puedes hablar de ello? —preguntó.

La información sobre la nave no accesible a determinadas graduaciones era excelente moneda de cambio.

—No estoy seguro —dijo frunciendo el ceño—. Me indicaron precaución.

—Bueno, te escucho.

Debía proceder de cepa de guantero, pensó, no debe ser de técnico. No era muy musculado, pero tampoco era tan alto como un guantero, ni tan delgado.

—Si tu me hablas de guantes.

Ella levantó las manos con una sonrisa y agitó los cortos y rechonchos dedos.

—Naturalmente.

La mente-nido flotaba sin peso en su tanque, manteniéndose inmóvil mediante varillas amortiguadoras de carbono. El metal era muy estimado a bordo de las naves Senexi, pero más por tradición que por auténticas limitaciones materiales.

Aryz flotaba ante la mente-nido, estos pensamientos circulaban libremente por sus tejidos. Carecía de un sistema nervioso central y de órganos diferenciados, a excepción de los utilizables para tratar con el mundo externo: extremidades, ojos, permeadores. En cambio, la mente-nido era toda ella un sistema nervioso central, una bolsa de fluidos viscosos de unos diez metros de ancho, ligeramente acolchada.

—¿Has investigado ya el aparato humano de memoria? —preguntó la mente-nido.

—Lo he hecho.

—¿No es posible la comunicación con las formas humanas?

—Ya hemos creado interfases para tratar con sus máquinas.

Sí, parece viable la comunicación.

—¿No te sorprende que en nuestra larga guerra con los humanos, no hayamos intentado comunicarnos anteriormente con ellos?

Era una pregunta complicada. Requería varias cualidades de las que Aryz, como ind ramal, se suponía que carecía. La curiosidad es una. Los ind ramales no hacen preguntas. Sólo muestran iniciativa en su calidad de vástagos de la mente-nido.

Descubrió, para su espanto, que ya se le había ocurrido esa pregunta.

—Nunca capturamos con anterioridad un almacén de memoria humana —dijo, respondiendo de forma incompleta—. No podríamos habernos comunicado sin una fuente tan extensa de información.

—Cierto, pero, tal y como dices, en el pasado hemos sido capaces de usar maquinaria humana.

—El problema es bastante más complejo.

La mente-nido hizo una pausa.

—¿Crees que las agrupaciones tienen prohibido comunicarse con los humanos?

Aryz sintió lo más parecido a la angustia que podía sentir un ind ramal. ¿Estaba siendo considerado indigno? ¿Acusado de conducta inadecuada para un ind ramal? Su lealtad a la mente-nido era inamovible.

—Sí.

—¿Y cuáles podrían ser nuestras razones?

—Evitar la contaminación.

—Correcto. Podemos comunicarnos con ellos y seguir sin infectarnos tanto como caminar por sus mundos y respirar su atmósfera.

Silencio de nuevo. Aryz pasó a un modo de inactividad. Recuperó rápidamente el de atención cuando la mente-nido volvió a hablarle.

—¿Sabes en qué manera eres diferente? —preguntó.

—Yo no soy...

Volvía a dudar. Mentirle a la mente-nido le resultaba imposible. Mostró su aflicción.

—Eres útil a la agrupación —dijo la mente-nido.

Aryz se calmó al instante. Sus pensamientos se quedaron inertes, se tornaron receptivos. Había posibilidad de redención. Pero ¿en qué aspecto era diferente?

—Intentarás comunicarte con las formas. No hablarás con tus compañeros mientras estés ocupado en ello. Cuando concluyas esta misión, y me transfieras ciertos datos, deberás disiparte.

Aryz luchó con la complejidad de las órdenes.

—¿En qué soy diferente y digno de semejante encargo?

La superficie de la mente-nido seguía siendo tan plácida como la de una laguna inmóvil. Los indistinguibles manchones oscuros que marcaban sus órganos radiantes se desplazaron lentamente en su interior, luego volvieron a donde estaban, colocándose uno encima del otro, para enfocarse en él.

—Cultivarás un nuevo ind ramal. No tendrá tus defectos, pero, repito, no me será de utilidad si se da por segunda vez una situación semejante. Tu disipación será un alivio, pero será lamentada.

—¿En qué soy diferente?

—Creo que ya lo sabes —dijo la mente-nido—. Cuando llegue el momento, alimentarás al nuevo ind ramal con todos tus recuerdos, exceptuando los relativos al contacto con los humanos. Si no sobrevives a ese estadio de su crecimiento elegirás a un compañero para que lleve a cabo esa función por ti.

Una manchita rosácea apareció en la parte de atrás del glóbulo de Aryz. Este flotó hacia adelante y posó su permeador mayor en la fría superficie de la mente-nido. Se transmitió la clave y la orden, y su cuerpo fue capaz de reproducirse. Luego recibió la señal de despedida. Salió de la sala.

Fluyó por la estrecha corriente de amoníaco líquido del corredor sintiéndose

estimulado de manera ambigua. Estaba en una posición que entrañaba tanto privilegio como excomuni3n. Había sido bendecido, y condenado. ¿Habría alg3n otro ind ramal que hubiese experimentado algo semejante?

Entonces supo que la mente-nido estaba en lo correcto. Era diferente a sus compaÑeros. Ninguno de ellos se habr3a hecho semejantes preguntas. Ninguno de ellos habr3a sobrevivido a la idea de comunicarse con formas humanas. Si no se le hubiera asignado esta tarea, habr3a tenido que disiparse.

La mancha rosa se hizo m3s grande y empez3 a formar copos gris3ceos. Se abri3 paso a trav3s de la piel, y Aryz se lo quit3 frot3ndose casualmente, casi sin pensar, contra una mampara. La mancha se adhiri3 a ella, lanz3 una emanaci3n en radiofrecuencia que semejaba en algo a un suspiro, y empez3 a absorber nutrientes del amon3aco.

Aryz fue a inspeccionar las formas.

Clevo la intrigaba, pero la clases de inter3s que sent3a le resultaba nuevo. No estaba especialmente receptiva. M3s bien sent3a una comez3n mental como si estuviera hambrienta o le hubieran inyectado con alguna clase de gemidos cerebrales. Lo que Clevo le cont3 de los humandatos hizo que se planteara un tema en el que nunca hab3a pensado antes: ¿c3mo hab3an llegado a configurarse las cosas, y cu3l era su papel en ellas?

Los humandatos eran bastante pequeÑos, explic3 Clevo, de apenas un metro c3bico de volumen. En su interior estaba toda la historia y cultura de la especie humana, tan precisa como era posible que lo fuera y extra3da de todas las fuerzas existentes. El humandato de cada nave se actualizaba cada vez que una de ellas volv3a a una estaci3n de contacto.

Clevo ten3a asignadas pequeÑas tareas —comprobaci3n de datos e inclusi3n de los mismos en los registros de la nave— que le permit3an un acceso m3nimo al humandato.

—Es mandatorio que conservemos registros —explic3—, y lo que tenemos son datos humanos. —Sonri3—. Es un chiste. O algo semejante.

PrufraX asinti3 solemne.

—¿De d3nde venimos, entonces?

—De la Tierra, claro. Eso lo sabe todo el mundo.

—Quiero decir, de d3nde venimos nosotros. T3, yo, la tripulaci3n.

—Divisi3n celular. ¿Por qu3 preguntas? Lo sabes.

—S3 —frunci3 el ceÑo, concentr3ndose—. Quiero decir que no venimos del mismo sitio que los Senexi. Ni de la misma manera.

—No, eso es una tonter3a.

Se dio cuenta de que era una tonter3a: los Senexi eran diferentes en todo. ¿Qu3 es

lo que intentaba preguntar?

—¿Sus falsis son como los nuestros?

—¿Falsis? Los falsis no son historia. Al menos, no la mayoría. Los falsis son irreales. La historia es superior a los falsis.

Prufrax sabía de un modo vago que los falsis eran irreales. Pero, de todos modos, no le gustaba que degradaran su alivio.

—Los falsis son estupendos. Enseñan Zap.

—Imagino —dijo Clevo dubitativo—. Al ser nocombate, no veo falsis de Zap.

Le pareció impensable la existencia de falsis sin Zap.

—Qué aburrido.

—Es lógico que digas eso. Yo encontraría aburridos los falsis con Zap, ¿no crees?

—Somos diferentes. Igual que lo somos de los Senexi.

Clevo se quedó con la boca abierta.

—No, eso no. Somos tripulación. Humanos. Los Senexi son...

Agitó la cabeza como si le nutrieran con algo amargo.

—Quiero decir que... —Hizo una pausa por no estar muy segura de si entraba o no en territorio vedado—. Tú y yo tenemos nutrición diferente, tenemos gemidos distintos. Pero somos más diferentes aún de los Senexi. Ellos no están hechos, ni actúan, como tú y yo. Pero... —Volvía a tener dificultades para expresarse. Eso le irritaba—. Ya no quiero hablar contigo.

Un decididor que Prufrax no conocía apareció en el camino. Alargó la mano hacia Clevo, y éste la cogió.

—Es asombrosa la manera en que dais vueltas el uno en torno al otro —comentó el decididor—. Vete, elfiforma. Estás en praderas que no te corresponden.

Nunca volvió a ver al investigador. La curiosidad se desvaneció con el entrenamiento para guantero, y el Zap recuperó su lugar preponderante.

Los Senexi tenían modos de saber si se acercaban los humanos. La nave-germen parecía caldearse, hacerse menos habitable cuando llegaba información de que había flotas o naves individuales a menos de un uno por ciento del diámetro de la nebulosa. Todo estaba ultravioleta por la ansiedad y hubo que proteger el nuevo ind ramal de la mampara con un cáliz especial de silicato para evitar distorsiones. La mente-nido segregó automáticamente un cornículum como si, en caso de que la nave-germen fuera alcanzada, sirviera de poco endurecer las otras membranas.

Aryz había sepultado su confusión personal bajo una montaña de trabajo. Se había introducido en la memoria humana lo bastante profundamente como para encontrar instrucciones de uso. Ser llamaba a sí mismo humandato y hasta los preliminares más sencillos entrañaban dificultades para Aryz. Era como nadar en el mar privado de otra familia, aunque infinitamente más extraño; ¿cómo podría

conectar con experiencias que nunca había tenido, con problemas y necesidades jamás sentidas por su especie?

Cada período de vigilancia, observaba una o dos veces al ind ramal. Jamás había visto con anterioridad un reemplazo inducido. El proceso normal requería que dos mentes-nido intercambiaran plasma y formaran dos nuevos brotes grupales, intercambiándose los brotes y nutriéndolos. Posteriormente, se liberaban los brotes y éstos se desplazaban como larvas individuales. Las larvas nadaban por la atmósfera gaseosa y licuada del mundo Senexi durante centenares e incluso centenares de miles de kilómetros, pero siempre volvían inevitablemente a reunirse con los otros brotes de su agrupación. Los reemplazos se seleccionaban de un estanque de brotes «genéricos», generados en forma separada, pero sólo cuando uno o más originales resultaban destruidos en los viajes. La destrucción de una agrupación completa implicaba un fracaso reproductivo.

En un grupo maduro, la mente-nido inducía un reemplazo sólo cuando era destruido un ind ramal. Eso significaba que, en esencia, a Aryz se le consideraba ya muerto.

Pero seguía siendo de utilidad. Esto le divertía, si a esa emoción Senexi puede llamársele diversión. El mantenerse apartado de sus compañeros era difícil, pero ocupaba su tiempo fundiéndose con el humandato mediante el interfase.

Los humanos también estaban conectados con el humandato mediante el progenitor sustituto, y estaban, a su modo, tranquilos.

Informaba con poca frecuencia a la mente-nido. Tenía poco que informar hasta que no estableciera comunicación.

Pese a todo, podía sentir igual que sus compañeros que se aproximaba una batalla. Eso decidiría el éxito o fracaso de su trabajo en la nebulosa. Un fracaso aquí no sería crucial en el ámbito del plan Senexi, pero su raza solía plantearse las cosas a largo plazo.

Y se conocía lo bastante bien como para saber que no fallaría.

Cuando examinaba a los humanos, a través del espeso muro de cristal de su cuarto aislado, ya sentía cierta afinidad con ellos. Su piel palidecía al pensar en su temperatura corporal, en su venenosa química. Era una afinidad enfermiza. Se odiaba por ella. Disfrutaba con ella. Era lo que le hacía especialmente útil para la agrupación. Si era defectuoso, y si ésta era la única manera en que podía ser útil, que así fuese.

Los demás ind ramales observaban sus desplazamientos a distancia, sin juzgarle. Aryz estaba muerto, pese a que trabajaba y se movía. Su sacrificio había sido horrible, pero no sería un héroe; nunca se emularía a los de su clase.

Eran momentos terribles, de terribles conflictos.

Ella flotaba en lenguaje, aprendiéndolo en un instante; no había distracciones. Flotaba en historia y asimilaba todo lo que podía, por que la fuente parecía inagotable. Intentaba distinguir entre tener ojos abiertos (el estéril cuarto de pálido marrón grisáceo con gruesas paredes verdes, que tenía una forma redonda y lóbrega flotando al otro lado del tabique) y ojos cerrados, cuando se hundía en lenguaje e historia sin una base fija.

Con ojos-abiertos, podía ver a Mam con sus acogedoras extremidades y su dulce voz, sus tubos y extrusiones de comida, sus siseos y su reciclaje de desperdicios. Aprendía mediante los cables de Mam. Mam también cuidaba de otro como ella, y de otro que no se parecía a ninguno de los dos, pareciéndose más a la forma que había al otro lado de la pared verde.

Era muy joven y todo era un misterio para ella.

Al menos conocía su nombre, y lo que se suponía debía hacer. Era algo que la consolaba muy poco.

A Prufrex le ajustaron los guantes y acudió a la sala de prácticas, casi arrastrada por ellos, pues aún no había ensamblado los nervios de contacto de la yema del índice derecho y su control del ritmo era inseguro.

Allí voló durante seis vigilias completas con los demás guanteros, yendo y viniendo por el oscuro espacio como cometas elfiformes. Las constelaciones y la nebulosa brillaban esporádicamente en las distantes paredes y se orientó entre ellas como una ave nocturna. Sus compañeros eran Ban, una hembra pelirroja, Ornin, un macho especialmente delgado, y las hermanas proyectos-especiales Ya, Trice y Damu, recién llegadas de la división genética.

Se sentía más libre de lo que se había sentido nunca cuando dejaba que los guantes hicieran su voluntad. El control radicaba en algún lugar indeterminado detrás de sus ojos y más allá de sus dedos, como si se viera arrastrada por un hermoso cable plateado hacia donde era mejor que fuese. Hacía lo que era mejor hacer. Apenas veía el campo que fluía de los gruesos y sólidos guantes, o sentía su influencia acariciadora y sustentadora de vida. En realidad, apenas veía o sentía nada que no fueran situaciones, objetivos, oportunidades, el éxito o el fracaso del Zap. El fracaso era un dolor agudo. Nunca la castigaban por fallar; el castigo lo llevaba en la sangre, y sentía como si quisiera morir. Pero cuando mejoraban las oportunidades, y el Zap tenía éxito, todo lo que la rodeaba —estrellas, naves-germen Senexi, la *Mellangee*, todo— parecía parte de un hermoso sueño que sólo le pertenecía a ella.

En los simuladores se sentía más viva que nunca.

Una vez terminada la primera práctica, empezó la representación de ingreso.

Las hermanas proyectos-especiales formaron una alineación hiperbólica. Los campos de sus guantes se extendieron y combinaron su energía. Las extensiones

energéticas se alargaron hasta la simulada nave-germen que tenían ante ellas en brillantes rojo y blanco y ultravioleta y radio y odiosa. Sus tentáculos se abrieron paso por largos cabellos plateados inmersos en agua; absorbieron fantásticas energías y se hicieron cada vez más brillantes, como si fuesen estrellas recortándose contra la silueta de la nave-germen. Se enzarzaron en el diseño de los escudos, siguiéndolos topológicamente hasta que las espirales de fuerza forzaron una abertura en el otro lado, que se irisó de manera lo suficientemente amplia como para dejar pasar a los guanteros. Las hermanas agitaron los tentáculos energéticos y Prufrax vio el agujero que se ensanchaba bajo ellas...

El ejercicio terminó. Los guanteros elfiformes se vieron repentinamente inmersos en la oscuridad. Prufrax salió desprevenida del simulador, pensando todavía en el Zap. La falta de orientación la desconcertó tanto como a una polilla que pasara de golpe de la noche al día. Entró en barrena hasta que los guantes la frenaron y canalizaron su vuelo. Flotó bajando por un tubo, neutralizando lentamente el campo, hasta detenerse, llevando aún los guantes, con el cuerpo temblándole espasmódicamente.

—¿Qué genes ha pasado? —gritó.

Las manos empezaban a dolerle.

—Conservación energética —respondió una voz mecánica.

Todos los demás guanteros elfiformes, a excepción de las hermanas proyectos-especiales, se alineaban en el túnel de recogida detrás de Prufrax. Ya, Trice y Damu dejaron pronto los ejercicios siendo sustituidas por simulaciones. No había modo de duplicar sus funciones por simulación. Entraron todos sin guantes en el túnel y ayudaron a sus compañeros a acostumbrarse a la amplitud de lo real.

Otro grupo de guanteros, más jóvenes y con una elfiforma más reciente, pasaron por su lado al dejar el simulador. Alzaron las manos, y ellos les devolvieron el saludo.

—Cada día producen más —gruñó Prufrax.

Le preocupaba que hubiera tanta tripulación y que eso le impidiera llevar a cabo un Zap satisfactorio. ¿Dónde quedaba el honor de ser guantero si todo el mundo era uno?

Se deslizó hasta llegar a su litera plegada, sintiéndose estimulada e irritada. Rebobinó la simulación e incluyó el Zap que faltaba. Luego miró fija y sombríamente sus pequeños y estrechos pies.

Los Senexi esperaban ahí fuera. Tal vez estuvieran en su mismo estado, preparados para luchar, irritados por ser contenidos. Meditó sobre su ignorancia, sobre su incapacidad para saber si eran posibles semejantes cosas en el enemigo. Pensó en Clevo, el investigador. «En blanco», murmuró. «En blanco, en blanco.» Esos pensamientos son innecesarios, y, humanizar a los Senexi, algo indigno de un guantero.

Aryz miró el instrumento, introdujo una vaina en él y deseó. El lenguaje vocal humano surgió por el otro extremo, débil y agudo por la atmósfera de helio. El sonido le disgustó y emocionó. Apartó el instrumento de las gelatinosas sujeciones de la pared generada y lo empujó el interior, atravesando un permeador dilatado. Aspiró una espesa corriente de amoníaco y se deslizó hasta la cámara de las formas humanas.

Se abrió paso por la estrecha compuerta hasta llegar a la sala de observación. Ajustó los ojos al calor y la brillante luz del otro lado de la pared transparente, y lo primero que vio fue la redonda forma mutada, resultado de los experimentos fallidos. Desplazó su esfera y miró a los otros.

Durante un momento no pudo decidir cuál era más horrible: la forma mutada o las normales. Entonces pensó en lo que sería dejar que los humanos trastearan con los Senexi e intentasen hacerles adquirir una forma humana... Volvió a mirar al humano redondo y se encogió como si sintiera un calor inesperado. Aryz no había tenido nada que ver con los experimentos. Estaba agradecido por ello.

Aryz situó el extremo del vocalizador contra una placa transmisora de sonidos y habló.

—Hola.

Se transmitió el sonido en el cuarto. La forma mutada levantó la cabeza. Yacía en el suelo, apoyando el enorme e hinchado estómago sobre cuatro extremidades casi inútiles. Solía emitir ultrasonidos continuamente. Se calló y escuchó tensando el tubo que le conectaba con el aparato supervisor-procreador.

—Hola —respondió el macho.

Se había desconectado del cordón por su cuenta y estaba sentado en un banco en medio del cuarto.

La máquina que servía de instructor y progenitor sustituto, una informe parodia de humano con extremidades demasiado largas y una cabeza demasiado pequeña, estaba en un rincón. Aryz percibió el repudio de los ingenieros a la hora de examinar más atentamente la anatomía humana.

—Soy llamado... —dijo Aryz, con su nombre emergiendo como un ruido blanquecino sin sentido. Tendría que hacerlo mejor. Comprimió y adaptó las frecuencias—. Soy llamado Aryz.

—Hola —dijo la joven hembra.

—¿Cuáles son vuestros nombres?

Los conocía bastante bien por haber escuchado sus conversaciones.

—Prufrax —dijo la hembra—. Soy guantero.

Las formas humanas contenían muy poca memoria genética. Aryz suponía que tenían una impresión genética con sólo el nombre, la ocupación y conocimientos rudimentarios del entorno.

—Yo soy el maestro, Prufrax —dijo Aryz.

—No te entiendo —replicó la mujer.

—Yo te enseño, tú me enseñas.

—Tenemos al Mam para eso —dijo el macho señalando a la máquina—. Ella nos enseña.

Lo que ellos llamaban Mam estaba conectado con el humandato.

—¿Sabéis dónde estáis? —preguntó Aryz.

—Donde vivimos —dijo Prufrax—. En ojos-abiertos.

—No le hables —dijo el macho—. Nos basta con Mam.

Aryz consultó el humandato para comprender el nombre que le habían dado al aparato supervisor-educador. Mam, recibió como explicación, probablemente sea una expresión natural para el padre portaútero. Aryz desconectó el aparato.

—Mam ya no funciona —dijo.

Haría que el muro generador construyera otra máquina menos identificable para unirles al humandato y a su nutrición. No quería que asociaran la seguridad y la realización personal con algo que no fuera él.

La máquina se hundió y la forma hembra se liberó de la conexión. Empezó a llorar, una reacción misteriosa para Aryz. Su lazo con el humandato no era lo bastante íntimo como para que le respondiera preguntas concernientes a los sollozos y la humedad en los ojos. El macho y la hembra se tumbaron poco tiempo después, tomándose durmientes.

La forma mutada emitió más sonidos e intentó acercarse a la pared transparente. Alzaba sus delgados brazos como si suplicara. Los otros no tenían nada que ver con él; deseaba ir con Aryz. Puede que los biólogos tuvieran un éxito parcial en sus intentos de transformación, puede que fuera más Senexi que humano.

Aryz retrocedió hasta la compuerta, saliendo a la frialdad y la seguridad del corredor que había al otro lado.

Localizarla y ponerse a su altura era un interminable baile orbital entre la *Mellangee* y la nave-germen, moviéndose hacia adelante, retrocediendo, escondiéndose y mostrándose.

Prufrax esperaba rezumando habilidad y conocimientos como una fruta madura a punto de caer del árbol. Los elfiformes eran muy receptivos en este momento, del entrenamiento, justo antes de la designación. Permitieron que tomara un amante, y les asignaron habitaciones separadas cerca de las otras praderas.

Hasta ahora, el contacto había sido satisfactorio. Su compañero era un guantero veterano que se llamaba Kumnax, y, cuando estaban en el cubículo, relajados por falsis de danza aérea, le hablaba de viejas batallas, de tácticas especiales y de cómo sobrevivir en una lucha.

—¿Sobrevivir? —preguntó, intrigada.

—Naturalmente.

Su mirada vagaba por el paisaje de praderas y campos que se veía por la pequeña ventana del cubículo.

—No comprendo.

—La mayoría de los guanteros no sobreviven —dijo con paciencia.

—Yo lo conseguiré.

Se volvió para mirarla.

—Tienes seis. Eres muy joven. Yo tengo diez. He visto mucho. Vas a tener un destino por primera vez y estás confiada. Pero la mayoría de los guanteros no sobreviven. Producen centenares como nosotros. Somos prescindibles. Estamos basados en los mejores guanteros del pasado, pero ni siquiera lo consiguen los mejores.

—Yo sí —repitió Prufraux con seguridad.

—Siempre dices lo mismo —murmuró.

Prufraux le miró un momento.

—La última vez que te conocí dijiste lo mismo. Y aquí estás, otra vez reciente.

—¿Qué última vez?

—Maestro Kummax —interrumpió una voz mecánica.

Él se quedó inmóvil, mirándola.

—Los guanteros siempre hemos sido unos bocazas. No les gusta que lo sepamos, pero ¿qué pueden hacer cuando lo sabemos?

—Ha cometido una violación —dijo la voz—. Preséntese ante S.

—Si ahora duras, sabrás más de lo que dice el decidor.

—No te entiendo —dijo Prufraux con lentitud, con precisión, mirándole a los ojos.

—Ya he pagado mi deuda —dijo Kummax, antes de abandonar el cubículo—. Los guanteros siempre lo hacemos. Ahora puedo ir por mi castigo.

Prufraux no volvió a verle antes de su primer destino.

La nave-germen se escondió en una protoestrella en pleno calentamiento, alzando los escudos para protegerse de la piedra y el hielo que se precipitaban hacia su núcleo. La nebulosa escondía un grupo especialmente rico de estrellas en cuarta y quinta generaciones, que ya habían explotado, con abundantes planetas, y sus restos caían ahora sobre la nave-germen de Aryz como si fuera granizo.

Aryz jamás había estado tan aislado. Ningún otro ind ramal se comunicaba con él, y ahora ni tan siquiera los veía. Le presentaba sus informes a la mente-nido, pero, incluso ahí, la recepción era cada vez más cálida y apenas podía soportar la comunicación. En consecuencia —y era consciente de que esto era parte del plan—, cada vez estaba más cerca de sus cargos, las formas humanas.

La mente-nido estaba interesada en un problema. ¿Hasta qué punto podrían ser introducidas en una nave humana? ¿Serían aceptadas hasta poder llevar a cabo un sabotaje, o les identificarían? Ya estaban codificando instrucciones Senexi en sus enseñanzas.

—Creo que serán aceptados en la confusión de un encuentro —respondió Aryz.

Hacía tiempo que había adivinado las directrices generales del plan de la mente-nido. La comunicación con los humanos sólo podía tener un propósito, el de usarlos como señuelos, como insurgentes. Eran armas. El conocimiento de la actividad y comportamiento humanos no era un fin en sí mismo. Al darse cuenta de lo que estaba pasándole, Aryz comprendió por qué la mente-nido no quería que el estudio fuera mucho más allá.

Pronto habría terminado su trabajo, pensaba, y podría perderlos. Estaba demasiado contaminado por los humanos. Sería su fin, y su reemplazo iniciaría una nueva existencia, muy poco diferente a la de Aryz pero, razonó, más integrada. El reemplazo carecería de sus peculiaridades. Se encaminó a su último encuentro con la mente-nido, preparándose para la última asignación, para su final. La gran bolsa roja y blanca esperaba en la cámara llena de frío líquido. Era el centro de su agrupación, de su existencia. La adoraba. No había modo de que pudiera criticar sus actos.

Pero...

—Estamos siendo buscados —radió la mente-nido—. ¿Están listas las formas?

—Sí. La nueva enseñanza es sólida. Creen ser totalmente humanos. —Y lo son, exceptuando la nueva enseñanza—. Se rebelan a veces.

No dijo nada de la forma mutada. No sería utilizada. Si se ganaba este encuentro, probablemente la pondrían, junto al cadáver de Aryz, en una antorcha de fusión para una depuración completa.

—Prepáralos, entonces —dijo la mente-nido—. Serán entregados al vector para ser posicionados y transferidos.

Oscuridad y espera. Prufrex reposaba en el túnel de entrega como si fuera un cargador recién puesto en la recámara. A través de los guantes, percibió distantes murmullos de comunicaciones que sonaban como voces recorriendo huecas tuberías. La *Mellangee* se acercaba cada vez más.

Sabía que por muy enorme que fuera su propia nave, la nave-germen la empequeñecería. Recordaba vagos detalles sobre la estructura de la nave-germen, pero la mayor parte de esa información la tenía almacenada a salvo de la interferencia de su mente consciente.

La nutrirían con más información justo antes del lanzamiento, pero ya conocía el procedimiento básico. La nave-germen estaba dentro de la protoestrella, escondiéndose en su distorsión de la geometría y la completa fragmentación de

energía electromagnética. La *Mellangee* se acercaría, chocaría si hiciera falta. Penetración. Liberación. Localizar. Zap. Le dolían los dedos. Algo antes del lanzamiento la nutriría con los gemidos finales —los templadores— y la premiaría con dejar la elfiforma. Sería un guantero completo. Sería mujer.

Si volvía.

Volvería.

El dolor de los dedos aumentó.

Llegaron los templadores, notó como entraban los gemidos, luego los datos para la batalla. Mientras pasaban a su subconsciente pudo vislumbrar un fogonazo de...

Hielo y rocas, una espesa nube de gas y polvo que brillaba en forma rojiza pero que parecía oscura, esta vez sin estrellas ni constelaciones que sirvieran de guía. Entonces apareció el faro. Sería la única manera de orientarse cuando los guantes se pararan inercialmente y enfocaran el objetivo.

La nave-germen, era como
una sombra dentro de una sombra
de veintidós kilómetros de largo,
transportando
sólo seis
agrupaciones
¡SE LANZÓ volando!

Datos: La *Mellangee* se había incrustado en la nave-germen, hundiéndose profundamente en su interior como un voraz hocico buscando vitales.

Instrucción a un enjambre de buscadores que recorren la nave-germen, buscando mentes-nido, alcobas de nidos, inds ramales. Los guanteros les seguirán a continuación.

Prufrax se ve ahora con toda claridad. Es el grandioso cometa vengador, heraldo de profecías y muertes, que se mueve como un cuchillo atravesando el cristal y el hielo y el ralo y frío helio como si no estuvieran ahí, el cargador en la recámara que es disparado y se abre paso desgarrando el navio Senexi a centenares de kilómetros por hora, siguiendo a los buscadores.

La nave-germen no puede retirarse a otras geometrías; tiene clavada la *Mellangee*. Es suya.

La información la inunda, la llena de un inmenso placer. Se zambulle por pasillos color naranja grisáceo, rebotando contra las paredes como una bala perdida. Encuentra casi en seguida un ind ramal deslizándose contra el viento avasallador por la película de amoníaco, intentando alcanzar un cubículo reforzado. Su primer Zap es demasiado fácil, insatisfactorio, no es lo que había imaginado. En su vigilia, el ind ramal se convierte en dispersos glóbulos de plasma. Se interna aún más.

Aryz entregó los humanos a los vectores que los lanzarían. Estaban equipados con simulaciones de armas humanas, sus manos encajadas en los asquerosos guantes grises.

La nave germen está en grave peligro; la batalla se ha perdido con un solo golpe. La nave germen no puede seguir entera. Debe autodestruirse llevándose consigo la nave humana, quedando sólo un fragmento con tantas agrupaciones como puedan escapar.

Los vectores lanzaron las formas humanas. Aryz intentó determinar qué partes de la nave serían seleccionadas para sobrevivir. No debería estar en ellas: su trabajo ha terminado y debe morir.

Los guanteros giran por la abertura central de la nave germen, demoliendo los enormes y fríos motores de propulsión, circunvalando las protegidas bengalas de fusión y la planta reprocesadora, destruyendo maquinaria construida antes de que su Tierra se formara.

Las hermanas proyectos-especiales van delante. De pronto, la confusión se apodera de ellas. Han encontrado una mente-nido, pero no está fuertemente protegida. La rodean, se preparan para el Zap...

Está sacrificándose, atrayéndolas a una fácil victoria, y alejándolas de otra porción de la nave-germen. La energía está concentrándose en otra parte. Matan con rapidez al darse cuenta y siguen adelante.

La mente-nido de Aryz se prepara para escapar. Va envolviéndose en fluido protector mientras se mueve por la nave en dirección al fragmento congelado. Ya han muerto tres de sus cinco ind ramales. Siente como mueren las otras mentes-nido. El brote que habría reemplazando a Aryz también ha muerto.

Las formas humanas siguen el entrenamiento de Aryz y se mueven por los pasillos alejándose del corazón de la lucha. Las hermanas proyectos-especiales encuentran al señuelo macho y le permiten que vuele con ellas... hasta que apunta sus armas. Un Zap casi acaba con Trice. Las otras disparan inmediatamente contra la forma. Muere sollozando, confundido desde el momento de su lanzamiento.

El fragmento en que se refugia la mente-nido abarca la cámara donde alimentaban a los humanos, y donde sigue almacenado el humandato. Aryz se da cuenta de que han muerto las otras mentes-nido; los humanos les han superado tan fácilmente. ¿Qué debe hacer?

Siente el apresurado latido de otro ind ramal muriendo en alguna parte, lejos. Analiza los restos de la nave-germen. Es el último. No puede disiparse ahora; tiene que asegurar la supervivencia de la mente-nido.

Prufrex busca más oportunidades, recorriendo la nave-germen en ruinas, y encuentra un guantero herido. Llama a un medibuscador y sigue adelante.

La mente-nido se conecta al fragmento. El sistema de soporte está estropeado;

entra en estado aisla-tiempo, en nexo fluido, más rápidamente de lo que debería. Los sellos de espuma de hielo eléctrico no pueden separar el fragmento antes de que entren Ya, Trice y Damu. Éstas llaman frenéticamente pidiendo cortadores de nexo y preservadores; tienen instrucciones de capturar la última mente-nido, si es posible.

Una trampa cae sobre Ya, y aullantes fuerzas la arrancan de los guantes. Se ve arrojada hacia una desintegrante abertura oscura, grietas rojas se abren paso por todas partes cuando se rompe la integridad de la nave-germen. Su cuerpo toca polvo de plata y se queda congelada, golpea una barrera y se hace añicos.

Los sellos de hielo continúan cerrándose. Trice se ve atrapada entre ellos y forcejea frenéticamente para liberarse, yendo a rebotar en la zona donde se intensifica en nexo fluido. Sus guantes se hacen pedazos y ella se funde dentro de la pared de hielo como si fuera un insecto atrapado en la superficie de un lago helado.

Dame se da cuenta de que la mente-nido inicia la última fase de nexo fluido. Después no podrán tocarla. Inicia un Zap desesperado y es demasiado tarde.

Aryz dirige contra ella la energía subsidiaria del fluido. Su Zap rebota en la zona de unión, y ella se ve atrapada en la pauta de interferencia vibrando hasta que sus partículas más pequeñas pierden su equilibrio intermolecular y se convierte en luz y espacio.

De todos modos, la mente-nido ha resultado herida. Pierde información por una parte de su anatomía. Desesperada, busca lugares donde retener la información antes de la última oleada de nexo fluido.

Aryz dirige un interfase a la superficie de la mente-nido. Los plateados glóbulos de líquido aisla-tiempo se estremecen alrededor de ambos. Las secciones dañadas de la mente-nido transfieren sus datos al último aparato almacenador de memoria disponible: el humandato.

Ahora contiene información tanto humana como Senexi.

Los plateados glóbulos se unen, y Aryz retrocede. Ya no siente la mente-nido. Está fuera de su alcance, pero sigue sin estar a salvo. Debe separar el fragmento de los restos de la nave germen. Luego envolverá el fragmento en su propio nexo fluido y lo encapsulará en físicas para protegerlo de los humanos.

Aryz se abre paso cuidadosamente por los pocos pasillos que quedan. Incluso aquí, casi se ha disipado la atmósfera de helio. Se fuerza a recordar todos los pasos. Pronto explotará la nave germen, destruyendo así la nave humana. Deben haberse marchado para entonces.

Prufrax sigue furiosa la forma que apenas ha percibido, vigilándola desde detrás de barricadas de hielo, yendo hacia un Zap muy satisfactorio. Deja que los guantes lo hagan a su manera

y descubre una forma a su espalda, una que lleva guantes que no son guantes, no

como los suyos, pero capaces de atraparla con sus campos, bloqueando el Zap, y hacer que se atraigan mutuamente. El fragmento se separa, el calor de la protoestrella se filtra al interior. Se ven girando en su remolino energético como dos cometas gemelos, uno rojo y el otro gris oscuro.

—¿Quién eres tú? —grita Prufrex cuando están cerca.

Sus entornos se funden. Forcejean. Se ven arrastrados fuera de la nube con el fragmento, y puede ver la cara del otro.

La suya.

La nave-germen se autodestruye. El fragmento se propulsa desde la protoestrella, sobre el plano de lo que serían órbitas de planetas, alejándose de la lesionada y moribunda *Mellangee*.

Prufrex utiliza desesperadamente toda su fuerza para poder introducirse en el fragmento. El helio surge a borbotones, y con él salen trozos de inds ramales muertos.

Aryz encierra inmediatamente a la pareja en el cuarto de las formas, reacondicionando la estructura del fragmento para encerrarlas con la forma mutante y el humandato. De momento tiene bastante tiempo para concentrarse en ellos. Son peligrosos. Son casi iguales la una a la otra, pero su forma se deteriora más rápidamente que la del guantero auténtico. Flotan rebotando de pared a pared del cuarto, haciendo que el mutante se arrastre hasta una esquina y aülle de miedo.

Podía ser de utilidad el salvar a una y capturar a la otra. Tal y como están, habrá que diseccionarlas cuidadosamente de sus campos e inducir las al sueño antes de que el guantero pueda liberar sus armas. Se desharía de los guantes, los falsos y los reales, y las conectaría al Mam, volviendo a conectar también la forma imitante. Quizá se pudiera aprender algo del fracaso del experimento.

La disección y captura se desarrolla más rápido de lo planeado. Sus movimientos eran menos rápidos por el nexo fluido. Su último movimiento, después de conectar a los humanos al Mam, es asegurarse que el nexo fluido de la mente-nido está en adecuada armonía con el de la nave.

El fragmento cae a geometrías más simples.

Es como si nunca hubieran existido.

La batalla había terminado. No había vencedores. Aryz fue consciente del paso del tiempo, se despojó de la somnolencia y se arrastró a través de corredores dolorosamente secos para volver a poner en marcha el equipo ambiental del entorno. Las máquinas forcejearon en la totalidad del fragmento para volver a la actividad.

¿Cuántas generaciones habrían pasado desde entonces? Las constelaciones eran irreconocibles. Estableció las líneas estelares y encontró tipos y espectros familiares, pero de edad avanzada. Se había dado una disfunción en el nexo fluido. No podía encontrar la nebulosa donde se había desarrollado la batalla. En su lugar sólo veía

estrellas de edad mediana confortablemente orbitadas por planetas jóvenes.

Aryz descendió del observatorio mutable. Se deslizó por el fragmento, estableciendo los límites de su nuevo hogar y encontró la sólida superficie reflectante del capullo de la mente-nido. Seguía inmersa en nexo fluido, y no conocía ningún modo de liberarla. Probablemente la ligazón se evaporaría con el tiempo, pero eso podría requerir varios lapsos de vida. La nave-germen ya no existía. Habían perdido la cámara-nido, y con ella todas las cepas.

Era el último ind ramal de su agrupación. Pero eso no importaba ahora; no había nada que pudiera iniciar sin una mente-nido. Si el nexo fluido era permanente, entonces podría considerarse muerto.

Cerró sus pensamientos a su alrededor, y estaba casi completamente sumergido cuando sintió alarma en la cámara de las formas. El interfase del humandato se había desconectado; la nueva versión del Mam estaba funcionando mal. Intentó reparar el equipo, pero estaba casi indefenso sin el muro de ingeniero. Lo más que podía hacer era preparar un nutridor suplente temporal utilizando el antiguo Mam con forma humana. Cuando terminó, miró al cautivo y a las dos formas, y luego al Mam sin brazos ni piernas que era su lazo con el interfase y la misma vida.

Había pasado toda su vida en una cámara de apenas ocho por diez metros, y no mucho más alta que su propia altura. Siempre la acompañaron Grayd y la silenciosa criatura redonda cuyo nombre —si es que tenía alguno— jamás había sabido. Por un tiempo también estuvo Mam, y luego otra clase de Mam pero ni por asomo igual de satisfactoria. Apenas era consciente de que toda su existencia había sido miserable, dependiente, incompleta en un modo u otro.

También solía aparecer periódicamente otra forma redonda, dándose a conocer gestualmente o por la voz, siempre separada de ella por un tabique transparente.

Grayd la había mantenido cuerda. Se unieron para conspirar. Cuando se desconectaban del interfase —lo que ella llamaba «ojos-cerrados»— siempre se tenían el uno al otro e intentaban interpretar juntos lo que ya conocían instintivamente, lo que les nutría a través del interfase y lo que les decía el ser del otro lado del tabique.

Primero supieron sus nombres, y supieron que eran guanteros. Supieron que los guanteros eran luchadores. Cuando Aryz les pasó instrucciones mediante el interfase sobre como luchar, las aceptaron ansiosos pero incómodos. No parecían coincidir con las instrucciones grabadas en sus instintos.

Cinco años en un estado semejante la habían hecho instrospectiva. No esperaba nada, deseaba poco más allá de la experiencia que entrañaba el ojos-cerrados. El ojos-abiertos con Grayd apenas le parecía algo más que un sueño. Habitualmente conseguían ignorar a la extraña criatura redonda que compartía la cámara con ellos y

pasaba casi todo su tiempo conectada al humandato y al Mam.

Sólo estaba completamente segura de una cosa. Se llamaba Prufrax. Era su única certeza, y se lo decía a sí misma en ojos-cerrados y en ojos-abiertos.

No mucho antes de la batalla, había permanecido en un estado semejante a un sueño sin sueños, como si fuera un robot al que le daban instrucciones. La parte de Prufrax que había desarrollado una personalidad durante cinco años de ojos-cerrados y ojos-abiertos se había visto reemplazada por las instrucciones de lucha programadas por Aryz. Se había deslizado tal y como debían volar los guanteros (pese a que los guantes no parecían adecuados). Había luchado, forcejeado (creía), consigo misma, pero ¿quién podía estar seguro de algo?

Ya hacía tiempo que decidió que la realidad no debía añorarse con excesiva avidez. Cuando terminó la batalla volvió al humandato, a ojos-cerrados, casi demasiado complacida.

Pero al ojos-cerrados también le había sobrevenido un cambio. Ahora no podía vagabundear por el humandato a voluntad. Le parecía oler la nueva información, totalmente extraña, como una bocanada de océano. Apenas sabía por dónde empezar. Tropezó con algo.

—que todas las naves llevaran uno, sin importar su tamaño o clase, al igual que cada individuo lleva consigo un mapa de la especie. El humandato contendrá toda la información de nuestra raza, incluyendo historia precisa y sin censurar, porque si hemos aprendido alguna cosa, es que los anales censurados e inexactos sólo distorsionan los ojos de los líderes. A los Inferiores se les cuentan mentiras. Los líderes deben buscar y proporcionar informes lo más exactos que sea posible, o nos debilitaremos y caeremos.

Qué maravillosos sueños debían tener los líderes. Y, mediante el uso del humandato, poseían algún don intrínseco llamado verdad. Prufrax apenas podía creerlo. A medida que exploraba por los nuevos campos del ojos-cerrados empezó a relacionar la palabra humandato con lo que había experimentado. Y ahí era donde estaba.

Y estaba sola. En otro tiempo había explorado con Grayd. Ahora no había rastro de Grayd.

Aprendía con rapidez. Pronto llegó a caminar por una playa de la Tierra, luego por una playa de un mundo llamado Myriadne, y por otras playas, desvaneciéndose y apareciendo en cada una. Recorriendo rápidamente las entradas, consiguió un borroso *eidos* y descubrió que la playa estaba en el abstracto, una zona que separaba una clase de ojos-cerrados y otra, entre agua y tierra, sin que ninguna de las dos tuviera un corolario en ojos-cerrados.

Algunas playas tenían arena. Algunas playas —el *eidos* de las nubes era bastante atractivo—. Y una...

la tenía a ella corriendo asustada, gritando.

Ella se llamó, pero la figura desapareció. Prufrax estaba en una playa bajo una estrella amarilloverdosa, en un mundo llamado Kyrene, sintiéndose más sola que nunca.

Exploró más aún, esperando encontrar a Grayd, o a la figura que se parecía a ella. Grayd nunca huiría de ella. Grayd...

La cosa redonda se enfrentó a ella, con los inútiles miembros temblando. Ahora le tocaba a ella correr, aterrorizada. Nunca antes se había encontrado con la criatura en ojos-cerrados. Era móvil; se desplazaba con una intención. Huyó por tierra, nubes, árboles, rocas, viento, aire, ecuaciones y al borde de las físicas. Cuanto más lejos huía, cuanto más se distanciaba del ser redondo de pequeñas manos y cabeza, menos asustada estaba.

Nunca encontró a Grayd.

El recuerdo de la batalla era fresco y doloroso. Recordaba el dolor de sus manos, torpemente separadas de los guantes. Su entorno se había derrumbado y reemplazado por algo indefinible. Prufrax había caído en un profundo sueño y había soñado.

Los sueños le resultaban totalmente ajenos. Era como si hubiera una desviación a la izquierda en su curva de sueños; había soñado con filosofías y lenguajes y otras cosas con las que no podía identificarse. Una desviación que la llevaba a historias y ciencias tan incomprensibles que eran pesadillas.

Había sido un sueño muy poco placentero, no lamentó mucho descubrir que en realidad no estaba dormida.

El momento crucial llegó cuando descubrió cómo ralentizar las desviaciones y los cambios en la temática de los sueños. Entró en un lugar placentero que no conocía pero que no parecía amenazador. Había una vasta extensión de agua, pero eso no la aterrorizaba. Ni siquiera pudo identificarla como agua hasta que no intentó coger un puñado. Más allá del agua había un suelo de partículas cambiantes. Había un espacio abierto sobre ambas cosas; no era negro pero, obviamente, era espacio, y a sus ojos tenía un intenso color azul verdoso pálido. Y allí estaba la figura que encontró en la nave-germen. Ella misma. La figura la persiguió. Huyó.

Sobrepasando los límites, hasta llegar a la información Senexi. Para entonces ya sabía que lo que estaba viendo no podía provenir de su interior. Estaba recibiendo datos de otra fuente. Puede que la hubieran capturado. Hasta era posible que ahora mismo estuvieran sacándole información. El decidor había discutido semejante posibilidad, pero ninguno de los guanteros habían sido enseñados a defenderse en situaciones específicas. En vez de eso les habían imbuido —en términos que no instigaban segundos pensamientos— que la autodestrucción era la única salida. Así que intentó matarse.

Se sentó en el frío congelador de una habitación de un blanco rojizo, posando los pies sobre un fluido que cubría el suelo, pero sin tocarlo... La información no encajaba en sus sentidos; le parecía confusa, inapropiada. A diferencia de la otra, ésta no permitía participación o movimiento. Todo estaba encerrado en lo sólido.

No podía descubrir una manera efectiva de matarse. Se decidió a cerrar los ojos y a desear la disolución. Pero cerrar los ojos sólo la desplazó a un nivel más profundo o superficial de decepción, a otras categorías, otros temas, otras visiones. No podía dormir, no estaba cansada, no podía morir.

Vagó como una hoja en un torrente. Sus pensamientos vagaron, y se imaginó flotando en el agua llamado océano. Mantuvo los ojos abiertos. Fue por accidente que encontró:

Instrucción. Bienvenido al uso introductorio del humandato. Como procesador nocombate, tus deberes son mantener y, si es necesario, proteger o destruir el humandato. El humandato es tu superior inmediato. Si requiere algún mantenimiento se lo concederás. Una vez conectado con el humandato, tal y como estás ahora, podrás explorar cualquier aspecto de la información con sólo solicitar una entrega. Para solicitar una entrega, indicar el núcleo del tema...

«¡Prufrax! —gritó en silencio—. ¡Qué es prufrax!»

Automáticamente apareció una voz con diferente tono.

Ah, ésa es toda una historia. Yo fui su biógrafo, el organizador de las cintas de su vida (ref. GEORGE MACKNAX), y llegué a conocerla bien durante los últimos años de su vida. Nació del Fermento 26468. Tenemos incluidas cintas seleccionadas de su vida. Elegir énfasis. Seguirá análisis.

(¡Hey! ¿Quién eres tú? Hay alguien aquí conmigo...)

(¡Sssh! Escucha. Mírala. ¿Quién es?)

Miraron. Prestaron atención a la información.

(Pero, soy yo... o se me parece.)

(Es nosotras.)

Medía dos metros y medio. Su pelo era negro y espeso, y lo tenía cortado; sus piernas bien musculadas aunque forzadas por el entrenamiento y los tratamientos hormonales. Tenía diecisiete años, era uno de los pocos pájaros nacidos en el sistema sola, y en el momento actual tenía un clip en el hombro. Dondequiera que fuese, los pájaros preguntaban por su madre, Jayax.

—¿Eres mejor que ella?

¡Naturalmente que no! ¿Quién podría serlo? Pero era buena; lo decían los instructores. Estaba a punto de terminar el entrenamiento, y liaría bien su trabajo, tanto si se graduaba como halcón como si seguía siendo pájaro. Preguntarle a Prufrax sobre su madre sólo servía para que cerrara la boca con fuerza y echara chispas por

los ojos.

En Mercior, los Terrenos abarcaban cuatrocientas hectáreas y tenían su propio puerto. Los Terrenos se dividían en Tierra, Espacio y Pensamiento, y resultaba obligatorio para los emplumados, los pájaros que se entrenaban para halcones, que se ejercitaran en cada área. Prufrax estaba en el tercer emplumado. Ya había superado Tierra —pese a que odiaba la lucha en el suelo— y llevaba dos años en Espacio. Lo difícil, decía todo el mundo, no era pasar Espacio, sino durar los cuatro años de Pensamiento que seguían a la acción en planetario y cuasiórbita.

Sabía desde que era una niña, cuando no contaba más de cinco...

(¡Cinco! ¿Cinco qué?)

y vio las naves y los trajes de combate y los falsis de su madre, que nunca sería feliz hasta que no saliera al exterior y tuviera una nave-germen en la mira, hasta que no convenciera a un Senexi del supremo final...

(¡El Zap! ¡Está hablando del Zap!)

(¿Qué es eso?)

(Eres yo. Deberías saberlo.)

(No soy tú, y no somos ella.)

El Zap, dijo el humandato, y cambiaron los datos.

—Mañana recibirás tus primeros implantes. Te permitirán coordinarte con los motores del ángulo-fase cero, y localizar tus objetivos mucho más rápidamente de lo que podrías hacerlo con simple biología. ¿Alguna pregunta?

—Sí, señor —Prufrax continuó inmóvil en lo alto del aula esférica, obligando al instructor halcón a que pivotara su plataforma—. Tengo problemas con las mates del ángulo-fase cero. Reducción de los momentos de lo real.

Otros emplumados en tercera también dijeron tener problemas con esas mates. El instructor halcón suspiró.

—No tenemos por qué instalar tramposos en todos vosotros. Ya es bastante malo que necesitemos implantes para suplementar la biología. El aprendizaje individual siempre resulta preferible. ¿Solicitáis tramposos?

Era un desafío. Todos respondieron que no. Pero Prufrax sonreía secretamente. Conocía el tema. Sólo quería disfrutar de una nueva explicación de las mates. Podría reforzar una comprensión ya establecida. Siempre se beneficiarían otros no tan versados. No estaba malgastando tiempo. Se recreaba en el placer de su arma, el arma que utilizaría contra los Senexi.

—La ángulo-fase cero, el Zero-Angulo Phase en antiguo inglés, es la reducción temporal de los momentos cinéticos de lo real. —Ante cada estudiante aparecieron ecuaciones y gráficos acompañando la voz del instructor—. Los nidos de lo irreal pueden resultar incompatibles si se sitúa una barrera entre el inicio del participante y la estimación de lo real. La efectividad del participante puede determinarse mediante

un modelo conveniente al que llamamos ángulo-fase. El ángulo-fase cero se consigue con un campo de probabilidad opaca según la transformada de Fourier de la separación de ondas de lo real. Esto también puede conseguirse con la reflexión del rayo; un contador efectivo para la fase cero, puesto que el rayo siempre se puede componer y el compuesto siempre es temporalmente invertido. Aquí están los verdaderos gedanks...

(Ángulo-fase cero. Está aprendiendo el Zap.)

(Les odia mucho, ¿verdad?)

(¿A los Senexi? Son Senexi.)

(Creo que... ojos-abiertos es el mundo de los Senexi. ¿Qué significa eso?)

(Que somos prisioneros. A ti te cogieron antes que a mí.)

(Oh.)

Las noticias llegaron cuando estaba recuperándose del implante. Las naves-germen habían vuelto a violar el espacio humano, depositando cuclillos en treinta y cinco mundos. Los mundos eran colonias jóvenes, y los cuclillos exterminaron toda la vida, intentando poblarlos luego con formas de vida Senexi. Los supremos reaccionaron esterilizando la superficie de los planetas. No hubo victoria, perdieron ambos bandos. Parecía como si los Senexi fueran tan malévolos que no les importara el éxito, sólo la destrucción.

Les odiaba. No podía imaginar nada peor a ellos.

Prufrex tenía veintitrés. Dentro de un año se graduaría a halcón de un crucero/incursor. Les demostraría su odio.

Aryz se descubrió pasando a fin-pensamiento, el estado mental que siempre precedía a la autodestrucción de un ind ramal. ¿Qué le quedaba por hacer? El fragmento había sobrevivido, pero ¿a qué costo?, ¿para qué finalidad? Nada se había conseguido. Habían perdido la nebulosa, o suponía que la habían perdido. Puede que nunca conociera su estado actual.

Sintió una vaga irritación por la carencia de un espectro de respuestas. Un ind ramal sin una finalidad no era más que plasma superfluo.

Miró al cautivo y a las formas, todos conectados al humandato, y se preguntó qué hacer con ellos. ¿Cómo reaccionarían los humanos en su presente situación? Probablemente con más vigor. Seguirían luchando. Siempre lo habían hecho. Hasta sin líderes, sin una finalidad discernible. Hasta en la derrota. ¿Qué les proporcionaría semejante energía? ¿Serían superiores, más merecedores de vivir? Y si fuesen mejores ¿era correcto que los Senexi se opusieran a su triunfo?

Aryz se elevó rígido por la confusión. Los había estudiado demasiado. En verdad le habían contaminado. Pero al menos en esto sí había una finalidad. Una pregunta que debía ser respondida.

Hizo preparativos. Había señales indicadoras de que el nexo fluido de la mente-

nido no era permanente, que, de hecho, estaba evaporándose rápidamente. Cuando emergiera, Aryz podría presentarse con un juicio, con una respuesta.

Se dio cuenta, no muy claramente, que, según los estándares Senexi, en estos momentos no era más que un lunático enloquecido.

Se conectaría al humandato, mejoraría el interfase aislante que utilizó previamente para conseguir respuestas seleccionadas, y el cautivo, las formas y él se verían inmersos, juntos, en la historia humana. Serían como jóvenes absorbentes en una madre-animal de Población I —todo lo opuesto posible al proceso Senexi, donde los jóvenes se nutrían de alimento e información en el interior de la mente-nido.

El humandato le alimentaría, o envenenaría. O ambas cosas.

(¿Amará?)

(¿Qué...? ¿Quieres decir, si puede recibir?)

(No. ¿Siella... nosotras... yo... damos?)

(No sé a qué te refieres.)

(Me pregunto si ella lo sabrá...)

Amor, dijo el humandato, y los datos procedieron en consecuencia.

Prufrax tenía veintinueve. Había sido asignada a un crucero con un nuevo programa donde ponían en pleno combate a luchadores inexperimentados sin que antes pasaran por el preliminar.

El crucero era un incursor de un millón de toneladas, con un contingente de cincuenta y tres halcones y una tripulación de ochenta miembros. La utilizarían en un ataque de segunda oleada, siguiendo a la luchacruenta inicial.

Estaba asustada. Era bueno; el temor mejoraba la biología básica si se utilizaba adecuadamente. El crucero haría una incursión en espacio Senexi en revancha por anteriores programas de siembra-de-cuclillos. Seguramente tendrían que luchar con naves-germen y navespinas.

La lucha sería dura.

El incursor emitió su negación final de la amplitud de lo real y se transmitió hasta el arduo y desagradable espacio esponja. Volvió a plegarse sobre sí mismo y emergió más lejos en el plano galáctico.

Prufrax se sentó en la sala de guerra de los halcones y contempló la rotante simulación de nieve estelar. Números en código rojo brillaban en los límites del territorio Senexi conocido, significando lugares donde adquirieron poderío cuando el sol terrestre era joven y envuelto en brumas. Una flecha verde señalaba la posición del incursor.

Bebió con los demás los complementos para el espacio esponja, pero sintiéndose aislada por su primariedad, por su miedo. Todo el mundo parecía tan tranquilo. La mayoría eran cuatros o cincos (en su cuarta o quinta llamada a batalla). Había diez

unos y un grupo variado de experimentados halcones teniendo de nueve a veinticinco batallas a las espaldas. No había treintas. Los treintas escaseaban en el combate; los pocos que sobrevivían a tantos enganches eran eliminados del activo, siendo retirados a servicios de relaciones públicas bajo el control de los polinstructores. Solían terminar en los falsis, actuando mal, y pareciendo infelices.

Pero cuando ella había sido más ingenua, los héroes de Prufrax fueron un grupo hombre-mujer treintas de los que devoraba falsi tras falsi: Kumnax y Arol. Eran mejores actores que la mayoría.

Se filtraban en los trajes de combate día sí y día no. Los halcones eran puestos en aprendizaje implantando, mientras la tripulación se divertía, lo que en jerga se conocía ya como Saber, a diferencia del Decir, que es el aprendizaje en aulas. Asimilaban bastante información como para despertar la curiosidad, pero no la bastante para estimular interés morboso.

(Ahí está otra vez. ¿Lo percibes?)

(Lo conozco. Sí. El ser redondo que es parte de ojos-abiertos...)

(¿Senexi?)

(No, hermano sin nombre.)

(¿Tú... hermano?)

(No... no lo sé.)

Pero seguía habiendo información que no había recibido nunca, información que sólo era privilegio de luchadores, que les sería de ayuda en su trabajo si dispusiesen de ella. Los halcones veteranos hablaban del pasado, cuando los datos eran de libre acceso. En la sala de batalla se oían historias sobre los Senexi, y consiguió reconstruir algo de sus orígenes y su desarrollo.

Según un veinte, los mundos Senexi originalmente fueron grandes y frías masas gaseosas que giraban alrededor de brillantes soles jóvenes casi carentes de metal. Sus gigantescos planetas gaseosos orbitaban soles a centenares de millones de kilómetros de distancia y captaban polvo de la mortaja que eran las estrellas muertas de la vecindad y, de este modo, los elementos básicos como el carbono, el nitrógeno, el silicio y el fluoruro acabaron dándose en suficiente cantidad en uno de los planetas como para que se iniciase la biología de Población II.

Los lípidos se combinaron formando complejas cadenas moleculares en los fríos mares amoniacales. Una forma primaria de vida apareció y floreció. Las primeras formas Senexi evolucionaron a lo largo de millones de años. Al principio el proceso se desarrolló con bastante rapidez, si lo comparamos con la evolución en la Tierra. Los mecanismos de procreación y evolución habían sido complejos en la realización, simples en la química.

No hubo competencia entre formas de vida de diferentes bases genéticas. En la Tierra se empleó mucho tiempo seleccionando entre la pléyade de posibles maneras

de transmitir el conocimiento genético.

Y, exceptuando la depredación, no hubo muertes entre los primeros Senexi. La muerte debió venir mucho después, autoimpuesta por razones sociales. Las enormes colonias de individuos protoplásmicos acabaron conformándose en las formas grupales que ahora nos son familiares.

La información empezó a transferirse mediante los brotes de inds ramales; la cultura se desarrolló rápidamente para proteger la integridad de las larvas, para que pudieran agruparse formando una nueva mente-nido. La tecnología se vio limitada al escaso material pesado disponible, pero los Senexi se extendieron durante un tiempo con muy poca tecnología. Se adaptaron muy bien a un entorno con muy pocos depredadores y donde no había necesidad de cazar, absorbiendo los nutrientes dispersos en la atmósfera y en las capas de amoníaco líquido. Con las percepciones entonadas en frecuencias de ondas y microondas, no tardaron en convertir a grupos de inds ramales en cadenas-radio telescópicas que atravesaron la pesada atmósfera para explorar con detalle el universo y, especialmente, el muy activo centro de la joven galaxia. Les llegaban chorros de materia y emisiones de radiación energética de otras galaxias que les proveyeron de laboratorio para sus observaciones. La física era una ciencia primitiva para ellos.

Dado que en los ciclos reproductivos se perdía poco o ningún conocimiento, el crecimiento cultural fue rápido, y, dado que el peso muerto del conocimiento suele ser pesado, el crecimiento social, en ocasiones, se vio reducido a un mero arrastrarse.

Desarrollaron técnicas utilizando el agua como material de construcción que los humanos aún no comprendían totalmente, y se prepararon para viajar, dejando atrás los mundos de origen.

Prufra se preguntaba, mientras escuchaba a los halcones veteranos, cómo habían llegado a saber todo esto los humanos. ¿Habrían capturado e interrogado algún Senexi? ¿Sería todo teoría? ¿Habría alguien que lo supiera de verdad, alguien al que poder preguntarle?

(Es débil.)

(¿Por qué es débil?)

(Hay conocimientos que es mejor que los guanteros ignoren. Hay preguntas que es mejor dejarlas para los superiores supremos.)

(¿Has pensado que aquí dentro puedes responder sus —nuestras— preguntas?)

(No. No. Aprendamos antes sobre mí, nosotras.)

La hora anterior a la movilización, Prufra intentó encontrar un sitio donde estar sola. No era algo difícil de conseguir en el incursor. El tamaño de la nave era abrumador para el número de halcones y tripulantes que había a bordo. Había muchas áreas donde podía ponerse un externo y caminar o vagar en silencio, rodeada por las oscuras formas de equipo envuelto en plexery.

Paseó por los fríos túneles G, sintiendo algo de miedo por la soledad, la calma. Un túnel se angulaba al exterior, hacia el casco del crucero. Dudó un momento, examinando toda su longitud con la luz del externo, cuando un zumbido le previno que estaba cerca de otro tripulante. Le sobresaltó pensar que pudiera haber alguien tan curioso como ella. Corrió expertamente túnel arriba separando los brazos y afirmando los pies en el suelo como si llevara traje de combate.

El túnel estaba lleno de una etérea neblina verdelechosa que absorbía la luz del externo. No podía tener más de un par de centenares de metros, y, además, en línea recta. El zumbido sonó más fuerte.

Distinguió delante una ampolla de armamento desmantelada. Eso explicaba la niebla: un aerosol de plexerv esparcido a baja presión. Había un hombre sentado en el interior de la ampolla. Su externo emitía una luz violeta pálido. Había desopacado una sección de la ampolla y miraba a las estrellas. Pivotó cuando ella se acercó y la miró con frialdad. Parecía ser un halcón; tenía luchaforma, era alto, delgado, con pelo castaño sobre la recubierta piel blanca, ojos grandes de pupilas tan oscuras que podía haber mirado al espejo a través de su cabeza.

—Inferior —dijo ella cuando se encontraron y se fundieron los externos.

—Superior. ¿Qué haces aquí?

—Iba a preguntarte lo mismo.

—Debías estar preparándote para la lucha —la amonestó.

—Lo estoy. Necesitaba estar sola.

—Sí. —Se volvió hacia las estrellas—. Yo también solía hacer eso.

—¿Ya no luchas?

Negó con la cabeza.

—Retirado. Soy investigador.

Intentó no mostrarse impresionada. Un cambio de calificación era casi imposible. Los bitalentos eran raros en el servicio.

—¿Qué clase de investigación?

—Estoy aquí para correlacionar hallazgos enemigos.

—No quedará mucho cuando terminemos con el fase cero.

Habría sido educado por su parte que dijera, «Poder a eso», u ofrecer alguna otra clase de ánimo. No dijo nada.

—¿Por qué quieres investigarlos?

—Para luchar adecuadamente con un enemigo, tienes que saber antes cómo es. La ignorancia es derrota.

—¿Investigas tácticas?

—No exactamente.

—¿Qué, entonces?

—Esta vigilia tendrás una luchacruenta difícil. Voy a hacerte una proposición.

Lucha bien, observa, ven a mí y cuéntame lo que hayas visto. Responderé tus preguntas entonces.

—¿Informarte antes a ti que a mis superiores inmediatos?

—Tengo autoridad para ello —dijo. Nadie le había mentido antes; no sospechó que pudiera hacerlo—. ¿Ansiosa?

—Mucho.

—¿Qué es lo que harás?

—Enfrentarme a los luchadores Senexi, y luego cazaré inds ramales y mentes-nido.

—¿Cuántos luchadores saldrán?

—Doce.

—Objetivo importante, ¿eh?

Ella asintió.

—Mientras estés allí, pregúntate por qué luchan. ¿Entendido?

—Yo...

—Pregúntate por qué luchan. Sólo eso. Luego vuelve a mí.

—¿Cómo te llamas?

—Eso no importa. Ahora vete.

Volvió al centro prep cuando empezaron los tonos de aviso del espacio esponja. A la alineación de luchadores llegaron halcones superiores, para comprobar engranajes y puntos corporales de entrega a la orientación mental. Prufrax se sometió a la máscara sensora que le colocaron en la cara.

—¡Preparados! —dijo el halcón superior—. ¡Luchacruenta! —Le dio una palmada en el hombro—. Buena suerte.

—Gracias, señor.

Se inclinó y se deslizó en el traje de combate. Otros once halcones de la alineación hicieron lo mismo. Los superiores y demás tripulantes dejaron la sala, y doce rayos rojos delimitaron el tubo de lanzamiento. Los trajes de combate se alzaron automáticamente, alineándose como un tejido plateado que flota en agua en movimiento, estancándose y endureciéndose en fríos muros centelleantes, latiendo cuando se acumuló la energía del lanzamiento.

La táctica acudió a ella. Los sensores de la nave se convirtieron en parte de su red de información. Vio la navespina Senexi de doce kilómetros de diámetro, y a los cuclillos recorriendo su cascarón externo como gusanos sobre un fruto rojo, como serpientes esperando para poder apoderarse de ellos. Estaba exultante y aterrorizada, tan agitada que le aumentaban la temperatura corporal. El traje de combate corregía su desequilibrio.

A la cuenta de diez y de nueve, cambió de biología a ciber. Tras haber absorbido durante semanas gran parte de sus procesos mentales, el implante se convirtió en

Prufrax.

Hubo un momento en que pareció haber dos Prufrax. La biología siguió normalmente, y pudo relajarse algo en esa región, como si viera un falsi.

Su traje de combate siguió al rayo en el tiempo electrónico del ciber, con una lentitud semejante a la de un sueño. Vio las estrellas y se orientó hacia el faro del crucero, usando ambas cosas como referencia, zambulléndose en la formación flor-espada que iba a asaltar la navespina. Los cuclillos se retiraron al enorme cascarón rojo como gusanos retrayéndose en una manzana. A continuación, aparecieron centenares de pequeños puntos negros en el cuadrante más cercano a la flor-espada.

Las serpientes pilotadas por inds ramales Senexi dispararon.

—¡Luchacruenta! —se dijo en biología antes de ceder completamente esta porción al ciber.

*¿Por qué arrancarle a la oscuridad,
una lluvia de estrellas
mediante hielo y fuego?
He aquí un acertijo.
Tal vez para edificar un infierno.*

*Golpeamos aquí y allá.
Provocamos fugaces llamaradas,
volamos una y otra vez entre ellas.
Con nuestra escasa luz podemos ver
las bondades que tenemos.
Dentro del círculo, todos
hermanados, conformamos
un Imperio exhausto.
Sentimos la fuerza
de vientos ígneos, pero aun así
languidecemos y nos volvemos torpes.*

*Se inflaman nuevas furias, nuevas luces,
que se abaten como el sol sobre el cenagoso
hielo y sobre la noche y el crepúsculo.
Próximos, destellando luz y tristeza.*

*Pero con el tiempo, también ellos
se cansarán. Enrojecerán.
Nos reuniremos, compararemos pasados
congelados en atropellados senderos,*

que se han vuelto grises.

*Y otra vez
volveremos a ser un mismo flujo
de cenizas, en los ligados,
afuera y adentro.
Dormimos.*

*Los ríos se forman arriba y abajo.
Arriba se retuercen serpientes de hierro,
resonando y cortando, armónicamente,
vigilantes ojos de helio, viendo
halcones novatos,
indicando sólidos músculos y
dientes enérgicos. ¿Qué
ansia origina nuestro venenoso mordisco?*

*Vuela, golpea el cristal
de vuelo, formando niebla grisverdosa
con lluvia de amoníaco.*

*Volamos durmiendo,
y a cada lado
nos esperan playas no vistas
con gemidos de una
marea no vista.*

(Ella escribió esto. Nosotras. Es uno de sus —nuestros— poemas.)

(¿Poemas?)

(Creo que es una especie de falsi.)

(No veo lo que significaba.)

(¡Claro que sí lo ves! Habla de luchacruenta.)

(¿Lo comprendes?)

(No del todo.)

Estaba tumbada en la litera con las piernas cruzadas y los ojos cerrados, sintiendo el dolor casi placentero de la espalda y cómo disminuía el dominio del implante, la superioridad del ciber. Había sobrevivido a su primera. La navespina se había retirado severamente dañada, con una superficie tan agujereada y dañada que jamás volvería a desprender cuclillos.

Se convertiría en una chatarra, en un señuelo. Fuera de combate. *Satisfacción/extraída de la acción/Satisfacción...*

Pero, habiéndose perdido ocho de los doce luchadores, no sentía la exuberancia implícita en la rima. Las serpientes habían luchado muy bien. Hasta diría que con bravura. Les atrajeron, se sacrificaron, cooperaron, demostrando un trabajo en equipo tan bueno como el de su propio grupo. La estrategia había hecho que la incursión del crucero tuviera éxito. Un planteamiento superior y una táctica excelente. Y puede que hasta la sorpresa, aunque todavía no se tenía el correo del análisis final.

Sin esas ventajas podían haber muerto todos.

Abrió los ojos y contempló la pauta de parpadeantes luces del techo, luces con códigos secretos repitiéndose a cada segundo para que, mirara donde mirase, el implante pudiera ser decodificado y reestructurado. Sólo cuando luchara sabría lo que estaba viendo ahora.

Volvió al túnel lo más rápido que pudo. Flotó hacia la ampolla y lo encontró allí, rodeado por información de la última luchacruenta. Esperó hasta que le dedicó su atención.

—¿Y bien? —dijo él.

—Me pregunté para qué luchaban. Y estoy muy furiosa.

—¿Porqué?

—Porque no lo sé. No puedo saberlo. Son Senexis.

—¿Lucharon bien?

—Perdimos ocho. Ocho.

Se aclaró la garganta.

—¿Lucharon bien? —repitió.

Forzaba la voz.

—Mejor de lo que me dijeron que podían hacerlo.

—¿Murieron?

—Bastantes.

—¿Cuántos mataste tú?

—No lo sé.

Pero si lo sabía. Ocho.

—Mataste ocho —dijo, señalando la información—. Estoy analizando la batalla.

—¡Eres el responsable de lo que leemos! ¿Qué dirás en el correo?

—En parte. Eres un buen halcón.

—Sabía que lo sería —dijo, con tono calmado, sencillo.

—Ya que lucharon con bravura...

—¿Cómo pueden ser bravos los Senexi? —preguntó cortante.

—Ya que lucharon con bravura —repitió— ¿por qué lo hicieron?

—Querían vivir, hacer su... trabajo. Como yo.

—No —dijo él. Prufrax estaba confundida, debatiéndose entre extremos, resistiéndose primero y cediendo, luego, demasiado—. Son Senexi. No son como nosotros.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella, desviando la conversación.

—Clevo.

Prufrax aún no había empezado su gloria, pero ya había iniciado su caída.

Aryz hizo su conexión y sintió como el refugio de emergencia del conocimiento de la mente-nido crecía a su alrededor como los cristales de hielo sobre el vidrio. Estaba en una escena estática. La transición de la memoria viviente a la máquina humana de memoria había ocasionado una codificación de los datos, o una reducción del detalle; de un modo u otro, la memoria era fría, no dinámica. Tendría que ser comparada, recorrelacionada, si es que ello era posible.

¿Cuántos datos humanos habría que derramar para conseguir espacio para ello?

Avanzó por la memoria humana con precaución, e invocó temas al azar.

Se apartó de los datos sociológicos, e intentó mantenerse en físicas y matemáticas. Ahí podría hacer conversiones que encajaran en sus comprensiones sin una tensión excesiva.

Entonces, sucedió algo inesperado. Sintió el roce de otra mente. Una gentil pregunta con un origen más extraño aún por el atisbo de familiaridad. Eso hizo lo que era un saludo Senexi, pero sin las formas adecuadas, usando lo que ind ramal de una agrupación le radiaría a un amigo; un principio bastante grosero, al ser obvio que no era alguien de su agrupación o su familia. Aryz intentó retraerse. ¿Cómo era posible que las mentes pudieran comunicarse en el humandato? Al retirarse llegó a una región de datos incomprensibles. No tenía ninguna de las características de las regiones humanas que había examinado.

(Esto es para las máquinas —dijo el otro—. No todos los datos culturales están delimitados por la biología. Estás en un área donde se almacenan programas y diseños ciber. Sólo son accesibles a una máquina conectada al humandato.)

(¿Cuál es tu familia?, preguntó Aryz, haciendo la primera pregunta, paso de la secuencia que los Senexi utilizaban para peticiones de identificación urgente.)

(No tengo familia. No soy un ind ramal. No tengo acceso a mentes-nido activas. He aprendido del humandato.)

(¿Qué eres entonces?)

(No lo sé con exactitud. No muy distinto a ti.)

Era la mente de la forma mutada, la que se había quedado en la cámara, suplicando cada vez que él se acercaba a la barrera transparente.

(Ahora debo irme, dijo la forma.)

Aryz volvió a quedarse solo en el lugar incomprensible. Se movió lenta,

cuidadosamente, hacia el sector Senexi, invocando temas que le eran familiares. Si podía encontrar una forma, sin duda podría encontrar a las otras. Puede que hasta a la cautiva.

La idea era aterradoradora y fascinante. Que él supiese, nunca había acaecido semejante intimidad entre humanos y Senexi. Pero, de todos modos, había algo puramente Senexi en el método, como si los inds ramales de una mente-nido tuvieran que pasar sobre mentalidades mientras buscaban en las perennes memorias.

El temor continuó. Pocas cosas peores podían pasarle con sus compañeros muertos, su mente-nido en nexo fluido y sin una finalidad determinada.

Lo que Aryz estaba sintiendo, por primera vez, era una mínima cantidad de libertad.

La historia de la Prufrax original continuaba.

Las primeras veces visitaba a Clevo con furia apenas contenida. Sus métodos eran irritantes y sus fines nunca precisados con claridad. ¿Qué era lo que quería de ella, si es que quería algo?

¿Y ella de él? Sus encuentros eran clandestinos, pero no prohibidos. Ahora era un halcón uno con una libertad considerable entre ejercicios y acciones. No había monitores en los límites del crucero y podían hacer lo que quisieran. Se encontraban en zonas próximas al casco, habitualmente en la ampolla de armamento que podía abrirse para revelar las estrellas, y allí hablaban.

Prufrax no estaba acostumbrada a conversaciones prolongadas. Los halcones no eran seleccionados por su curiosidad, ni enseñados a ser volubles. Sin embargo el ex halcón Clevo hablaba mucho y era una de las personas más curiosas que había conocido, ella misma incluida, y se consideraba como desacostumbradamente curiosa.

Había ocasiones en que la enfurecía de verdad, especialmente cuando jugaba al «juego del guía», como lo llamaba ella. La guiaba de una pregunta a otra como si fuera un instructor, pero sin trampa ni finalidad alguna.

—¿Qué piensas de tu madre?

—¿Importa eso?

—A mí, no.

—Entonces, ¿por qué lo preguntas?

—Por que tú importas.

Prufrax se encogió de hombros.

—Era una buena madre. Me concibió con una herencia bien seleccionada. Me educó como candidato a halcón. Me contaba cuentos.

—Conozco halcones que te envidiarían por escucharlos en la rodilla de Jayax.

—No lo hacía en sus rodillas.

—Una táctica lingüística.

—Sí, bueno, era importante para mí.

—¿Era soltera por elección?

—Sí.

—Entonces, ¿no tienes padre?

—Seleccionó sin referencia a individuos.

—Entonces no eres muy diferente de un Senexi.

Prufrax se irguió y empezó a apartarse.

—¡Lo ves! Vuelves a insultarme.

—En absoluto. He estado preguntándote todo este tiempo una sola cosa, y todavía no la has escuchado. ¿Hasta qué punto conoces al enemigo?

—Lo bastante bien como para destruirle.

No podía creer que fuera la única pregunta que había estado haciéndole. Sus tácticas lingüísticas eran muy extrañas.

—Puede que sí para ganar batallas. Pero ¿quién ganará la guerra?

—Será una guerra larga —dijo en voz baja, flotando a pocos metros de él. Él pivotó en la ampolla, tapando un borroso cordón de estrellas. El crucero se preparaba para volver a salir de la geometría normal—. Luchan bien.

—Luchan con convicción. ¿Crees que son malignos?

—Nos destruirían.

—Los destruimos.

—Entonces la pregunta es: ¿quién empezó a destruir? —dijo, sonriendo ante su astucia.

—En absoluto —dijo Clevo—. Sospecho que ya no disponemos de una respuesta clara a esa pregunta. Somos lo nuevo, ellos lo viejo, lo viejo debe ser reemplazado.

—¿Sólo somos diferentes en eso? ¿Que ellos son viejos y nosotros no tan viejos? No lo entiendo.

—Yo tampoco, no del todo.

—¡Al fin!

—Al principio —continuó Clevo, imperturbable— los Senexi sólo necesitaban los gigantes gaseosos similares a sus mundos de origen. Vivieron en paz durante miles de millones de años antes de que se formara nuestro mundo. Pero, cuando se movieron de una estrella a otra, descubrieron la forma de usar otras clases de mundos. Y también acabaron encontrando otros gigantes gaseosos. Cuando nos encontramos, cada uno de nosotros estaba incrustado en el territorio del otro. Su tecnología era tan improbable, tan diferente a la nuestra, que, cuando nos los encontramos por primera vez, pensamos que debían provenir de otra geometría.

—¿Dónde aprendiste todo eso? —le preguntó Prufrax con mirada de sospecha.

—Ya no soy halcón, pero era demasiado valioso como para que se limitaran a

deshacerse de mí. Mi experiencia era demasiado amplia, mis habilidades demasiado útiles. Así que me colocaron en investigación. Parecía un lugar donde estar seguro. Con poco contacto con mis camaradas. —La miró fija y abiertamente—. Debemos intentar conocer a nuestro enemigo, un poco al menos.

—Eso es peligroso —dijo Prufrex casi instintivamente.

—Sí, lo es. No se puede odiar lo que conoces.

—Debemos odiar. Eso nos hace fuertes. Los Senexi odian.

—Puede. Pero ¿no hay veces en que te gustaría... sentarte y hablar con uno después de la batalla? ¿Hablar con un luchador? Aprender su táctica, cómo te superó con un movimiento, comparar.

—¡No! —Prufrex se desplazó con rapidez por el tubo—. Estamos cambiando. Tenemos que estar preparados.

(Es lista. Está dejándole. Está loco.)

(¿Por qué piensas eso?)

(Detendría la lucha, terminaría con el Zap.)

(Pero fue halcón.)

(Y supongo que los halcones se convirtieron en guanteros. Pero también los guanteros toman el camino equivocado. Como tú.)

(¿...?)

(¿No sabes cómo te usaron? ¿Cómo te utilizaron?)

(Todo eso está ahora borroso.)

(Está condenada como siga junto a él. ¿Quién es eso?)

(Hay alguien escuchando con nosotros.)

La siguiente batalla fue tan mal como para caer en luchainferral. Prufrex estaba en su traje de combate, con las piernas tan tensas como si fuera a dar una patada. El crucero salió del espacio esponja y se vio inmerso en combate antes de que los complementos al espacio esponja alcanzaran toda su efectividad. Estaba atontada, desorientada. Los halcones superiores esperaron que el cambio de biología a ciber resolvería el problema.

No sabían lo que estaban atacando. La táctica fluía al implante, pero ella sólo recibía sus oleadas; todavía no se había fusionado. Sentía confusas las cosas. Eso le preocupó. Los superiores no sentían confusión alguna.

El crucero estaba siendo dañado. Por lo menos, eso podía sentirlo, y quiso gritar por la frustración. Entonces ordenaron que se fusionara con el implante. La biología se hizo ciber, y estuvo en Saber.

El crucero se había reintegrado sobre un gigante gaseoso. Estaban a setenta y nueve mil kilómetros de las capas superiores de la atmósfera. Los daños habían sido ocasionados por minas de hielo, masas de agua helada alteradas por los Senexi para que permanecieran en espacio esponja hasta que una nave humana se integrara en su

proximidad. Y emergió envuelta en su momento cinético y toda la inestabilidad residual de un fracasado retorno a la geometría normal. Fracasado para la nave, claro; con mucho éxito para el arma.

Las minas de hielo cedieron a la amplitud de lo real dentro del alcance del crucero y destrozaron secciones enteras del casco. Los canales de lanzamiento habían quedado a salvo. Los luchadores se alinearon en sus respectivos rayos y fueron lanzados al espacio, formando la famosa flor espada.

El planeta era un nicho frío. Superior no sabía lo que contenía la atmósfera, pero la actividad Senexi en este sistema estelar había sido abundante, y siempre concentrada en este mundo. Superior decidió arriesgarse. Los luchadores se dirigieron a la atmósfera. El crucero empezó a plantar huevos de singularidad. Los huevos adelantaron a los luchadores. Eran grandes ovoides negros granulados que parecían dejar un rastro de sombra, el despertar de un principio disruptivo de la geometría normal que podía convertir un gigante gaseoso en un sol de corta vida.

Su tiempo estaba limitado. Los luchadores se agruparon en trineos de entrada y descendieron a las regiones de agua líquida donde los Senexi solían guardar sus plantas energéticas géiser. Los luchadores destruirían primero las plantas, se sumergirían en las regiones de amoníaco líquido en busca de cuclillos ocultos y luego descubrirían lo que hacía tan importante a este mundo.

Montó en el trineo con otros cinco luchadores. Las regiones limpias de niebla a las que se aproximaban brillaron con sensores Senexi. Los seis trineos dispararon rayos telaraña para acabar con los sensores. Empezó la oleada. Gritos, calor y una segunda flor, que surgió del trineo situado a doscientos kilómetros de profundidad. El trineo aminoró y se estacionó. Sería lo único que tendrían para volver. Los trajes de combate no podían superar un pozo gravitacional tan profundo.

Prufrax descendió más aún. Los pálidos y difusos rayos de la estrella roja llegaban más allá de la segunda capa de nubes, tiñendo los estratos de púrpura y naranja. En el nivel del amoníaco líquido recibió instrucciones de incluir todo lo que viera en memoria permanente. No estaba viendo gran cosa, pero los demás sensores estaban grabando mucho, y procesándolo debidamente en el implante. «Ahí hay vida», se dijo. Vida indígena. Era otro ejemplo de la falta de decencia básica en los Senexi: interferían en un mundo que estaba desarrollando su propia biología.

La temperatura aumentó hasta los niveles del vapor de amoníaco, y luego a la del agua licuada. La presión en el traje de combate era enorme y estaba vaciando sus recursos mucho más rápidamente de lo esperado. A este nivel, la atmósfera era especialmente densa por los orgánicos.

Las serpientes Senexi ascendieron desde abajo, superando su altitud y dando media vuelta para pelear. Prufrax había sido designada como buzo de avanzadilla: los demás miembros de su trineo permanecerían en su nivel para cubrirla. Otro grupo de

trineo se desplazó tras ella para doblar la retaguardia.

Buscó la curva característica de la radiación emitida por las plantas géiser. La encontró en la parte inferior al nivel del agua líquida, donde su traje no podía descender con seguridad.

Los Senexi estaban taladrando la convección del gigante gaseoso a mayor profundidad de lo habitual. Sobre la planta había un objeto casi indetectable con una curva poco característica. Ambas construcciones estaban distanciadas por diez kilómetros. La planta energética alimentaba a su compañero en condensados haces energéticos.

Prufrax aminoró la velocidad de bajada. Dos luchadores se separaron del enjambre y tomaron posiciones de apoyo a doce kilómetros sobre ella. Su implante buscó una táctica apropiada. De momento, tendría que prescindir del ángulo-fase cero y avanzar para reconocer el terreno. Podía sentir el sonido emitido por la planta y su compañero; rítmico, deliberado. Y anidando en ese sonido había ondas de organismos vermiformes, como si fueran ristras de embutidos llenos de gas. Tenían docenas de metros de largo, con un grosor máximo de dos metros, con una forma vagamente similar a las serpientes luchadoras Senexi. Los vermiformes eran la forma de vida nativa y estaban siendo arrastrados a la estructura flotante de más arriba. Sus apoyos se separaron, descendieron y se situaron a sus flancos.

Tomó su decisión casi inmediatamente. Podía distinguir una pauta en el acercamiento de los nativos. Si se incluía en esa pauta podría entrar en la estructura sin ser descubierta.

(Es un moledor. No lo reconoce.)

(¿Qué es un moledor?)

(¡Debería utilizar el Zap! Es algo horrible. Los Senexi lo utilizan continuamente. Siembran un planeta con moledores, son como cuclillos para operaciones a gran escala.)

Las criaturas pasaban por campos separadores. Sus orgánicos caían de la cima de la construcción convertidos en materia cruda para nuevos cultivos, cultivos Senexi. Sus elementos pesados eran almacenados para posterior cosecha.

Los vermiformes ascendían hacia el separador con Prufrax entre ellos. El interior tenía una anchura de centenares de metros, paredes de plomo blanco, maquinaria plana flotando en una niebla de polvo y estaba lleno de sonidos huecos, de los distantes balidos de vermiformes siendo masacrados. Su traje se sobresaltó y fue agitada con violencia, siendo apartada a un repositorio para posterior examen. Había sido localizada por el separador; su plan para grabar y destruir luego la estructura había fracasado por culpa de un filtro automático.

«Información suficiente.» El mando lógico programado en el implante antes de la salida se hacía cargo de la situación. «Ángulo-fase cero a la planta y adjunto.» Daba

vueltas por el repositorio todavía un poco atontada. Algo se desvanecía. El ciber siseaba descontroladamente; sus mandos-lógico superior estaban siendo estropeados. Su implante funcionaba mal y le devolvía el control a la biología. Los campos selectores habían estropeado todas las funciones ciber, incluyendo los procesadores de sus armas.

Examinó cuidadosamente todos los sistemas uno a uno, decidiendo lo que podía hacer y lo que no. No le llevó más de treinta segundos, un tiempo astronómico para la escala del implante.

Todavía podía utilizar el arma fase. Podría salir del repositorio si era juiciosa y no malgastaba su energía, y maniobrando junto a los escoltas, podría destruir tanto a la planta como al separador. Para cuando volviera al trineo, su implante ya debería haberse reprogramado y autorreparado lo bastante como para encargarse de los aspectos defensivos. No tenía manera de saber lo que podría esperarle si escapara, pero en ese momento era la última de sus preocupaciones.

Ajustó el rayo fase y se movió con su traje de combate derribando un montón de desperdicios de hielo y polvo brillante sedimentado. Activó el rayo. Cuando formó un agujero lo bastante grande para poder pasar, hizo que se moviera el traje hacia adelante, abriéndose paso a través de más paredes y obstáculos, consiguiendo salir del repositorio y llegar a caída libre. Pivotó al caer y emitió una pauta de rayos en ángulo abierto, al tiempo que irradiaba un mensaje contándoles su situación a los escoltas.

Los escoltas no estaban a la vista. El separador empezó a resquebrajarse desprendiendo esquirlas en la atmósfera casi opaca. El sonido rítmico se detuvo, y la multitud de vermiformes empezó a dispersarse.

Detuvo su caída y se elevó por sí sola varios kilómetros, directamente hacia una formación de serpientes Senexi. Apenas le quedaba bastante energía para alcanzar el trineo, mucho menos para luchar y dirigir sus rayos a la planta géiser.

Su ciber seguía desconectado.

La señal del trineo era débil. No tenía tiempo de orientarse a partir de la inercia del guía ciber. Además, todo lo relacionado con el ciber había dejado de ser fiable tras pasar por el separador.

«¿Por qué luchan tan bien?» La pregunta de Clevo invadió sus pensamientos. Maldijo, intentó borrarlo de la mente y mantener todas sus facultades atentas en hacer funcionar el traje de combate. «Cuando las fuerzas están muy igualadas no puedes vencer a tus enemigos a no ser que los comprendas. Y si los comprendes, ¿por qué luchar en vez de hablar?» Clevo nunca le había dicho eso, no con tantas palabras. Pero era parte de un encadenamiento de lógica propia.

«Ser más que un autómatas con un estrecho abanico de opciones. Nunca sobreestimar al enemigo.» Eran viejos dichos de los Terrenos que no se habían

perdido en el nuevo entrenamiento, siendo enfatizados por Clevo.

«Si luchan tan bien como tú, puede que en algunos aspectos piensen la lucha como tú. Utiliza esto.»

No tenía otra elección estando aislada y agotándosele la energía. Podrían ignorarla si no representaba ningún peligro. Cortó el impulso y entró en una trayectoria circular hacia abajo. Era obvio que se dirigía a una tumba de alta presión. Podrían sentir sus niveles de energía, e incluso notar la falta de actividad en los campos si desconectaba los escudos. Desconectó los escudos. Si la dejaban caer, y no intentaban completar su muerte, concentrándose en los luchadores de arriba, todavía quedaría bastante para poder llegar a las regiones de vapor de agua de debajo de la plata y utilizar una corriente termal para ascender. Con suerte podría acercarse lo bastante para extender una red de ángulo-fase cero y encargarse de la planta.

Tenía minutos sobrados para agonizar sobre su plan. Cayendo, siendo abofeteada por vientos que podrían despedirla a kilómetros de su objetivo, dando vueltas como un errático copo de nieve.

Ni siquiera podía utilizar la energía para saber si estaban examinándola, midiendo su potencial.

Puede que los hubiera subestimado. Puede que prescindieran de todo y fueran por ella sólo para asegurarse. Puede que tuvieran normas de conducta no establecidas semejantes a las que estaba utilizando ella, apoyándose en corazonadas. Las corazonadas no se tenían en cuenta en los entrenamientos de Terrenos, eran mucho menos fiables que el ciber.

Caía. La temperatura aumentó. La presión sobre su traje empezaba a contraerle la reserva de aire. Utilizó el trance de los luchadores para disminuir la frecuencia respiratoria.

Caía.

Y salió del trance. Se abrió paso por entre el denso humo del agotamiento. Preparó la red de rayos. Contó sus reservas. Se apoyó en una corriente ascendente que había bajo la planta. La corriente termal la recogió como si fuera un silencioso trozo de papel en una tormenta, arrastrándola a uno y otro lado bajo el objetivo. Las entradas al enorme campo latieron encima de ella iluminando y delimitando toda su invisible extensión. Accionó el rayo.

Casi se desmaya. El interior de su traje estaba insoportablemente caliente.

Sólo era vagamente consciente de haber establecido la pauta. Los rayos se perdieron en la niebla. La termal ascendió atravesando una capa limpia y pudo ver la planta, flotando sobre la turbulencia de la atmósfera. El ángulo-fase cero se había abierto paso por los huecos del campo, llegando hasta los nodulos energéticos y la misma planta, cubriéndolo todo con un brillante y azul Tcherenkov. Primero empezó a resquebrajarse la superficie, luego las capas intermedias y finalmente los soportes

clave. Su masa vibró con la furia interna de la disrupción molecular, luego con la atómica y luego con la de las partículas. Parafraseando las descripciones de Terreno sobre los efectos del rayo, la planta cada vez estaba menos y menos convencida de su realidad. «La materia sueña —decía el instructor una década antes—. Sueña que es real, y mantiene el sueño cambiando reglas, con resultados constantes. Turba ese sueño y la mutación de las reglas generará resultados inconstantes. Las cosas no podrán mantenerse.»

Se apartó de la corriente, encontró otra, preguntándose hasta qué punto la subiría. Curiosa hasta el fin. Veámoslo, se dijo como experimento final.

Ahora estaba helada. El implante se agitaba sin mostrar señales de reorganización. No lo utilizó. No tenía ningún sentido ganar tiempo para morir. Ningún sentido.

El trineo, manejado por el único luchador que quedaba a bordo, se deslizó bajo ella casi sin ser notado.

Aryz esperó en la quietud de una memoria Senexi cuyo pensamiento se veía temporalmente reducido a un débil susurro. No estaba claro qué esperaba.

(Ven.)

La forma de dirigirse a él era errónea, pero reconoció la voz. Sus pensamientos se agitaron, y siguió a la nebulosa presencia fuera del territorio Senexi.

(Conoce a tu enemigo.)

Prufrax..., el nombre de una de las formas humanas que enviaron contra los de su propia especie. También podía sentir su presencia en el humandato, encerrada en un almacén de memoria. Tocó el almacén y captó los esenciales, el moledor, la planta géiser, la lucha desde el punto de vista de Prufrax.

(Conoce como te conoce tu enemigo.)

Sintió una segunda presencia similar a la de Prufrax. Tardó un tiempo en darse cuenta de que el humano cautivo era otra versión de la forma, una reproducción de...

Ambas eran reproducciones de la mujer cuya imagen estaba en el almacén de memoria. Aryz no se impresionó por los treses —al misticismo Senexi, o a lo que hubo de él, le preocupaban los cincos y seises— pero la coincidencia era sorprendente.

(Conoce como te ve tu enemigo.)

Vio al moledor procesando orgánicos —los nativos vermiformes— en un preparado para una siembra masiva de recolectores de deuterio. Era evidente que la operación llevaba algún tiempo en marcha; la población vermiforme era muy reducida con respecto a sus números habituales. Los vermiformes eran una especie común en los gigantes gaseosos como el presente. La forma mutada le atrajo a un canal especial de memoria, el que contenía las emociones de la Prufrax original.

Había reaccionado con disgusto ante el procedimiento Senexi. Era una reacción no muy diferente a la que podría haber sentido Aryz de toparse con algo prohibido en el comportamiento Senexi. Pero la erradicación era perfectamente natural, análoga a la limpieza humana de los alimentos antes de comerlos.

(Está en la memoria. Los vermiformes son inteligentes. Tienen su propia civilización. La acción humana en este mundo impidió su completa extinción por los Senexi.)

(¿Y qué importa que sean inteligentes? —respondió Aryz—. No se comportan o piensan como los Senexi, o como ninguna especie a la que los Senexi consideren compatible. Fueron considerados no deseables. Como los humanos.)

(¿Harías que se extinguieran los humanos?)

(Nos protegeríamos de ellos.)

(¿Quién daña más al otro?)

Aryz no respondió. Esta línea de cuestionamiento era incomprendible. En vez de eso fluyó a la memoria de Prufrax, movido por otro aspecto inherente a la libertad: la confusión.

El implante de Prufrax fue reemplazado. Las piernas y la piel dañadas fueron rápidamente reparadas o regeneradas, y cuatro vigilias más tarde había recuperado todos sus reflejos y agilidad bajo el intenso tratamiento que habitualmente se reservaba para superiores. Pidió libertad para moverse por el crucero mientras éste volvía para hacer reparaciones. Le fue concedido.

Primero buscó a Clevo en el área designada para investigación. No estaba allí, pero sí un mensaje que le pasó un sonriente tripulante joven. Lo leyó con rapidez.

«Estás libre y fuera de la acción. Estudia un poco y luego reúnete conmigo. El viejo sitio no ha sido dañado. Es menos privado, pero sigue siendo adecuado. ¡Estudia! Te he marcado los puntos importantes.»

Frunció el ceño ante el mensaje, y se lo devolvió al tripulante, que lo borró y volvió a sus obligaciones. Quería hablar con Clevo, no estudiar.

Pero siguió sus instrucciones y buscó las entradas marcadas del almacén de memoria de la nave. No fue tan aburrido como esperaba. De hecho, siguiendo las marcas, sintió que aprendía más sobre Clevo y las preguntas que hacía.

La literatura antigua no era tan gráfica como los falsis, pero era lo bastante distinta como para atraer su interés un tiempo. Intentó crear imitaciones de lo que leía pero siempre las borraba. Las historias nofalsis eran más difíciles de lo que había supuesto. Leyó sobre castigos y sobre deber, sobre lugares llamados cielo e infierno en la obra de un hombre que había muerto decenas de miles de años antes. Con la ayuda del suplemento guía fue capaz de comprender la mayor parte de lo que leía. Cuando conectó el almacén a su implante, fue capaz de absorber centenares de

volúmenes en una hora.

Algunos de los almacenes estaban perdiendo definición. No habían sido usados en décadas, puede que en siglos.

Se impacientó cuando andaba por la mitad. Dejó el área de investigación, y, basándose en otra corazonada, no fue a la ampolla como le había indicado, sino directamente a la memoria central, situada dos puentes más adentro del área de investigación. Allí vio a Clevo conectado a la columna de datos, inmerso en algún aspecto de la historia de la nave. Él se dio cuenta de que ella se acercaba, se desconectó y pivotó en la silla.

—Felicidades —dijo, sonriéndole.

—Luchacruenta —reconoció, sonriendo.

—Puede que mejor aún.

Ella le miró interrogativamente.

—¿Qué quieres decir con mejor?

—He estado interviniendo ilegalmente en canales de superiores.

(Ese hombre es peligroso.)

—¿Para qué?

—Puedes tener una clasificación genética valiosa. Los superiores piensan que actuaste remarcablemente bien bajo condiciones imposibles.

—¿Lo hice?

Él asintió.

—Puede que preserven tu tipo.

—¿Qué quiere decir?

—Está planificándose un programa. Quieren coger a los mejores luchadores y reproducirlos —clonarlos— para tener escuadrones uniformes de elite. Ya había rumores en mi tiempo... ¿No has oído nada?

Ella negó con la cabeza.

—No es nuevo. Ya se ha hecho antes, una y otra vez, por decenas de millares de años. Esta vez creen que conseguirán resultados.

—Tú fuiste luchador una vez. ¿Preservarán tu tipo?

Clevo asintió.

—Tengo algo que les interesa, pero creo que no como luchador.

Prufax se miró las manos de rechonchos dedos.

—Fue muy triste. ¿Sabes lo que encontramos?

—Una planta exterminadora.

—Querías que los comprendiera mejor. Bueno, pues no puedo. Me niego. ¿Cómo pueden hacer cosas así? —Estaba disgustada y respondió sus propias preguntas—. Porque son Senexi.

—Los humanos —dijo Clevo—, hicieron lo mismo, y a veces cosas peores.

—¡No!

(¡No!)

—Sí —dijo con firmeza, y suspiró—. Hemos arrasado mundos Senexi, y hemos arrasado mundos con especies inteligentes semejantes a la nuestra. Nadie es inocente. No en este universo.

—Nunca nos enseñaron eso.

—No te habría hecho un mejor halcón. Pero, si lo sabes, puede hacerte un mejor ser humano. Proporciona una mayor personalidad. ¿Quieres ser más consciente?

—¿Te refieres a estudiar más?

Él asintió.

—¿Qué te hace pensar que tú puedes enseñarme?

—Porque pensaste en lo que te pregunté. Sobre cómo piensan los Senexi. Y sobrevive donde no lo habría hecho otro halcón. Los superiores piensan que está en tus genes. Es posible. Pero también está en tu cabeza.

—¿Por qué no se lo dices a los superiores?

—Lo he hecho —dijo, y se encogió de hombros.

—¿No querrán que aprenda de ti?

—No lo sé. Supongo que son conscientes de que estás hablando conmigo. Pueden interrumpirlo si quieren.

—¿Y si aprendo de ti?

—No, no de mí. Del pasado, de la historia, de lo que ha pensado otra gente. En realidad no estoy más capacitado que tú..., pero sé historia, pequeñas porciones de ella. No podría enseñarte tanto como podría guiarte.

—Usé tus preguntas —dijo Prufra—, pero ¿necesitaré volver a usarlas, a pensar de ese modo, otra vez?

Clevo asintió.

—Desde luego.

(Estás callada.)

(Está entregándose a él.)

(Ya se entregó hace tiempo.)

(Debería estar asustada.)

(¿Te asustarías tú —nosotras— de un desafío?)

(No.)

(No de los Senexi, no de conocimientos prohibidos.)

Clevo la condujo primero por la historia de pasadas guerras, juzgando que, dada su ocupación, era lo apropiado. Prestaba la atención necesaria, pese a que su mente vagara por otro sitio; había veces en que él era didáctico, pero ella descubrió que no le importaba mucho.

Vio que, en todas las guerras, el primer paso era deshumanizar al enemigo,

reducirlo a un nivel tan bajo que pudiera matársele sin remordimientos. La tarea era más fácil cuando el enemigo no era humano. A medida que progresaban las guerras, esa táctica conducía frecuentemente a subestimar al enemigo con desastrosas consecuencias.

—No estamos subestimando a los Senexi —dijo Clevo—. Los superiores son demasiado inteligentes para ello. Pero rehusamos comprenderlos, y eso puede hacer que la guerra dure indefinidamente.

—¿Y por qué no se dan cuenta de eso los superiores?

—Porque estamos atrapados en una pauta indefinida. Llevamos tanto tiempo luchando que hemos empezado a perdernos a nosotros mismos. Y vamos empeorando. —Asumió su tono didáctico, y ella supo que estaba recitando algo que había formulado años antes y repetido a sí mismo un centenar de veces—. No hay una guerra tan importante que, para ganarla, tengamos que destruir nuestras mentes.

No estaba de acuerdo con esto; tal y como entendía las cosas, perder la guerra con los Senexi implicaba la extinción.

Solían encontrarse muy a menudo en la única ampolla de armamento que no había sido dañada. Se encontraban cuando la nave basculaba en lo real, entre dos saltos al espacio esponja. Él llevaba consigo almacenes de memoria en módulos portátiles, y leían, escuchaban y experimentaban juntos. Nunca consideró de importancia las cosas que aprendía; su interés estaba enfocado en Clevo. Aun así, aprendía.

El resto de su tiempo lo pasaba entrenándose. Era consciente de su creciente aislamiento de los halcones, cosa que atribuyó a su situación y rango inciertos. ¿Iba a preservarse su genotipo, o no? La decisión no se había emitido. Cuanto más aprendía, menos quería ser aislada por ese honor. Atraer esa clase de atención puede ser peligroso, pensó. No habría sabido decir para quién, o para qué, era peligroso.

Clevo le mostró cómo se utilizaban las imágenes de héroes para adoctrinar pájaros y halcones en una rutina de comportamiento que era ideal, pero no realista. Los resultados no eran siempre buenos; luchadores que cometían errores trágicos por querer hacer más de lo posible, o por rehusarse a ser flexibles.

Desde luego la guerra no era un falsi. Pero los superiores parecían tratarla más y más como si fuera uno. Al ser incapaces de victorias estratégicas sobre los Senexi, los superiores se habían conformado con una larga guerra de desgaste, optando por adaptar todas las sociedades humanas a ese esfuerzo.

—Hay superiores de los que nunca hemos oído hablar que toman decisiones que conforman toda nuestra vida. Pronto decidirán si debemos nacer o no, si es que no lo hacen ya.

—Eso suena a paranoia —dijo ella, probando una palabra y un concepto aprendidos recientemente.

—Puede.

—Además, llevamos eras así, sin conocer a nuestros superiores.

—Pero eso está empeorando —dijo Clevo.

Le mostró las proyecciones que había hecho. Si las cosas seguían sin cambiar, los luchadores y todos los demás combatientes serían tratados de forma más y más mecánica, hasta que se conviertan en las máquinas que los superiores quieren que sean.

(No.)

(Calma. ¿Qué siente él hacia ella?)

Era inevitable que mientras ella aprendiera bajo su tutela, él empezaría a sentirse responsable por sus cambios. Era una luchadora excelente. Nunca podía estar seguro de que su interferencia no disminuyera su efectividad. Y él siempre luchó bien —pese a cambios similares— hasta que le cambiaron de alojamiento. Fueron los superiores los que decidieron que sería más efectivo, menos perturbador, en otra parte.

La amargura que le ocasionó esta decisión era parte de sus motivaciones. Los superiores habían hecho una tontería poniendo un luchador en investigación. Los luchadores eran tenaces. Si la verdad tiene que estar escondida, entonces los luchadores son los más adecuados para desenterrarla. Y transmitirla. Había un código entre luchadores, rara vez revelado a sus superiores inmediatos, y mucho menos a los superiores supremos, a parsecs de distancia en sus estrategosferas. Si un luchador aprendía algo que podía serle de ayuda a otro, eso tenía que ser transmitido, aunque estuviera penalizado. Clevo se limitó a seguir esta regla no escrita.

Transmitiendo el hecho de que las cosas fueron distintas en un tiempo, que la guerra había cambiado a la gente, los gobiernos, las sociedades, y que las sociedades podían ejercer un cambio enorme en sus constituyentes, cambios en su vida y en su forma de pensar, y muy especialmente ahora. Las cosas podían hacerse todavía más estructuradas. La libertad de la lucha era una droga, una ilusión

(¡No!)

utilizada para perpetuar un estado de odio.

—Entonces, ¿por qué mantienen toda esta información en los almacenes? —preguntó—. Quiero decir que todo resulta obvio cuando has estudiado estos datos.

—Todavía hay gente importante que piensa que, algún día, podemos querer dar marcha atrás. Tienen miedo de que perdamos nuestras raíces, pero...

Su rostro se apaciguó repentinamente. Ella le tocó, y él se sobresaltó ligeramente, volviéndose hacia ella.

—¿Qué pasa?

—No está organizado. Vamos a perder la información. Los superiores de las naves van a restringir más y más el acceso. Todo acabará arruinándose, como ya le ha pasado a algunos almacenes. Llevo tiempo planeando la manera de incluirlo todo en

una sola unidad

(¡Él construyó el humandato!)

y hacer que los superiores pongan una en cada nave, con investigadores para que cuiden de ella. Que formalicen el esquema actual que está muriéndose. Ahora estoy trabajando bordeando los límites de lo permisible. Pero, al menos, me dejan trabajar. Pronto tendré bastante evidencia como para que no puedan replicarme. Evidencia de lo que le pasa a las sociedades que intentan oscurecer sus historias. Se vuelven locas. Los superiores siguen siendo lo bastante racionales para escuchar; puede que consiga su aprobación.

Miró por la ampolla transparente. Las estrellas se tiznaban por un lado como si el crucero explorara buscando entradas al espacio esponja.

—Será mejor que nos preparemos.

—¿Dónde estarás cuando Solvamos? Todos seremos transferidos.

—Eso requerirá un tiempo. ¿Por qué quieres saberlo?

—Me gustaría aprender más.

—Ésa no es tu única razón —sonrió.

—No necesito que alguien me diga cuáles son mis razones —dijo quisquillosa.

—Somos tan recalcitrantes —dijo. Ella le miró de forma cortante, irritada e intrigada—. Quiero decir que somos halcones. Camaradas. Los halcones se emparejan. —Chasqueó los dedos—. Pero tú y yo damos rodeos todo el rato.

Prufraux mantuvo el rostro inexpresivo.

—¿No estás receptivo hacia mí? —preguntó con un dejo casi burlón.

—Es que eso no es todo —dijo ella suavizando el tono.

—Cierto —dijo él en un susurro apenas audible.

Oyeron las alarmas sonando en la distancia.

(Nunca fueron diferentes.)

(¿Qué?)

(Las cosas nunca fueron diferentes antes de mí.)

(No seas tonta. Todo está aquí.)

(Si Clevo fue quien hizo el humandato, entonces fue él quien lo puso todo aquí.

¿No es verdad?

(¿Por qué estás tan transtornada?)

(No me gusta oír que todo en lo que creo es un... falsi.)

(Supongo que nunca he conocido la diferencia. Ojos-abiertos nunca fue tan real para mí como esto. Esto no es real, tú no lo eres... esto es ojos-cerrados. ¿Por qué trastornarse? Tú y yo... ni siquiera somos personas completas. Te siento. Deseas el Zap, luchas, poco más. Yo sólo soy una sombra, incluso comparada contigo. Pero ella es completa. Le ama. Es menos víctima que cualquiera de nosotros. Así que algo tiene que haber cambiado.)

(Estás diciendo que las cosas han empeorado.)

(Si el humandato es una mentira, eso es todo lo que soy. Tú rehúsas aceptarlo. Yo tengo que aceptarlo, o soy todavía menos que una sombra.)

(Yo no rehúso aceptarlo. Es que es demasiado duro.)

(Tú lo empezaste. Tú pensaste en amor.)

(¡Fuiste tú!)

(¿Sabes lo que es el amor?)

(Recepción.)

Hicieron por primera vez el amor en la ampolla de armamento. Sucedió sin sorpresas; se aproximaron el uno al otro con tanta precaución que fueron torpes. Ella se había vuelto más y más receptiva, y él había bajado su guardia. Había sido rápido, casi frenético, muy distinto al orquestado y coreográfico ballet del que se enorgullecían los halcones. No había pretensión alguna. No necesitaban volver a representar una vez más los papeles de artistas del pasado, atravesando milenios grisáceos de reiteradas eras. La historia volvía a manifestarse de nuevo, pero esta vez con diferencias en los registros.

En el camino de vuelta a Mercior se libraron cuatro escaramuzas. Prufrax se portó bien en todas. Llevaba algo especial consigo, un pensamiento que ni siquiera le comunicó a Clevo, y siguió llevándolo consigo durante los últimos días que pasaron juntos en los Terrenos.

Aprovechándose de sus privilegios como halcón, optó por pasarlos en una residencia posluchacruenta que había en las afueras de los Terrenos, en una zona relativamente despoblada de Hijas de la Ciudad. No tendría que volver a la lucha hasta que no se decidieran bastantes temas. Y el más importante de ellos era el de su rango.

Clevo empezó a hacer sus peticiones a los superiores medios. Le otorgaron deberes de Tierra para acabar sus propuestas. Podrían estar juntos durante ese tiempo.

La residencia tenía dieciséis metros cuadrados de superficie y no era elegante. «Natural» fue como la describieron los rentOpts.

Estaba tumbada en el regazo de Clevo el último día. Habían consumido unas horas de sueño natural. El aún no había despertado y ella le miraba la cara, alargando una mano para sentir su brazo.

Era diferente a los brazos de otros con los que había sido antes receptiva. Era único. El pensamiento la divirtió. Nunca hubo una recepción como la que compartían. Era el principio.

Y si ambos fueran a ser duplicados, este amor, esta recepción, se repetiría un número infinito de veces. Clevo encontrándose con Prufrax, enseñándola, abriéndole los ojos.

De alguna forma se sentía complacida, pese a que esa repetición contribuía a la muerte de la historia. Ese era el pensamiento secreto que llevó consigo a la lucha. Cada vez que sobreviviera, dondequiera que estuviera, por muchas duplicaciones que esperaran su vez. Recibiría a Clevo, y él la enseñaría. Si no ahora —si moría uno u otro—, en el futuro. La muerte de la historia podría ser algo bueno. El amor existiría siempre.

Había perdido hasta una aprensión rudimentaria a la muerte, incluso teniendo el presente placer por el que vivir. Sus funciones se habían agudizado. Ella le complacería haciendo todas las cosas que él no pudiera. Y si él tenía que entrar en ese estado en que le encontraba frecuentemente, ese estado de introspección, de revivir sus propias batallas y de envidiarle su actividad, entonces no estaría mal. Todo lo que se hicieran el uno al otro era bueno.

(Era bueno.)

(Era.)

Ella se apartó de su lado y dejó el estrecho alojamiento donde dormían, empujando la cortina de aire color humo para llegar al sofá. En él había sentados dos halcones y un superior que nunca había visto antes. Los tres la miraron.

—Inferior —dijo Prufrax.

—Superior —respondió la mujer.

Vestía colores tostado y verde, colores de Tierra, no de nave.

—¿Puedo ser de ayuda?

—Sí.

—¿Mi deber?

El superior se acercó.

—Has estado recibiendo un investigador.

—Sí —dijo Prufrax. Los encuentros no debieron ser un secreto en la nave, y desde luego ninguno aquí, alojándose tan cerca de los Terrenos—. ¿Ha sido contrario al deber?

—No. —El superior miró cortante a Prufrax, observando su perfecta luchaforma, la gracia con la que se erguía, desnuda, en medio del pequeño compartimento—. Pero hemos llegado a una decisión. Se ha decidido tu rango.

Ella sintió un escalofrío.

—Prufrax —dijo el halcón más viejo. Le reconoció de los falsis, y a su compañera: Kumnax y Árol. Los que fueron sus héroes—. Se te ha concedido un honor, igual que a tu compañero. Tenéis una valiosa clasificación genética.

Apenas oyó el resto. Le dijeron que debería volver a la lucha hasta que considerasen que había acumulado la bastante experiencia y conocimientos para ser llevada a la división polinstruc. Sus días de lucha terminarían entonces. Sería más útil como ejemplo, como héroe.

Los héroes jamás compartían fuera de su función. Los héroes halcones nunca podrían tener ex halcones como compañeros.

Glevo emergió de la cortina de aire.

—Deber —dijo el superior—. La residencia es desbandada. Tendréis alojamientos separados, deberes separados.

Se marcharon. Prufrax alargó la mano, pero Clevo no la cogió.

—Es inútil —dijo.

Ella se vio repentinamente inundada por la furia.

—¿Te rindes? ¿Esperaba demasiado? ¿Cuánto?

—Puede que más que tú —dijo—. Sabía que la orden estaba en camino. Y aun así no me marché. Eso puede perjudicar mis oportunidades con los superiores supremos.

—Entonces, ¿valgo más que tu incubadora de historia?

—Ahora eres historia. Historia tal y como la hacen ellos.

—Siento como si estuviera muriéndome —dijo con sorpresa en la voz—. ¿Qué es esto, Clevo? ¿Qué es lo que me has hecho?

—A mí también me duele.

—¿Estás herido?

—Estoy confuso.

—No lo creo —dijo, enfureciéndose otra vez—. Lo sabías, ¿y no hiciste nada?

—Eso habría sido contrario al deber. Estaríamos peor si lucháramos contra ello.

—¿Para qué sirve, entonces, tu grandiosa y exaltada historia?

—Historia es lo que tú tienes. Yo sólo transcribo.

(¿Por qué los separaron?)

(No lo sé. De todos modos, no te gustaba.)

(Sí, pero ahora...)

(No lo comprendo.)

(Nosotras no. Mira lo que le pasó a ella. Cogieron lo mejor de ella. Prufrax)

entró en batalla dieciocho veces más antes de morir como suelen hacerlo los héroes, morir en medio de lo que hacía mejor. La cuestión de qué era lo que la convertía en la mejor antes de la separación —porque, en definitiva, después no fue tan buen luchador— no ha conseguido definirse. Las respuestas caen en una clasificación extinta del conocimiento. Hay pocas para ser interpretadas, y ninguna de ellas accesible a este aparato.

(Así que fue afuera y luchó y murió. Nunca hicieron falsis sobre ella. ¿La mató esto?)

(No lo creo. Luchó bastante bien. Murió como murieron otros halcones.)

(Y podía haber vivido de otro modo.)

(¿Cómo podría saberlo yo más que tú?)

(Ellos —nosotros— volvieron a encontrarse, sabes. Conocí un Clevo en mi nave.

No me dejaron estar mucho tiempo con él.)

(¿Cómo reaccionaste ante él?)

(Hubo tan poco tiempo. No lo sé.)

(Preguntemos...)

Resultaba inevitable que, en centenares de estaciones, algunas de las visiones de Prufra se hicieran realidad, y que se encontraran en alguna que otra ocasión. Los Clevos eran numerosos. Tanto como las Prufra. Cada nave transportaba complementos de varios de ellos. Pese a que las Prufra nunca fueron tan afortunadas como la original, siempre fueron buenos individuos. Ella...

(Nunca fue tan afortunada. Le quitaron su fuerza. ¡Nunca se dieron cuenta!)

(Debían saberlo.)

(¡Entonces no querían ganar!)

(No lo sabemos. Puede que tuvieran en cuenta otras consideraciones más importantes.)

(Sí, como matar historia.)

Aryz se estremeció en su cálido cuerpo, mareado como si fuera a desprender un brote, y, entonces, recuperó el control. Había sido expulsado del humandato, llamado a su propio deber.

Examinó al cautivo y las formas humanas. Había algo diferente en ellas. ¿Cuánto tiempo llevaban inmersas en el mandato? Tomó mediciones rápidamente, antes de responder a la llamada. El Mam reconstruido no había funcionado bien. Ninguna de ellas había sido nutrida. Estaban delgadas, pálidas, enfriándose.

Hasta la hinchada forma mutante estaba muriéndose; perdida, como las otras, en el humanato.

Cambió su punto de atención. Todo era confusión. ¿Ahora era humano o Senexi? ¿Había caído tan bajo como para comprenderlos? Acudió al origen de la llamada, las ruinas de la cámara nido temporal. Los corredores estaban inundados con amoníaco en hielo, que quemaba sus vainas al resbalar sobre él. La mente-nido había salido del nexo fluido. Los sistemas mantenedores de emergencia no habían funcionado bien; la mente-nido había sido dañada.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Asumí que no sería necesitado hasta que no salieras del nexo fluido.

—¡No has estado observando!

—¿Acaso había necesidad? Estábamos tan avanzados en el tiempo que todas nuestras acciones son obsoletas. La nebulosa se ha colapsado, el tema se ha decidido.

—No sabemos eso. Estamos siendo perseguidos.

Aryz se volvió al muro sensor —a lo que quedaba de él— y vio que, efectivamente, estaban siendo perseguidos. Se había relajado.

—No es tu culpa —dijo la mente-nido—. Se te encomendó una tarea que te ha contaminado y arruinado tus funciones. Tendrás que disiparte.

Aryz dudó. Se había hecho tan diferente, tan contaminado, que había dudado ante una orden directa de la mente-nido. Pero estaba dañada. ¿Qué podría hacer sin él, sin lo que había aprendido? La mente-nido no razonaba correctamente.

—Hay hechos que debes conocer, hechos importantes...

Aryz sintió una oleada de revulsión, de miedo incomprensible, y algo, no muy diferente a la ira humana, irradió de la mente-nido. Fuera lo que fuese lo aprendido, y cambiado de la manera que fuera, no puedo soportar esa oleada.

Sintió como se autoprovocaba voluntariamente, pero contra su voluntad —eso no importaba—, la autolicuación. Su vaina se hundió, y él se derrumbó, cayendo en una charca de amoníaco congelado. Le quemaba, pero no intentó levantarse. Antes de finalizar, vio con sorprendente claridad lo que era ser un ind ramal, o una mente-nido, o un humano. Una visión tan valiosa, y una visión que se desprendió de su permeador congelándose en el amoníaco.

La mente-nido recuperó todo el control que pudo del fragmento. Pero no había defensas que merecieran tal nombre. Calmada, preparándose para su propia aniquilación, esperó a que concluyera la persecución.

El Mam encendió la alarma. El interfase con el humandato estaba desconectado. Débiles, apenas capaces de arrastrarse, los humanos se miraron horrorizados y se deslizaron a esquinas opuestas de la cámara.

Estaban confusos; ¿cuál de ellos era el cautivo, y cuál la forma señuelo? Eso no parecía importante. Ambas estaban delgadas hasta los huesos, sucias por sus propios excrementos. Las dos se movieron al unísono para mirar al hinchado imitante. Estaba sentado en su rincón, la pequeña cabeza resultaba desproporcionada respecto al enorme tórax, los pequeños brazos y piernas apenas serían funcionales aunque tuviera buena salud. Les sonrió cansadamente.

—Te sentimos —dijo una de las Prufra—. Estabas dentro con nosotras. —Su voz era un graznido.

—Ese era mi lugar —replicó—. Mi único lugar.

—Soy... Sé eso. Soy un investigador. Dentro, me conocí dentro.

Ellas miraron de soslayo la forma. La cabeza. Tenía algo familiar, incluso así.

—Eres un Clevo.

Había ruido alrededor de ellas, interrumpiendo las palabras de la debilitada forma. Mientras miraban, su cámara fue seccionada como una naranja, y separados los gajos. La iluminación desapareció. El frío las envolvió.

Una hembra humana desnuda, rodeada por versiones más diminutas de ella, como un ángel rodeado por hadas de su especie, flotaba en la cámara. Era tan delgada como

una serpiente. No llevaba nada excepto anillos de plata en las muñecas y un delgado collar alrededor de la cintura. Brillaba con color azul verdoso en la oscuridad.

Las dos Prufrex movieron sus labios débilmente pero no emitieron sonidos en el casi vacío. *¿Quién eres tú?*

Ella las examinó sin expresión, y luego alzó los brazos como para echar a volar. No llevaba guantes, pero era de su tipo.

Levantó más alto un brazo, como había hecho incontables veces antes al descubrir otros experimentos Senexi semejantes, aunque éste parecía más antiguo que la mayoría. El azulverdoso se intensificó, se diseminó en oleadas hasta las despedazadas paredes, rodeando a las heladas y moribundas formas. Perfecta, angelical, dejó atrás los escombros para emitir su brillo intermitente y desvanecerse.

Destruyeron todas las porciones del fragmento, a excepción de una. Dejaron ileso el humandato.

Luego continuaron trabajando en los espacios que había entre las estrellas, millones de ellas tan densas como la niebla, siendo la amplitud de lo real su único dueño.

No necesitaban otros dueños. Nunca funcionarían mal.

El humandato vagó en el frío y la oscuridad con su memoria aún en funcionamiento, pero su única vida eran huellas de mentes que una vez pasaron por ahí y que ahora se desvanecían rápidamente. Las huellas se marchitaron como si estuvieran vivas, pero sólo seguían las reglas cuánticas de los estados energéticos disminuidos. Por un momento se iluminó una pequeña memoria.

Último poema de Prufrex, explicó reflexivamente el humandato.

*¡Cómo crecen los fuegos! La paz transcurre.
Se pierde todo recuerdo.
De algún modo nunca alcanzamos esa puerta,
condenándonos al círculo.*

*Cenizas a las estrellas, mentiras a las almas.
Giremos en torno a sumideros y agujeros.*

*Matar al bueno, devorar al joven.
Para siempre y más.
Tú y yo jamás terminaremos.*

Las huellas se perdieron en la nada. El universo envejeció muy rápidamente alrededor del humandato.

Hijo de sangre

por Octavia E. Butler

«Hijo de sangre» fue contratado por Shawna McCarthy, y publicado en el número de la revista de junio de 1984, con una impactante cubierta abstracta de Wayne Barlowe y dramáticas ilustraciones interiores de Nicholas Jainschigg. Era la segunda venta de Butler a la revista; su cuento anterior, «Voces», le valió un Hugo, pero «Hijo de sangre» demostró ser más popular y ganó tanto el Hugo como el Nébula. «Hijo de sangre» fue otro relato controvertido. La nota mental que hice para mi antología sobre The Year's Best Science Fiction decía: «Un cuento con fuerza como no se verá otro igual en este (o cualquier otro) año», y, pese a que el IAsfm perdió algunos suscriptores por su culpa, mereció más que la pena. Butler es principalmente conocida como una novelista popular y prolífica que rara vez escribe cuentos cortos, pero merece la pena esperar para cuando lo hace. Tal y como vais a descubrir...

Octavia E. Butler vendió su primera novela en 1976, y desde entonces ha conseguido convertirse en uno de los escritores más reconocidos de su generación. Entre sus obras aclamadas por la crítica tenemos Patternmaster, Mind of My Mind, Survivor, Kiridred y Wild Seed. Su última novela es Clay's Ark. En la actualidad trabaja en una cuyo título provisional es Xenogenesis. Nació en Pasadena, California, y ahora vive y trabaja en Los Ángeles.

La última noche de mi infancia empezó con una visita a casa. Las hermanas de T'Gatoi nos habían regalado dos huevos estériles. T'Gatoi le ofreció uno a mi madre, mi hermano y mis hermanas. Insistió en que yo me comiera el otro sólo. No importaba. Seguía habiendo bastante para que todo el mundo se sintiera bien. Casi todo el mundo. Mi madre no quiso tomar nada. Se sentó, observando como todos flotaban y soñaban sin ella. La mayor parte del tiempo me observaba a mí.

Yo estaba apoyado en el largo y aterciopelado envés de T'Gatoi, sorbiendo de mi huevo de cuando en cuando, preguntándome por qué se negaría mi madre un placer tan inofensivo. Tendría menos gris en el pelo si alguna vez se lo permitiera: Los huevos prolongaban la vida, prolongaban el vigor. Mi padre, que en su vida rechazó uno, vivió más del doble de lo que tendría que haber vivido. Y se casó con mi madre y engendró cuatro hijos hacia el final de su vida, cuando debería haber aflojado la marcha.

Pero mi madre parecía conforme con envejecer antes de tiempo. Miré como se

alejaba cuando varias patas de T’Gatoi me atrajeron más cerca de ella. A T’Gatoi le gustaba el calor de nuestros cuerpos, y disfrutaba de él siempre que podía. Cuando era pequeño y pasaba más tiempo en casa, mi madre solía intentar enseñarme la manera de comportarme correctamente con T’Gatoi; de qué manera debía mostrar siempre respeto y ser siempre obediente, porque T’Gatoi era el oficial del gobierno Tlic que estaba al cargo de la Preserva y, por tanto, el más importante de todos los de su especie que tenían contacto directo con los terrestres. Mi madre decía que era un honor que un personaje semejante hubiera decidido integrarse en nuestra familia. Mi madre era de lo más formal y tajante cuando mentía.

No tenía ni idea de por qué mentía, ni siquiera de en qué mentía. Era un honor tener a T’Gatoi en la familia, pero eso no era ninguna novedad. T’Gatoi no estaba interesada en que la honraran en una casa que consideraba su segundo hogar. Se limitaba a llegar, subirse en uno de sus divanes especiales y llamarme para que la mantuviera caliente. Resultaba imposible comportarse con formalidad mientras me apoyaba en ella y la oía quejarse como acostumbraba, diciendo que estaba demasiado delgado.

—Estás mejor —dijo esta vez, tanteándome con seis o siete de sus patas—. Por fin estás ganando peso. La delgadez es peligrosa.

El tanteo varió delicadamente, convirtiéndose en una serie de caricias.

—Todavía está demasiado delgado —dijo mi madre con sequedad.

T’Gatoi levantó la cabeza, y puede que un metro de su cuerpo, del diván como si fuera a levantarse. Miró a mi madre, y mi madre, con el rostro arrugado y aire avejentado, apartó la mirada.

—Lien, me gustaría que tomaras lo que queda del huevo de Gan.

—Los huevos son para los niños —dijo mi madre.

—Son para la familia. Tómatelo, por favor.

Mi madre me lo quitó, obedeciendo de mala gana, y se lo llevó a la boca. Sólo quedaban unas gotas en el elástico cascarón, ahora hundido, pero las exprimí, las tragó y, al poco, empezaron a suavizarse algunas líneas de tensión en su cara.

—Es bueno —susurró—. A veces olvido lo bueno que es.

—Deberías tomar más —dijo T’Gatoi—. ¿Por qué tienes tanta prisa en envejecer?

Mi madre no dijo nada.

—Me gusta poder venir aquí —dijo T’Gatoi—. Es gracias a ti que este lugar es un refugio, y, sin embargo, te niegas a cuidarte.

T’Gatoi era acosada en el exterior. Su gente quería tener disponibles a más de nosotros. Entre nosotros y las hordas que no comprendían la existencia de la Preserva sólo se interponía ella y su facción política; no comprendían por qué no podía pedirse, pagarse, reclutarse, o disponerse de cualquier humano. O puede que sí lo

comprendiesen, pero no les importaba en su desesperación. T’Gatoi nos repartía entre los desesperados y nos vendía a los ricos y poderosos a cambio de su apoyo político. Eramos artículos de primera necesidad, símbolos de estatus y un pueblo independiente. Supervisó la unión de las familias, acabando con los últimos vestigios del sistema anterior, en que disgregaban a las familias terrestres para complacer a los Tlics impacientes. Había vivido con ella en el exterior. Había visto el ansia desesperada con que me miraba alguna gente. Me asustaba un poco saber que sólo ella se interponía entre nosotros y esa desesperación que podría tragarnos tan fácilmente. Había veces en que mi madre la miraba y luego me decía «Cuídala». Y yo recordaba que también ella había estado en el exterior, también había visto.

T’Gatoi usó cuatro de sus patas para apartarme y echarme al suelo.

—Vamos, Gan —dijo—. Siéntate allí, con tus hermanas, y disfruta de tu embriaguez. Te has tomado la mayor parte del huevo. Ven a darme calor, Lien.

Mi madre dudó sin razón aparente. Uno de mis recuerdos más tempranos es el de mi madre tumbada junto a T’Gatoi, hablando de cosas que yo no podía entender, y levantándose del suelo, y riéndose mientras me sentaba sobre uno de los segmentos de T’Gatoi. Por aquel entonces tomaba su ración de huevo. Me pregunté cuándo lo habría dejado, y por qué.

Se apoyó sobre T’Gatoi, y toda la hilera izquierda de las patas de T’Gatoi se cerró rodeándola con holgura, pero con firmeza. Yo siempre había encontrado incómodo el estar así, y a nadie de la familia le gustaba, exceptuando a mi hermana mayor. Decían sentirse enjaulados.

T’Gatoi quería enjaular a mi madre. Cuando lo hizo, movió ligeramente la cola y habló.

—No es bastante huevo, Lien. Debiste tomarlo cuando se te ofreció. Ahora lo necesitas demasiado.

La cola de T’Gatoi se movió una vez más, con un latigazo tan rápido que no habría visto de no haberlo esperado. El aguijón hizo brotar solamente una única gota de sangre de la pierna desnudá de mi madre.

Mi madre chilló, probablemente por la sorpresa. La picadura no duele. Después suspiró y pude ver que su cuerpo se relajaba. Se movió lánguidamente a una posición más cómoda dentro de la jaula de patas.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó medio dormida.

—No podía seguir viendo como sufrías.

Mi madre se las arregló para encoger ligeramente los hombros.

—Mañana —dijo.

—Sí. Mañana reanudarás tu sufrimiento, si es que debes hacerlo. Pero ahora, sólo por ahora, quédate aquí echada, dame calor y deja que te haga más fáciles las cosas.

—Él es todavía mío, ¿sabes? —dijo bruscamente mi madre—. Nadie puede

comprármelo.

De estar sobria no se habría permitido referirse a semejantes cosas.

—Nadie —asintió T’Gatoi, siguiéndole la corriente.

—¿Creíste que lo vendería a cambio de huevos? ¿A cambio de una larga vida? ¿A mi hijo?

—Por nada —dijo T’Gatoi, acariciando los hombros de mi madre, jugando con su pelo largo y gris.

Me hubiera gustado tocar a mi madre, compartir con ella ese momento. Me habría cogido la mano de haberla tocado en ese instante, sonreído liberada por el huevo y la picadura, y quizá hubiera dicho cosas que llevaba largamente guardadas, en su interior. Pero mañana recordaría todo esto como una humillación. No quería ser parte del recuerdo de una humillación. Lo mejor era permanecer quieto, y saber que me quería debajo de todo ese deber, y ese orgullo y ese dolor.

—Quítale los zapatos, Xuac Hoa. Dentro de poco volveré a picarla y podrá dormir.

Mi hermana mayor obedeció, tambaleándose como una borracha al levantarse. Se sentó junto a mí cuando acabó y me cogió la mano. Ella y yo siempre habíamos estado muy unidos.

Mi madre apoyó la nuca en el envés de T’Gatoi e intentó, desde aquel ángulo imposible, mirar su rostro amplio y redondo.

—¿Vas a picarme otra vez?

—Sí, Lien.

—Dormiré hasta mañana al mediodía.

—Bien. Lo necesitas. ¿Cuánto hace que no duermes?

Mi madre emitió un sonido enojado.

—Debí haberte pisado cuando eras lo bastante pequeña —farfulló.

Era un viejo chiste entre ellas. Habían crecido más o menos juntas, aunque T’Gatoi nunca fue, en toda la vida de mi madre, lo bastante pequeña como para ser pisada por cualquier terrestre. Tenía casi tres veces la edad de mi madre, pero aún sería joven cuando ésta muriera de vieja. T’Gatoi y mi madre se conocieron cuando la primera entraba en un período de desarrollo rápido, una especie de adolescencia Tlic. Mi madre sólo era una niña, pero, durante un tiempo, se desarrollaron al mismo ritmo y no tuvieron mejor amiga que la una para la otra.

T’Gatoi hasta le había presentado a mi madre el hombre que se convertiría en mi padre. Mis padres, complacidos el uno con el otro, se casaron pese a la diferencia de edad, mientras que T’Gatoi y ella empezaron a verse menos. Pero mi madre le prometió a T’Gatoi uno de sus hijos antes de que naciera mi hermana mayor. Tendría que entregarle uno de nosotros a alguien, y prefería que fuera a T’Gatoi antes que a algún extraño.

Los años pasaron. T’Gatoi viajó y aumentó su influencia. La Preserva era suya cuando volvió a recoger lo que debía considerar como justa recompensa a su duro trabajo. A mi hermana mayor sólo le llevó un momento cogerle cariño y quiso ser elegida, pero mi madre estaba a punto de salir de cuentas conmigo, y a T’Gatoi le gustó la idea de elegir un bebé, y ser testigo y partícipe de todas las fases de su desarrollo.

Me han contado que me enjaularon por primera vez entre sus muchas patas a los tres minutos de nacer. Pocos días después probé mi primer huevo. Suelo contarles esto a los terrestres que me preguntan si alguna vez le tuve miedo. Y se lo cuento a los Tlic cuando T’Gatoi les sugiere llevarse un joven terrestre, y ellos, ansiosos e ignorantes, piden un adolescente. Hasta mi hermano, que, por alguna razón, había crecido en el miedo y la desconfianza a los Tlic, podría haberse integrado cómodamente en una de las familias de haber sido adoptado lo bastante pronto. A veces pienso que, por su propio bien, debió haberlo sido. Le miré, tirado ahí, en el suelo, en medio de la habitación, con ojos abiertos y vidriosos mientras soñaba su sueño de huevo.

—¿Podrías levantarte, Lien? —preguntó súbitamente T’Gatoi.

—¿Levantarme? —dijo mi madre—. Creí que iba a dormirme.

—Luego. Algo va mal fuera.

La jaula desapareció bruscamente.

—¿Qué?

—¡Levántate, Lien!

Mi madre reconoció el tono y se levantó justo a tiempo de evitar que la arrojara al suelo. T’Gatoi restañó sus tres metros fuera del diván, en dirección a la puerta y salió a toda velocidad. Tenía huesos; costillas, una larga columna vertebral, un cráneo y cuatro pares de patas por segmento. Pero cuando se movía de aquel modo, retorciéndose, lanzándose en caídas controladas, corriendo al caer, no sólo no parecía tener huesos, sino ser acuática, algo que nadaba a través del aire como si fuera agua. Me encanta verla moverse.

Dejé a mi hermana y seguí a T’Gatoi a través de la puerta, aunque no me sostenía muy firme sobre mis pies. Habría sido mejor sentarse y soñar, y mucho mejor encontrar una chica y compartir con ella la ensoñación. Antes, cuando los Tlic nos veían como poco más que grandes y útiles animales de sangre caliente, solían encerrar juntos a varios de los nuestros, machos y hembras, alimentándolos sólo con huevos. De ese modo podían asegurarse de obtener otra generación sin que importase cuánto quisiéramos contenernos. Tuvimos suerte de que aquello no durara mucho. Unas cuantas generaciones así y habríamos sido poco más que grandes y útiles animales.

—Mantén la puerta abierta, Gan —dijo T’Gatoi—, y dile a la familia que no

salga.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—N'Tlic.

Retrocedí hasta la puerta.

—¿Aquí? ¿Solo?

—Supongo que estaría intentando llegar a una cabina de comunicación.

Pasó ante mí cargando al hombre, inconsciente, doblado como una manta sobre algunas de sus patas. Parecía joven, puede que de la edad de mi hermano, y más delgado de lo que debiera. Lo que T'Gatoi habría calificado como peligrosamente delgado.

—Gan, ve a la cabina de comunicación.

Depositó al hombre en el suelo y empezó a quitarle la ropa.

No me moví.

Me miró un momento después, su repentina calma era señal de profunda impaciencia.

—Manda a Qui —dije—. Yo me quedaré aquí. A lo mejor puedo ayudar.

Volvió a mover las patas, levantando al hombre y sacándole la camisa por la cabeza.

—No querrás ver esto —dijo—. Será duro. No puedo ayudar a este hombre como podría hacerlo su Tlic.

—Lo sé, pero manda a Qui. No querrá servir de ayuda en esto. Yo, al menos, estoy dispuesto a intentarlo.

Miró a mi hermano mayor, más grande, más fuerte, sin duda más capacitado para ayudarla. Se había incorporado, estaba encogido contra la pared, y miraba al hombre del suelo con un miedo y una repulsión que no disimulaba. Hasta ella pudo darse cuenta de que sería inútil.

—¡Ve tú, Qui!

No discutió. Se levantó, se tambaleó un poco, y recuperó el equilibrio, espabilado por el miedo.

—Este hombre se llama Bran Lomas —le dijo, leyendo el brazalete del hombre. Me toqué distraídamente, por simpatía, mi propio brazalete—. Necesita a T'Khotgif Teh. ¿Me oyes?

—Bran Lomas. T'Khotgif Teh —repitió mi hermano—. Ya voy.

Pasó rodeando a Lomas y salió corriendo por la puerta.

Lomas comenzó a recobrar el sentido. Al principio sólo se quejaba y se aferraba espasmódicamente a un par de patas de T'Gatoi. Mi hermana pequeña, al despertar de su sueño de huevo, se acercó a mirarlo hasta que mi madre la apartó.

T'Gatoi le quitó los zapatos al hombre, luego los pantalones, dejando todo el rato libres a dos de sus patas para que se agarrara a ellas. Todas sus patas eran igualmente

diestras, a excepción de las dos últimas.

—No quiero protestas esta vez, Gan —dijo.

Me enderecé.

—¿Qué tengo que hacer?

—Sal y mata un animal que al menos tenga la mitad de tu tamaño.

—¿Que lo mate? Pero si yo nunca...

Me empujó a través de la habitación. Su cola era un arma eficaz, tanto con el aguijón expuesto como sin él.

Me levanté, sintiéndome estúpido por haber ignorado su advertencia, y fui a la cocina. Quizá pudiera matar algo con un cuchillo o un hacha. Mi madre criaba unos cuantos animales terrestres para la mesa y varios miles de los locales por su piel. Probablemente, T’Gatoi preferiría algo local. Tal vez un achi. Algunos eran del tamaño adecuado, aunque tenían unas tres veces más dientes que yo y un auténtico interés por usarlos. Mi madre, Hoa y Quin podían matarlos con cuchillos. Yo nunca maté ninguno de ninguna forma, nunca había matado a un animal. Mientras mi hermano y hermanas aprendían el negocio de la familia, yo pasaba la mayor parte de mi vida con T’Gatoi. Ella tenía razón. Debí ser yo quien fuera a la cabina de comunicación. Al menos eso sí podía hacerlo.

Fui al armario del rincón, donde mi madre guardaba las herramientas grandes para el jardín y la casa. En el fondo del armario había una tubería que llevaba el agua de desecho a la cocina; pero ya no la llevaba. Mi padre había desviado el agua de desecho antes de que naciera yo. Ahora la tubería podía desenroscarse hasta que una mitad giraba sobre la otra y se podía guardar un rifle dentro. No era nuestra única arma de fuego, pero sí la de más fácil acceso. Tendría que usarla para disparar sobre uno de los achi más grandes. Probablemente, T’Gatoi la confiscaría después. Las armas de fuego eran ilegales en la Preserva. Hubo algunos incidentes nada más establecerse la Preserva; terrestres disparando a Tlics, disparando a N’Tlics. Eso fue antes de que empezase la unión de familias, antes de que todos tuvieran un interés personal en mantener la paz. Nadie le había disparado a un Tlic en toda mi vida o la de mi madre, pero la ley seguía vigente. Para nuestra protección, decían. Se contaban historias sobre familias terrestres enteras exterminadas como represalia por los asesinatos de entonces.

Fui a los corrales y disparé al achi más grande que pude encontrar. Era un semental robusto, y a mi madre no le liaría ninguna gracia verme entrar con él. Pero era del tamaño adecuado y tenía prisa.

Me eché al hombro el largo y cálido cuerpo del achi, contento porque algo del peso ganado fuera músculo, y entré en la cocina. Una vez allí, devolví la escopeta a su escondite. Si T’Gatoi se fijaba en las heridas del achi y me pedía el rifle, se lo entregaría. Si no, lo dejaría donde mi padre quiso que estuviera.

Me volví para llevarle el achi, y dudé. Me quedé durante varios segundos frente a la cerrada puerta, preguntándome por qué tenía miedo de repente. Sabía lo que iba a ocurrir. No lo había visto antes, pero T’Gatoi me había enseñado diagramas y dibujos. Se había asegurado de que supiera la verdad en cuanto tuve la edad suficiente para entenderla.

Aun así no quería entrar en la habitación. Perdí algo de tiempo eligiendo un cuchillo de la caja de madera tallada donde los guardaba mi madre. Puede que T’Gatoi necesite uno, me dije, para la piel dura y peluda del achi.

—¡Gan! —gritó T’Gatoi, con voz áspera por la urgencia.

Tragué. No había imaginado que un sencillo movimiento de los pies pudiera resultar tan difícil. Me di cuenta de que temblaba y eso me avergonzó. La vergüenza me empujó a través de la puerta.

Deposité el achi junto a T’Gatoi y vi que Lomas volvía a estar inconsciente. Lomas, ella y yo estábamos solos en la habitación. Mi madre y hermanas debieron ser enviadas fuera para que no tuvieran que verlo. Las envidiaba.

Pero mi madre volvió a la habitación cuando T’Gatoi cogió el achi. Sacó las garras de varas de sus patas, ignorando el cuchillo que le ofrecí, y abrió al achi desde la garganta al ano. Me miró con resueltos ojos amarillos.

—Sujeta los hombros de este hombre, Gan.

Miré a Lomas con pánico, dándome cuenta de que no quería tocarlo, y mucho menos sujetarlo. Esto no sería como dispararle a un animal. No tan rápido, no tan misericordioso, y esperaba que no tan definitivo, pero no había nada que deseara menos que ser partícipe de ello.

Mi madre se adelantó.

—Tú sujétale por la derecha, Gan. Yo lo haré por la izquierda.

Si el hombre despertaba, la arrojaría al suelo sin darse cuenta de lo que hacía. Era una mujer diminuta. A menudo se preguntaba en voz alta cómo había podido engendrar unos niños tan —como decía ella— «descomunales».

—No te preocupes —le dije, agarrando los hombros de Lomas—. Lo haré yo.

Se quedó remoloneando por allí.

—No te preocupes —repetí—. No te avergonzaré. No tienes por qué quedarte a verlo.

Me miró indecisa, y luego me tocó la cara con una extraña caricia. Al fin, volvió a su dormitorio.

T’Gatoi bajó la cabeza con alivio.

—Gracias, Gan —dijo, con cortesía más terrestre que Tlic—. Ésa... siempre encuentra nuevas formas de que la haga sufrir.

Lomas empezó a gemir y a emitir sonidos apagados. Había esperado que permaneciera inconsciente. T’Gatoi puso su cara junto a la de él para que le prestara

atención.

—Ya te he picado todo lo que me atrevo —le dijo—. Cuando esto termine, volveré a hacerlo hasta que te duermas y dejará de dolerte.

—Por favor —suplicó el hombre—. Espera...

—No hay tiempo, Bram. Te picaré cuando termine. Cuando llegue T’Khotgif te dará huevos para ayudar a recuperarte. Terminaré en seguida.

—¡T’Khotgif! —gritó el hombre, tensándose contra mis manos.

—Pronto, Bram, pronto.

T’Gatoi me lanzó una mirada, y después colocó una garra en su abdomen, ligeramente a la derecha del medio, justo debajo de la última costilla. En el lado derecho hubo un ligero movimiento; pulsaciones pequeñas y aparentemente casuales, agitando su piel oscura, creando una concavidad aquí, una concavidad allá, una y otra vez, hasta que pude advertir su ritmo y averiguar dónde se produciría la siguiente pulsación.

Todo el cuerpo de Lomas se endureció bajo la garra, aunque sólo la apoyaba en él. T’Gatoi enroscó la parte trasera de su cuerpo alrededor de las piernas del hombre. Podría romper mi presa, pero no rompería la de ella. Lloró desesperadamente cuando ella usó sus pantalones para atarle las manos y después las pasó por encima de su cabeza, para que yo pudiera arrodillarme encima de la ropa y sujetarle las manos. Enrolló la camiseta y se la dio para que mordiera.

Y lo abrió.

Su cuerpo se convulsionó con el primer corte. Casi se me soltó. Los sonidos que emitía... Jamás oí sonidos semejantes viniendo de algo humano. T’Gatoi parecía no prestar atención mientras prolongaba y profundizaba el corte, haciendo ocasionales pausas para lamer la sangre. Los vasos sanguíneos se contraían, reaccionando a la química de la saliva, y la hemorragia disminuyó.

Me sentía como si estuviera ayudándola a torturarle, ayudándola a consumirlo. Pronto vomitaría, lo sabía; no sabía por qué no lo había hecho ya. No creí poder aguantar hasta que ella terminara.

Encontró la primera larva. Era gorda y de un rojo intenso por la sangre, tanto por fuera como por dentro. Ya había devorado su cascarón, pero no parecía haber empezado a devorar al huésped. En ese estadio, devoraría cualquier clase de carne, a excepción de la de su madre. Si la hubiéramos dejado habría continuado segregando los venenos que habían enfermado a Lomas al tiempo que le alertaron. Eventualmente, habría empezado a comer. Lomas estaría muerto o agonizante para cuando se hubiera abierto paso en su carne, e incapaz de vengarse de lo que estaba matándole. Siempre había un plazo de tiempo entre el momento en que enfermaba el huésped y cuando las larvas empezaban a devorarlo.

T’Gatoi recogió cuidadosamente la larva que se retorció, y la miró, ignorando de

algún modo los terribles gemidos del hombre.

El hombre perdió el sentido bruscamente.

—Bien. —Ella le miró—. Me gustaría que los terrestres pudierais hacer esto a voluntad.

T’Gatoi no sentía nada. Y la cosa que sostenía...

En ese estadio carecía de patas y huesos, tendría unos quince centímetros de largo y dos de ancho, estaba ciega y embadurnada de sangre. Era como un gusano grande. T’Gatoi la depositó en la panza del achi, y empezó a horadar inmediatamente, a abrirse paso en la panza del animal. Se quedaría ahí y comería mientras hubiera algo que comer.

Encontró dos más tanteando en la carne de Lomas, una de ellas más pequeña y vigorosa.

—¡Un macho! —dijo con felicidad.

Moriría antes que yo. Pasaría por su metamorfosis y jodería todo lo que se le pusiera por delante antes de que sus hermanas llegaran a desarrollar patas. Fue el único que hizo un esfuerzo serio por morder a T’Gatoi mientras lo colocaba en el achi.

Gusanos más pálidos salían a la luz en la carne de Lomas. Era peor que encontrar algo muerto, putrefacto y lleno de diminutas larvas. Y era mucho peor que cualquier dibujo o diagrama.

—Ah, ahí hay más —dijo, extrayendo dos larvas gruesas y largas—. Puede que tengas que matar otro animal, Gan. Todo vive dentro de vosotros los terrestres.

Me habían dicho toda la vida que esto era algo bueno y necesario, algo que hacían juntos Tlics y terrestres, una especie de parto. Sabía que el nacimiento era doloroso y sangriento, no importaba cuál. Pero esto era algo diferente, algo peor. No estaba preparado para verlo. Quizá no lo estuviese nunca. Y, sin embargo, no podía dejar de verlo. Cerrar los ojos no servía de nada.

T’Gatoi encontró una larva que todavía estaba devorando el cascarón. Los restos de la cáscara seguían conectados a un vaso sanguíneo por su tubito, o gancho, o lo que fuera. Así era como las larvas se anclaban y alimentaban. Sólo tomaban sangre hasta que estaban listas para salir. En ese momento devoraban los distendidos y elásticos caparazones. Luego lo hacían con sus huéspedes.

T’Gatoi mordió el cascarón para retirarlo y lamió la sangre. ¿Le gustaría el sabor? ¿Cuesta perder las costumbres infantiles, o acaso no se pierden nunca?

Todo el proceso estaba mal, era ajeno. Jamás supuse que algo de T’Gatoi pudiera llegar a resultarme ajeno.

—Uno más, creo —dijo—. Tal vez dos. Una buena familia. Estos días nos contentaríamos con encontrar uno o dos vivos en un huésped animal. —Me echó un vistazo—. Sal fuera, Gan, y vacía tu estómago. Ve ahora, mientras el hombre

continúa inconsciente.

Salí tambaleándome y apenas lo conseguí. Vomité tras el árbol que había justo pasada la puerta principal, hasta que no quedó nada por echar. Cuando terminé, me quedé en pie, temblando, con las lágrimas corriéndome por las mejillas. No sabía por qué lloraba, pero no podía dejar de hacerlo. Me alejé algo más de la casa para no ser visto. Cada vez que cerraba los ojos veía gusanos arrastrándose por una carne humana más roja aún.

Un coche venía hacia la casa. Ya que los terrestres tenían prohibidos los vehículos motorizados, excepto para cierto equipo agrícola, supe que debía ser el Tlic de Lomas, acompañado por Qui y puede que un médico terrestre. Me sequé la cara con la camiseta, y me esforcé por controlarme.

—Gan —gritó Qui, cuando se detuvo el coche—. ¿Qué ha ocurrido?

Descendió del coche bajo y redondo, adaptado a los Tlic. Por el otro lado bajó otro terrestre y entró en la casa sin dirigirme la palabra. El médico. Lomas podría conseguirlo con su ayuda y unos cuantos huevos.

—¿T’Khotgif Teh? —dije.

El conductor Tlic salió del coche, irguiendo la mitad de su altura ante mí. Era más pálida y pequeña que T’Gatoi, probablemente nacida del cuerpo de un animal. Los Tlic nacidos de cuerpos terrestres siempre eran más grandes y más numerosos.

—Seis jóvenes —le dije—, puede que siete. Todos vivos. Un macho por lo menos.

—¿Lomas? —preguntó con severidad.

Me agradó que preguntara, y la preocupación que había en su voz cuando lo hizo. La última cosa coherente que había dicho él fue su nombre.

—Está vivo —dije.

Se lanzó hacia la casa sin decir más.

—Ha estado enfermo —dijo mi hermano, mirando como se alejaba—. Cuando llamé oí a gente diciéndole que no estaba lo bastante bien para salir, ni siquiera para esto.

No dije nada. Había sido cortés con el Tlic. Ahora no quería hablar con nadie. Esperaba que él entrase, aunque sólo fuera por curiosidad.

—Acabaste descubriendo más de lo que querías saber, ¿eh?

Le miré.

—No me mires como ella —dijo—. No eres ella. Sólo eres su propiedad.

Como ella. ¿Habría desarrollado hasta la capacidad de imitar sus expresiones?

—¿Qué has hecho? ¿Vomitara? —Olisqueó el aire—. Así que ya sabes lo que te espera.

Me alejé de él. De niños estuvimos muy unidos. Me dejaba andar junto a él cuando estaba en casa, y T’Gatoi a veces permitía que nos acompañara cuando

íbamos a la ciudad. Pero, al llegar a la adolescencia, le pasó algo. Nunca supe el qué. Empezó a distanciarse de T'Gatoi. Después empezó a huir..., hasta que se dio cuenta de que no había «huida». No en la Preserva. Y, desde luego, no en el exterior. Después de eso se concentró en conseguir su ración de cada huevo que llegaba a casa, y en mirarme de una forma que sólo conseguía hacer que le odiara, de una forma que decía claramente que estaba a salvo de los Tlic mientras yo siguiera bien.

—¿Cómo fue de verdad? —preguntó, yendo detrás de mí.

—Maté un achi. Los jóvenes se lo comieron.

—No saliste corriendo de casa para vomitar porque se comieran un achi.

—Nunca antes había... visto abierta a una persona.

Era cierto, y bastante para él. No podía hablar de lo otro. Con él, no.

—Oh —dijo.

Me miró como si quisiera decir algo más, pero siguió callado.

Caminamos sin dirigirnos a ningún sitio en especial. Hacia la parte de atrás, hacia los corrales, hacia los campos.

—¿Dijo algo? —preguntó Qui—. Me refiero a Lomas.

¿A quién más se podría referir?

—Dijo «T'Khotgif».

Qui se estremeció.

—Si me hubiera hecho eso a mí, sería la última persona a la que llamaría.

—La llamarías. Su picadura te calmaría el dolor sin matar a las larvas que tienes dentro.

—¿Crees que me importaría si muriesen?

No. Claro que no te importaría. ¿Me importaría a mí?

—¡Mierda! —Aspiró profundamente—. He visto lo que hacen. ¿Te crees que esto de Lomas ha sido malo? Esto no ha sido nada.

No discutí. No sabía de qué hablaba.

—Vi como devoraban a un hombre —dijo.

Me volví para mirarle.

—¡Estás mintiendo!

—Vi como devoraban a un hombre. —Hizo una pausa—. Fue cuando era pequeño. Había estado en el hogar de los Hartmund y volvía a casa. A mitad de camino, vi un hombre y un Tlic, y el hombre era un N'Tlic. El terreno era accidentado. Pude esconderme y verlo todo. El Tlic no quería abrir al hombre porque no tenía nada con que alimentar a las larvas. El hombre no podía continuar y no había casa cerca. Sufría tanto que le pidió que le matara. Le suplicó que le matara. Al final lo hizo. Le cortó el cuello. Un golpe de garra. Vi como las larvas se abrían paso comiendo, para después volver a meterse, todavía comiendo.

Sus palabras me hicieron ver de nuevo la carne de Lomas, llena de parásitos

arrastrándose.

—¿Por qué no me lo contaste? —susurré.

Pareció sorprendido, como si hubiera olvidado que le escuchaba.

—No lo sé.

—Poco después de eso fue cuando empezaste a huir, ¿verdad?

—Sí. Fue estúpido. Huir dentro de la Preserva. Huir dentro de una jaula.

Negué con la cabeza y le dije lo que debí decirle hacía mucho tiempo.

—No te cogerá a ti. No tienes por qué preocuparte.

—Lo haría... si te pasase algo...

—No. Cogería a Xuan Hoa. Hoa... lo desea.

No lo desearía de haberse quedado a observar a Lomas.

—No cogen a las mujeres —dijo con desprecio.

—A veces las cogen. —Le miré—. En realidad, prefieren a las mujeres. Deberías estar cuando hablan entre ellas. Dicen que las mujeres tienen más carne para proteger a las larvas. Pero acostumbran a elegir a los hombres para que las mujeres puedan engendrar sus propios jóvenes.

—Para proporcionar la siguiente generación de animales huéspedes —dijo, pasando del desprecio a la amargura.

—¡Es más que eso! —contrarresté.

¿Lo era?

—Yo también querría creerlo si me fuera a pasar a mí.

—¡Es más! —Me sentí como un niño.

Era un argumento estúpido.

—¿Pensabas eso mientras T’Gatoi sacaba gusanos de las tripas de ese tipo?

—¿Se supone que no debería pasar así?

—Naturalmente que sí. No se suponía que tú lo vieras, eso es todo. Y se supone que su Tlic debería hacerlo. Ella podría picarle y dormirlo, y la operación no habría sido tan dolorosa. Pero también le habría abierto, habría sacado las larvas, y si se hubiese escapado una sola, ésta le envenenaría y le devoraría de dentro afuera.

Hubo un tiempo en que mi madre me decía que respetara a Qui porque era mi hermano mayor. Me alejé odiándole. Estaba disfrutando a su manera. El estaba seguro y yo no. Podía haberle pegado, pero no creí poder soportar que se negara a devolverme el golpe y me mirara con desprecio y lástima.

No pensaba dejar que me marchara. Se deslizó delante de mí con sus piernas más largas, y me hizo sentir como si estuviera siguiéndole.

—Lo siento —dijo.

Continué con paso firme, furioso y harto.

—Mira, probablemente no sea tan malo para ti. T’Gatoi te aprecia. Tendrá cuidado.

Me volví hacia la casa, casi huyendo de él.

—¿Te lo ha hecho ya? —preguntó, siguiéndome con facilidad—. Quiero decir que tienes la edad adecuada para la implantación. Te ha...

Le pegué. No sabía que iba a hacerlo, pero creo que quería matarle. Creo que lo habría hecho de no ser más grande y más fuerte.

Intentó sujetarme, pero al final tuvo que defenderse. Sólo me pegó un par de veces. Con eso bastó. No recuerdo haberme caído, pero se había ido cuando me recuperé. El dolor valió la pena, a cambio de deshacerme de él.

Me levanté y caminé lentamente hacia la casa. La parte de atrás estaba a oscuras. En la cocina no había nadie. Mi madre y mis hermanas debían estar durmiendo en sus cuartos, o fingiéndolo.

Oí voces cuando entré en la cocina, terrestres y Tlics, provenientes de la habitación de al lado. No conseguí entender lo que decían, no quería entenderlo.

Me senté ante la mesa de mi madre, esperando a que se hiciera el silencio. La mesa era vieja y lisa, pesada y construida a conciencia. Mi padre la había hecho para mi madre justo antes de morir. Recordaba haber andado debajo de ella mientras la construía. No le importó. Ahora me senté recostándome en ella, echándole de menos. Podría haber hablado con él. Lo había hecho tres veces en su larga vida. Tres camadas de huevos, tres veces abierto y cosido. ¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo podría hacerlo nadie?

Me levanté, cogí el rifle de su escondite y me senté con él. Necesitaba una limpieza, un engrasado.

Todo lo que hice fue cargarlo.

—¿Gan?

Hizo un montón de ruiditos al caminar sobre el suelo descubierto, cada pata chasqueaba en sucesión al tocarlo. Oleadas de pequeños clics. Vino a la mesa, alzó la mitad superior de su cuerpo sobre ella y se subió.

A veces se movía tan grácilmente que parecía fluir como si fuera agua. Se enrolló formando un pequeño montoncito en medio de la mesa y me miró.

—No ha estado bien —dijo suavemente—. No deberías haberlo visto. No había necesidad de que fuera así.

—Lo sé.

—T’Khotgif, ahora Ch’Khotgif, morirá a causa de su enfermedad. No vivirá para criar a sus hijos. Pero su hermana los mantendrá a ellos y a Bran Lomas.

Una hermana estéril. Una hermana fértil en cada camada. Una para preservar a la familia. Esa hermana le debía a Lomas más de lo que jamás podría pagarle.

—Entonces, ¿él vivirá?

—Sí.

—Me pregunto si lo volvería a hacer.

—Nadie le pedirá que lo vuelva a hacer.

Miré los ojos amarillos, preguntándome cuánto había visto y comprendido, y cuánto había sólo imaginado.

—Nadie nos pregunta nunca. Tú nunca me preguntaste.

Movió ligeramente la cabeza.

—¿Qué te pasa en la cara?

—Nada. Nada importante.

Unos ojos humanos probablemente no habrían notado la hinchazón en la oscuridad. La única luz provenía de una de las lunas, brillando por la ventana situada al otro lado de la habitación.

—¿Usaste el rifle para abatir al achi?

—Sí...

—¿Y tienes intención de usarlo contra mí?

La miré. La luz de la luna iluminaba su cuerpo enrollado y grácil.

—¿A qué te sabe la sangre terrestre?

No dijo nada.

—¿Qué eres? —susurré—. ¿Qué somos nosotros para ti?

Se quedó inmóvil, la cabeza recostada en el anillo superior.

—Me conoces como ningún otro me conoce —dijo suavemente—. Tú debes decidir.

—Eso es lo que le pasó a mi cara.

—¿Qué?

—Qui me estimuló para que decidiera algo. No salió muy bien. —Moví ligeramente el arma, colocando diagonalmente el cañón bajo mi barbilla—. Al menos fue una decisión tomada por mí.

—Como lo será ésta.

—Pregunta, Gatoí.

—¿Por la vida de mis hijos?

Tenía que decir algo así. Sabía cómo manipular a la gente, terrestres y Tlics. Pero esta vez no.

—No quiero ser un animal huésped —dije—. Ni siquiera el tuyo.

Le llevó un tiempo contestar.

—Casi no usamos animales huéspedes en estos días. Lo sabes.

—Nos usáis a nosotros.

—Lo hacemos. Esperamos largos años y os instruimos y unimos vuestras familias a las nuestras. —Se movía inquieta—. Sabes que para nosotros no sois animales.

Me quedé mirándola sin decir nada.

—Mucho después de que llegaran tus antepasados, los animales que usábamos antaño empezaron a matar a la mayoría de los huevos una vez que eran implantados

—dijo suavemente—. Sabes estas cosas, Gan. Estamos aprendiendo de nuevo lo que significa ser sanos y prósperos gracias a la llegada de tu pueblo.

Y tus antepasados, que huían de su mundo natal, de su propia especie que los habría matado o esclavizado, sobrevivieron gracias a nosotros. Nosotros les aceptamos como pueblo y les dimos la Preserva cuando aún intentaban matarnos como gusanos.

Al oír la palabra «gusanos» di un brinco. No pude evitarlo, y ella no pudo evitar darse cuenta.

—Ya veo —dijo tranquilamente—. ¿Preferirías morir antes que llevar a mis jóvenes, Gan?

No respondí.

—¿Debo acercarme a Xuan Hoa?

—¡Sí!

Hoa lo deseaba. Que lo tuviera. Ella no había tenido que ver a Lomas. Estaría orgullosa..., no aterrorizada.

T’Gatoi fluyó de la mesa al suelo, sorprendiéndose casi demasiado.

—Esta noche dormiré en la habitación de Hoa —dijo—. Se lo diré en algún momento de esta noche, o mañana.

Todo iba demasiado rápido. Mi hermana Hoa había tenido casi tanto que ver en mi educación como mi madre. Aún seguía unido a ella, no como a Qui. Ella podía desear a T’Gatoi y seguir queriéndome.

—¡Espera, T’Gatoi!

Miró hacia atrás, levantó del suelo casi la mitad de su longitud y se volvió hacia mí.

—Éstas son cuestiones adultas, Gan. ¡Es mi vida, mi familia!

—Pero es... mi hermana.

—He hecho lo que me pediste. ¡Te lo he preguntado!

—Pero...

—Será más fácil para Hoa. Siempre ha deseado llevar otras vidas dentro de ella.

Vidas humanas. Jóvenes humanos que algún día beberían de sus pechos, no de sus venas.

Negué con la cabeza.

—No se lo hagas a ella, T’Gatoi. —Yo no era Qui.

Pero, sin embargo, creí poder convertirme en él sin ningún esfuerzo. Podía escudarme en Xuan Hoa. ¿Sería más fácil saber que los gusanos rojos crecían en su carne en vez de en la mía?

—No se lo hagas a Hoa —repetí.

Me miró, totalmente inmóvil.

Miré a otro lado, luego a ella.

—Házmelo a mí.

Bajé el rifle de mi garganta y ella se inclinó hacia adelante para cogerlo.

—No —dije.

—Es la ley.

—Déjaselo a la familia. Puede que alguno de ellos tenga que usarla para salvar algún día mi vida.

Agarró el cañón del rifle, pero yo no pensaba soltarlo.

Me arrastró hasta ponerme en pie, junto a ella.

—¡Déjalo aquí! —repetí—. Acepta el riesgo si no somos tus animales, si éstas son cuestiones adultas. Hay un riesgo, Gatoi, en tratar con un compañero.

Evidentemente le era difícil soltar el rifle. Un escalofrío le recorrió y emitió un siseo de disgusto. Pensé que estaba asustada. Era lo bastante mayor como para haber visto lo que podían hacerle los rifles a la gente. Ahora sus jóvenes y este arma estarían en la misma casa. No conocía la existencia de nuestras otras armas. No importaban en esta discusión.

—Implantaré el primer huevo esta noche —dijo, mientras yo apartaba el rifle—. ¿Me oyes, Gan?

¿Por qué si no me había dado a comer un huevo completo, mientras el resto de la familia tenía que compartir uno? ¿Por qué si no mi madre me miró como si estuviera alejándome de ella, yendo hacia donde no podía seguirme? ¿Imaginaría T’Gatoi que no me había dado cuenta?

—Te oigo.

—¡Ahora!

Dejé que me empujara fuera de la cocina, y después caminé delante de ella hacia mi dormitorio. La repentina urgencia de su voz parecía real.

—¡Se lo habrías hecho a Hoa esta noche! —recriminé.

—Debo hacérselo a alguien esta noche.

Me detuve a pesar de su urgencia y me planté en su camino.

—¿No te importa a quién?

Se deslizó rodeándome y entró en mi dormitorio. La encontré esperando en el diván que compartíamos. En la habitación de Hoa no había nada que hubiera podido usar. Se lo habría hecho en el suelo. La imagen de T’Gatoi haciéndoselo a Hoa fuera como fuese me molestó ahora de un modo diferente, y me enfadé.

Me desvestí, a pesar de ello, y me tendí a su lado. Sabía qué hacer, qué esperar. Me lo habían contado toda mi vida. Sentí la picadura familiar, narcótica, dulcemente agradable. Después, el ciego tanteo de su ovipositor. El pinchazo fue indoloro, fácil. Entraba tan fácilmente... Se onduló lentamente contra mí, sus músculos empujaban el huevo de su cuerpo al mío. Me agarré a un par de sus patas hasta que recordé a Lomas agarrándose así. Me solté entonces, moviéndome sin darme cuenta, y le hice

daño. Profirió un suave grito de dolor y pensé que iba a ser enjaulado de inmediato por sus patas. Me volví a agarrar al no serlo, sintiéndome extrañamente avergonzado.

—Lo siento —susurré.

Acarició mis hombros con cuatro de sus patas.

—¿Entonces te importa? —pregunté—. ¿Te importa que sea yo?

No respondió durante unos segundos. Finalmente...

—Tú eras el que tomaba decisiones esta noche, Gan. Yo tomé la mía hace mucho.

—¿Te habrías acercado a Hoa?

—Sí. ¿Cómo podría dejar a mis hijos al cuidado de alguien que los odiara?

—No era... odio.

—Sé lo que era.

—Estaba asustado.

Silencio.

—Todavía lo estoy.

Podía admitirlo delante de ella, aquí, ahora.

—Pero tú viniste a mí... para salvar a Hoa.

—Sí. —Apoyé la frente en ella. Era fría, aterciopelada, engañosamente blanda—.

Y para conservarte para mí —dije.

Así era. No lo entendía, pero así era.

Emitió un suave canturreo de contento.

—No podía creer que hubiera cometido semejante error contigo. Yo te elegí.

Pensé que tú habías llegado a elegirme.

—Lo había hecho, pero...

—Lomas.

—Sí.

—Nunca he conocido a un terrestre que lo viera y lo asumiera bien. Qui ha visto uno, ¿no es así?

—Sí.

—Debería evitarse que los terrestres lo vieran.

—No me gustó cómo sonaba aquello, y dudaba que fuera posible.

—Evitarlo, no. Mostrádnoslo. Mostrádnoslo cuando somos niños pequeños, y mostrádnoslo más de una vez. Ningún terrestre contempla un parto que vaya bien, Gatoi. Todo lo que vemos es N'Tlic, dolor y terror, y puede que muerte.

Me miró.

—Es un asunto privado. Siempre ha sido un asunto privado.

Su tono me impidió insistir; eso y el conocimiento de que, si ella cambiaba de parecer, yo podría ser el primer ejemplo público. Había sembrado la idea en su mente. Había posibilidades de que germinara, y que, eventualmente, la probara.

—No lo volverás a ver —dijo—. No quiero que vuelvas a pensar en dispararme.

La pequeña cantidad de fluido que entró en mí con el huevo me relajó tan completamente como lo habría hecho un huevo estéril, y recordé el rifle en mis manos, y mis sensaciones de miedo y repulsión, de rabia y desesperación. Podía recordar las sensaciones sin revivirlas, hasta podía hablar de ellas.

—No te habría disparado —dije—. A ti no.

Había sido extraída de la carne de mi padre cuando éste tenía mi edad.

—Podrías haberlo hecho —insistió.

—Atino.

Se interponía entre nosotros y su propio pueblo, protectora, entrelazándonos.

—¿Te habrías destruido a ti mismo?

Me moví con cuidado, incómodo.

—Puede que lo hubiera hecho. Casi lo hice. Ésa es la «huida» de Qui. Me pregunto si lo sabe.

—¿Qué?

No respondí.

—Ahora vivirás.

—Sí.

Cuídala, solía decir mi madre. Sí.

—Soy joven y sana —dijo—. No te dejaré como dejaron a Lomas. No te dejaré solo, N'Tlic. Cuidaré de ti.

Autorizaciones

The End of Life As We Know It (El fin de la vida tal como lo conocemos), por Lucius Shepard, copyright © 1984 by Davis Publications, Inc., reimpreso con permiso del autor.

The Peacemaker (El apaciguador), por Gardner Dozois, copyright © 1983 by Davis Publications, Inc., reimpreso con permiso de Virginia Kidd, Literary Agent.

Fire Watch (Servicio de vigilancia), por Connie Willis, copyright © 1982 by Connie Willis, reimpreso con permiso del autor.

Her Furry Face (Su cara peluda), por Leigh Kennedy, copyright © 1985 by Davis Publications, Inc., reimpreso con permiso del autor.

Hardfought (Luchacruenta), por Greg Bear, copyright © 1983 by Davis Publications, Inc., reimpreso con permiso del autor.

Bloodchild (Hijo de sangre), por Octavia E. Butler, copyright © 1984 by Davis Publications, Inc., reimpreso con permiso del autor.

NOTA ACERCA DEL RECOPIADOR

Gardner Dozois (1947), aunque escribe y publica poco material propio en la actualidad, es una de las figuras de mayor peso (y en este caso valen los dos sentidos) de la ciencia ficción norteamericana. Ha publicado dos novelas, una de ellas en colaboración con George Alec Effinger, y diversos relatos cortos que le han reportado 4 nominaciones al premio Hugo, 6 al Nébula y 2 de estos últimos premios. Su mayor influencia sobre el género proviene sin embargo de su labor como antologista y, sobre todo, como director desde 1985 de la *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*, revista donde se publica el mejor material en formato corto y que viene acaparando la mayoría de los grandes premios del género desde entonces. Ha publicado también bastantes trabajos de crítica, y desde 1984 presenta las antologías de lo mejor del año de mayor peso (y aquí también valen los dos sentidos) que se publican en el género.

Su bibliografía comprende, entre otros, los libros siguientes:

FICCION PROPIA

1975 — *Nightmare Blue*, con George Alec Effinger

1978 — *Strangers*

1977 — *The Visible Man*, relatos

ANTOLOGÍAS ANUALES

1977 — *Best Science Fiction Stories of the Year, Sixth Annual Edition*

1978 — *Best SF Stories of the Year, Seventh Annual Edition*

1979 — *Best SF Stories of the Year, Eighth Annual Edition*

1980 — *Best SF Stories of the Year, Ninth Annual Edition*

1981 — *Best SF Stories of the Year, Tenth Annual Edition*

1984 — *The Year's Best SF, First Annual Collection*

1985 — *The Year's Best SF, Second Annual Collection*

1986 — *The Year's Best SF, Third Annual Collection*

1987 — *The Year's Best SF, Fourth Annual Collection*

1988 — *The Year's Best SF, Fifth Annual Collection*

1989 — *The Year's Best SF, Sixth Annual Collection*

OTRAS ANTOLOGÍAS

1972 — *A Day in the Life (Un día en la vida*, ed. Adiax, col. Fénix, Buenos Aires, 1980)

1976 — *Future Power*, con JackDann

1977 — *Another World*
1980 — *Aliens!*, con Jack Dann
1982 — *Unicorns!*, con Jack Dann
1984 — *Magicats!*, con Jack Dann
1985 — *Faery!*, con Terry Windling
— *Bestiary!*, con Jack Dann
1986 — *Mermaids!*, con Jack Dann
— *Sorceres!*, con Jack Dann
— *Jack the Ripper*, con Susan Casper
1987 — *Demons!*, con Jack Dann
1988 — *The Best of Isaac Asimov's Science Fiction Magazine* (Los mejores relatos de la «Isaac Asimov's Science Fiction Magazine» ed. Martínez Roca, col. Super Ficción núm. 114, Barcelona, 1989)

Notas

[1] Dowdy en inglés significa zafio, desastrado. (*N. del t.*) <<

[2] En español, en el original. (*N. del t.*) <<